El canto del jilguero campana

Cuentos y poemas para María de la Cruz

Bernal Delgado Castro

Dedicatoria

Dedico este libro, El canto del jilguero campana, al doctor Arnoldo Blanco Castro, médico psiquiatra que me brindó su atención, su ayuda y su consejo durante unos treinta años, desde 1988 hasta el año 2018.
Gracias a él y a la psicoterapia analíticamente dirigida a la que me sometió, ahora soy una mejor persona, profesional, padre de familia, esposo y amigo de mi familia.
A él, en el nombre de toda mi familia, mi eterno agradecimiento.

CR861.44
D352c Delgado Castro, Bernal
El Canto del jilguero campana : cuentos y poemas para María de la Cruz [recurso electrónico] / Bernal Delgado Castro. – primera edición – San José, Costa Rica : D. Castro B., 2021.
E-book : pdf ; 27.5 Mb – Colección (El Canto del Jilguero campana,1)

ISBN 978-9968-49-670-4

1.POESIAS COSTARRICENSES. 2.CUENTOS COSTARRICENSES
3. LITERATURA COSTARRICENSE. I. Título.

1era Edición 2021

Autor: Bernal Delgado Castro.

Diseño y diagramación: Aire Studio S.A

Fotografías: señor Federico Sánchez Quesada.

Queda prohibida la reproducción total o parcial del contenido, textos e imágenes de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de su autor. Toda forma de utilización no autorizada será perseguida de conformidad con la Ley de Derechos de Autor.

El canto del jilguero campana

Cuentos y poemas para María de la Cruz

Contenidos

Prólogo	8
El canto del jilguero campana	12
La maestra	18
Las ligas	24
En el bus	30
Jacinto Panadero	34
La corrida	48
La decisión	60
La lora	70
La puerta	74
La tía	86
La vecina	92
Poemas	100

El canto del Jilguero Campana

Prólogo

Por Roberto Delgado Castro

El universo es un conjunto donde todos los elementos que lo componen llevan a cabo múltiples interacciones entre sí. Es un ente vivo que evoluciona, cambia, respira, palpita, ríe, llora, suspira y sonríe. Puede ser tan grande como una galaxia, o tan pequeño como el dedo de un recién nacido.

El ser humano es un componente más de ese gran universo. Igualmente, la naturaleza también forma parte de él. El suelo, la luz, el sol, el agua del mar, las plantas, los árboles, las montañas, los ríos, las nubes…todo lo que es posible percibir y sentir del entorno forma parte de la vida del ser humano, no se concibe la vida humana sin ningún elemento de la naturaleza.

Allí ocurren milagros a diario. Cada vez que se siente frío, ella brinda luz y vapor para dar calor y abrigo. Cuando hay enfermedad, ella provee plantas curativas. Cuando hay calor, ella da brisa fresca y lluvia. Cuando hay hambre, ella da tierra y agua necesarias para sembrar y cosechar alimentos. Cuando hay tristeza, ella pone a volar las aves del cielo sobre manteles rojos y anaranjados de los atardeceres. Cuando hay soledad, las mariposas deambulan entre las flores. Cuando el paisaje se pone gris, ella hace caer el sol sobre el horizonte. La naturaleza siempre abraza al ser humano y le brinda todo lo que necesita para vivir, para sonreír y para luchar en la vida.

El Canto del Jilguero Campana es un himno a esa unión indivisible entre el ser humano y la naturaleza que lo rodea. El autor le canta a su entorno natural en forma de cuentos y poemas, y el Jilguero Campana le escucha atentamente. Ese canto resuena por todo el bosque con sonidos que se confunden con el viento y la lluvia; y el Jilguero Campana, agradecido, emite pequeños silbidos que se disipan entre los árboles.

El Canto del Jilguero Campana es un himno a la contemplación atenta y generosa de toda la creación, que funciona en un equilibrio perfecto conjuntando todos sus elementos en una sola unidad.

El Canto del Jilguero Campana… donde las letras de cuentos y poemas del autor se transforman en notas musicales y sonidos que llegan a oídos de la naturaleza quien, atenta, los escucha y sonríe dulcemente.

Cuentos

El canto del jilguero campana.

Transcurría en esa época el año 1956. Yo tenía por entonces seis años de edad y vivía con mi familia en un pueblo llamado Monterrey, situado a unos cinco o seis kilómetros de San Pedro, al este de la ciudad de San José, la capital de Costa Rica.

Nuestra casa era bonita, construida de cemento y madera, con un lindo jardín al frente y un amplio patio en la parte de atrás.

Justo al frente de la casa había un gran lote vacío, en que los niños del pueblo jugábamos futbol, durante las tardes de vacaciones escolares, cuando no llovía.

Hacia el este de la casa había unas casas muy humildes en que vivían familias muy pobres. A ese lugar los habitantes del pueblo le llamaban el chinchorro, dando a entender lo que antes anoté.

Yo no sabía, pero en una de esas casas vivía doña Emilia, una señora de unos sesenta años que se dedicaba a la comercialización de pájaros en el mercado central, en San José centro.

Ella era una mujer que aparentemente no tenía familia. Vivía sola en el chinchorro de donde salía por las mañanas, para regresar ya muy avanzada la tarde.

Por esa época las ventas de pájaros estuvieron muy malas, y no le alcanzó para pagar el alquiler. Se atrasó un par de meses, y el dueño del chinchorro la echó a la calle. Ella entonces no tendría dónde irse con todas sus jaulas.

Mi mamá habló con mi papá y decidieron darle posada unos días mientras ella conseguía otro lugar dónde irse a vivir, una vez que mejoraran las ventas de las aves.

Así fue como una tarde de octubre, muy lluviosa por cierto, como a las cinco de la tarde, doña Emilia llegó a nuestra casa.

Traía consigo unas quince o veinte jaulas de esas que se hacían con bambú en un marco de ramas delgadas de tora, ese arbusto de ramillas fibrosas pero con un centro esponjoso, donde se fijaban las ramitas de bambú.

Mamá la alojó en un cuarto grande que había en la parte de atrás de nuestra casa, lugar en que mi madre siempre tuvo una cama extra, -¡por cualquier cosa!-, como decía ella.

Así se acomodó doña Emilia con todas sus jaulas.

En esas jaulas tenía todo tipo de pájaros, chorchas, yigüirros, rualdos, jilgueros y otros más cuyos nombres no recuerdo.

Se trataba de una señora un poco gruesa, de piel morena y pelo corto rizado. Su cara era redonda y tenía la mirada tristona de la persona que ha sufrido mucho.

La tarde en que llegó lucía un vestido rosado que le llegaba un par de dedos por debajo de la rodilla. Llevaba puestas unas sandalias de cuero que le dejaban al descubierto los pies, los que ese día llevaba completamente mojados pues había llovido fuerte toda la tarde.

Por esos días mi papá no estaba en la casa, pues tenía que atender su negocio de almacén en Puntarenas.

Él sólo venía a nuestra casa de jueves a domingo, cada dos semanas.

Después de meter todas las jaulas al cuarto, introdujo también dos voluminosas valijas en las que llevaba toda su ropa y objetos personales.

Luego tapó cada una de las jaulas con unos trapos de colores que sacó de una de las valijas, y con una voz cálida y maternal, les dio las buenas noches a los pájaros que estaban un poco asustados e inquietos.

Como a las seis de la tarde ya todos estábamos cenando en la mesa del comedor de la casa, incluso doña Emilia que, por la forma y rapidez con que comía los alimentos, uno entendía que tenía mucha hambre.

Después de cenar nos quedamos en la mesa conversando un rato, y al cabo de más o menos una hora, todos nos fuimos a acostar.

Esa noche la pasé pensando en la señora de los pájaros.

La verdad era que me parecía una buena persona, con la cual quería conversar para aprender tanto como pudiera de esas aves tan bonitas.

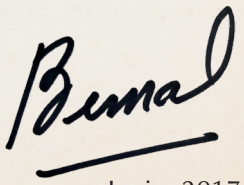
A la mañana siguiente, serían tal vez las cinco de la mañana, cuando me desperté. Me bajé de la cama. Todos en la casa dormían. Sólo la cocina tenía la luz encendida, pues probablemente mi mamá estaría ya haciendo el desayuno de la familia.

Al pasar por el comedor de la casa, rumbo al cuarto en que dormía doña Emilia, como iba descalzo, recuerdo que el mosaico estaba muy frío, tanto que parecía

que estuviera mojado.
Cuando llegué a la sala, que tenía el piso de madera, caminé silenciosamente hasta asomarme en el cuarto de doña Emilia.
Así pude ver que dormía plácidamente, roncando suavemente.
Como todavía estaba oscuro, no la pude ver bien, pero era claro que estaba durmiendo y disfrutando de esa hora temprana de la mañana.
Los pájaros no producían tampoco ningún ruido, porque probablemente estarían durmiendo.
Entonces me fui para la cocina a reunirme y a conversar con mi mamá mientras ella preparaba el desayuno.
Al poco rato mis cuatro hermanos se levantaron, y lo mismo hizo doña Emilia.
Desayunamos todos juntos en la mesa del comedor, conversamos un rato, y cada uno se fue a atender sus asuntos.
Doña Emilia se fue para el centro para ver si podía vender algún pájaro a buen precio.
Como ella les quitó los trapos a las jaulas antes de irse, al entrar yo a curiosear a su cuarto pude ver aquel tesoro.
Eran muchos pájaros de diferentes colores.
El cuarto olía a frutas y a cuitas de las aves.
Cada jaula tenía puesta una hoja de papel periódico en el piso de la misma, lugar en que caían los restos de los alimentos y las cuitas. Además, había colocado un pequeño recipiente en cada una para que los pájaros tuvieran agua para beber.
Luego me fui para la escuela hasta el medio día en que regresé a la casa.
Inmediatamente que llegué, me fui a ver los pájaros.
Todos estaban ahí, y parecían estar tranquilos.
En realidad eran muy bonitos y yo estaba maravillado por tenerlos a todos en la casa.
Pasé la tarde estudiando y haciendo mis tareas, junto con mis hermanos, pero de vez en cuando me levantaba para ir a ver el tesoro que habían llevado a la casa.
Al ser como las cinco de la tarde llegó doña Emilia.
Venía muy mojada pero contenta, pues le contó a mi madre que había logrado vender dos pájaros que tenía que entregar al día siguiente.

Mientras cenábamos, habló largo rato de cada una de las especies de aves que vendía, dónde las cazaban, cómo lo hacían, y cuánto valían en el mercado.
Estaba contenta y locuaz.
Me fui con ella a su cuarto y me contó muchas historias relacionadas con los pájaros y los pajareros.
Por la noche pasé soñando que yo era un vendedor de aves, y que la gente me las compraba por centenares.
Esa noche pensé que, cuando fuera grande, me dedicaría a comercializar pájaros.
Así me quedé dormido, pensando en los pájaros, los bosques, las montañas, el mercado, los compradores y las jaulas.
A la mañana siguiente ocurrió algo que nunca olvidé.
Lo que oí quedó grabado en mi mente para siempre.
Como a las cinco me desperté. Hacía mucho frío. A esa hora mi mamá ya se había levantado.
Me quedé acostado un rato más tomando impulso para levantarme, y estaba dormitando envuelto en mi cobija, cuando lo oí cantar.
Era un sonido maravilloso. Era uno de los pájaros cantando en ese amanecer increíble.
Era como una campana que resonara en toda la casa, con una melodía bellísima.
Luego todo quedó en silencio.
Pasados unos minutos volvió a cantar.
Era algo lindísimo.
Me levanté silenciosamente y cuando iba caminando hacia el cuarto de doña Emilia, vi a mi madre parada en la puerta de la cocina.
Ella también estaba escuchando el canto del pájaro.
Me acerqué a ella y me dio la mano. El pájaro siguió cantando unos minutos más.
Entonces ahora guardó silencio, y escuché que doña Emilia ya se había levantado también.
Me fui a buscarla y le pregunté que cuál era el pájaro que había estado cantando.
Me explicó que era un jilguero.
Me dijo que había una sola especie de estos pájaros, pero que algunos de ellos,

al cantar, emitían un sonido como el de una campana.
Este era el caso de esa mañana inolvidable.
A ese tipo de ave, ella le llamaba jilguero campana.
Los que no hacían así, para ella eran jilgueros corrientes.
Yo quedé impresionado.
En realidad nunca olvidé ese momento mágico.
Pasaron unas dos semanas y doña Emilia consiguió otra casa en donde vivir.
Uno de esos días, mientras yo andaba en la escuela, ella se fue con sus jaulas a su nuevo hogar.
Nunca más la volví a ver.
Tampoco volví a escuchar el canto del jilguero campana.
Pasaron los años. Pasó la vida.
Hasta que a mis sesenta y seis años, un día que andaba de paseo con mi hijo Evelio, con mi amigo Federico y con mi cuñada María Antonieta en el Parque Nacional Tapantí - Macizo de la Muerte, cuando iba caminando por el bosque, temprano en la mañana, lo oí cantar de nuevo.
Era un canto bellísimo.
Ese canto me acompañó un buen trecho por el bosque.
Me sentí muy feliz y vinieron a mi mente todos estos recuerdos.
Esa mañana, en medio del bosque verde, escuché de nuevo el canto del jilguero campana…



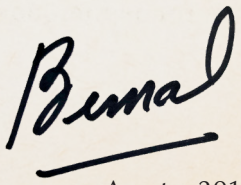
Junio, 2017.

La maestra.

Por aquellos días transcurría el principio de la segunda mitad del siglo veinte.
Yo entonces tenía dieciocho años de edad y estudiaba en la Universidad de Costa Rica la carrera de ingeniería eléctrica, en la cual me iba muy bien en todo sentido.
Yo por entonces no tenía novia, pero era muy buen amigo de doña Siria, una bonita vecina del mismo barrio.
Ella era una maestra de unos treinta y cuatro o treinta y cinco años, que daba clases en una escuela de Guadalupe, uno de las barriadas que se habían ido poblando en las afueras de la ciudad de San José.
Doña Siria acostumbraba visitar mucho a mi madre, y ahí habíamos empezado una linda relación basada, al principio, en bromas y juegos. Esto porque ella era una mujer simpática a la que le gustaba mucho bromear y reír a grandes carcajadas.
A veces nosotros íbamos a la casa de ella y ahí permanecíamos largas jornadas plenas de conversación, bromas, chistes y risería, conversando ella principalmente con mi madre de todo tipo de temas y contándose todos los detalles de las cosas que ocurrían a diario en el barrio.
En otras ocasiones ella me invitaba a tomar café en su casa, cuando sus hijos andaban en la escuela por las tardes. Esos eran ratos muy agradables y entretenidos, en los que hablábamos de todo tipo de cosas, yo principalmente de vivencias en la universidad y ella, casi siempre, de sus experiencias en la escuela donde daba clases.
Nos sentábamos en la mesa del comedor de la cocina de su casa, con una taza de café y bocadillos que ella misma preparaba para comer mientras charlábamos.
De esa manera llegó una ocasión en que Doña Siria me contó que, uno de esos días en que estaba dando lecciones, cuando se sentó en su escritorio mientras esperaba que los niños terminaran una composición que les había pedido, casi por casualidad, se dio cuenta de que un niño de apellido Fernández, le miraba insistentemente las piernas.
Ella sabía que tenía piernas muy bonitas, por lo que normalmente vestía con enaguas o vestidos un poco cortos, un par de dedos por encima de las rodillas.
Además, se ponía una especie de fajilla para sujetar con ella las medias de nylon que vestía normalmente, lo que la hacía lucir más excitante y sensual que si no se pusiera medias del todo.
El escritorio no tenía cobertura por el frente, por lo que al sentarse sus piernas quedaban a la vista de los niños. Sospechaba que algo de eso pudiera prestarse para que un niño más despabilado que los demás, pudiera verla sin que nada le estorbara.
Al principio ella se preocupó por lo que estaba ocurriendo, pero pasados unos minutos, empezó a notar que Fernández la observaba con disimulo, pero con insistencia, con mucho temor de ser descubierto.
Entonces decidió facilitarle las cosas al muchacho y, aparentando no haberse dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, se movió hacia un lado para que su enagua se le subiera bastante al cruzar las piernas y se pudieran ver las ligas de la fajilla que sujetaban sus medias.
Al ver que el niño continuaba mirando, cruzó las piernas varias veces, despacio y con disimulo, para que el muchacho pudiera verla bien y disfrutara del momento.
Fernández entonces no le quitaba la mirada de encima, con los ojos muy abiertos mirando aquel espectáculo tan bonito. Así estuvo por algunos instantes muy excitantes, para luego desviar su mirada hacia el cuaderno en el que estaba escribiendo la composición.
Luego de unos dos o tres minutos muy emocionantes, se levantó entonces de su escritorio, y lentamente, como si nada hubiera ocurrido, se fue caminando hacia la puerta abierta del aula para ver si alguien pudiera haber visto aquellos momentos tan significativos.
Doña Siria se sentía bien por lo que había ocurrido, se sentía bonita y deseada.
De todas maneras ella siempre se había sentido atractiva y seductora.
Por un momento ella sintió un poco de temor de que la pudieran haber observado jugando el juego con Fernández, pues la directora de la escuela acostumbraba pasearse lentamente por los corredores, observando a sus maestros dar lecciones.
Pero no, no había ninguna persona por ahí. Nadie los había visto.
En la escuela se exigía a los maestros y maestras que, preferiblemente, mantuvieran abierta la puerta del aula mientras daban lecciones, para facilitar de esa manera el seguimiento y control del ambiente que se desarrollaba durante las clases.
En los días siguientes, doña Siria no tuvo oportunidad de mostrarse a Fernández, pero sí decidió que en lo sucesivo estaría atenta a situaciones en que ella pudiera participar en esos juegos con el muchacho.
Así entonces se preparó para aprovechar momentos en que situaciones de esas se pudieran suscitar, pues en realidad le había gustado la experiencia de ese día.

Pasaron varias semanas en que yo tuve muy poco tiempo libre, pues debía estudiar mucho porque estaba en época de exámenes parciales.
Durante esos días no pude ni ver ni conversar con Doña Siria. Ella tampoco llegó a nuestra casa a hacer visita.
Corría el mes de setiembre y, un día como a las doce y media en que regresaba a mi casa a la salida de la universidad, me la encontré en el autobús.
Nos vinimos hablando un poco y me invitó a ir a su casa ese mismo día en la tarde, a lo que accedí porque no tenía mucho que estudiar.
Hablamos de todo un poco y, entre otras cosas, me contó que una tarde en que estaba dando clases, puso a los niños a leer un texto de un libro que ella llevaba a la clase para que ellos leyeran una vez por semana, uno por uno, en voz alta, mientras los demás escuchaban.
Eso les permitía practicar la lectura propiamente dicha, y además aguzar su comprensión del texto leído, ya que ella cada uno o dos minutos, les preguntaba a algunos niños, escogidos al azar, por las cosas que se iban desarrollando en el texto que algún compañero estaba leyendo.
Como ella sabía que ese día harían esa dinámica, se puso una enagua más corta que lo habitual, de un color amarillo claro y unos zapatos de tacón alto.
Ella, cuando estaba dando clases, se quitaba los zapatos de tacón alto y se ponía unos muy suaves y de tacón muy bajo, esto para estar más cómoda y descansar los pies.
Esa tarde se dejó puestos los zapatos de tacón alto y cerró la puerta del aula.
Cuando empezó la dinámica, al principio estuvo de pie al lado del escritorio, pero luego se sentó.
Inmediatamente el niño Fernández empezó a mirarla con disimulo aparentando falta de interés.
Entonces Doña Siria cruzó las piernas, al principio con cierta prudencia pero, pasados algunos minutos, con la clara y expresa intención de que él pudiera ver prácticamente lo que quisiera.
El muchacho empezó a moverse en su silla nerviosamente y a mirar cada vez con mayor interés y con menos disimulo.
Sabía que él le estaba viendo con suma facilidad su ropa interior, pero ella disfrutaba ser la actriz principal de aquella función.
Se sentía audaz y atrevida. Además se sentía el centro de la atención de aquel muchacho.
Ese era un momento que tanto él como su maestra, estaban viviendo con la mayor intensidad.
Así pasaron unos quince o veinte minutos, al cabo de los cuales, la dinámica terminó.
Abrió la puerta del aula y se cambió los zapatos.
Recogió el libro y continuó dando la clase de la manera más natural.
Sentados en la mesa del comedor de su casa aquella tarde de setiembre, sentí un gran deseo de abrazarla, besarla y tocarla, pero en verdad me daba mucho miedo de que ella me acusara con mi mamá y con mi papá, por lo que terminada su historia, conversamos un rato más y luego me fui para mi casa.
El resto del mes llovió mucho. Casi todos los días, mañana y tarde.
Por esas semanas todo fue ir a la universidad y estudiar en mi casa. No daban ganas de salir. Todo estaba húmedo y frío.
Cuando llegó el mes de octubre el tiempo, en vez de mejorar, empeoró bastante, por lo que no pude ver a Doña Siria, menos aún, conversar con ella.
En los primeros días de noviembre llegó de visita a nuestra casa y, mientras conversaba con mi mamá, me invitó a su casa esa misma tarde.
Yo fui de buena gana, pues estaba cada vez más interesado en, si me armaba de valor suficiente, tomarle la mano y quizás hasta darle un beso.
Cuando llegué a su casa nos sentamos en el comedor como hacíamos habitualmente, y luego de charlar un rato y tomar café con pastelillos, pasó a contarme un evento más que había vivido en la escuela con el niño Fernández.
Para esa ocasión ella decidió dar un paso más arriesgado.
Como ella cosía su propia ropa, a menudo vestía unos arreglos que consistían en una enagua pegada al cuerpo, una blusa de botones al frente, y una especie de saco muy bonito al que ella llamaba blazer.
De esos arreglos tenía varios, de diferentes colores, pero con cortes muy similares.
Este saco podía cerrarse por el frente con sólo aplicar el cierre con los botones que para eso estaban dispuestos.
Para ese día ella había planeado revisar los cuadernos de vida de algunos estudiantes que ella escogería al azar.
Llegó a la escuela con uno de aquellos arreglos tan bonitos de color verde muy claro, con el blazer cerrado por el frente, con una amplia blusa de botones, pero sin sostén.
Como el blazer iba cerrado, no se notaba nada.
Se puso también unos lindos zapatos de tacón alto.
Llegado el momento cerró la puerta del aula, les puso a los niños unos ejercicios

de matemáticas y, mientras ellos los resolvían, ella los iba llamando a su escritorio, uno por uno, para revisarles el cuaderno de vida.
Se quitó el blazer y se desabotonó bastante la blusa.
Cuando le tocó el turno a Fernández, lo llamó e hizo que él se parara al frente del escritorio, pero al revisarle el cuaderno ella se puso de pie y se inclinó hacia adelante, de tal forma que su blusa de tela suave cayó un poco y, como estaba bastante desabotonada, dejó al descubierto sus pechos, que sólo podía ver Fernández.
El niño se quedó como bobo, mirando aquella imagen tan atractiva.
Por algunos minutos ella le revisó el cuaderno, mirando de reojo como el muchacho no le quitaba los ojos de sus pechos blancos.
De vez en cuando le hacía alguna observación, y se volvía a inclinar hacia adelante, para que él pudiera verla sin problemas.
Disfrutó mucho aquellos momentos tan especiales, sintiendo como el niño la miraba extasiado.
Se movía a propósito para facilitarle a él aquella visión inolvidable de sus pechos blancos y turgentes.
Sus pezones eran rosados, como los lirios de mayo.
Luego de unos tres minutos, lo miró con mirada pícara y le devolvió el cuaderno.
Disimuladamente se abotonó la blusa, se puso el blazer y continuó revisando los cuadernos de otros niños de la clase.
La función había terminado.
Luego, cuando hubo revisado un buen número de cuadernos, se levantó, abrió la puerta del aula y continuó la lección de ese día.
Yo me quedé mirándola con bastante inseguridad, extendí mi mano a través de la mesa, y tomé una de las suyas.
Ella no se molestó, me miró con ternura y me dijo, -abráceme, que tengo frío…-.
Nos abrazamos con cierta timidez y luego, armándome de mucho valor, la besé en la boca…



Agosto, 2017.

Las ligas.

Hoy, muchos años después de que eso ocurriera, recuerdo la tarde en que le di un beso en la boca a Doña Siria, mi amiga maestra de una escuela de educación primaria, luego de que me describiera una de las funciones que ella le daba a un niño, alumno suyo en la escuela, de apellido Fernández.

En realidad, varias veces me había contado que al muchacho le gustaba verle las piernas cuando ella estaba sentada en su escritorio.

Esto lo hacía porque se lo facilitaba la posición en que él se sentaba en el aula, lo que lo hacía quedar directamente frente al escritorio de ella.

Ella jugaba el juego con el niño, poniéndose ropa clara y ceñida al cuerpo, con la enagua lo suficientemente corta como para que se le subiera bastante al sentarse. De esa manera, y cruzando ella las piernas con aparente descuido, él podría verla casi tanto como quisiera.

En aquellos años me contó que eso los excitaba mucho, tanto a ella como al muchacho.

Me dijo que le gustaba mucho hacerlo así, por lo que se había convertido aquello en un juego que practicaban, ella y el niño, cada vez que se daba alguna oportunidad.

A esos juegos, ella les llamaba funciones.

Esa tarde le tomé las manos al despedirme y la besé en la boca. Lo recuerdo muy bien.

En esa ocasión, serían ya como las cinco, y sus hijos andaban en la escuela. Aún no habían llegado a la casa, aunque ya era hora de que lo hicieran, pues salían de clase a las cuatro y treinta. Ella había dado clases en la escuela en donde trabajaba, pero en el horario de la mañana.

Se quedó parada en la puerta de su casa mientras yo me retiraba, fijando en mí su mirada pícara mientras me sonreía de manera muy coqueta.

¡Qué tentación…!, me dijo cuando yo me estaba retirando, mientras seguía sonriendo de manera muy maliciosa.

Doña Siria era delgada, de un color blanco cobrizo, de estatura normal, simpática y muy agraciada.

Además, siempre andaba bien arreglada y con sus labios bien pintados.

Por esos días ella tendría unos treinta y cuatro años de edad.

Sin ninguna duda, ella a mí me gustaba mucho.

Luego de que se diera esa situación, casi no nos vimos.

Pasaron muchos días en que no pude ni siquiera saludarla, porque no se dio ninguna oportunidad para hacerlo.

Yo busqué algunas excusas para provocar alguna coyuntura en que pudiera verla, pero ella siempre andaba con sus hijos o con su esposo, lo que impedía que yo pudiera saludarla, y mucho menos conversar con ella como hubiéramos querido.

Pasadas unas semanas, un día al regresar a mi casa como a las tres de la tarde, me la encontré hablando con mi mamá en la sala.

Algo le estaba contando, y hablaba haciendo grandes ademanes con los brazos, mientras reía a carcajadas.

Doña Siria lucía un vestido de color verde, de una sola pieza, pegado al cuerpo, sin mangas y bastante corto. No llevaba puestas medias ni sostén, lo que la hacía ver atrevida, insinuante y seductora.

Yo las saludé como lo he hecho siempre, y continué mi camino hacia mi habitación.

Me sentía bastante turbado, por lo que pasé y me retiré de prisa y casi sin volverlas a ver, excepto a Doña Siria, pues ese día lucía muy apetecible para cualquier varón.

Pasados unos treinta minutos, mi madre y ella me llamaron pues iban a tomar café, por lo que dejé de hacer lo que estaba haciendo para unirme a ellas en la mesa del comedor.

Ahí estuvimos hablando un rato mientras tomábamos café con tortillas de maíz con queso Turrialba.

No recuerdo bien la razón por la que mi mamá se tuvo que retirar, pero el asunto es que se fue a hacer algo en una de las habitaciones del fondo de nuestra casa.

Nos dijo que se uniría a nosotros nuevamente algo así como una hora después.

Yo me quedé conversando con Doña Siria, siempre sentados en la mesa del comedor.

Entonces, aprovechando que nadie nos estaba oyendo, me relató una de sus últimas funciones que le había dado al niño Fernández en la escuela.

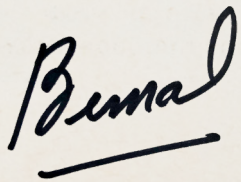
Empezó a contarme que, desde hacía ya varios días, cuando los niños salían a recreo de diez minutos, el niño Fernández se quedaba dentro del aula con la excusa de que estaba dibujando.

Ella salía despacio a la puerta del aula para ver si alguien podría estarlos viendo, y al ver que no había ningún riesgo, cerraba disimuladamente la puerta dejándola entreabierta.

Se sentaba en su escritorio a simular que estaba revisando algo, aparentando que no se daba cuenta de que el muchacho la estaba observando, pero sentándose de tal manera que el niño pudiera verle los muslos y su ropa interior sin ningún problema.
Eso tardaba unos tres o cuatro minutos, y cuando ella calculaba que ya era tiempo, se levantaba del escritorio, abría la puerta del aula, y un par de minutos después, sonaba el timbre que indicaba que el recreo había terminado.
Entonces llamaba a los demás niños para que regresaran al aula y así poder empezar y continuar con la clase.
Ese mismo día, al llegar la hora del siguiente recreo, éste de quince minutos, el niño Fernández se volvía a quedar en el aula, siempre con la excusa de que estaba dibujando.
Entonces ella ideó una situación un poco más excitante y arriesgada.
Desde hacía unas seis semanas, al llegar el recreo de diez minutos, ella empezó a quitarse las medias, simulando que no se estaba percatando de que el niño estaba atento sin perder ningún detalle.
Para esto, ella iba a la escuela con las medias sostenidas en su lugar por unas ligas de un tejido elástico que se apretaban contra la carne de sus muslos.
Al llegar la hora del recreo, como de costumbre, cerraba la puerta del aula, y se sentaba a darle la función al muchacho.
Pero esta vez lo hacía quitándose las medias y enseñándole las piernas al niño que la miraba interesadísimo y excitadísimo.
Se las quitaba despacio, de una manera muy ceremoniosa, bajándose las ligas con mucho cuidado para no dañar las medias, actuando como si el muchacho no la estuviera viendo. Ella actuaba muy seria, manteniendo su mirada fija en sus pies, sus pantorrillas y sus muslos.
Sentada en su escritorio, se subía la enagua hasta que ésta pegaba con la silla, con sus zapatos de tacón alto puestos a un lado, mostrándole al niño sus piernas bonitas, blancas y provocativas.
Ponía las ligas sobre su escritorio, y despaciosamente se frotaba los muslos para borrar las marcas que éstas le habían dejado.
Luego guardaba las medias en su cartera, aparentando que no se había dado cuenta de que el muchacho había estado disfrutando aquella bellísima función.
Se paraba de su escritorio, abría la puerta, se cercioraba de que nadie los hubiera visto, y esperaba a que sonara el timbre que indicaba que el recreo había terminado.

Durante la clase siguiente todo transcurría con total normalidad, como si nada hubiera ocurrido. De hecho, los demás niños no se daban cuenta de los juegos de su maestra con su compañero de clase.
Lo que sí notaba Doña Siria es que Fernández la miraba con el rostro muy serio, y como temeroso de algo. Ella le correspondía con miradas llenas de ternura, de complicidad y de comprensión, así como con sonrisas maternales y delicadas.
Cuando llegaba el siguiente recreo, éste de quince minutos, ella se volvía poner las medias que se había quitado el receso anterior.
Para esto, como era su costumbre, se percataba de que no anduviera por ahí la directora u otra maestra, cerraba la puerta del aula, y se iba a sentar a su escritorio.
Como era ya habitual, ahí estaba Fernández concentrado dibujando, con la mirada fija en el papel, pero mirando frecuente e insistentemente a su maestra que empezaba a hacer su función.
Ella sacaba las medias de su cartera, y empezaba a ponérselas, lentamente, para que el niño disfrutara de aquel espectáculo tan excitante, emocionante y llamativo.
Con esmero se colocaba las ligas bien apretadas contra la parte superior de sus muslos, proceso para el cual se tomaba todo su tiempo, pues el recreo era de quince minutos.
Pero, como ella lo había planeado de antemano, ahora lo hacía incluso poniéndose de pie, con la enagua recogida hasta la cintura, por lo que Fernández podía disfrutar de una vista completa de la mitad del cuerpo de ella prácticamente sin ropa.
En esos días especiales de función, ella se ponía unos calzones que eran muy pequeños y tan delgados, que eran transparentes dejando todo a la vista del observador. Así entonces, el muchacho la veía prácticamente desnuda, de la cintura para abajo, sin que quedara nada oculto.
Ella, de pie frente al escritorio, giraba sobre sí misma, como mirando que las medias le hubieran quedado bien puestas, fijas en su lugar por las ligas elásticas que las sujetaban en la parte superior de los muslos.
Me contó que eso lo hacía para que el muchacho la pudiera ver completamente, que era lo que a ella le gustaba disfrutar.
La función se transformaba, para el niño Fernández, en un espectáculo bellísimo e inolvidable.
Como este recreo era más largo, ella tenía tiempo para hacer una actuación

mucho más atrevida, despaciosa y excitante.
Cuando ya había terminado, Doña Siria se volvía a bajar la enagua, se ordenaba cualquier cosa que hubiera quedado fuera de lugar, se levantaba y se iba a abrir la puerta, fingiendo que ni siquiera se había dado cuenta de que Fernández la estuvo mirando todo ese tiempo.
Al final de la misma, el niño quedaba muy excitado, por lo que ella notaba que casi no ponía atención en el resto de la materia que se veía en la clase de ese día.
Ella lo entendía, y lo disimulaba.
Le corregía sus exámenes y sus cuadernos con mucho menos rigurosidad, que la que empleaba con los demás compañeros del aula.
Cuando terminó de contarme esta historia, ya era un poco tarde.
Al poco rato mi madre regresó al comedor de la casa, y entonces nos fuimos a sentar en los sillones de la sala.
Doña Siria cambió de tema, conversamos un rato más, y luego ella se fue para su casa.
Al salir, aprovechando un descuido de mi madre, se volvió y me dio un beso muy rápido en la boca.
Pasé pensando en eso el resto de la jornada, a la espera de que surgiera la oportunidad de encontrarme con ella de nuevo.
Yo tenía muchas ganas de verla, pero no fue posible.
Estuve sumamente ocupado preparando tareas y exámenes, y ella posiblemente en los quehaceres de su casa, y yendo a trabajar todos los días.
Así pasaron unas dos o tres semanas, período en que no pude verla del todo.
Casi sin darme cuenta llegó el mes de noviembre, y con él los vientos fríos de fin de año, junto con la época de prepararse para los exámenes finales.
Por dicha logré aprobar todas las materias que llevaba ese semestre en la universidad, y ya a mediados del mes de diciembre, estaba libre, tranquilo y desocupado.
Lo mismo ocurría con Doña Siria, puesto que el período anual en el cual debía de dar clases, ya había terminado, lo mismo que los actos de graduación de fin de año.
Un día viernes, por ahí del doce o quince de diciembre, como a las cuatro y media de la tarde, llegó ella a nuestra casa. Siempre alegre y riendo ruidosamente.
Le contó a mi madre y a mi padre, que ese día por la mañana, su esposo y sus hijos se habían ido a visitar un pariente de él allá por Siquirres, a un pueblito cuyo nombre no recuerdo bien.
Ella entonces debía dormir sola en su casa esa noche del viernes y la noche del sábado, y eso le daba miedo, porque la verdad era que a ella le provocaba aprensión dormir en la casa sin su familia, cosa a la que no estaba acostumbrada.
Le pidió a mi padre y a mi madre, que me autorizaran dormir en su casa esas dos noches, en la habitación de uno de sus hijos.
Ella les dijo que, esa noche y la del sábado, me invitaría a cenar en su casa, luego conversaríamos y veríamos televisión un rato, para luego irnos a dormir.
Aclaró que había consultado este asunto con su esposo, y que él la apoyaba plenamente.
Papá y mamá accedieron de buena gana, y no opusieron ninguna objeción a la idea.
Doña Siria les agradeció mucho el favor que nuestra familia le haría a ella, y salió de nuestra casa, pues tenía que ir a prepararlo todo para recibirme esa misma noche.
Al salir me dijo que me esperaría a las seis y media, para que cenáramos juntos.
A esa hora llegué a su casa. Llevaba mi ropa y mis cosas en un maletín deportivo.
Ella me recibió con una acogedora sonrisa y me hizo pasar adelante…
Vestía un lindo vestido color amarillo claro, ajustado a las curvas de su cuerpo, bastante corto, lo suficiente para dejar ver sus llamativas piernas blancas, que se veían aún mejor gracias a sus zapatos de tacón alto que lucía esa noche.
Yo me quedé extasiado mirándola. Estaba lindísima. Pude ver que no tenía puestas las medias y además noté que no andaba sostén.
Lucía su pelo suelto, que le llegaba hasta los hombros, bien peinado, pero todavía húmedo pues se notaba que acababa de bañarse.
Olía a perfume, y llevaba sus labios pintados de color rojo oscuro.
Se notaba contenta y descansada.
La casa estaba bien iluminada y olía a comida recién cocinada.
Cerró la puerta, se volvió hacia mí, y nos tomamos de las manos…
Entonces nos besamos…
Miré hacia dentro, desde la sala de la casa…, y noté que la mesa ya estaba puesta…



Noviembre, 2019.

En el bus.

Yo ingresé a la Universidad de Costa Rica en 1968. Mi idea siempre fue estudiar algunas de las ingenierías que ofrecía ese centro de estudios, pues siempre me han gustado la física y las matemáticas.

Yo terminé inclinándome por la carrera de ingeniería eléctrica, en la cual me graduaría en diciembre de 1972, es decir, cinco años después de haberla iniciado.

Esta historia se desarrolla en setiembre de 1968, cuando cursaba el primer año de la carrera antes mencionada. Por esos días yo estaba llevando lo que se llamaba las generales, constituidas por castellano, historia y filosofía. Además había matriculado artes plásticas, actividad deportiva, fundamentos de biología, química Q-101, cálculo 1 y física general 1.

Esa mañana de setiembre estuve en clases en la Escuela de Física y Matemáticas. Acababa de cumplir, en el mes de agosto, los dieciocho años de edad.

Había salido de clases de cálculo 1 a las 11:50, y venía para mi casa. Tenía muchísima hambre y me apuré a tomar el bus que me llevaría desde San Pedro, sitio en que está situada la Universidad, hasta el centro de la ciudad.

Por esos días, mi familia y yo vivíamos en un barrio de San José que se llama Barrio Córdoba, situado en la parte este del centro de la capital.

Cerca del centro tomé el bus de Quesada Durán, concretamente en una librería que se llamaba Panamericana, a una cuadra al sur de la Iglesia La Soledad, en el extremo norte del Paseo de los Estudiantes.

Me parece que la gente estaba ansiosa por llegar a su destino, pues era muy frecuente que empezara a llover a esa hora. Los aguaceros eran fuertes y prolongados, por lo que todos deseábamos que el bus avanzara rápido para llegar a nuestras casas antes de que empezara la lluvia.

Ahí, en la Librería Panamericana estuve parado unos cinco o diez minutos esperando el camión, hasta que lo divisé a lo lejos. Era inconfundible su color gris con rayas rojas. Era un bus ñato y ruidoso.

Una cosa rara era que los pasajeros siempre llevaban las ventanas del bus cerradas. No sé por qué se daba esa situación, pero la verdad era que el interior de los buses era caluroso y mal ventilado.

Ese día no fue la excepción.

Cuando llegó a la parada noté que venía muy lleno de gente. Con el bulto de mis libros y cuadernos en la mano, subí como pude no sin cierta dificultad, y me paré en el pasillo tomado de la barra instalada a todo lo largo del techo del bus.

A mi lado, agarrada de la parte posterior de uno de los asientos del bus, se situó una mujer bonita y delgada de unos treinta y cinco años, que evidentemente regresaba de su trabajo a su casa, en la hora de almuerzo.

Era más o menos de mi misma estatura, o tal vez un poco más baja que yo.

Me llamó la atención que su piel era como de color dorado, ni blanca ni morena, sino de ese color tan bonito que, de manera natural, poseen algunas personas.

Su pelo corto era de color claro, ordenado en forma de una trenza que llevaba muy coqueta y que colgaba apoyada en su espalda.

Lucía un vestido verde claro, de una sola pieza, desde los hombros hasta poco más arriba de las rodillas. Sin mangas y con un escote generoso a la vista de los demás.

Ahí, parada a mi lado, su hombro izquierdo estaba en pleno contacto con mi hombro derecho, mientras con su mano izquierda se agarraba de la parte posterior de uno de los asientos para no perder el equilibrio con los movimientos del bus.

Me llegaba un delicioso olor a perfume de mujer, mientras disimuladamente yo miraba de reojo su cara bonita y bien pintada.

A unos doscientos metros de la Librería Panamericana, el bus se detuvo en la siguiente parada y el chofer empezó a gritar, un tanto malhumorado, que por favor formáramos doble fila en el pasillo para que cupiéramos todos.

Tanto vociferó el conductor que todos le hicimos caso, en cuenta la mujer bonita que estaba a mi lado. Se movió y se colocó detrás de mí, dándome la espalda.

Esto para obedecer las instrucciones y formar la doble fila que pedía aquel malhumorado hombre.

Así quedé, en medio de la aglomeración de pasajeros, en el pasillo del bus, colocado con ella, espalda con espalda.

El ambiente era muy pesado, caluroso y sin ninguna circulación de aire fresco.

En medio de aquella incomodidad, empecé a sentir, recostado contra el mío, el bello cuerpo de aquella mujer perfecta.

Lo sentía caliente y firme, de formas deliciosas, rozándose contra mí con el vaivén que se daba con cada uno de los movimientos del bus.

Yo inmediatamente traté de moverme para evitar el contacto, pero era imposible.

En realidad en el bus no cabía ya ninguna persona más, por lo que los pasajeros no podíamos movernos, pienso que ni un centímetro.
Temía que de pronto aquella mujer tan bonita hiciera un escándalo, diciendo que yo la estaba tocando contra su voluntad.
No me atrevía a volverla a ver, por temor a que me fuera a dar una bofetada por mi atrevimiento y mi falta de educación y de consideración.
Pero, pese a todo, el bus seguía su carrera, moviéndose de un lado para otro, frenando a veces sí y a veces no.
Con cada uno de estos movimientos nuestros cuerpos se rozaban intensamente, tanto, que pienso que yo podría describir ahora cada una de sus delicadas curvas, con todo tipo de detalle.
En realidad yo estaba disfrutando aquella situación tan especial, aunque, como antes dije, preocupado pensando que aquello terminara en un mal rato con esa dama tan bonita y delicada.
Cuando pasamos frente a Plaza Víquez, el bus se detuvo frente al gimnasio del Liceo de Costa Rica.
Algunas personas trataron de subir, pero era imposible. No pudieron. Ya no cabía ni una sola persona más.
Pero, para mi sorpresa, pese a que el bus estaba detenido, pude sentir a la señora moviéndose de una manera apenas perceptible, rozando su cuerpo contra el mío.
Lo hacía sin que nadie lo notara.
Me armé de valor y, en un alarde de osadía arriesgadísima, le correspondí con mucho disimulo, sin que nadie se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo entre nosotros en la aglomeración del pasillo del bus.
Así pasaron algunos segundos hasta que, para mi desdicha, el bus volvió a arrancar, y rápidamente se desplazó en torno a la Plaza Víquez.
Al llegar a la Ferretería El Pipiolo, al dar la curva hacia el sur tuve, una vez más, la inolvidable oportunidad de sentir el cuerpo de la mujer plenamente en contacto con el mío.
Aquella sensación, igual que las demás, son cosas que nunca pude olvidar.
Unos doscientos metros después, al llegar a la Cantina La Vereda, el bus se detuvo para hacer una de sus paradas.

Ahí se bajó del bus la mujer.
Yo traté de volver mi cabeza para verla, pero me dio miedo que me fuera a hacer algún gesto de desaprobación o por temor a que me fuera a regañar por mi atrevimiento.
Sólo recuerdo que antes de bajarse, volvió su cabeza, me miró sonriente y me dijo, -¡hasta luego…!.
Yo ni siquiera pude responder…
Nunca más la volví a ver…

Bernal

Abril, 2017.

Jacinto Panadero.

Por aquellos años de finales de los años cincuenta o inicios de los años sesenta del siglo XX, Barrio La Cruz estaba poblado por gente de clase media.
Sus casas eran pequeñas, de madera, acogedoras y bonitas.
El barrio estaba cruzado por una calle principal, de la cual salían otras de menor importancia hacia el este y hacia el oeste. Hacia el sur el barrio se extendía hasta el Colegio Seminario, y hacia el norte, hasta la Plaza González Víquez.
No había vecinos ricos. Todos eran personas trabajadoras que tenían su oficio con el cual se ganaban la vida modestamente.
En ese barrio vivía la familia de Jacinto Panadero. La casa no era ni pequeña ni grande, pero sí era bonita y acogedora.
Estaba construida de madera pintada de amarillo con café. Tenía un pequeño corredor por el frente y no tenía cochera. De todos modos la familia no tenía carro.
En ella existían cuatro habitaciones pequeñas, dos baños, una sala comedor también de dimensiones reducidas y un cuarto diminuto como para empleada de la casa, que en este caso estaba ocupado por chunches viejos, ya que ellos no requerían a nadie que les ayudara.
La puerta de la casa daba al pequeño corredor, y éste a su vez directamente a la acera.
En esta casa vivían Jacinto y su hermana mayor con sus padres. También vivían su tía, su esposo y su hija, prima de Jacinto y más o menos de la misma edad. En total la habitaban siete personas, que convivían en espacios realmente reducidos pues, como antes dije, la casa era apenas de tamaño mediano.
El papá de Jacinto era un hombre que trabajaba en una oficina del gobierno. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, con educación secundaria, bastante callado, educado y respetuoso. Su madre, de cuarenta años, era la típica ama de casa que dedicaba todo su esfuerzo a la familia. Su hermana, un año mayor que Jacinto, estudiaba en el Colegio Superior de Señoritas.
Su tía, hermana menor de su madre tenía, por aquella época, unos treinta y cinco años y era la más delgada y bonita de la familia. Se había casado con un hombre de Heredia de unos cuarenta y cinco años que trabajaba en un negocio grande situado en el centro de San José. Tenían una hija que también estudiaba en el Colegio Superior de Señoritas y que era de edad similar a la de Jacinto.

Su madre y su tía eran mujeres bonitas. Eran gente delgada y blanca, de mediana estatura, con el pelo un poco rubio de natural y de ojos claros. A ellas habían salido Jacinto y su hermana, que también eran blancos, de ojos grises y un poco rubios.
Jacinto era un muchacho de estatura normal para su edad, trece años, con pelo un tanto amarillento, de ojos claros y delgado como su madre. Era un excelente deportista que practicaba sobretodo basquetbol. Le iba bien en los exámenes y sus notas eran buenas sin ser sobresalientes. Se trataba de un joven fuerte e inteligente que cursaba por esos días el primer año de colegio.
Yo lo conocí a finales de los años cincuenta o inicios de los años sesenta, cuando ambos ingresamos al Liceo de Costa Rica y, de pura casualidad, coincidimos en la misma sección.
Fuimos compañeros de clase hasta quinto año, momento en que ambos nos graduamos. Luego cogimos caminos diferentes, yo entré a la universidad y a él no volví a verlo más.
Era de apellido Panadero, un apellido de origen español según algunos compañeros de clase. En realidad, yo nunca supe de dónde había cogido ese apellido tan diferente a los demás apellidos costarricenses. Tal vez porque nunca me interesé en averiguarlo.
A modo de expresión de simpatía, algunos le llamaban a veces Chinto, o Chintico, como a veces le llamaba su tía cuando quería expresarle su cariño y aprecio.
Entre una y otra conversación en el Liceo, con los demás compañeros de clase, Jacinto nos contó una serie de historias, que se dieron en su casa, y que quedaron grabadas en mi mente para siempre.
En este cuento trataré de narrarlas, tal y como él nos las contó, sin hacerles cambios, para aquellos lectores o lectoras que pudieran estar interesados o interesadas en conocerlas, o que simplemente les gustaran y decidieran leerlas.
Continuando con el desarrollo de este cuento, explicaré otros detalles que me parece importante mencionar para que el lector obtenga una mejor comprensión del texto.
Su tía, además de delgada y bonita, era muy simpática y conversadora.
Se trataba de una mujer muy atractiva, sobre todo cuando se ponía unos vestidos de hilo que le quedaban bastante cortos. Siempre andaba el pelo suelto hasta poco más arriba de los hombros y la cara bien pintada.
Hacía amistad con facilidad con otras personas, incluso con los compañeros de Jacinto y con las amigas que él tenía en el barrio y, a través de su hermana, en el

Colegio Superior de Señoritas.
En todo era muy parecida a su hermana, la mamá de Jacinto.
Ella había obtenido el grado de bachiller en ciencias y letras en ese mismo colegio y era muy aficionada a la lectura de libros, revistas y periódicos.
Se dedicaba a labores de la casa, cosa que hacía muy bien y con gran esmero.
Era una excelente cocinera, o al menos eso decían todos en la casa.
La vida en la casa, aparentemente fácil, no lo era tanto. En verdad, siete personas eran muchas para el tamaño del inmueble.
Casi siempre, sobre todo después de las cuatro o cinco de la tarde, coincidían todos en el mismo lugar.
Mientras su madre y su tía cocinaban en la cocina, las muchachas y Jacinto estaban estudiando en la sala comedor.
Más tarde llegaban el papá de Jacinto y el esposo de su tía, ocupaban también la sala comedor para ver televisión o leer el periódico, y aquello se transformaba en un lugar atestado de gente.
Aunque nunca se peleaban entre ellos, era claro que, de no ser el carácter alegre, jovial y tranquilo de la familia en general, bien podían haberse dado muchos problemas.
Por decir algo, en la mañana, cuando los hombres se estaban alistando para ir a trabajar, y las muchachas y Jacinto para ir al colegio, el ambiente se ponía un poco difícil.
Por ejemplo, todos salían del baño a medio arreglarse, o simplemente sin haberse vestido del todo. Esto era especialmente problemático en el caso de las muchachas, pues a menudo aparecían semidesnudas frente a los hombres de la casa y frente a Jacinto. Lo mismo se daba cuando los hombres salían del baño en calzoncillo, a toda carrera, porque les estaba cogiendo tarde.
Situaciones de ese tipo se daban con harta frecuencia en esa propiedad en que habitaban tantas personas.
El ambiente familiar era propenso para que se dieran contactos muy estrechos entre los moradores de la casa.
Sin embargo, pese a esos inconvenientes, la familia vivía bien. El ambiente era bastante aceptable casi todo el tiempo, y en general se llevaban muy bien.
En ese medio familiar, cuando Jacinto estaba en primer año del Liceo, había venido desarrollándose una relación muy estrecha entre él y su tía, cosa que los demás miembros de la familia veían como algo normal y hasta en cierta forma deseable.
Un caso que se daba casi todas las tardes, era cuando Jacinto regresaba del Liceo como la las tres y media, entonces tomaba café con su mamá y se iba a ver televisión con su tía. Para esto se acostaban en la cama de ella.
En estas ocasiones, normalmente él vestía solamente una pantaloneta, unos zapatos deportivos y una camiseta, mientras ella lucía una blusa muy fresca y una enagua corta, con unas sandalias que se quitaba para subirse a la cama. Esto la hacía especialmente atractiva y sensual.
Mientras veían televisión en silencio, era frecuente que ella le acariciara suavemente a él el cuello y las orejas, a modo de inocente caricia.
El muchacho tomaba esto como algo normal y agradable, pero en verdad lo hacía vivir sensaciones nuevas que él nunca había experimentado antes.
En otras ocasiones, la tía introducía sus manos por debajo de la camiseta que vestía Jacinto, sólo para tocar su pecho y su espalda. Esto, aunque lo hacía sentir bien a él, también lo hacía sentir cosas extrañas pero placenteras hacia ella.
Él, a veces, pasaba largos ratos pensando en esas cosas y deseando la hora en que saldría del Liceo para ir a la casa a ver televisión con su tía.
Esto le provocaba eventos de desconcentración, ocasiones en que no ponía atención a la clase que estaba dando el profesor o la profesora, por estar con su pensamiento puesto en esas cosas.
Para Jacinto la situación se ponía un poco más difícil cuando ella le pedía que le hiciera cosquillas haciendo deslizar sus uñas por la piel de sus brazos, pantorrillas y muslos. En ocasiones él le hacía cosquillas también en la espalda y en el cuello.
Ella le decía que eso a ella le gustaba mucho y le producía sueño, pero para Jacinto era algo que lo hacía sentir esas cosas siempre nuevas y extrañas, pero muy agradables, que antes mencioné.
A veces se quedaban ahí como hasta las cinco o cinco y media de la tarde.
Para citar otro caso, se había convertido en costumbre que la tía, al sentarse, no se cuidaba de su falda, lo que resultaba en que mostraba sus muslos hasta muy arriba de la rodilla. Eso atraía mucho las miradas de Jacinto y en ocasiones no le

permitía centrarse en la materia vista en clase cuando estaba estudiando.
Lo mismo ocurría cuando la tía se cambiaba de ropa para, por ejemplo ir a dormir. Ella, sin darse cuenta, dejaba entreabierta la puerta de su cuarto y, en ocasiones, Jacinto pasaba frente a la puerta, de manera deliberada, sólo para verla cuando se estaba cambiando.
Cuando ya Jacinto estaba en segundo año del Liceo, empezó a practicar nuevos juegos con su tía.
Un día, cuando él venía saliendo del baño en calzoncillo, su tía, que iba pasando por ahí, le hizo cosquillas punzando con su dedo pulgar las costillas del muchacho. Ambos soltaron la risa y él le hizo lo mismo a ella. Entonces ella lo abrazó por detrás, como para inmovilizarlo, por lo que él echó sus manos hacia la parte posterior y la aprisionó con sus dedos muy por debajo de la cintura de ella.
Ella continuó haciéndole cosquillas mientras él le sujetaba la cintura con sus manos en torno a su cuerpo, lo que le permitía tocarle, con absoluta libertad, toda la parte inferior de la espalda.
La tía entonces lo apretaba más, haciendo muy intenso el contacto físico entre los dos, situación que les producía gran placer a ambos, por lo que el juego aumentaba cada vez más en intensidad y en confianza.
Llegó el momento en que ambos se tocaban prácticamente sin límites, por lo que, en algún momento, y jadeantes, se dejaron de acariciar.
Los dos estaban muertos de risa.
El juego había terminado. Ambos siguieron riendo y ella le dijo, -¡qué Chintico más abusivo…!-, y continuó su camino hacia su cuarto muerta de risa.
Entonces Jacinto, bastante alterado, se terminó de vestir pues durante los juegos estaba en calzoncillo, y se fue para el Liceo.
En otra ocasión, pasados unos meses, por la tarde, estando los dos juntos viendo televisión en la cama de ella, su tía empezó a acariciarle el cuello y las orejas. Jacinto, con un poco de temor, empezó a acariciarla a ella también.
Luego continuó acariciándole sus piernas y sus brazos y entonces ella hizo lo mismo con él.
En algún momento, la tía suspiró muy hondo, se volvió quedando boca abajo en la cama, con la enagua subida hasta la cintura.

Ese día Jacinto vio que el calzón de ella era muy pequeño y casi completamente transparente.
El muchacho, en un momento dado, ya no la acariciaba haciendo deslizar sus uñas por su piel, sino que lo hacía con la yema de los dedos.
Ella riendo ruidosamente le dijo, -¡qué lindo se siente…!-, y continuó riéndose.
Pasados unos minutos, Jacinto se levantó y se fue hacia el comedor porque había llegado ya su papá.
Su tía se quedó en la cama un rato más.
Así continuaron acariciándose en lo sucesivo, para disfrute de ambos cuando veían televisión.
Ya por esa época era habitual que Jacinto calculaba el momento en que su tía se estaba cambiando de ropa antes de ir a dormir, para, con cualquier excusa, pasar frente a la puerta del cuarto de ella, para verla cuando se desvestía.
Ella acostumbraba caminar por el cuarto acomodando lo que estaba en desorden, vistiendo solamente sus pequeños calzones de tela prácticamente transparente, y su sostén de encaje también transparente.
La ocasión era para él especialmente emocionante, cuando la tía, parada desnuda frente al espejo, se aplicaba durante largo rato cremas en el cuerpo para mantener la piel tersa y joven.
Esto lo hacía ella unas tres veces por semana.
Pasados varios meses, cuando Jacinto ya estaba en tercer año del Liceo, la relación entre ambos se fue tornando cada vez más intensa, superando los límites cada vez más.
En el mes de febrero, estando aún en vacaciones del colegio, un día la prima de Jacinto estaba con calentura y dolor de oído derecho.
La tía, por la tarde, la llevó a donde un doctor que atendía cerca del Hospital San Juan de Dios, quien, luego de revisarla, le recetó unas gotas que debía ponerse en ambos oídos por la mañana y por la noche, a partir de esa misma noche.
Al ser más o menos las nueve y media, la tía llamó a Jacinto para que le ayudara sosteniendo un foco para alumbrar el orificio de la oreja, mientras ella le sujetaba la cabeza a la muchacha y le ponía las dos gotas en cada oído tal y como había dicho el doctor.
Como la tía vestía una corta bata blanca de algodón con un gran escote, al

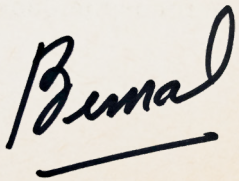
agacharse hacia la cabeza de su hija, el frente de la prenda se separaba del cuerpo y Jacinto, que le estaba alumbrando la oreja de la muchacha con el foco, podía ver a placer los dos pechos blancos y grandes de la tía.
Los pezones pequeños de color de un café muy claro, que armonizaba a la perfección con el color blanco de los pechos, lucían lindísimos bajo la luz del foco y de la luz amarillenta del bombillo incandescente del cuarto.
Aquello fue un espectáculo maravilloso e inolvidable que duró como cinco minutos, luego del cual, Jacinto casi no pudo conciliar el sueño.
Cuando finalmente logró dormirse, lo hizo pensando en su tía, aquella bellísima mujer que lo aceptaba y lo quería, que lo estimaba y lo comprendía.
Pasados unas semanas, un día domingo en que todos en la casa se levantaban tarde, Jacinto se levantó como a las siete de la mañana, se bañó, y se fue a buscar el desayuno en la cocina.
Estaba vestido con sus zapatos deportivos, una camiseta azul y una pantaloneta celeste.
Todos todavía estaban durmiendo, sólo estaba su tía en la cocina preparando el desayuno de toda la familia.
Jacinto llegó y se sentó en una mesa pequeña que había en esa estancia.
La tía lo volvió a ver y, con una gran sonrisa, le dio un saludo de buenos días.
Ella vestía sólo la bata amarilla, de amplio escote, con la que acostumbraba dormir, y que le llegaba como a una cuarta sobre la altura de las rodillas.
Estuvieron hablando unos minutos y luego le sirvió un plato con leche fría, un banano y una taza de café negro caliente.
La caja del cereal estaba en una alacena que había, a unos dos metros de altura, pegada a la pared de frente al sitio en que la tía estaba preparando lo que la familia iba a desayunar.
Cuando Jacinto se levantó y fue a coger la caja de cereal, su tía quedó entre el cuerpo de él y la alacena, dándole la espalda. Al acercarse a abrir la puerta de la alacena, de manera completamente accidental, tocó a su tía por detrás.
Esa acción los tomó a ambos por sorpresa.
Jacinto inicialmente sintió temor de haber cometido un grave error, pero inmediatamente se tranquilizó, recuperó el control, y le dijo, -¡perdón…!-, pero permaneció de pie detrás de ella.

Esto porque, como ya estaban acostumbrados a estarse tocando, él no se quitó de inmediato, sino que, con un poco de inseguridad, se quedó parado detrás de ella.
Ella tampoco se movió, sino que más bien se hizo hacia atrás para aumentar la intensidad del contacto.
Así permanecieron algunos segundos, hasta que Jacinto terminó de coger la caja de cereal y se fue a sentar a la mesa para agregarlo a la leche fría que ella le había servido en el plato.
Ella lo miró fijamente, le sonrió y con una mirada brillante y pícara le dijo, -¡Chintico, yo no sé a usted, pero a mí gustó mucho…, ojalá que se repita el próximo domingo…-, y, siempre sonriendo, siguió preparando el desayuno de la familia.
Jacinto terminó de desayunar, y como ya eran las ocho, se despidió de la tía, y se fue para Plaza González Víquez a jugar basquetbol con sus amigos.
Al domingo siguiente, día que Jacinto había esperado con una mezcla de ansia e ilusión, se levantó como de costumbre, se bañó y se fue hacia la cocina.
Ahí estaba ya su tía preparando el desayuno. Vestía de manera similar a como lo había hecho el domingo anterior, pero esta vez se había arreglado el pelo en un lindo moño que tenía ordenado con una prensa plástica de color blanco.
Además, se había bañado y pintado los labios de un color rojo oscuro que se le veía muy bonito.
Como ya ella le había servido el plato de leche fría, el banano y el café negro caliente, cuando él se sentó en la mesa le dijo, -¡Chintico, si quiere se sirve usted mismo el cereal…!-. El no esperó segunda orden se levantó y de nuevo, esta vez con toda la intención de hacerlo, al acercarse a la alacena, la tocó por detrás.
Ella se quedó quieta, por lo que Jacinto hizo presión y la empujó suavemente contra el banco de trabajo.
Ante esta acción la tía, muy seria y bien concentrada, empezó a ondular y a rozar su cuerpo contra el de él de manera lenta y casi imperceptible.
Aquello se constituyó en un momento muy bonito y excitante.
Los dos estaban muy emocionados sin intercambiar palabras, solamente disfrutando del roce de un cuerpo contra el otro, en una acción llena de dulzura que a ambos los llenaba de satisfacción.

Pasados unos segundos que parecieron eternos, ella suavemente se apartó y se le quedó mirando dulcemente.
Luego le sonrió amorosamente, y continuó trabajando en la preparación del desayuno.
Jacinto la dejó y se fue a sentar a la mesa muy excitado.
Ella entonces lo miró de manera coqueta y le dijo, -¡hoy estuvo muy lindo otra vez…!-.
Él casi no podía hablar, sólo la miraba extasiado y emocionado.
Ella estaba seria y silenciosa, como una gata relamiéndose los bigotes luego de haberse comido un suculento ratón.
Jacinto se terminó de comer el desayuno, se lavó los dientes, y salió rumbo al Liceo, pues ese día tenía un partido de basquetbol.
Pasaron varios meses y en ese lapso Jacinto y su tía no tuvieron tiempo de practicar los emocionantes juegos que a veces jugaban.
Durante semanas completas, Jacinto estaba muy concentrado estudiando toda la materia que le daban en el colegio y practicando futbol y basquetbol.
Ella, por esos días, se mostraba un poco más seria y tranquila.
Así fue hasta que llegó una noche de diciembre, día en que la tía, su esposo y su hija asistirían a una actividad de fin de curso del colegio de la muchacha.
Era un día viernes por la tarde.
Serían tal vez las seis y treinta.
La tía se estaba preparando en su cuarto y, en un momento en que toda la familia aún permanecía conversando la sobremesa en el comedor, llamó a Jacinto para que le ayudara con su vestimenta.
Al colocarse las medias elásticas color carne que luciría esa noche, éstas, por alguna razón, se le fruncían al subírselas.
Le pidió a Jacinto que, con las palmas de las manos, se las alisara desde el tobillo hasta la parte superior del muslo.
Una vez que él hiciera eso, ella las sujetaría con unas ligas elásticas sujetas a una sensual fajilla de color beige que tenía en torno a su cintura.
Él accedió encantado y tuvo la oportunidad de tocarla prácticamente cuanto quiso, en esos quizás cinco minutos en que nadie los estaba viendo.
Él quedó maravillado por la belleza de aquellas piernas blancas y tibias. Deslizar sus manos por sus pantorrillas y sus muslos se constituía en una acción que lo emocionaba tanto que casi lo hacía respirar con dificultad.
Ella a su vez, mientras él le alisaba las medias, guardaba silencio con la enagua subida casi hasta la raíz de las piernas.
Cuando terminaron la acción de ponerle las medias, por alguna razón misteriosa, terminaron abrazados frente al espejo de la cómoda del cuarto.
Jacinto le dijo, en voz muy baja, que aquello le había gustado muchísimo, a lo que ella, sonriendo y también en voz muy baja le dijo, -¡bueno, entonces que se repita…, podríamos hacerlo mañana sábado otra vez…!-.
Luego, le dio las gracias y él se retiró, excitadísimo, a acostarse un rato en su cuarto.
Los días tan bonitos de fin de año pasaron rápido.
Jacinto iba con su hermana y su prima a pasear por la noche a la avenida central de San José, o les pedían dinero a sus padres para asistir a las corridas de toros en la Plaza González Víquez. En otras ocasiones iban juntos a ver la Vuelta Ciclística a Costa Rica, una de cuyas etapas, era precisamente en la zona de esa misma plaza.
Cuando se iniciaron las clases al año siguiente, ocasión en que él cursaría el cuarto año del Liceo, él sabía que ingresaría a lo que por ese tiempo se llamaba en ese colegio años superiores.
Ya se sentía casi un adulto, sintiendo un gran deseo de ser independiente y de ser capaz de tomar sus propias decisiones.
Su relación con la tía ya no era para él como una de las partes de la crianza de un niño o de un muchacho en plena pubertad.
Como antes anoté, él se consideraba ya casi un hombre que cursaba el primero de los años superiores.
Una tarde del mes de junio, día en que llovió torrencialmente, él regresó a casa temprano. Serían tal vez las dos y treinta.
Su madre había salido a hacer algunos mandados, por lo que en la casa sólo estaba su tía.
Toda la casa estaba un poco oscura y en completo silencio.
Como llovía mucho, llegó a la casa empapado de pies a cabeza, con el uniforme del colegio completamente mojado.

Su tía le dijo que se cambiara rápido pues se iba a resfriar.
Así lo hizo él y ella se apresuró a frotarlo con unos paños pequeños mojados en agua tibia. Le pasó el paño tibio por las piernas, el pecho y la espalda, mientras casi lo obligó a ponerse unas medias gruesas y secas.
Aquel contacto con ella, y el sentir sus manos recorriendo su cuerpo, lo hicieron sentir muy excitado, por lo que cuando ella terminó de frotarlo, él debió permanecer boca abajo, pues le daba pena levantarse así como estaba.
Cuando ella se retiró de la habitación, al ir saliendo, se volvió y le dijo, -¡si está así por mí, yo me sentiría muy halagada…!-.
Y se fue caminando contenta y radiante con una gran sonrisa en la cara.
Pasadas algunas semanas de este evento, a mediados de la década de sesenta, en el mes de julio, la familia estaba reunida en el comedor por la tarde viendo por televisión el partido Brasil - Portugal por el Campeonato Mundial de Futbol que se desarrollaba en esos días en Inglaterra.
Como estaban todos en el comedor, éste estaba muy lleno de gente. Por eso, Jacinto y su tía habían decidido ver el partido en la cama en la habitación de ella.
Por alguna razón que no recuerdo, empezaron a forcejear, bromeando sobre cuál de los dos estaba más fuerte.
Reían ruidosamente, pero el resto de la familia no los escuchaba, pues estaban absortos viendo el partido de futbol.
Jacinto y la tía terminaron echándose una verdadera lucha que terminó siendo dominada por Chinto que, en medio de aquel forcejeo, terminó tocándola cuanto quiso, mientras ella hacía lo mismo con él.
Ambos estaban muy excitados, cosa que ya Jacinto no disimulaba.
Continuaron luchando unos minutos más y ella terminó sentada a horcajadas sobre él que estaba boca arriba, con la enagua subida hasta la cintura, mientras le aprisionaba fuertemente las muñecas de ambas manos.
Entonces él, jadeante y excitado, le dijo, -¡está bien, me rindo…, usted es más fuerte que yo…!-.
Ella entonces se inclinó hasta quedar con su mejilla pegada a la de él, y con una voz apenas audible le dijo, -¡la próxima vez me lo como vivo…!-, y lo besó en los labios.
Luego continuaron besándose, en silencio, mientras él le acariciaba los muslos con sus manos.
Así pasaron un rato, luego del cual, ella se levantó y, muy seria, se fue a reunir con el resto de la gente al comedor.
Ese día el partido lo ganó Portugal tres por uno.
Luego de algunas semanas de campeonato mundial de futbol, la familia decidió ir de paseo a Puntarenas. Se irían en tren sábado muy temprano para regresar domingo ya tarde por la noche.
Viajarían todos menos Jacinto quien adujo que tendría que estudiar.
Ante esa situación, su tía se ofreció para quedarse ella también para cocinarle y acompañarlo.
Todos estuvieron de acuerdo con esas ideas y, a finales del mes de agosto, hicieron el paseo.
El día del viaje, un sábado por la mañana, todos se levantaron a las cuatro de la mañana para alistarse y salir. La noche anterior habían dejado listos la ropa y los maletines.
La hora de partida del tren era a las siete de la mañana.
Ya a las seis, todos iban a pie rumbo a la estación, a la que llegaron quince minutos después, con suficiente tiempo para comprar los tiquetes y acomodarse en el vagón, escogiendo el asiento del lado de la ventana para hacer el viaje admirando los lindos paisajes que adornan el trayecto hasta Puntarenas.
Jacinto no se levantó como ellos, sino que permaneció durmiendo hasta las siete de la mañana, hora a la se levantó, se bañó y desayunó.
Luego se fue para el Liceo pues tenía partido de basquetbol, y permaneció ahí hasta que dieron las doce, ocasión en que empezó a llover. Después del juego regresó a la casa a comer el almuerzo que había preparado su tía.
Por la tarde salió a estudiar a casa de un compañero que vivía en el mismo barrio, sitio en donde estuvo como hasta las cinco de la tarde.
A la hora de la cena, en la mesa estaban sentados sólo él y su tía.
Sentados uno frente al otro, conversaron mucho mientras comían las viandas que ella había preparado.
Ahí se quedaron sentados un rato y entonces Jacinto le tomó a ella las dos manos, lo que ella aceptó de buen grado.
Al ser quizás las siete y treinta de la noche, como de costumbre, se fueron a ver

televisión al cuarto de ella.
Él se cambió de ropa y se puso una pantaloneta, una camiseta y unas medias blancas.
Ella tardó un poco alistándose, pero cuando llegó llevaba puesta una enagua blanca ancha muy corta con una blusa beige sin mangas con grandes botones rojos por el frente.
Al caminar se notaba que no llevaba puesto sostén.
Se había pintado los labios de color también rojo y se soltó el pelo rubio que le caía casi hasta los hombros.
Tan pronto como se acostaron, y mientras veían televisión, él empezó a hacerle cosquillas con sus uñas sobre la piel de los hombros, a lo que ella correspondió haciéndole lo mismo a él en la cabeza y en el cuello.
En un momento dado ella le pidió que le acariciara las piernas, a lo que él accedió de mil amores.
Haciendo esto le fue subiendo la enagua hasta descubrir completamente sus muslos, los que acarició tanto cuanto quiso, mientras ella le acariciaba la espalda a él con los ojos cerrados y la cara muy seria.
Luego de algunos minutos, él le empezó a desabotonar la blusa beige, por lo que pudo liberar sus pechos blancos y turgentes. Los acarició ansiosamente…, aquello era maravilloso, era una experiencia indescriptible…
Fue entonces cuando él le dijo con voz insegura, -¡tía…, enséñeme a hacer el amor…!.
Ella no se mostró sorprendida al escuchar eso, sino que le sonrió y le dijo en algo que parecía un murmullo amoroso, -¡bueno…, quitémonos la ropa…!.
Jacinto estaba mitad asustado, mitad contento, pero, muy excitado le quitó la ropa a ella, mientras ella hacía lo mismo con él.
Luego de esto todo fue muy bonito para los dos.
Estuvieron haciendo el amor, primero con un poco de impericia, pero luego con gran intensidad, entusiasmo, ternura y regocijo.
En realidad esa noche disfrutaron mucho, y durmieron juntos en la cama de ella hasta el amanecer, cuando ella se levantó de la cama a preparar el desayuno…



Agosto, 2015.

La corrida.

Transcurría por entonces el mes de enero, si mal no recuerdo, del año 1955.
Aún yo no había cumplido los cinco años de edad.
Por esos días ya estaba bien entrado el verano, por lo que no se esperaba que lloviera.
Los días eran calurosos y muy luminosos. Soplaba una suave brisa marina y la gente andaba dispuesta a disfrutar de esos días veraniegos.
Por esas fechas organizaban las fiestas cívicas en la ciudad de Puntarenas, puerto costarricense de mayor importancia en el litoral pacífico.
Por esa razón mi familia había decidido ir de paseo, como era nuestra costumbre, desde San José hasta esa ciudad, quedándonos a dormir esos días en la casa de mi abuela y de mis tías, en la cual había vivido mi madre toda su vida antes de casarse con mi papá.
El sitio para desarrollar las fiestas era un espacio libre y amplio, situado al lado del estero de aguas verdes, al cual en el puerto se le llamaba Las Playitas.
Con ocasión de los festejos, la gente construía en ese lugar un redondel bordeado por una barrera que lo rodeaba completamente.
Esta barrera estaba hecha de vigas de madera, en las cuales entrelazaban y clavaban ramas gruesas de mangle, entre las que apenas quedaba espacio para que pasara una persona acostada, pero no la cabeza, y mucho menos, el cuerpo del toro.
Cada cierto trecho, en la barrera, los constructores dejaban unas salidas llamadas burladeros, por las que podían dejar el redondel los toreros cuando los perseguía el toro.
Detrás de la barrera, y suspendidos en el aire sobre pilotes constituidos por vigas verticales clavadas en el suelo arenoso, estaban construidos los tablados de madera rústica, techados con palmas verdes de cocotero, en que se sentaba la gente a ver las corridas.
En la parte de atrás del redondel, al lado opuesto del estero, estaba el toril en que los animales esperaban a ser jugados, así como una improvisada sala de primeros auxilios para los toreros imprudentes, que resultaran golpeados como víctimas de los toros.
El resto del espacio de Las Playitas, quedaba ocupado por los chinamos y restaurantes improvisados en que vendían todo tipo de comidas, locales en que sacaban la suerte a las personas que pagaran por eso, salones de baile, bares en que se consumía licor a raudales, la casa de los sustos, salas de juegos al azar y otros comercios que no recuerdo muy bien.
Todo esto inmerso en calor sofocante, una verdadera nube de polvo, y un ruido ensordecedor causado especialmente por las rocolas que los comerciantes mantenían a todo volumen.
El olor a carne asada, churros, buñuelos y frituras se diseminaba por toda el área en que se desarrollaban todas esas actividades.
Ese día de domingo de fiestas cívicas, por la tarde, mi madre, mis hermanos, mi prima Evangelina y yo, fuimos a la corrida, acompañados por mi tía Haydee y por mi tía Hermida.

Hoy es un día luminoso y muy caliente…
Son las dos y treinta de la tarde…
El sitio está atestado de gente…, hay mucho ruido…
Las personas compran las entradas…
En cuenta mi madre y mis tías…
Evangelina se quedará con ellas en el tablado…
A mí y a mis hermanos nos toca sentarnos en lo que llaman la tabla…
Justo encima de donde se juegan los toros…
En el centro de la plaza está clavada una varilla alta y gruesa…
Estoy nervioso e inquieto…
Sentado en la tabla…, muy cerca de la plaza…
Con vista perfecta de todo el redondel…
Estoy nervioso e inquieto…
Me parece percibir que nos rondan el dolor y la muerte…
¡Oye hermano…!
¿Para qué has construido el redondel…?

Estoy en la plaza de toros.
El ambiente está impregnado del olor de la madera recién aserrada de las vigas y del aroma de las palmas de cocotero acabadas de cortar.
La savia que brota de los cortes de las ramas de mangle todavía huele a estero, a barro, a cangrejo y a sol.
Los tablados están llenos a reventar. Detrás de la barrera de varillas de mangle se ven las caras brillantes de las personas que no pudieron pagar por un lugar en los tablados.

En la plaza hay gran número de toreros. Casi todos son jóvenes, morenos y delgados. Muchos de ellos van sin camisa, con pantalones anchos que les llegan para arriba de los tobillos. La mayoría calza zapatones de trabajo. Otros visten camisas de colores rojo, amarillo o azul.
Pienso que, de todo el grupo, muchos están borrachos.
Caminan nerviosamente de un lado a otro, ansiosos y expectantes.
En los tablados toda la gente está inquieta e impaciente, a la espera de que suene la corneta anunciando la salida del primer toro.
Al ser las tres en punto, desde el centro de la plaza de toros lanzan al espacio las bombetas que anuncian el inicio de la corrida. La cimarrona empieza a tocar desaforadamente una música estridente y ruidosa.
La gente se alegra y termina de comerse el vigorón que compró hace apenas unos minutos. Tiene en sus manos todavía la hoja grande de almendro, con restos de tomate, chicharrón y repollo en tiritas. Se limpia los dedos en su ropa, o frotando una mano contra la otra.
Miro hacia atrás desde donde estoy sentado en la tabla. Observo a la gente y se me antoja que son muñecos de trapo o de barro cocido, que no tienen sentimientos ni corazón.
Cuando ríen, puedo ver sus dentaduras amarillentas que rodean su lengua blancuzca y pastosa.
La cimarrona sigue tocando. La música es cada vez más estridente y movida.
¡Es la corrida de toros…!
Por fin, en medio del delirio de los presentes, suena la corneta anunciando la salida del primer toro de la tarde.
La gente aplaude entusiasmada y grita a todo pulmón pidiendo la salida del animal…
Y entonces sale el toro.
Es un animal enorme. De unos seiscientos kilos. Color café oscuro, con el pecho negro y el testuz blanco.
Está furioso. En su enojo salta muy alto con el hocico hacia el cielo y con sus patas suspendidas en el aire.
Gotitas de baba salpican la arena a su alrededor. Su piel está húmeda de sudor.
Corre con el rabo hacia arriba, como si flotara suspendido en el aire polvoriento, amarillo y caliente de la tarde.
Por fortuna no logra embestir a ninguno de los toreros, pero a más de uno lo persigue hasta casi cogerlo.
El público delira, deseando desde ya la primera víctima. Pero no, el toro no logra lesionar a ningún torero.
Luego, de manera imprevista, emprende carrera de nuevo. Ahora persigue a un torero de camisa roja que huye como alma que lleva el diablo. El torero se cae cerca de la barrera y se mete debajo de ésta reptando como una lagartija.
¡Se salvó…!
El toro ahora está cansado, se queda quieto en un rincón de la plaza. Tiene el hocico abierto y, con la negruzca lengua afuera, respira con dificultad. Hilos de baba caen hasta quedar brillando en la arena gris del redondel.
La gente grita entusiasmada con verdadero delirio.

¡Te hablo a ti, mi hermano…!
¿Por qué deseas que embista al torero…?
Yo no quiero hacerle daño a nadie…
Me siento aturdido…, asustado…, turbado…, asediado…
Pero el espectador piensa que estoy enojado…
Soy grande, joven, sano y fuerte…
Si embisto al torero le causaré daños graves…
¡Podría hasta matarlo en un charco de sangre…!
¡No te entiendo, mi hermano…!
¿Por qué deseas que embista al torero…?
¡No mires hacia otro lado fingiendo que no oyes…!
¡Te hablo a ti, mi hermano…!

Así pasan algunos minutos. El toro se ha refugiado en un rincón de la plaza. Está exhausto, sudoroso, empolvado y asustado.
La cimarrona ha dejado de tocar.
De una puerta al lado del toril, salen unos caballos muy bonitos. En ellos van los jinetes vistiendo sombrero, pantalón caqui y camisa manga larga de colores. Desde donde estoy sentado en la tabla puedo ver como brillan las espuelas sobre sus botas de color café.
Uno de ellos pasa corriendo frente al toro y lanza en el aire el mecate que

describe una parábola muy elegante. Queda como inmovilizada en el aire, y luego cae con gran precisión sobre los cachos del toro.
El público delira y aplaude la pericia del jinete. Éste responde tocándose levemente el ala del sombrero.
Con gran dificultad lleva halado al toro hasta hacerlo entrar al toril.
Entonces la cimarrona empieza a tocar su música. Todos ríen contentos y alegres.

¡Estoy nervioso…, estoy asustado…!
Tengo apenas cinco años…
Y acá, en el sitio donde estoy, viendo la corrida…
Siento que me rondan el dolor y la muerte…
Presiento que habrá sangre y sufrimiento…
Pero es extraño…
Mientras tanto, a diferencia mía…
Toda la gente está contenta y animada…
¡No están nerviosos…, no están asustados…!
Si pudieran bailar…, bailarían…
Pero, para mí, sería la danza de la muerte…
Su risa parecería más bien un rictus de dolor…
¡Oye mi hermano…!
¿Para qué construiste el redondel…?

Pasados unos diez minutos, en medio de la algarabía de la gente, sonó la corneta anunciando la salida del segundo toro.
Esta vez saldría montado por un osado sabanero.
El público esperaba expectante el momento en que le darían puerta al animal.
Y así fue.
La puerta del toril se abrió violentamente y de improviso el montador empezó a gritar como gritan los sabaneros en la bajura.
Entonces salió el animal.
Era un toro muy grande y muy fuerte. Su color era grisáceo con negro. Sus cuernos eran blancos, largos y afilados.
Salió pegando grandes brincos. Giraba en torno a sí mismo con gran violencia.
Primero en un sentido, luego en el otro. Sacudiendo al hombre que lo montaba.
Cuando estaba en el aire parecía retorcerse violentamente, tratando de quitarse del lomo al montador.
El sabanero estaba sin camisa. Era un hombre de unos veinte años.
Vestía un pantalón caqui que le llegaba un poco más debajo de las rodillas. Iba descalzo, con las afiladas espuelas amarradas a sus tobillos, y firmemente clavadas en el cuero del toro que sangraba profusamente.
Era un hombre de rostro enjuto, moreno, musculoso y delgado. Su pelo, bastante largo, era de un color negro empolvado.
Con su mano derecha iba agarrado a la cincha que habían puesto en torno a la barriga del toro. La mano izquierda la llevaba suspendida y parecía servirle de contrapeso para no caerse del animal cuando éste saltaba y se retorcía en el aire.
En medio del delirio de la gente, se oían claramente sus gritos, no sé si dándose valor a sí mismo, o retando al astado para que saltara más alto y con más fiereza.
Con los movimientos del animal se iba también el montador. La parte superior del tronco se inclinaba hacia delante cada vez que el toro saltaba. Los cachos del animal le pasaban muy cerca de la cabeza. En cualquier momento lo podrían golpear, y eso sería, probablemente, su muerte segura.
Pasado tal vez un minuto, el toro pareció detenerse, exhausto y jadeante. Se quedó quieto unos instantes. El hocico del animal casi tocaba el suelo arenoso de la plaza.
El montador entonces aprovechó para bajarse del toro, y salió corriendo buscando la protección de la barrera.
La gente lo ovacionó con gran entusiasmo.
El montador había hecho una demostración de valentía y fortaleza.
Luego subió a los tablados para que la gente le diera una recompensa económica por su osadía y su valor.

Estoy sentado en la tabla…, a mis pies está la plaza…
Me sudan las manos…
Frente a mí pasa encorvada la mujer esqueleto vestida de negro…
¿Será que percibo la presencia de la muerte…?
Me parece que el montador retó a esa mujer…
¿Estaría tratando de conquistarla con su juventud, osadía y arrojo…?

Los cachos del toro pasaban zumbando cerca de su cabeza…
Yo casi veía el momento del golpe en una de sus sienes…
Con los brincos del toro…
Me pareció ver danzando a la mujer vestida de negro…
Pero no…
¡El toro no lo mató…!
Me sudan las manos…

No había salido el tercer toro de la tarde, cuando vi al joven entrando a la plaza. Iba completamente borracho, tanto que se balanceaba al caminar hasta casi caer. Se trataba de Mario.

Mario era el hermano de Justo. La madre, el padre y las hermanas de ambos, vivían al frente de la casa de mis tías. Los dos eran amigos de mis hermanos mayores.

Tendría por esos días unos diecisiete años. Era moreno, de mediana estatura, un tanto delgado pero muy musculoso.

Yo no sabía que él tomara licor. Esa tarde no imaginé que lo vería tan tomado, y menos, dentro de la plaza de toros.

Sus amigos toreros trataban de sacarlo del redondel pero él se negaba a salir, incluso llegó a ponerse tan violento como para retarlos a pelear.

Iba sin camisa. Con un pantalón de piernas anchas de color azul oscuro. Vestía unos zapatones grandes de trabajar.

Pedía a gritos que le soltaran un toro. Y que fuera el animal más fuerte y más fiero del toril.

Decía que lo tomaría por los cuernos y le torcería el cuello hasta hacerlo darse un costalazo.

Gritaba que él era más fuerte y más valiente que cualquier toro o que cualquier torero.

Se fue tambaleando hasta el centro de la plaza.

Con los brazos abiertos, y los puños cerrados, seguía pidiendo a gritos que le soltaran un toro.

El público estaba enardecido.

Estaba por ver la lucha a muerte, entre un hombre borracho y un animal de seiscientos kilos.

Todos gritaban pidiendo que le soltaran el animal.

Ahora veo en mi mente
a la mujer esqueleto vestida de negro…
Está ejecutando un baile de muerte…
Es una fría danza macabra…
Las mandíbulas de su blanca calavera producen un ruido…
Clap…, clap…, clap…
Parece reir…, contenta y alegre…
Un grupo de perros negros…, rabiosos…, de baba rojiza…
Corren por el redondel en torno a Mario…
Son los mismos animales que instigan a la guerra…
Al dolor…, a la sangre…, a la muerte…
La mujer esqueleto vestida de negro…
Está ejecutando una danza macabra…
Mario está en el centro de la plaza…
¡Ya casi sueltan al toro…!

Estando Mario gritando en el centro de la plaza, sonó la corneta anunciando la salida del tercer toro de la tarde.

Todos los toreros corrieron alejándose de la puerta del toril. Se formó un amplio semicírculo en torno al punto por el que saldría el toro. En ese amplio semicírculo no quedó nadie.

Sólo Mario, casi en el centro de la plaza, parado exactamente en el punto opuesto a la salida del toril.

Entonces, en medio de la agitación de la gente, se abrió la puerta y salió el toro. Blanco, grande, fuerte y esbelto. Con unas filosas astas de color negro. Miraba ágilmente hacia la derecha y hacia la izquierda, como tratando de ubicar a su víctima.

Entonces vio a Mario, que lo llamaba con grandes gestos descompuestos.

En medio del alarido de la multitud, el toro emprendió carrera hacia él. Llevaba la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo y el rabo apuntando hacia arriba.

Al alcanzar a su víctima la embistió con una fuerza tal, que Mario salió volando

por los aires, con los pies hacia arriba y su cabeza hacia abajo, con los brazos abiertos.
Cayó pesadamente al suelo y ahí quedó inmóvil.
El animal, luego de embestirlo, siguió su carrera en busca de otra víctima, pero los demás toreros buscaron la protección de la barrera. Otros salieron por el burladero.
El toro se volvió con gran agilidad y corrió de nuevo hacia donde estaba Mario, que ahora estaba sobre sus rodillas, de cuatro patas. Estaba aturdido por el golpazo que le había propinado el toro hacía pocos segundos.
Los demás toreros no habían podido auxiliarlo, dada la rapidez y furia con que se movía el astado.
El animal lo atacó con gran agresividad, con toda la fuerza y potencia de su cuerpo de seiscientos kilos.
La cara de Mario estaba de frente, justo en la trayectoria de la cabeza y de los cachos.
Imaginé que moriría en medio de un charco de sangre…
Pero no…, porque ocurrió algo que yo, en este momento, no sabría explicar.
Cuando los cachos estaban a unos treinta centímetros de la cara de Mario, el animal desvió su cuerpo hacia un lado por unos instantes, la cabeza del toro giró hacia la derecha y la cornamenta pasó justo al lado de la cara del muchacho.
Apenas lo golpeó en la cabeza con el lomo sudoroso.
Mario entonces cayó hacia atrás y quedó acostado boca arriba.
El amigo de mis hermanos mayores y vecino de mis tías, por muy poco se había salvado.
Los demás toreros corrieron hacia el cuerpo inmóvil de Mario, lo juntaron entre todos, y corrieron con él hacia la enfermería improvisada que había en la plaza.
Cuando iban pasando frente al sitio donde yo estaba sentado lo pude ver. Iba con el pelo alborotado y con la cara llena de polvo. Sangraba un poco por la nariz y llevaba un gran raspón en el pecho, hacia el hombro izquierdo.
Lo metieron por una ventana de la enfermería que daba hacia la plaza y corrieron ahora hacia la barrera y hacia los burladeros en busca de protección, pues el toro estaba alerta y agresivo, corriendo ágilmente por todo el redondel.
Yo estaba muy asustado. Creía que Mario había muerto.

La gente gritaba enardecida. Con sus brazos y sus manos hacía gestos de aprobación.
Incitaban al toro a que atacara de nuevo. Querían que embistiera y golpeara a otro muchacho.
Habían entrado en una forma de sadismo colectivo. Parecían disfrutar del dolor, de la sangre, de las lesiones y de la muerte de Mario.
El toro ahora estaba enardecido y corría desaforado en torno a plaza, muy cerca de la barrera, a la que se habían subido los toreros huyendo de él.
En medio de su furia y alterado como estaba el animal, en un momento dado, en medio de su carrera, golpeó uno de sus cachos contra una de las vigas de la barrera.
El cacho se le despegó y quedó colgando a un lado de su cara.
Primero no sangró, sino que quedó el hueso expuesto, de color casi blanco.
El toro empezó a mover la cabeza de un lado para otro, en medio posiblemente de un terrible dolor.
Y entonces empezó a sangrar.
Primero eran hilillos de sangre, pero pronto ésta empezó a salir en forma abundante.
Era una sangre color rojo claro, que brillaba al recibir los rayos del sol
Pronto le cubrió el ojo derecho al animal, que siguió corriendo pero de manera errática y descontrolada.
Luego, exhausto y desangrado, el animal se detuvo, estaba herido, jadeante y cansado.
Un torero salió corriendo y de un brinco se le montó en el lomo. El animal no reaccionó. Siguió sin moverse a un lado de la barrera.
Otro torero cogió un pedazo de palma de cocotero, y empezó a golpearle la cara, haciendo que la sangre salpicara en la arena a ambos lados del animal.
Como el toro no se movía, otro torero le agarró el cacho que aún colgaba de la cabeza del toro, y de un tirón, se lo terminó de arrancar. Luego salió corriendo mostrando el cuerno como un trofeo.
El público aplaudía y gritaba, extasiado ante lo que estaba viendo.
El asunto es que unos momentos después sonó la corneta anunciando que saldrían los jinetes a llevarse el animal.

Y así fue. Lo retiraron, sangrante, en medio del aplauso de la gente.
¡Ese toro había estado buenísimo…!.
Yo no estoy seguro de lo que pasó después.
Recuerdo que jugaron otros toros. Aún están presentes en mi mente los gritos de la gente. Pienso que pasaron un par de horas más.
El asunto es que finalmente, y para mi dicha y tranquilidad, la corrida terminó.
Recuerdo que el público estaba feliz y contento.
Cuando íbamos abandonando el tablado, un hombre que pasaba por ahí le preguntó a otro que iba saliendo, -¿cómo estuvo la corrida?
El hombre que iba hacia fuera le contestó, -¡buenísima…, hubo grandes embestidas, mucha sangre y muchos heridos…!.
Y continuó diciendo, -¡hubo un toro loco que mató a Mario, el hijo de la mujer de la soda donde venden resbaladera…!.
Entonces el otro le contestó, -¡lástima, me lo perdí…!.
Hizo un gesto con la mano, y siguió caminando.
Salimos del campo de las fiestas, y de camino a casa permanecí en silencio. Me sentía mareado y cansado. No me atrevía preguntar por la salud de Mario. Yo creía que había muerto.
Cuando llegamos a la casa los vecinos se aglomeraban frente a la casa de él.
Me enteré que lo habían llevado al Hospital San Rafael, y que lo habían revisado muy bien, con radiografías y otros exámenes.
Para mi alegría todo había salido bien.
Ahora estaba acostado en su cama.
Como por milagro, había salido ileso.
Ahora sólo le quedaría el recuerdo de una borrachera y de un encuentro con un toro loco…
La corrida había terminado como a las cinco y treinta.
Ya en la casa, cuando me sirvieron la cena, no pude comer. Sentía náuseas.
Por la noche, cuando me fui a la cama como las ocho, me costó mucho conciliar el sueño.
Luego pasé toda la noche soñando con Mario y con el toro loco…
En medio de mis pesadillas, decidí nunca más asistir a una corrida…

Bunal

Marzo, 2015.

La decisión.

Transcurría el mes de octubre en la costa del Pacífico Central de Costa Rica.
Había llovido casi toda la semana en forma de una garúa constante, fría y necia.
Los suelos estaban entrapados y todo parecía estar húmedo.
El mar amanecía como de mal humor, de un color grisáceo verdoso que contrastaba con el color blanco de la espuma de las olas que venían a descansar en la arena de la playa.
Durante la noche, y especialmente durante la madrugada, se oía el impresionante romper de las olas. Esto se daba principalmente cuando la marea estaba subiendo.
Aquel día era un sábado como a las ocho de la noche. Paulino terminó de limpiar y aceitar bien el rifle bala U con el que iría a tirar un venado a la mañana siguiente, es decir, domingo por la mañana.
Alistó su ropa de cacería. Sus viejos zapatos de montear, sus medias gruesas de color blanco, su camisa verde manga larga, sus pantalones caqui de pierna ancha, su ropa interior limpia y su sombrero de lona color beige.
Lo acompañaría Ezequiel, su viejo compañero de aventuras y acompañante en sus frecuentes viajes de cacería.
Paulino estaba preocupado pues seguía lloviendo sin parar. Ya era entrada la noche y el viaje de caza estaba planeado para el día siguiente. Él esperaba que fuera un domingo de buena suerte y que pudieran traer un buen venado de cachera grande.
Al ser las ocho y treinta se sentó a la mesa a cenar.
Comería un arroz blanco que había estado comiendo durante los últimos dos días, frijoles negros con bastante cebolla y chile dulce, un pedazo de carne que había freído desde la hora del almuerzo, un poco de ensalada de repollo con tomate y bastante limón ácido, y un buen pedazo de pan integral que él mismo preparaba en el horno de la casa con ingredientes que compraba en Puntarenas.
Eso terminaría de bajarlo con una jarra de agua dulce negra bien caliente.
Luego de cenar se fue a sentar al corredor de la casa, frente al mar. Ahí esperaría a que se la bajara la comida para irse a dormir.
Ahí se quedó un largo rato oyendo como rompía la creciente contra la playa de arena negra.
Entonces, entretenido oyendo el estruendo de las olas, empezó a notar como que la garúa quería dejar de caer.

Estoy sentado frente al mar…
Siento alrededor una soledad inmensa…
El cielo está negro…, la noche es negra…, el mar es negro…
Todo está húmedo…, llueve sin cesar…
Sólo escucho el romper de la creciente…
Es el tumbo de las olas a lo lejos…
Todo lo demás es silencio…
Estoy sentado frente al mar…
Siento alrededor una soledad inmensa…

Al ser tal vez las nueve y media de la noche, Paulino se fue a acostar a su acogedora tijereta.
Se lavó bien los dientes y, como sentía un poco de frío, se puso su pijama azul de manga larga, apagó la candela y se acostó a dormir.
Por alguna misteriosa razón muy pronto se quedó dormido. Sería quizás la alegría de saber que a la mañana siguiente iría de cacería. O sería acaso la esperanza de cazar un gran venado de cachera grande. Tal vez el silencio y el fresco de la noche marina. Quién sabe. La verdad es que muy pronto logró conciliar el sueño.
Durmió toda la noche acompañado de la soledad de ese lugar, del ruido del mar, del ruido de los animales silvestres y del tip tap de las gotas de agua que caían del techo a las matas que él había sembrado al pie de las paredes de la casa.
Se despertó a las cuatro de la mañana. Abrió los ojos en la oscuridad y escuchó que había dejado de llover. Se levantó de la tijereta, encendió la candela, se asomó por la ventana y escuchó atentamente. Efectivamente, había dejado de llover.
Se quitó entonces la pijama y sintió frío. Era el frío de la madrugada.
Rápidamente abrió la puerta de la casa y cruzó, casi corriendo, hacia el baño que estaba en el patio.
Abrió el grifo y salió un fuerte chorro de agua fría que le cubrió todo su cuerpo, y al mirar hacia arriba, pudo ver, con alegría, que en el cielo brillaban las estrellas.
Salió del baño tiritando, pero a él siempre le había gustado el fresco del agua cuando apenas estaba amaneciendo. Sobre todo si ese día iría de cacería.
Ya en su cuarto se puso la ropa de cacería, tendió la cama, ordenó la pijama y el resto de la ropa, y apagó la candela.
Salió del cuarto oscuro, encendió la luz de la cocina y se sentó a desayunar.
Sentía mucha hambre.

Tomó una gran jarra de agua dulce con leche, acompañada de un pedazo de pan añejo que había guardado desde el día anterior. Un buen pedazo de queso Bagaces y un poco de jalea de mango que había preparado desde el recién pasado mes de abril.
Remató ese delicioso desayuno con un pedazo de tapa de dulce y una tapa de limón ácido de los que él cosechaba en el patio de la casa.
A las cinco de la mañana se echó dos naranjas a la bolsa del pantalón, cogió dos grandes rebanadas de pan integral, salió de la casa y emprendió la caminata por la playa para ir a encontrarse con Ezequiel, cerca de la desembocadura del río.
Iba con su sombrero de tela, una cuchilla grande automática en la faja del pantalón y con el rifle bala U colgando del hombro.
Se sentía bien, iba animado y muy optimista.
Sin duda alguna, ese día cazarían un venado hermoso, de cachera grande.

¡Pronto amanecerá Paulino…!
Pero aún brillan en el cielo las estrellas…
Ha dejado de llover…
A esta hora hace un poco de frío…
El mar ya no está tan bravo…
Algunos zanates están ya despertando…
Revolotean en los almendros…
Detrás de la casa, sobre los árboles…
Se ve el cielo morado y negro…
La arena de la playa está dura…
¡Ha dejado de llover…!
¡Pronto amanecerá Paulino…!

Luego de unos quince minutos de caminata, cuando ya empezaba a clarear, divisó a lo lejos a Ezequiel.
El hombre estaba parado apoyado en su escopeta 28.
Estaba inmóvil mirando hacia el mar que aún se veía negro e impresionante, con su oleaje fuerte y violento.
Pronto se encontraron y se saludaron.
-¡Buenos días Ezequiel…!-, dijo.

-¡Buenos días Paulino…!-, contestó el otro.
-¿Estamos listos…?-, preguntó Paulino.
-¡Listos para cazar el venado…!-, contestó Ezequiel.
Inmediatamente se pusieron en marcha.
El camino era largo, y como había llovido tanto, estaba lodoso y resbaloso.
Pero aun así avanzaban sin problemas, iban a paso rápido y en silencio en medio de aquel amanecer tan bonito.
Cuando llegaron a la boca del río ya estaba bastante claro. Pudieron ver como la barra mostraba una furiosa lucha entre la corriente del río, y la creciente del mar.
La mancha lodosa del agua dulce del río se adentraba unos doscientos o trescientos metros en el mar, rematando en fuertes remolinos y altas olas al toparse la corriente del río con el mar embravecido.
El estruendo de aquella lucha feroz llegaba hasta sus oídos, por lo que tuvieron que elevar el tono de la voz para poder hablar sin problemas.
Se alejaron un poco de la ribera del río para evitar los resbalosos paredones, y emprendieron la subida por unos potreros donde el pasto crecía hasta uno o metro y medio de altura.
Olía a tierra húmeda y el paisaje era casi completamente verde, partido en dos por el color rojizo con blanco del barro del camino.
El cielo ya tenía un color azul celeste, con muy pocas nubes blancas.
La vegetación estaba aún goteando el agua de la lluvia que había caído, sobre todo cuando pasaban bajo las ramas de algún árbol en el momento en que soplara algo de brisa.
Así caminaron hasta que llegaron a una cerca de madero negro.
Paulino se quedó inmóvil y, sin decir nada, señaló con el dedo hacia donde estaba una pareja de venados comiendo los brotes tiernos en el tronco de uno de los árboles de madero negro.
Estaban a unos veinticinco metros de los animales.
Aquello fue completamente inesperado. ¡Nunca imaginaron que toparían con su presa de una manera tan fácil!
El venado era grande, con una estupenda cachera. La hembra era mucho más pequeña y delgada. Ambos de un color café claro. Se veían sanos y jóvenes.
Eran dos ejemplares magníficos.

¡No se habían percatado de la presencia de los dos cazadores!
Paulino y Ezequiel se agacharon lentamente tras el pasto jaragua que crecía alrededor de ellos.
Sin decir una palabra se rifaron el tiro.
¡Paulino sería el afortunado en dispararle a la presa!
Podía elegir entre el macho y la hembra, ¡el que estuviera mejor colocado para herirlo en el codillo!
Sigilosamente se movió hacia un claro que había a su lado, martilló el rifle y se dispuso a apuntar y a disparar.
Pero por alguna razón que él no entendió, los animales se movieron hacia otro árbol de madero negro que había en la misma cerca.
Por un momento los perdió de vista y al erguirse para ver mejor, tal vez produjo algún ruido que asustó a la pareja de venados.
Estos corrieron inquietos unos veinte o treinta metros y se detuvieron a seguir comiendo los brotes tiernos que crecían en los troncos de los árboles.
Seguían sin percatarse de la presencia de los cazadores.

Ahora miro una figura oscura…
Es la mujer esqueleto vestida de negro…
Es un siniestro armazón de huesos blancos…
Cubierto de un manto negro que llega hasta la cabeza…
No tiene cara…, lo que veo es una calavera…
Y una gran quijada con dientes amarillos…
Está riendo contenta…
Clap…, clap…, clap…, clap

Suena la quijada de abajo al pegar con la de arriba…
Lleva en su mano derecha una guadaña filosa…
No tiene ojos…, sólo dos huecos negros y profundos…
Mira hacia la pareja de venados…
Los señala con sus dedos huesudos y le indica a Paulino…
¡Mátalos…, mátalos…, mátalos…!
Clap…, clap…, clap…, clap…
Ni Paulino ni Ezequiel se inmutaron por lo que había ocurrido. Se quedaron quietos unos minutos y se dispusieron a moverse lentamente hacia donde estaban comiendo los venados.
Se fueron gateando por el suelo resbaladizo hasta que se detuvieron unos diez metros adelante.
Ahí Paulino se acomodó bien el sombrero y se irguió entre el pasto jaragua para ver los animales.
Ahí estaban, seguían comiendo los brotes tiernos. De vez en cuando el macho levantaba el hocico para olfatear en el aire que le llegaba con la suave brisa de la mañana, para luego seguir comiendo.
Paulino iba a dispararles en ese momento pero consideró que aún podía acercarse un poco más para asegurar el tiro.
Le hizo señas a Ezequiel de que se acercaría un poco más y, en silencio y con sigilo, se desplazó pegando la panza al suelo hasta que consideró que no fallaría el disparo.
Todo estaba en silencio. Sólo las ramas de los árboles se movían llevadas por la brisa de la mañana.
Quién sabe qué fue lo que ocurrió, pero de pronto los venados emprendieron carrera por el potrero, y se perdieron entre los árboles que crecían al fondo del mismo.
¡Qué lástima…!
Aun así los cazadores no se desanimaron. Se miraron en silencio y se levantaron del sitio donde estaban agachados.
Se fueron caminando despacio y silencio, sin hacer mucho ruido con los zapatones de cacería.
La idea era encontrar las huellas de los animales y seguirlos entre los potreros hasta que surgiera una nueva oportunidad para matarlos.
En efecto.
A unos cien metros del sitio en donde había empezado la caminata pudieron ver claramente las huellas en el barro rojizo. Aún estaban juntos los dos animales.
Hablaron en voz baja y analizaron la situación.
Concluyeron que los venados irían hacia unos potreros que había como a un kilómetro de ahí, yendo hacia la parte alta de esas tierras.
Entonces decidieron separarse. Irían a unos cincuenta metros uno del otro, esto para cubrir más terreno buscando las huellas de los animales.

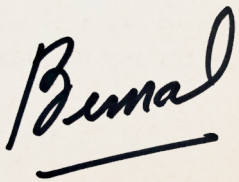
Cuando alguno de los dos encontrara el rastro, haría señas al otro con el sombrero, pero sin hacer ruido.
Así anduvieron como treinta minutos, hasta que Ezequiel hizo la señal convenida. Había encontrado el rastro nuevamente.
Siguieron avanzando por la pendiente inclinada de los potreros. Ya hacía mucho rato que había salido el sol, por lo que incidía sobre sus espaldas como una plancha caliente.
Cada cierto trecho encontraban las huellas de los animales, lo que les indicaba que iban siguiendo el rastro muy bien.

¡Oye hermano…! -¿por qué me sigues…?-
¿Te he hecho yo daño alguno…?
¡Hace poco amaneció…!
¡Desperté con hambre…!
¡Ando comiendo los brotes tiernos de los maderos…!
¡Me acompaña mi hembra…!
¡Ella es mi novia…, mi esposa…!
¡Los dos andamos comiendo los brotes tiernos…!
¡No te estamos haciendo daño alguno…!
¡Oye hermano…! -¿por qué me sigues…?-.

Ya bien avanzada la mañana, se dieron cuenta que los animales iban dirigiéndose hacia la Roca de Carballo. Eso parecía ser bastante evidente por la dirección que llevaban.
Entonces volvieron a separarse como cincuenta metros y cada vez que alguno de los dos levantaba el rastro, hacía señas al otro para hacérselo saber.
Pasaron así como dos horas, hasta que llegaron a una parte de esas propiedades en que el terreno se hacía más angosto, con profundos paredones a ambos lados. Al fondo estaba el acantilado y su gran precipicio, que terminaba en las rocas negras del mar.
Los dos cazadores se volvieron a juntar. Ahora caminaban despacio y en total silencio.
El desenlace estaba ya muy cerca.
Estarían tal vez a unos cien metros del acantilado, cuando vieron a los venados. Todavía estaban juntos.

Se notaban cansados por la forma como se apoyaban en sus patas traseras.
No se habían dado cuenta de la presencia de Paulino y de Ezequiel.
Ellos aprovecharon esto para agacharse otra vez entre el pasto jaragua para que no los vieran los venados.
Cuando se enderezaron para ver a los animales, se dieron cuenta que la hembra había desaparecido. Habría escapado por algún lado.
Ahora el macho estaba solo.
Empezó a moverse nerviosamente de un lado para otro, y se fue como reculando hacia el acantilado.
Los cazadores lo siguieron de manera implacable.
Ezequiel le dijo a Paulino, -¡está acorralado!
Inexplicablemente el animal, por alguna razón, tal vez por temor a despeñarse por el acantilado, se movió ahora en dirección a los cazadores.
Finalmente les quedó a distancia de tiro. Paulino era un excelente tirador. ¡No podía fallar!
Entonces ocurrió una situación inesperada.
Paulino, con voz pausada, le dijo a Ezequiel, -¡no puedo matarlo…!
-¡No debo hacerlo…, estoy decidido…!-, continuó diciendo.
Entonces Ezequiel le dijo, -¡está bien Paulino…, no te entiendo, pero te respeto…!
-¡No me sorprende tu decisión…, poco a poco has venido cambiando…, estás dejando de ser un cazador…, pero seguirás siendo mi compañero de aventuras…!
Paulino lo miró largamente, agradecido por el respeto que le manifestó su amigo, y le dijo, -¡hagamos espacio para que escape el animal…!
Ezequiel asintió con un movimiento afirmativo de su cabeza sudorosa.
El venado comprendió lo que ocurría y, rápido como una centella, pasó raudo al lado de ellos y desapareció entre el pasto de los potreros.
A lo lejos se le unió de nuevo la hembra…
Paulino y Ezequiel vieron aquella escena…
Se miraron uno al otro, se dieron un apretón de manos y emprendieron el camino de regreso al pueblo.

Una mujer muy bonita camina por el potrero…
Va vestida de celeste…
Es delgada y blanca…, de pelo corto rizado…
Lleva los labios pintados de color anaranjado…
Sus párpados son de color azul…
Camina con gracia sobre las estrellas…
La miro con cuidado…
Me mira con dulzura y me sonríe…
Parece mezclarse con el cielo azul y con las nubes blancas…
Me hace una señal de paz con su mano derecha…
¡No puedo dejar de mirarla…!
Una mujer muy bonita camina por el potrero…
¡Va vestida de celeste…!
Entonces desaparece llevada por la brisa…
¡Me mira con dulzura y me sonríe…!
¡María de la Cruz…!



Setiembre, 2016.

La lora.

Los poemas que se han insertado en este cuento, y la bailarina que danza, representan a la naturaleza que nos comunica su mensaje.

Hacía rato que había empezado a atardecer. Ya estaba un poco oscuro, aunque todo estaba aún iluminado por un celaje espectacular. El sol rojo en el horizonte, rielando en el mar, iluminaba el final de aquella tarde calurosa de pleno verano. La casa en que estábamos por esos días había sido construida en la loma de una colina que terminaba descansando en la playa arenosa del mar. Era una casa sencilla, de madera sin pintar, que tenía, aparte de un gran salón para almorzar y para comer, un amplio corredor lleno de matas muy grandes que producían una especial sensación de frescor.

Ese día estábamos sentados en ese lindo corredor. Desde ahí se veía la boca de la bahía que brillaba rojiza a la luz del sol anaranjado. Contrastando con la superficie brillante del mar, se distinguía la silueta de las islas negras que parecían seres mitológicos que flotaban, indolentemente, en el agua de la bahía. María Ester estaba sentada en una poltrona de cuero crudo. Era una mujer blanca, ya madura, de figura delgada, que esa tarde lucía en su cabeza una linda cola de caballo y un fresco vestido de manta india blanca. Tenía los labios pintados de color rojo casi anaranjado.

Estaba hablando con los otros invitados a la casa. Yo estaba poniendo atención a una historia que ella estaba narrando, mientras terminaba de tomar una gran taza de café negro. El cuento me pareció bonito e interesante, por lo que decidí escribirlo para que no se lo llevara el viento del tiempo.

Contaba María Ester que en la casa de la familia Marchena, doña Josefa tenía una bonita lora de plumaje verde, con un lindo copete amarillo en la frente.

Era una animal grande, de grandes patas de color gris, con garras prensiles que tenían uñas largas y filosas. De día pasaba caminando de un lado a otro de la percha que le habían construido en una especie de terraza que estaba frente a la cocina, y que daba al patio de la casa. Por la noche dormía en una jaula grande, que doña Josefa cubría con un pedazo de tela blanca, para protegerla de los zancudos y del frío. Además, de esa manera, estaba a salvo del ataque de algún gato hambriento.

Había comprado esa lora, siendo aún un pichón, en el mercado de Santa Cruz hacía ya varios años. Se la compró a un hombre cholo que probablemente la había sacado de un nido en un tronco seco, allá en algún sitio del bosque en la bajura.

Recordaba bien que el cholo se la había dado en una jícara con una abertura grande en la parte superior, tapada con una pequeña rueda del material de la misma jícara, que era algo así como una tapa. Por dentro toda rellena con una cama de boñiga muy seca. Todo esto para mantener el animalito seco y tibio. Ese arreglo garantizaba que el pichón sobreviviría hasta convertirse en una lora adulta.

Nunca le pusieron nombre a ese bonito pájaro, y vivió con ellos por bastantes años. Aprendió a decir muchas palabras y a cantar fragmentos de canciones populares, probablemente de tanto escuchar a doña Josefa mientras hacía el oficio en la casa.

Yo soy la lora bonita,
me gusta el lugar en donde vivo,
agradezco la masa sin sal que me dan por la mañana,
el pedazo de fruta que me ofrecen de comer…
Pero quisiera algo más…
Quisiera ser libre como los demás…

Con el paso de los años la familia se había encariñado mucho con el animalito, y llegó a constituirse en algo así como un miembro más de la misma. De todas formas era, realmente, un lindo pájaro que adornaba y daba vida a la casa.

Por la época en que se desarrollaba la historia que contaba María Ester, empezó a mostrar una conducta agresiva. Si alguien le acercaba la mano para acariciarla, la lora lo atacaba para picarlo o para picarla. Muy frecuentemente estaba irritable y rechazaba la comida que le ofrecían para comer. Ya no era tan ruidosa y parlanchina como antes, y había dejado de estar diciendo todas las palabras que había aprendido.

Me gusta ver y oir a otras aves que pasan por acá,
las veo pasar volando libres llevadas por el viento,
yo quisiera irme con ellas a buscar mi propio mundo,
siento que mi vuelo me llevaría a encontrar la libertad…

Aunque aquí me quieren y me aceptan,
siento que este no es el universo mío…
Mi mundo es el espacio infinito,
el horizonte sin límites,
el almendro inmenso
y el cielo azul…

El tiempo continuó pasando y la conducta de la lora seguía siendo problemática. Dirían incluso que empeoraba con los días. En realidad no sabían que hacer. La lora se iba a enfermar.

Aunque siempre le habían impedido que se fuera volando, los últimos meses le habían permitido que volara a pararse en los árboles del patio de la casa. Eran vuelos cortos que tal vez la hicieran mejorar. Se notaba que, poco a poco, iba cogiendo fuerzas y confianza. Durante los vuelos recorría cada vez mayores distancias y por eso la duración de los mismos era cada vez mayor. Ya incluso había aprendido a comer los frutos de los árboles vecinos.

Así pasaron las semanas. Un día, en el mes de febrero, por la tarde, una bandada de loras y pericos se posó en los árboles del patio de la casa haciendo una gran algarabía.

La lora había estado volando en esa ocasión, de la percha que tenía en la casa, a los árboles de los alrededores. Eso para ella ya era una costumbre, volaba lejos y luego regresaba a la casa.

Curiosamente, ese día, la lora ya no volvió a posarse en la percha. Se había ido. Nadie supo adonde fue.

Cuenta doña Josefa que, durante varios días, estuvo rondando los árboles del patio de la casa un lindo loro de manglar…

Algunos vecinos decían que, esa tarde, los habían visto volar, los dos juntos, hacia el horizonte infinito…

Todos resultamos sorprendidos con el final del cuento.

María Ester había terminado la historia. Todos nos quedamos en silencio.

Ya había atardecido por completo y la noche había llegado. La casa estaba oscura. Sólo estaba encendida una candela que alguno de nosotros había puesto sobre una pequeña mesa que había en el corredor.

A lo lejos, en el horizonte marino de esa noche tan linda, apenas habían empezado a salir las estrellas…

El piso del salón de la casa es de madera,
apenas lo limpiaron con un trapo mojado con agua…
La música suena y llena toda la estancia,
iluminada intensamente por la luz del sol al atardecer…
Ahora veo el salón coloreado de rojo, naranja, amarillo y violeta…
La mujer delgada danza al son de la música del celaje mágico,
luce un vestido de tela muy suave de color amarillo,
lleva sus labios pintados de rojo naranja…
su cuerpo bonito se mueve llevado por la brisa de la tarde,
está muy seria, concentrada en su danza,
su cara blanca y sus labios rojo naranja…
Admiro su figura blanca y esbelta…
Ahora sonríe ante el aplauso de los dioses…
Veo la luz del atardecer marino…

Bernal

Febrero, 2014.

La puerta.

Por aquellos días corrían los últimos años de la década de los sesenta, o tal vez de principios de los setenta.

En esa época, Barrio La Cruz era ya un barrio populoso de San José, densamente poblado, lleno de negocios y de actividad comercial en general.

Los barrios vecinos eran igualmente activos, tanto de día como de noche, o incluso durante los días sábado o domingo.

Eran barrios en los que vivían familias de clase media, cuyos hijos estudiaban, principalmente, en la Escuela Claudio González Rucavado, los niños, o Ricardo Jiménez, las niñas. En secundaria estudiaban en el Liceo de Costa Rica los muchachos, o en el Colegio Superior de Señoritas las muchachas. Los jóvenes que lo lograban, iban a estudiar a la Universidad de Costa Rica.

En el Barrio La Cruz vivía la familia González. Compuesta del padre, Juan, la madre Melba y tres hijos varones. Habitaban una casa de cemento, de frente amplio y buen fondo, que contaba con un amplio jardín.

De los tres hijos, los dos mayores ya eran profesionales graduados en la Universidad de Costa Rica, y el menor, de dieciocho años, estudiaba en esa misma universidad. Este último se llamaba David.

Justo al lado de la casa de la familia González, había otra casa, también de cemento, en la que habitaba la familia Fernández. Ésta estaba compuesta del padre, la madre y cuatro hijos pequeños. La madre se llamaba Aurora.

La casa de los Fernández colindaba con la casa de los González en toda su extensión. También tenía un frente amplio y buen fondo. En la parte delantera tenía un pequeño jardín muy bonito. Atrás lo que tenía era un patio enzacatado y lleno de matas con flores de colores. Las dos casas estaban separadas por una tapia de blocks de concreto que tenía unos dos metros de alto.

La familia Fernández era una típica familia de clase media. Farid, el padre, tenía un negocio de artículos para el hogar bastante grande, situado en el centro de San José. El mayor de los cuatro hijos estaba en tercer grado de la escuela y la menor, era una chiquita de unos cuatro años.

Aurora, su esposa, era una mujer de unos treinta y tres años, de estatura normal, pelo corto y de cuerpo bonito y delgado. Su piel era blanca, aunque un poco bronceada por el sol.

Les cocía la ropa a sus hijos y se hacía sus propios vestidos, utilizando para esto unos moldes, que ella llamaba patrones, que compraba en las tiendas en el centro de San José.

Casi todos sus vestidos eran de una sola pieza, con zíper atrás, cuyo ruedo le llegaba un poco arriba de la rodilla.

Era una mujer simpática y bromista, que reía a grandes carcajadas. Se trataba de una persona amiguera, que tenía muchos conocidos. Era la mayor de tres hermanas y un hermano.

Hasta donde recuerdo, en su casa no había una empleada que le ayudara con el oficio, por lo que ella sola se encargaba de todas las tareas de la casa. Sin embargo, a veces me parece recordar que había una mujer que le ayudaba, y que trabajaba con ella medio tiempo, pero de esto último no estoy seguro.

De vez en cuando Aurora organizaba fiestas en su casa los días sábado por la noche, ocasión en que se reunía con sus hermanas, sus cuñados, el hermano de su esposo y su esposa y sus vecinos de la familia González.

Se tomaba bastante licor, se oía música romántica, a veces los invitados bailaban, y ya como a las doce de la noche, cada uno se iba para su respectiva casa.

Los días domingo, Farid el esposo de Aurora, se iba para una granja que tenía en San Carlos. Para esto partía como a las cuatro de la mañana y regresaba como a las seis de la tarde. Ella se quedaba sola en la casa con los niños, que iban a misa de nueve y media a la iglesia del barrio. Regresaban como a las once, luego almorzaban y pasaban el resto del día en la casa, jugando y haciendo las tareas que les encargaban en la escuela.

Las dos familias fueron cultivando una amistad muy estrecha. Aurora y Melba, principalmente, se visitaban con mucha frecuencia, pues era cuestión de cruzarse de una casa a la otra. Se reunían por las tardes a tomar café y a conversar de temas muy variados. Aurora siempre estaba contando chistes y haciendo bromas, por lo que pasaban muchos ratos entretenidas y divertidas.

Los días domingo, mientras los niños andaban en misa, o incluso si estaban jugando dentro de la casa, Aurora salía al jardín de su casa, se recostaba en la baranda que daba a la acera, y se ponía a ver pasar la gente y los carros que circulaban por ahí. Luego de un buen rato, cuando ya se había distraído lo suficiente, se iba para dentro de su casa a cuidar los niños y a calentar el almuerzo.

Por estar las dos casas una al lado de la otra, la interacción entre las dos familias se hizo muy estrecha, lo que dio como resultado que se visitaran con mucha frecuencia y con gran naturalidad. Incluso, cuando Aurora visitaba a su vecina Melba, hablaban de cosas íntimas, que normalmente quedan reservadas para personas que son muy amigas, casi como hermanas.

En una ocasión, Aurora le pidió a David que le explicara cómo funciona un electroimán, pues a su hijo mayor le habían dejado esto de tarea en la escuela.

Entonces lo invitó a su casa y, en la mesa del comedor, David le dio las explicaciones del caso, las que ella entendió sin ningún problema, así como también lo hizo su hijo que estaba presente escuchando la explicación.

Para esto David utilizó un clavo con un alambre de cobre arrollado en forma de bobina y una batería de foco. Para hacer la demostración de cómo el clavo se convierte en imán al circular la corriente por la bobina, colgó de un hilo una aguja de coser, que quedó balanceándose y era atraída por el clavo cada vez que por la bobina circulaba la corriente de la batería.

Para hacer esto se necesitaban varias manos, por lo que Aurora ayudó, pero en el proceso las manos de David y de Aurora tenían que rozarse mucho, cosa que la hacía reír y bromear ruidosamente, lo que contagió a David que terminó disfrutando mucho, tanto como ella, aquel momento tan especial

Ese día Aurora y David estaban sentados muy cerca uno del otro, por lo que sus cuerpos, a la altura de sus hombros, quedaron en contacto. Esto le gustó mucho a David, que miraba a Aurora de una manera especial. Ella, disimuladamente para que no lo notara su hijo, hacía lo mismo con David.

Luego de esa vivencia tan intensa, David se fue para su casa muy animado.

Después de esto, pasaron los días. Aurora no visitó a Melba por alguna razón que se lo había impedido. Eso no era nada extraño, pues ella era una mujer que se pasaba el día muy ocupada.

David estaba esperando ansiosamente que Aurora llegara a visitar a su mamá y así poder verla, hasta que un día, como a las dos de la tarde ella llegó a su casa.

Ese día Aurora le pidió a él que las acompañara durante el café, por lo que David se quedó con ellas durante casi toda la velada, ocasión en que departieron largamente tocando los temas más variados y controversiales.

Entre muchas otras cosas, Aurora habló ese día de que a juicio de ella, a los hombres les gustan las mujeres flaquitas, como ella, porque en la cama pueden hacer el amor con más comodidad, y diciendo esto, se puso de pie para mostrarles su cuerpo delgado, que lucía orgullosa con su vestido de hilo de una sola pieza.

David no le quitaba el ojo de encima a esa mujer tan bonita y sugestiva.

Comentó también la manera como a ella le gustaba que la tomara su esposo cada vez que la poseía.

David estaba cada vez más entusiasmado, algo que su mamá ignoraba o disimulaba muy bien, para no ponerlo en evidencia.

Durante la conversación Aurora se mostraba confiada, desinhibida y hasta un tanto provocadora; además se mostraba simpática y locuaz, riendo a grandes carcajadas.

Como a las cuatro de la tarde la conversación terminó y levantaron la mesa en que habían estado tomando café y conversando.

Cuando se estaban despidiendo, Aurora intercambió miradas con David, y se deshizo en elogios para él. Comentó de su gran inteligencia, su pelo negro, sus ojos almendrados, su mirada penetrante y su buen porte de deportista. Él se sintió muy halagado pero no le respondió nada, sólo la miraba sonriente mientras ella estaba despidiéndose.

Durante unas dos semanas Aurora no los visitó. Estaría tal vez muy ocupada haciendo las labores de su casa y atendiendo a sus hijos.

Hasta que un día en que llovió mucho desde temprano, como a las tres de la tarde llegó a la casa de Melba a hacer visita.

Llevaba puesto un vestido que le quedaba bastante corto y un tanto pegado al cuerpo.

Se sentaron en la sala y llamaron a David para que se uniera a la conversación.

Ese día, aduciendo que con la lluvia que caía se le habían mojado las piernas, Aurora empezó a pasarse las palmas de las manos por sus pantorrillas, luego se subió un poco el vestido, y empezó a secarse también los muslos hasta bastante arriba de la rodilla.

David no le quitaba la mirada de las piernas. Estaba realmente excitado. Melba, su madre, lo notaba pero su actitud era de halago al ver cómo su hijo coqueteaba con Aurora, una mujer bonita mucho mayor que él.

Melba se levantó y fue al baño a traer una toalla, se la entregó a Aurora para que

terminara de secarse las piernas. Ella se levantó aún más el vestido, hasta que sus muslos quedaron casi completamente a la vista de David, que visiblemente alterado no sabía qué hacer o hacia dónde tornar la mirada.
Entonces se levantó del sillón en que estaba sentado, y rápidamente se fue para su cuarto.
Esa noche no pudo dormir.
Pasaron un par de meses después de esa ocasión. Durante ese tiempo David no vio a Aurora. Esto por diversas razones, pero especialmente porque llovía mucho y daba pereza salir de la casa. Sin embargo a veces la veía cuando iba a hacer algún mandado a la pulpería, o cuando estaba en la parada esperando que pasara el autobús.
Llegó la época de noviembre y con ella vinieron las semanas de exámenes finales en la universidad. Él tenía mucho que estudiar y a eso dedicaba casi todo su tiempo disponible.
Parte de la materia a cubrir era de estudiar aprendiéndola de memoria, por lo que David estudiaba caminando y paseándose por el jardín de su casa.
Una tarde en que él estaba estudiando, Aurora salió de su casa, y se paró en el jardín recostada a la baranda que daba a la calle. Desde ahí podía ver a David cada vez que él pasaba en sus recorridos mientras estudiaba.
Cada vez que eso ocurría intercambiaban miradas y ella le sonreía con gran coquetería.
Sus miradas expresaban un gran deseo apenas reprimido, pero David no se atrevía a declararle su amor a aquella mujer tan atractiva, ni ella tampoco tomaba la iniciativa para provocar algún contacto físico entre los dos.
Así estuvieron largo rato, hasta que ella se retiró y se fue hacia el interior de su casa, a continuar atendiendo sus deberes.
Alterado como estaba, David logró terminar de estudiar la materia de ese día, y se dedicó a asomarse para ver si la veía.
En un momento dado, decidió ir a la pulpería que había como a cincuenta metros de su casa.
Al pasar frente a la casa de Aurora, vio que ella estaba parada en la puerta de su casa, que daba hacia una cochera.
Ella vestía uno de sus vestidos de una sola pieza, que se ajustaban muy bien a su cuerpo delgado. Era de color azul con flores amarillas. En realidad se le veía muy bonito.
Los dos se miraron con una expresión que mostraba que ambos se deseaban mucho. Era un impulso que apenas podían controlar.
David se detuvo unos segundos, como para entrar a la cochera y hablarle, pero no se atrevió, por lo que continuó su camino andando rápidamente rumbo a su propia casa.
Él entró a su casa y, suponiendo que ella estaba sola, la llamó por teléfono.
Contestó el teléfono y estuvieron hablando unos minutos. Ella le dijo que cuando él pasó frente a la cochera de su casa, ella sintió una gran tentación de invitarlo a pasar, pero que no se atrevió a hacerlo.
Hablaron algunos minutos más, y dieron por terminada la conversación.
Eso fue un día sábado por la tarde.
Al día siguiente, domingo, David estaba estudiando en el escritorio de su casa mientras su mamá estaba en la cocina preparando el almuerzo. Su padre estaba leyendo un libro en la sala de la casa. El resto de la familia había salido.
Como a las nueve de la mañana, llegó Aurora pidiendo ayuda, porque había olvidado las llaves dentro de su casa.
La idea era que, apoyando una escalera a la pared de su casa, podría subirse al techo y caminando sobre las latas de zinc, podría bajarse al patio de su propia casa.
El papá y la mamá de David accedieron al pedido, y él se fue a buscar la escalera y a ayudarle a pasarse a su casa.
Ella vestía uno de sus vestidos de una pieza que le quedaban tan bien y unas sandalias muy femeninas que se le veían muy bonitas.
Con una sonrisa maliciosa y pícara, le pidió a David que le sostuviera la escalera mientras ella se subía.
Y así fue.
De esa manera David pudo admirar su cuerpo bello, atractivo y perfecto; sus piernas doradas y su ropa interior casi transparente.
Lo hizo embelesado ante tanta belleza.
Ella pasó a su casa, y David guardó la escalera.
¡Estaba excitadísimo!

Por esos días, llegaron los exámenes finales, y David no pudo ver a Aurora.
Estaba muy preocupado esperando los resultados de esas pruebas de fin de curso.
Pronto se enteró que había aprobado todas las materias, lo que hizo que él se sintiera muy contento y satisfecho.
Eran ya los primeros días de diciembre.
De alguna manera, Aurora se enteró del éxito académico de David, por lo que lo invitó a tomar un café en el centro de San José.
Una tarde quedaron de verse en el parque central, frente a la entrada de la Catedral Metropolitana.
Ella vestía un lindo vestido de color beige, de una sola pieza, que le llegaba un poco arriba de la rodilla.
El vestido no tenía mangas y su escote era amplio sin ser bondadoso.
Andaba con unos zapatos rojos de tacón bajo, y unas medias casi del color de su piel.
En verdad, se veía muy bonita y atractiva.
Fueron a tomar café a una cafetería situada frente a la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen.
Estando ahí se sentaron, uno al lado del otro, en una especie de reservado que daba a una de las ventanas, desde donde se veía la calle y la gente que pasaba.
Estuvieron hablando largo rato, ocasión que aprovechó Aurora para felicitarlo por los resultados obtenidos por él en la universidad.
Le tomó la mano a David, y le dijo que le daría de premio un beso en la boca.
Él accedió sorprendido y encantado y, por primera vez, se besaron.
Luego, esa misma tarde, se dieron muchos besos más.
Los dos estaban muy contentos viviendo aquel momento tan bonito.
Terminada la estadía en la cafetería, ella se fue al baño, se arregló el pelo, se pintó los labios y salieron a la calle.
En ese momento ya serían las cinco de la tarde.
Al salir de la cafetería, caminaron como si fueran simplemente amigos, y muy ilusionados, tomaron el bus, y regresaron a sus casas.
Después de este encuentro en la cafetería, no pudieron verse más por unos días, esto porque había muchas vueltas que hacer, estaba empezando el mes de diciembre y surgían muchos compromisos, como ir a retirar las notas de los niños en la escuela, fiestas de fin de año en la escuela, reuniones familiares y otras cosas así por el estilo.
De su parte, David salía mucho con algunos amigos del barrio, por lo que estaba poco en casa.
Sin embargo no dejaba de pensar en Aurora, a quien deseaba ver en cuanto surgiera una oportunidad.
Ésta llegó el segundo domingo de diciembre, cuando estando él en su casa como a las diez de la mañana, llegó Aurora a pedirle a su madre que le dijera a David que le revisara la plancha que no calentaba.
Él no esperó mucho para acompañarla a su casa.
Ella estaba sola pues Farid andaba en la granja de San Carlos, y sus hijos andaban en misa en la iglesia del barrio.
Vestía uno de esos vestidos de una sola pieza que a ella le gustaba tanto lucir, era de color rosado, ajustado a su cuerpo de manera perfecta.
Al llegar abrieron la puerta de la casa y entraron a la sala, cerrando la puerta tras ellos. Aurora la cerró con el picaporte para que nadie fuera a entrar inesperadamente.
Ella se recostó en la pared y lo invitó a abrazarla, indicación que David inmediatamente aceptó.
Se besaron apasionadamente por algunos minutos, y luego él se recostó en la pared con Aurora abrazándolo por el frente.
Entonces él se agachó un poco, tomó el ruedo inferior del vestido, y se lo subió hasta la cintura.
Luego empezó a tocarla en un momento de muy alta intensidad.
Entonces se dio cuenta de que ella no llevaba puesta la ropa interior.
Terminaron de quitarse la ropa y se fueron hacia el cuarto de ella.
La cama estaba muy limpia y ordenada, con un edredón de color dorado y un almohadón rojo oscuro.
Aurora quitó el edredón y se acostó boca arriba con las piernas abiertas completamente.
Así, con su mirada y con sus brazos, lo invitó a poseerla.
El momento fue magnífico, inolvidable, irrepetible.
Unos quince o veinte minutos después lo hicieron nuevamente.

Los dos quedaron desnudos, exhaustos, tendidos en la cama, su nido de amor.
Esa fue la primera vez que David y Aurora vivían plenamente aquella experiencia inolvidable.
David estaba siempre ansioso por poseerla de nuevo, pero la oportunidad no se presentó.
A partir de ese día domingo no lo hicieron más, hasta un día en que ella organizó una fiesta de fin de año en su casa.
Era un día sábado por la noche, día de la fiesta, en que toda la familia de ella llegó a la casa.
Invitó también a la familia de David.
Todo empezó como a las ocho de la noche. Los varones adultos estaban tomando bastante licor, y algunas de las mujeres lo hacían también.
Al poco rato empezaron a bailar, pero como la sala era pequeña, bailaban también en la cochera de la casa.
En realidad estaban pasando un rato muy agradable. Ya todos los varones estaban borrachos, y una o dos mujeres también.
Él no quitaba sus miradas de las piernas y el cuerpo de ella, quien disimuladamente, cruzaba las piernas con aparente descuido para que él pudiera observarla, lo que lo excitaba muchísimo.
En un momento dado, Aurora tuvo que ir a la cocina a traer más bocas para los invitados, y le pidió a David que la acompañara.
Lucía un vestido rojo muy bonito, y unos tacones altos que la hacían lucir muy esbelta y atractiva.
Ya en la cocina cerró la puerta con seguro y se abrazó con David, quien rápidamente le subió el vestido hasta la cintura.
No andaba ropa interior.
Ella se recostó contra la pared y se miraron con gran ansiedad.
Se abrazó a él, que ya estaba preparado, subió bastante su pierna derecha, y David pudo poseerla sin ningún problema.
Se quedaron abrazados unos minutos, se dieron un último y prolongado beso, rápidamente se pintó los labios y regresaron a la fiesta.
Nadie se dio cuenta de nada.
Cuando terminó la fiesta todos los invitados se fueron. Era ya la media noche.

Ella le pidió a David que la ayudara a acostar a Farid quien, de borracho que estaba, no podía levantarse y menos aún, caminar.
Los niños ya hacía rato que se habían acostado, por lo que él la ayudó también a acomodar todos los muebles de la casa.
Al ser como la una de la madrugada, cuando ya David se estaba despidiendo, ella se abrazó a él y lo llevó hasta el sofá.
Se quitó el vestido quedando totalmente desnuda, se acostó boca arriba y le pidió que la poseyera.
Hicieron el amor de nuevo hasta quedar exhaustos y jadeantes, y se quedaron ahí rendidos como quince minutos.
David regresó entonces a su casa.
Ese día, los dos amantes, durmieron tranquilos, satisfechos y contentos, después de haber vivido aquellos momentos tan bonitos, emocionantes, e intensos hasta el extremo.
El mes de diciembre siguió su curso, pasaron los días pero ellos no pudieron verse porque todos tenían muchos compromisos.
Además, para ir a tomar un café al centro de la ciudad, había que superar el problema de las grandes aglomeraciones de gente, los autobuses llenos a reventar, y la gran actividad comercial de esos días previos a la navidad.
Sin embargo, un día de tantos, en que por casualidad se encontraron en la parada de los autobuses, Aurora le dijo a David que al día siguiente, domingo veintitrés, le haría un regalo de navidad.
Le dijo que a las nueve de la mañana de ese día, si veía un pañuelo blanco amarrado a la reja de la ventana de la cochera, era que estaba sola y que por lo tanto la podía visitar. Ella aprovecharía entonces para hacerle el regalo.
Y así fue.
Al día siguiente, a las nueve de la mañana, pudo ver el pañuelo blanco en la reja de la ventana. Entonces entró.
La puerta estaba abierta, pero aun así tocó.
Ella preguntó que quién era. Él le respondió y ella le dijo que esperara un momento.
Un par de minutos después le dijo que pasara, que le pusiera el seguro a la puerta, y entrara al cuarto de ella.

La habitación de ella tenía un amplio baño propio, provisto de una cortina de plástico para que no salpicara el agua hacia afuera cuando alguien se estaba bañando.
Esa cortina estaba hecha de un plástico completamente transparente.
Cuando David entró a la habitación la puerta del baño estaba abierta.
Y ahí estaba ella, terminando de bañarse, completamente desnuda.
Parecía una diosa de bronce iluminada por la luz amarilla de la habitación.
El espectáculo era bellísimo, espectacular y sensual.
Entonces ella corrió la cortina del baño, y salió del mismo muy sonriente, secándose con un paño blanco.
Él no dijo una sola palabra. Sólo la miraba extasiado.
Ella entonces lo abrazó, le quitó la ropa y se lo llevó hacia la cama que estaba cubierta de una sábana de color amarillo.
Casi no dijeron ninguna palabra. Se acostaron, se acariciaron hasta quedar jadeando, y él la poseyó de una manera inolvidable.
Mientras hacían el amor ella le decía entre gemidos, -¡este es tu regalo de navidad…!-.
Cuando pasaron los días festivos de diciembre, ellos se vieron muy poco porque no tuvieron oportunidad.
Llegó el mes de enero y ambos estaban muy ansiosos por verse y amarse con la intensidad de siempre.
Los dos esperaban que se presentara un momento oportuno.
Siempre estaba latente el temor de que estando David y Aurora juntos, llegara Farid de improviso y los sorprendiera.
Eso les producía mucho temor, y era siempre, para ellos dos, un motivo de gran preocupación.
Entonces, un día de mediados de enero, Aurora llegó de visita a la casa de David para hablar con su madre y con su padre.
Ella les traía una propuesta.
Ésta consistía en acondicionar una puerta, en la tapia que separaba las dos casas, en la parte que daba al patio de ambas viviendas.
De esa manera, todos podrían entrar y salir por ahí, sin necesidad de hacerlo necesariamente por la puerta del frente de las dos casas.

Ella se encargaría de conseguir el albañil que hiciera todo el trabajo, hasta entregarlo terminado.
Esta puerta tendría picaporte por ambos lados, para contar con una buena manera de regular la entrada y salida de las personas.
Ella correría con todos los gastos que estos trabajos implicaran.
A Juan y a Melba les pareció bien la idea de Aurora, por lo que ya en febrero, la puerta estaba construida.
Eso facilitó mucho la relación entre ella y David, puesto que si de improviso llegara Farid por la puerta del frente, mientras ellos dos estaban juntos en la casa de ella, David podría salir por la puerta de atrás sin ningún problema.
Y si alguien quisiera entrar por la puerta de atrás a la casa de Aurora cuando ellos estaban juntos, no podría hacerlo porque habrían puesto el picaporte para evitarlo.
Así pasaron los meses.
Ahora podían verse incluso en días de entre semana en que ella estuviera sola, sin ningún temor a ser sorprendidos.
Los meses siguieron pasando.
El pañuelo blanco con frecuencia estaba amarrado a la reja de la ventana de la casa de Aurora que daba a la cochera.
Sí, no hay duda… Ellos siempre se quisieron mucho…
Nunca supe cómo terminó esta historia de amor. Durante mucho tiempo no supe nada de los dos amantes.
Pero un día, por casualidad, los vi caminando como amigos en el parque central.
Eso fue como en el año dos mil quince.
Desde entonces, no los he vuelto a ver.
Pienso que probablemente aún deben verse como amigos…

Bernal

Febrero, 2019.

La tía.

Las noches de diciembre en San José, capital de la República de Costa Rica, por lo general son frías, ventosas e incluso un poco lluviosas.
Aquella noche, de principios de mes, caía una silampa suave, necia y tupida.
Jacinto Panadero había ido al baile de fin de año en el Colegio Superior de Señoritas, acompañado de su tía, hermana de su mamá.
Eso fue así porque la muchacha que lo iba a acompañar, a última hora le dijo que no podía ir con él, pues había surgido un problema en su casa.
Como ya Jacinto estaba listo, a su tía le dio lástima y se ofreció para acompañarlo al evento.
La hermana de Jacinto y su prima también irían al baile, pues estudiaban en ese mismo colegio.
En realidad decidieron ir los cuatro juntos, para lo cual salieron de la casa a eso de las cinco de la tarde.
Llevaban sombrilla y abrigo pues aquella era una tarde fría, lo que presagiaba una noche también fresca y ventosa.
Se fueron caminando desde Barrio La Cruz, hasta el Colegio, subiendo por el Paseo de los Estudiantes, y cruzando a la izquierda en la Iglesia de La Soledad, hasta llegar al colegio.
Al pasar bajo las luminarias de alumbrado público, se veían las pequeñas gotas de la silampa, que describían largas trayectorias brillantes llevadas por el viento al caer de la tarde.
El baile se extendería hasta las diez de la noche, hora límite para terminación del evento, según había fijado la dirección del colegio.
La hermana y la prima de Jacinto se habían vestido muy bien para la ocasión, y la tía había hecho lo mismo. En cierta forma ella lucía tan atractiva como su hija, pero claro está, respetando la diferencia de edades.
Ella tenía treinta y ocho años y su hija dieciséis.
Jacinto tenía también dieciséis años de edad y su hermana diecisiete.
La tía era una mujer blanca, delgada y muy atractiva. Acostumbraba llevar el pelo hasta los hombros.
Era un poco más baja que Jacinto, y del mismo tamaño que su hija y su sobrina.
Esa noche vestía un lindo vestido volado de color amarillo con dibujos en forma de hojas de color verde mostaza. El cuello y las mangas hasta medio brazo, llevaban un vivo de color café oscuro.
El vestido era bastante corto, tal vez una cuarta por encima de la rodilla, pero no le lucía mal porque ella aparentaba mucho menos edad de la que en realidad tenía.
Con ese vestido de falda corta, hacía alarde de sus piernas blancas y perfectas, muy bien torneadas y sin defectos. Se había puesto unas medias de un color carne que las hacía lucir muy atrayentes.
Su cara bonita la pintó con lindos colores rojizos y rosados, además, sus párpados los coloreó con un tono verdoso, lo que la hacía lucir aún más joven de lo que aparentaba ser.
Cuando llegaron al baile, ya éste había empezado. En ese momento eran como las seis de la tarde.
Entregaron sus entradas a la persona apostada al ingreso del gimnasio improvisado como salón de baile, avanzaron un par de metros y se quedaron parados viendo dónde podrían ir a sentarse y a acomodarse.
El grupo musical que lo amenizaba tocaba en ese momento una pieza muy movida, por lo que la tía, sin esperar más, tomó a Jacinto de la mano y se lo llevó a bailar en medio de grandes risas y festejos.
Él la siguió sin esperar segunda orden y ambos empezaron a disfrutar de aquella noche fría de fin de año.
La hermana de Jacinto y su prima se fueron a buscar el grupo de sus compañeras de sección, y se sentaron con ellas, reservando dos campos para la tía y para Jacinto.
Pasadas tres o cuatro piezas, cuando llegaron las melodías de ritmo más sosegado y romántico, Jacinto y la tía dejaron de bailar y se unieron al grupo.
Ahí estuvieron conversando con las amigas y amigos que habían asistido al baile, tomando refrescos y comiendo tosteles y otras delicias.
De vez en cuando, cuando venía la música más movida que le gustaba a la tía, Jacinto la sacaba a bailar. Se quedaban en la pista hasta que venía la música suave, ocasión en que regresaban a sentarse con el grupo.
Jacinto, a ratos, bailaba con su hermana, con su prima y con las otras compañeras, y lo hacía tanto con música movida como con piezas románticas.
La tía bailaba con los otros jóvenes del grupo, que estaban maravillados de bailar

con aquella mujer tan bella, simpática, festiva y madura.
La noche se hizo corta. El ambiente era muy agradable e informal. Bailaron hasta cansarse. Cuando se dieron cuenta ya eran las nueve y treinta de la noche. Ya pronto el baile terminaría.
Ya para entonces, el grupo musical interpretaba predominantemente música romántica.
Como Jacinto sabía que esa no era la música que le gustaba bailar a su tía, entonces se quedó sentado conversando con el grupo.
Sin embargo, como estaban sentados juntos y con bastante disimulo, la tía le tomó la mano y empezó a apretársela suavemente.
Él, un poco sorprendido, pero muy halagado y sonriente, le correspondió de la misma manera.
Entonces, luego de algunos minutos, la sacó a bailar aquella música suave que el grupo musical ejecutaba ya casi al final del baile.
Fueron a bailar al centro de la pista. Ella estaba muy sonriente y afable.
Bailaron muy juntos, con una cadencia muy suave, con sus cuerpos en contacto perfecto.
Sus mejillas se juntaban cuando no estaban hablando, y entonces Jacinto quiso besarla en los labios.
Pero por ese momento la pieza terminó y él no pudo cumplir con su deseo.
Quiso llevarla de nuevo a la mesa donde estaban sentados con el resto del grupo de jóvenes, pero ella lo tomó de la mano y le pidió que esperaran a ver qué iba a tocar el grupo musical.
Resultó ser una pieza movida, por lo que a ella se le iluminaron los ojos de alegría, y con gran gracia, dando pequeños saltitos, empezó a bailar con gran entusiasmo.
Al bailar su vestido se le subía bastante, mostrando sus lindas piernas y deslumbrando con ellas a Jacinto que, extasiado, no dejaba de mirarla con ojos de gran excitación.
Cuando la música terminó, ella se adelantó sonriente y se abrazó a Jacinto, y así se quedaron quietos en el centro del salón.
Casi inmediatamente vino una pieza romántica de ritmo muy suave. Sin separarse, los dos empezaron a bailar muy despacio.

Jacinto sentía el cuerpo de su tía, suave, tibio, delgado y delicado, pegado completamente con el de él.
El aroma de su perfume era perfecto para la ocasión. Su respirar pausado hacía que sintiera el calor de la tía en su cara y en su cuello.
La abrazó con dulce ternura, la miró a los ojos, y la besó suavemente en los labios.
Ella, sonriendo, le preguntó -¿y eso…?-.
Y, siempre sonriendo, se abrazó a él diciéndole, -¡qué pícaro…!-.
Cuando la pieza terminó, tomados de la mano se fueron a sentar con el resto del grupo. Aparentemente nadie había notado nada.
A los pocos minutos la directora del colegio, se levantó de donde estaba sentada, tomó el micrófono y dio por terminado aquel inolvidable baile de fin de año.
Poco a poco la gente fue saliendo del salón, cada uno rumbo a su casa, o al restaurante chino Chi Kon, situado muy cerca del colegio, a comer algo para luego irse a dormir.
Jacinto, la tía, su hermana y su prima, se vinieron a su casa, a ver televisión un rato, para luego irse a dormir.
Caminaron desde el colegio hasta Barrio La Cruz, despacio, conversando y riendo, haciendo comentarios del evento y de los jóvenes con quienes habían estado compartiendo aquella noche de baile de fin de curso.
A esa hora hacía ya mucho frío. Las dos muchachas habían llevado un abrigo grueso, pero el de la tía era delgado y liviano.
Por eso, en un momento dado, cuando iban pasando frente a la panadería La Espiga de Oro, le pidió a Jacinto que le cubriera sus hombros con su brazo, a lo que él accedió de buena gana.
Así, abrazados, caminaron por aquellas calles frías y solitarias, hasta que los cuatro llegaron a la casa.
Cuando entraron, el resto de la familia estaba viendo televisión en la sala comedor, se saludaron efusivamente y ellos cuatro se fueron a la cocina en busca de algo para comer.
Luego de calentar la comida, la tía les sirvió arroz con frijoles, un huevo frito, ensalada de lechuga con tomate, y un gran pedazo de pan con mantequilla. Todo acompañado de una jarra de café con leche muy caliente.

Esa cena les permitió entrar en calor casi inmediatamente.
Luego las muchachas se fueron a ver televisión con el resto de la familia, Jacinto fue a recostarse en la cama en su habitación y la tía se fue a su cuarto a ponerse la bata de dormir.
Al llegar a su habitación, Jacinto se puso una pantaloneta y una T-shirt, y disimuladamente se fijó en la puerta del cuarto de su tía. Ella por descuido la había dejado entreabierta.
Con mucho sigilo él se acercó y la vio.
Sentada frente al espejo no se percató que Jacinto la estaba mirando.
La miró, sí. Ella lucía su cuerpo bellísimo.
Estaba prácticamente desnuda. Llevaba puesto sólo un calzón blanco transparente muy pequeño y se estaba aplicando una crema en sus brazos, su cara y sus pechos.
Ahí en la cómoda del cuarto, con la lámpara encendida, su cuerpo blanco y perfecto lucía esplendoroso, todo iluminado por la luz amarillenta del bombillo.
Luego se puso de pie, se enderezó lentamente, y se encorvó un poco para aplicarse crema en los muslos y en las pantorrillas.
Aquel breve espectáculo maravilloso se tornó en algo casi indescriptible.
Se peinó cuidadosamente y, cosa curiosa, se perfumó con esmero.
Luego se irguió frente al espejo y se puso una bata de dormir muy corta que le llegaba más de una cuarta para arriba de la rodilla.
Apagó el bombillo que había en la parte superior del espejo y se dispuso a irse hacia su cama.
Jacinto entonces se fue para su habitación muy excitado, apagó la luz y se acostó sin cobijarse.
Toda la casa estaba en silencio y sólo se oía el ruido de la televisión.
Hacía frío y afuera se oía soplar el viento de diciembre.
Entonces se cobijó.
Pasaron unos minutos y, de pronto, sin anunciarse, alguien abrió suavemente la puerta del cuarto.
Él se volvió sorprendido y miró en la oscuridad.
Era la tía.
Entró a su cuarto, encendió la lámpara que había en la mesa de noche situada a un lado de la cama, y sonriendo dulcemente le preguntó, -¿puedo…?-.
Sin esperar la respuesta, se acostó a su lado, se cobijó con la misma cobija y dijo, -¡tengo mucho frío…!-.
Jacinto no sabía qué decir y entonces fue ella la que dijo, -¡abráceme…, caliénteme con su cuerpo…, tengo mucho frío…!-.
Él la abrazó, pegó totalmente su cuerpo al de ella, y la volvió a besar suavemente.
Experimentó la sensación maravillosa del contacto de su cuerpo tibio y de su piel suave.
Los muslos de ella rozaban los de él, produciéndole una agradable satisfacción y la certeza de la presencia física de aquella mujer tan linda y cariñosa.
El aroma de su tía era delicioso, amoroso y dulce.
Él empezó a recorrerle el cuerpo con sus manos ansiosas de darle todas las caricias que pudiera brindarle.
La tía le correspondió abrazándolo muy fuerte, y besándolo, pero al notarlo tan excitado le dijo en voz muy baja, -¡nos pueden oir…, esperemos una noche en que estemos los dos solos en la casa…!-.
Se abrazó a él muy fuertemente, le dio un beso, y se fue de prisa hacia su habitación.
Al salir ella le susurró al oído, -¡buenas noches…!-.
Ese momento mágico habría durado cinco o diez minutos.
Aquella noche, Jacinto casi no pudo dormir.
Finalmente, cuando serían tal vez la una de la mañana, lo venció el sueño y cayó dormido…

Bernal

Diciembre, 2016.

La vecina.

San Cayetano es un barrio situado en la periferia de la ciudad de San José, capital de la república de Costa Rica.
Por aquellos años era, y siempre lo ha sido, un barrio pobre habitado por personas y familias de clase media, y de clase media baja.
En esa época, la mayor parte de los jóvenes varones de ese barrio estudiábamos en el Liceo de Costa Rica, fundado en 1887, situado muy cerca del barrio.
Las muchachas, en su gran mayoría, estudiaban en el Colegio Superior de Señoritas, situado en pleno centro de la ciudad de San José y que fue fundado, si mal no recuerdo, en el año 1888.
Por esos días, tanto Calique como yo tendríamos unos dieciséis años de edad y cursábamos el tercer año de secundaria en el Liceo.
Ambos vivíamos muy cerca del Parque de Béisbol Antonio Escarré, en el mero centro de San Cayetano, y éramos en general buenos estudiantes.
Acostumbrábamos ir a clases al Liceo, estudiar y practicar ese deporte en nuestros ratos libres.
En esa época, y como hacíamos muy frecuentemente cuando había poco que estudiar, solíamos reunirnos en la esquina del estadio, en las barras de tubo de metal que ordenaban las filas de aficionados en las boleterías, a conversar de temas muy variados y de cosas que nos ocurrían en nuestra vida diaria.
Pasados muchos años, él se fue a vivir a otro barrio de la ciudad y yo, luego de cursar toda la carrera en la universidad, me gradué y conseguí un trabajo.
Luego me casé con una muchacha graduada en el Liceo Anastasio Alfaro, tuvimos tres hijos, y terminamos viviendo en un barrio llamado Vasconia, cercano a mi querido San Cayetano.
Luego de muchos años, un día me lo encontré en la calle y me contó una interesante historia vivida por él en nuestra época de jóvenes.
Fue así como Calique me contó, de manera pausada y tranquila, la aventura que le ocurrió a él por aquellos años en ese lindo barrio.
Él vivía en una casa de madera de construcción vieja, de color amarillo paja con bordes café.
La casa tenía un amplio patio en el fondo del cual alguien había sembrado un palo de aguacate que, aunque parezca raro, producía abundantes cosechas casi todos los años.

Al lado de su casa vivía una pareja formada por un hombre de unos cincuenta y cinco años y su esposa de unos cuarenta. No tenían hijos.
Él trabajaba en un gran negocio en el centro de San José, y ella era una afanosa ama de casa, que dedicaba todo su tiempo al hogar que había formado con su marido.
Vivían en la casa ellos dos solos y parecían bastarse el uno al otro.
Su relación era amable y tranquila. Estaban satisfechos y conformes.
Él era un hombre que se cuidaba poco y ella, en contraste, era una mujer muy bonita que se preocupaba bastante por su apariencia física.
Cuidaba mucho su cuerpo blanco y delgado, así como su pelo largo que le llegaba un poco más abajo de sus hombros.
Siempre se pintaba con esmero su cara bonita y vestía con coquetería y buen gusto.
Le gustaba sobre todo lucir sus piernas bien torneadas y sin defectos, por lo que a menudo vestía enaguas cortas de falda suelta, o voladas, como llamaba la gente de esa época.
Era evidente que a ella le gustaba llamar la atención, ser admirada por los demás, y lucir siempre bella y fresca.
Ella sabía que era una mujer agraciada y muy atractiva.
Pasaba casi todo el día en su casa y muy frecuentemente acostumbraba visitar a la mamá de Calique. Esto lo hacía por las tardes, ocasiones en que acostumbraba tomar café con ella, para lo que hacía deliciosos bocadillos en el horno de la cocina de su casa.
La casa de la pareja también tenía un amplio patio, lleno de matas que la mujer había venido sembrando desde hacía mucho tiempo.
Los dos patios estaban separados por una tapia de latas de zinc pintadas de color verde claro, que estaba en general en buen estado, pero que tenía algunos puntos en los cuales los constructores no habían alineado bien las latas de zinc, por lo que quedaban algunas hendijas bastante notorias a través de las cuales se podía ver de un patio al otro.
Calique acostumbraba estudiar caminando lentamente por el patio de su casa con su cuaderno en la mano, memorizando la materia que entraría en los exámenes. Esto lo había venido haciendo desde que estaba en la Escuela Claudio González

Rucavado, situada en el mismo barrio y en la cual, aunque nunca fuimos compañeros de clase, sí fuimos buenos amigos.
En esos años los estudiantes debíamos asistir al Liceo de lunes a sábado.
Este último día de la semana salíamos de clase a las diez y treinta de la mañana y luego nos íbamos a Plaza Víquez a practicar algún deporte. Esto antes de ir a almorzar a nuestras casas.
Un día sábado en que no tuvimos que ir a clases por alguna razón, Calique aprovechó para estudiar en el patio de su casa.
El resto de la familia estaba atendiendo sus labores dentro de la vivienda, por lo que él estaba solo en el patio, caminando lentamente con su cuaderno en la mano.
Serían tal vez las nueve de la mañana cuando, por pura casualidad, se le ocurrió asomarse por una de las hendijas que había en la cerca de latas de zinc.
Se asomó mirando con curiosidad y, estaba en eso cuando ocurrió algo que lo dejó perplejo.
En ese momento salió al patio de la casa la vecina.
Se notaba que venía saliendo del baño, pues aún estaba muy mojada y tenía aún su pelo empapado.
Venía envuelta en un paño de color rojo anudado en la parte del frente de su cuerpo.
Salió y se quedó parada en una superficie de cemento que había saliendo apenas de la casa, recibiendo de lleno toda la luz del sol de la mañana.
Por un asunto de casualidad, en un momento dado volvió su mirada en dirección a la parte de la cerca de latas de zinc justamente donde estaba asomado Calique, pero él rápidamente se ocultó, por lo que ella no lo vio.
Pasados unos segundos él volvió a asomarse, pero esta vez con más cuidado.
Continuó viéndola, sintiéndose seguro de que ella no se había dado cuenta de su presencia.
Ella de vez en cuando, con la cara muy seria, volvía a ver, pero a él le pareció que ella no se había percatado de que él la estaba observando.
Estando ahí empezó a escurrir el agua de su pelo, pero como ésta le mojaba el paño, se lo quitó, lo colgó en un alambre que había en el patio, quedando completamente desnuda.

Su cuerpo era perfecto y muy bien proporcionado. La figura de mujer esbelta de piel blanca lucía muy linda, ahora que la iluminaba de lleno la luz de la mañana. Se veía especialmente atractiva con su pelo negro suelto hasta los hombros.
Entonces, la vecina volvió a mirar hacia donde estaba asomado Calique, y a él le pareció que ella estaba sonriendo, como si estuviera contenta y alegre bajo el sol de aquella mañana de sábado.
Él se quedó mirando tranquilo, admirando aquella mujer tan bella, sabiendo que ella no se había percatado de que él la estaba mirando.
Permaneció arreglando su pelo y secando su cuerpo unos diez minutos, lapso que Calique disfrutó plenamente con gran emoción.
Luego ella cogió el paño rojo de donde estaba colgado y con él se envolvió el pelo.
Entonces, de manera rápida y graciosa, entró a su casa.
La función había terminado.
-¡Qué lástima…!, pensó Calique.
Y él también entró a su propia casa.
Después de este evento, Calique no tuvo sábados libres en el Liceo. Así pasaron unos dos meses en que, aunque él estudiaba en el patio los domingos, ocasión que él aprovechaba para asomarse por la hendija, no llegó a verla.
Esto porque tal vez, por estar su esposo en la casa, la vecina no salía a secarse al patio luego de bañarse.
Un día jueves en que llovió mucho y muy fuerte, en el Liceo los profesores suspendieron la clase de educación física de la tarde.
Por esta razón Calique llegó temprano a su casa y, para sorpresa de él, ahí estaba la vecina haciéndole visita a su mamá.
Ambas estaban en la mesa de la cocina tomando café y, como él llegó del Liceo con hambre, lo invitaron a unirse a ellas.
La vecina había preparado unos ricos panecillos caseros que en realidad estaban tibios y deliciosos. Los comieron acompañando al café y luego se fueron a seguir conversando en la sala de la casa.
La vecina vestía ese día un lindo vestido entero muy corto. Era de color azul claro un poco brillante. En realidad se le veía muy bien, lo que la hacía muy atractiva para cualquier varón.

Su madre y la vecina se sentaron en el sofá, por lo que le indicaron a él que se sentara en un sillón individual que quedaba justo al frente de ellas.
Así lo hizo Calique, luego de ir a su cuarto a cambiarse el uniforme del Liceo.
Pronto empezó a admirar las lindas piernas de la vecina, que ahí sentada podía mostrarlas ya que en la posición que estaba, el vestido se le subía bastante arriba de las rodillas.
En una condición de descuido involuntario, la vecina trataba de acomodarse mejor en el sofá, por lo que empezó a cruzar las piernas con frecuencia.
Cada vez que se daba esto, le hacía una gran exhibición de su ropa interior a Calique, que la miraba con disimulo, tratando de que no lo viera su mamá.
La vecina reía alegremente y se mostraba muy locuaz y simpática, cosa que la hacía especialmente atractiva para Calique, que la miraba ahora, siempre con disimulo, pero de manera mucho más insistente.
Así estuvieron como media hora, después de la cual la vecina se retiró a su casa luego de despedirse de Calique y de su madre.
Ya por esa hora serían las cinco de la tarde, por lo que poco después cenaron, estudió un rato, y luego se fue a dormir al ser las nueve de la noche.
Él estaba muy excitado de tanto ver a la vecina, por lo que no podía dormirse, pero pasado un buen rato logró conciliar el sueño.
Pasados algunos días, cuando llegó un fin de semana, en Plaza Víquez, situada muy cerca de San Cayetano, se jugaría la final de un torneo relámpago entre los mejores equipos de esa parte de la ciudad.
Eso sería el día domingo.
Por esos días la vecina estaba de visita en la casa de su madre, y por pura casualidad mientras hablaba con ella y con Calique, les comentó lo de la clausura del torneo relámpago, y aprovechó para decirles que su esposo, miembro del grupo organizador, pasaría todo ese día domingo ahí en Plaza Víquez, desde muy temprano, ayudando a coordinar toda la actividad.
Llegado el día domingo, Calique estaba estudiando como de costumbre en el patio de su casa, y al ser más o menos las nueve, empezó a asomarse por la hendija para ver si podía ver a la vecina.
No tuvo que esperar mucho, pues al poco rato ella salió envuelta en su paño rojo, y se paró a recibir el sol de la mañana.

De vez en cuando ella miraba hacia donde estaba asomado Calique, pero aparentemente no lo veía, pues no mostraba ningún signo de que lo estuviera haciendo.
Él continuó mirando tranquilo, pues estaba claro que ella no podía verlo ahí asomado.
Pronto se quitó el paño, quedó completamente desnuda y empezó a peinarse con un gran peine de plástico, una y otra vez, tratando de que el pelo se le secara.
Cuando hubo terminado, se aplicó algo así como una crema en todo el cuerpo, y luego se puso un lindo vestido de una sola pieza de color anaranjado pero, según pudo ver Calique, sin ropa interior.
El vestido tenía un escote muy amplio, que la hacía ver muy excitante y seductora.
Luego ella se fue para dentro de su casa.
Al poco rato, la vecina llegó a su casa para pedirle a la madre de Calique que lo dejara pasar a su casa a ayudarle a limpiar un pequeño saco de frijoles rojos que le habían regalado a su marido.
Esos frijoles venían con muchos terrones pequeñitos, que era necesario quitar antes de cocinarlos.
Calique fue a la casa de ella y empezaron la tarea, inclinados, uno a cada lado de la mesa, cogiendo pequeños puños de frijoles que esparcían en un papel periódico para separarlos de los pequeños terrones que antes mencioné.
Para facilitar la labor, la vecina puso una lámpara en la mesa para dar suficiente luz sobre los frijoles que había sobre el papel periódico.
Al inclinarse ella hacia delante, de frente a Calique, y a la intensa luz de la lámpara, se le veían muy bien sus lindos pechos blancos con la areola de un color café muy claro, casi rosado.
Calique estaba extasiado viendo aquel cuadro tan lindo, tanto que no pudo disimular su excitación, ni podía esconder su intensa mirada.
Escogiendo los frijoles, la vecina se inclinaba hacia él mostrándole todo lo que Calique quisiera ver. Lo hacía con dulzura e ingenuidad, mirándolo de reojo de manera coqueta e insinuante, sonriéndole con amabilidad y comprensión.
Aquellos pechos blancos se movían con delicadeza siguiendo los desplazamientos de su cuerpo perfecto, iluminados de amarillo por el bombillo de la lámpara.
Así pasaron como quince o veinte minutos, conversando y riendo mientras

retiraban los terrones de los frijoles.
En un momento dado, al ver su insistente mirada, la vecina le dijo, -Calique, ¿le gustan mis pechos…?-.
Él se sintió descubierto, por lo que, sin saber qué responder, sólo atinó a contestar con voz titubeante, -¡sí claro, mucho…!-.
Ella entonces, sabiéndose dueña de la situación, le dijo, -¡tóquelos, si quiere…!-.
Calique no sabía qué hacer, por lo que ella le tomó la mano derecha y la metió dulcemente por el amplio escote del vestido anaranjado.
Él palpaba aquellos lindos pechos con temor y con una gran inseguridad al principio, pero después de algunos minutos, los tomó con ambas manos y los acarició con deleite y satisfacción.
Le gustaba tanto hacerlo, y se sentía tan bien haciéndolo, que se daba gusto tocándolos con gran alegría y entusiasmo, mientras la vecina le sonreía y lo estimulaba con dulces palabras de aprobación.
Pasaron los minutos y pronto él se sintió más confiado, seguro y tranquilo, y empezó a acariciarla y a tocarla en otras partes del cuerpo, cosa que evidentemente a ella le agradaba, pues lo estimulaba con suaves palabras a que lo hiciera cuanto quisiera.
Así, entre caricias, palabras dulces y suspiros, terminaron de separar los terrones de los frijoles.
Ella entonces tomó la iniciativa y tomándolo de la mano, se llevó a Calique hacia la sala de la casa, en donde se sentaron en el amplio sofá color verde muy claro.
La vecina se acomodó y, de manera involuntaria, el vestido se le subió muy por encima de las rodillas, por lo que, en medio de la intensidad del momento, pronto terminó por subírsele hasta la cintura, mostrando a Calique sus lindas piernas blancas y, pasados algunos minutos, todo su cuerpo perfecto.
Ahí continuaron acariciándose con gran entusiasmo hasta que ella le preguntó, -Calique, ¿alguna vez ha hecho el amor…?-, ¡a lo que él respondió que no!
-¡Entonces yo le enseñaré…, si usted lo desea…!.
Él la abrazó cariñosamente mostrando una tímida sonrisa de aprobación, y luego, tomados de la mano, ella se lo llevó hacia su habitación.
Ahí vivieron aquella increíble historia de amistad, aceptación y comprensión casi todo el resto del medio día.

Sólo se levantaron un rato a almorzar la rica comida que, desde temprano, había dejado preparada la vecina.
Aquel día resultó inolvidable para los dos.
Al ser como las dos de la tarde, Calique regresó a su casa, pues el marido podía llegar en cualquier momento.

Bernal

Octubre, 2016.

Poesías

El islote.

El islote está al final de la península…
En el extremo sur…
Hacia donde sopla el viento del norte…
En las tardes de invierno…
Lo azota la ventisca…
En las mañanas de verano…
Lo ilumina el sol inmenso…
Por las noches, en invierno o en verano…
Descansa incólume sonriéndole a la oscuridad…
Su belleza…, su porte…, su personalidad…
Siempre imperturbable…, impasible…, sereno…
Es el islote amigo…
Que observa pasar a lo lejos…, en el horizonte…
Al navío aventurero…
Está siempre ahí…
Allá en el extremo de la península…
En Cabo Blanco…

Bumal Abril, 2016.

El camino.

Va por el camino la india Juana Teresa…
Va por el camino polvoriento y solitario…
Lleva con ella a sus tres hijos.
Su esposo está trabajando en una finca vecina…
¡Van para la escuela…!
Ya han caminado dos horas…
¡Aún les faltan dos de camino…!
Eso es todos los días, de lunes a viernes…
¡En verano bajo el sol…!
¡En invierno bajo la lluvia…!
¡De febrero a noviembre…!
Va por el camino la india Juana Teresa…
¡Ella y sus hijos ya han escogido…!
¡Han escogido el camino más duro…!
¡Pero que es el camino con final más dulce…!
¡El camino que lleva hacia las estrellas…!.

Bumal Abril, 2016.

Belleza.

La mujer descansa en la playa junto al mar…
La playa solitaria…, la playa misteriosa…, la playa secreta…
Recostada en la tibia arena blanca…
A la sombra fresca del manglar verde…
Dormita tranquila con los ojos cerrados…
Sólo escucha el ruido de las olas…
Y el viento que sopla entre las palmas del cocotero…
Y allá, en lo alto, el rumor del sol que la mira embelesado…
La luz de la mañana ilumina su cuerpo de sirena…
Blanco…, esbelto…, de formas maravillosas…
Ahora está toda la belleza junta…
La mujer bellísima… y el paisaje multicolor…
El azul verdoso del mar inmenso…
Y el celeste claro del universo amigo…
Así, embebida en tanta belleza…
La mujer descansa en la playa junto al mar…

Bumal Abril, 2016.

El puma.

¿Por qué me encierras hermano…?
¡No te he hecho daño alguno…!
¿Por qué cortas el árbol de mi bosque…?
¡Si es el bosque de todos…!
¿Por qué quemas el tacotal…?
¡Si es nuestra casa…!
¿Por qué ensucias el río…?
¡Si es el agua de nosotros los seres vivos…!
¿Por qué contaminas el aire…?
¡Si ese aire lo respiramos todos…!
¿Por qué haces todo eso, amigo…?
¡Si somos hijos de la luna, del sol y de las estrellas…!
¿Por qué me encierras hermano…?

Bumal Abril, 2016.

La cumbre.

Vengo subiendo desde la hirviente llanura…
El camino trepa por las estribaciones de las montañas…
Me estoy adentrando en las entrañas de la cordillera…
Miro hacia atrás y puedo ver la pampa caliente…
Inmensa…, infinita…, insondable…
Acá arriba ya todo está verde brillante…
El viento sopla fuerte y dobla las ramas de los árboles…
El suelo es blancuzco…, arenoso…, ardiente…
Arriba, frente a mí, está la cumbre del volcán…
Hacia allá me dirijo…
Arriba está el cráter…
Blanquecino…, ventoso…, frío…
Poblado de arbustos leñosos propios del páramo silencioso…
Es el Rincón de la Vieja…
El hermano del indio Juan Leoncio…
Mi hermano del alma…
El hijo de la nebulosa…, o de la supernova…
Es impresionante…, amenazador…, bellísimo…
Ese lindo volcán de mi tierra tan querida…

Bunal Abril, 2016.

Isla Caballo.

El sol brilla intensamente sobre las aguas del golfo…
El golfo bellísimo que se recorta en el mar inmenso…
Sopla una brisa caliente que apenas levanta un oleaje suave…
Al fondo se observan las cerranías de la península…
Frente a mí está la isla…
Es de color blanquecino…, coronada de verde…
Contrastando con el mar azul…
Descansa tranquila…, dormita bajo el sol de casi medio día…
El mar la acaricia con suavidad…
Entonces recuerdo a María de la Cruz…
Su sonrisa…, su belleza…, su cuerpo perfecto…
Ella me acepta y me quiere…
Me ha aceptado y me ha querido siempre…
El sol brilla intensamente sobre las aguas del golfo…

Bunal Abril, 2016.

El pájaro fragata.

¡Mira Felipe…! Es el pájaro fragata…
Se recorta muy bien su figura negra…
Contra el cielo azul del mediodía…
¡Mira Mariana...! Es el pájaro fragata…
Vuela tranquilo llevado por la brisa…
Llevado por la brisa tibia de inicios de la tarde…
¡Mira Lucía…! Es el pájaro fragata…
Busca comida desde lo alto…
En la verdosa agua del golfo…
Vuela allá… En lo alto…
Surcando elegantemente…
El espacio infinito que lo abarca todo…
Ya casi se inicia la tarde cálida…
Hace mucho calor…
El sol brilla en lo alto…
Es el pájaro fragata…

Bunal Abril, 2016.

Dos gaviotas.

Dos gaviotas vuelan juntas en el cielo azul…
Llevadas suavemente por la brisa de la tarde…
¿De dónde vienen…?
¿Hacia dónde van…?
¿Desde cuándo vuelan juntas…?
¿Hasta cuándo surcarán el cielo…?
Nadie tiene la respuesta…
Sólo la Inteligencia Universal lo sabe…
Entonces te miro y me estás sonriendo…
María de la Cruz…
Me miras sonriendo…, amorosa…, coqueta…
Tu cara bonita…, tus labios tan rojos…
Una vez me fui contigo…
Y fuimos dos…, muy juntos…
Llevados suavemente por la brisa de la tarde…
Dos gaviotas vuelan juntas en el cielo azul…
Dios las mira y sonríe…

Bunal Abril, 2016.

Están pescando.

Lucrecia y Genaro están pescando…
Ella tiene treinta y ocho…, él tiene diecisiete…
Allá…, en el extremo de la península…
A tiro de piedra del islote de Cabo Blanco…
Son las seis de la mañana…, la marea está llena…
El ambiente está fresco…, el sol brilla de color amarillo…
El agua del mar está fría…
Es de un tono verdoso…, verde esmeralda…
Sus cuerpos están desnudos…
Ella de un color blanco dorado…
Él moreno de un color cobrizo…
Iluminados por el sol de la mañana…
Ella se sumerge con maestría y gracia…
Su cuerpo perfecto se ve blanco como el mármol…
Baja siete metros…, allá el agua está más fría…
Con gran habilidad nada entre las grandes rocas…
Y captura la langosta…, de grandes antenas…
Sube con ella en su mano izquierda…
En la derecha tiene la varilla de tamarindo con el anzuelo en la punta…
Sale a superficie…, grita de alegría…, ríe contenta…
Están pescando para comer ese día…
Esa noche ella estará sola en casa…
Su marido ha ido a Puntarenas…
Ella cocinará para cenar con Genaro…
Una sopa de cambute con vegetales…
Langosta en salsa de tomate, con chile picante y limón ácido…
Con pedazos de cuadrado hervido…
Y pan con mantequilla de ajo…
Un fresco de tamarindo…
Luego un trozo de tapa de dulce…
Esa noche ella estará sola en casa…

Bunal Abril, 2016.

La pampa.

¡Estoy ya muy alto en la cordillera…!
¡Cerca de la cima del Volcán Rincón de la Vieja…!
¡Miro hacia el horizonte lejano…!
¡Está ante mí, pensativo, silencioso…, un paisaje impresionante…!
¡A lo lejos miro la pampa infinita…!
¡Allá al fondo puedo ver las cerranías…!
¡Ahí existirán fincas inmensas…!
¡Llenas de ganado, de sabaneros, de vida…!
¡Son las cerranías donde vive el puma…!
¡Donde vive el garrobo, el zanate y el perico…!
¡Es la pampa de la mujer morena…!
¡Es la pampa de la mujer blanca emigrada del valle central…!
¡Decidida y valiente…!
¡Que todo lo sabe hacer…!
¡Estoy ya muy alto en la cordillera…!
¡Me parece escuchar el retumbo del volcán indómito…!
¡La brisa tibia acaricia mi rostro moreno…!
¡A lo lejos miro la pampa infinita…!
¡Todo es silencio…!
¡Sólo escucho el susurro del viento que corre entre las cumbres…!

Bunal Abril, 2016.

El carpintero.

¡Son casi las seis de la mañana…!
¡Ya terminó de amanecer…!
¡Finales del mes de abril…!
¡La mañana está fresca y sopla una brisa suave…!
¡Todo está en silencio…!
¡Ahora escucho cómo canta el carpintero…!
¡En el árbol frondoso que hay frente a mi casa…!
¡Está cazando insectos para comer…!
¡Toc, toc, toc…!
Y otra vez, ¡toc, toc, toc…!
¡Con su fuerte pico hace hueco en el tronco seco…!
¡Entonces el carpintero vuelve a cantar…!
¡María de la Cruz se levantó hace rato…!
¡La casa huele a desayuno delicioso…!
¡Son casi las seis de la mañana…!
¡Afuera, en el árbol, escucho cantar al carpintero…!

Bunal Abril, 2016.

Pedro Tencio.

¡Es el camino seco y polvoriento…!
¡Hace como quince minutos que amaneció…!
¡Son las cinco y treinta…!
¡En unos quince minutos llegará…!
¡Lleva ya una hora caminando…!
¡Míralo cómo camina…!
¡Es el indio Pedro Tencio que va rumbo a su trabajo…!
¡En su rancho quedaron su esposa y sus hijos…!
¡Ellos ya salieron caminando hacia la escuela…!
¡Él va para la finca del patrón…!
¡Trabajará muy duro todo el día…!
¡Hoy debe arreglar cercas, arrear ganado y bañar dos caballos…!
¡Debe ganarse el pan bendito de cada día…!
¡Para comerlo él, su esposa y sus hijos…!
¡Por estos días por acá hace mucha hambre…!
¡Pero por dicha tiene trabajo…!
¡Por dicha puede trabajar…!
¡Es el camino seco y polvoriento…!
¡Hace como quince minutos que amaneció…!

Bunal Abril, 2016.

La cerca.

Apenas recuerdo la cerca…
Cerca del medio de ella estaba el portón…
Era la entrada a la finca…
El vecino más cercano estaba quizás a quinientos metros…
De ahí a la casa se caminaban otros trescientos…
En ella vivían Patricio y su esposa Isabel…
Unos cien metros más allá estaba la playa y el mar inmensos…
Por esos días él andaba en México con sus dos hijos…
Los muchachos entrarían a la universidad en ese país…
Yo iría a la finca a acompañarla a ella…
Por esos días yo iba a cumplir los diecisiete…
La casa era de madera…, muy grande…, espaciosa…, fresca…
Isabel era blanca…, delgada…, bella…, sonriente…, coqueta…
De alguna manera descubrí que yo le gustaba…
De alguna otra forma descubrió que a mí me gustaba ella…
No recuerdo cómo terminamos abrazados…, besándonos…, acariciándonos…
Y entonces fuimos uno…
En la frescura de la noche…, al amanecer…, por la tarde…
Apenas recuerdo la cerca…
Cerca del medio estaba el portón…

Bernal Abril, 2016.

El zanate.

Y entonces ahora recuerdo aquella tarde en Liberia…
Serían tal vez las cinco…, o cinco y treinta…
Si mi memoria no falla era el mes de marzo…
La tarde ya estaba refrescando…
Yo estaba sentado en el parque…
Frente a la iglesia…
Mirando la gente al pasar…
Un zanate vino a pararse a la rama de un árbol…
Cerca de mí…
Era de color negro…, casi azulado…, con ojos amarillos…
Muy fuerte…, muy valiente…, muy atrevido…
Parecía no temerla a nada…, ni a nadie…
Empezó a cantar…, a gritos…, desafiante…, retador…
Yo lo miré admirado…, maravillado…
De pronto vino una hembra café…
Vino a posarse en una rama vecina…
Pronto alzó vuelo y se fue…
¡El zanate la siguió…, se fue tras ella…!
Volaron hacia el horizonte…
Y los perdí de vista…

Bernal Abril, 2016.

La roca.

Estoy sentado a la orilla de la playa…
Son tal vez las diez de la mañana…
A primera vista parece que la marea está creciendo…
La arena negra contrasta con el blanco de la espuma…
Es la espuma de la ola que acaba de reventar…
La vegetación verde brillante cubre todo el litoral…
Al fondo, frente a mí, está la Roca de Carballo…
Imponente…, imperturbable…, majestuosa…
Eternamente mirando al mar…
Allá a lo lejos pasan los navíos…
De banderas de mil países diferentes…
Los hay grises…, negros…, verdes…
En las noches de tormenta permanece siempre ahí…
Impávida…, impasible…, muy serena…
A pesar del viento que silva entre las olas…
Pese al mar embravecido…
Sin alterarse ante la centella del rayo luminoso…
Desde aquí donde estoy sentado…
¡La veo bellísima…!
¡Impresionante…!
La Roca de Carballo…

Bernal

Abril, 2016.

Mujer blanca.

¡Veo la playa inmensa de arena blanca…!
¡Se extiende ante mí casi hasta el horizonte infinito…!
¡Voy caminado…, a un lado las palmeras verdes y esbeltas…!
¡Al otro lado el mar verde esmeralda y la espuma blanca…!
¡Frente a mí el contorno del litoral rocoso…!
¡La mujer va danzando frente a mí…!
¡Su cuerpo blanco…, esbelto…, perfecto…!
¡Su cara bonita…, de sonrisa fácil…, sus labios tan rojos…!
¡Sus ojos tan lindos con párpados azules…!
¡De pronto se vuelve y me mira sonriente…!
¡Está danzando al compás de la música del universo amigo…!
¡Sus largos brazos dibujan en el aire figuras fantásticas…!
¡Sus piernas perfectas esbozan dibujos elegantes…!
¡Todo su cuerpo es un poema a la belleza…, a la ternura…, al amor…!
¡El dios sol la mira embelesado…!
¡El mar inmenso admira aquel espectáculo tan bello…!
¡Las palmeras y las gaviotas la aplauden admiradas…!
¡Aquello es una danza casi misteriosa…!
¡Ejecutada por la mujer blanca, esbelta y delgada…!
¡De pronto se vuelve y me mira sonriente…!
María de la Cruz…

Bernal

Mayo, 2016.

Las cerranías.

¡Es abril…, pleno verano…, la pampa parece arder…!
¡Siento en mi cara la brisa caliente de los llanos…!
¡El calor y la resequedad son parte de un paisaje bonito…!
¡Veo ante mí la pampa…, y al fondo las cerranías…!
¡Son la patria de la guatusa…, del garrobo… y del armadillo…!
¡Ahí vive la cascabel…, el puma… y la güirriza…!
¡A la naturaleza le tomó miles de millones de años hacer este milagro…!
¡Hoy soy testigo de su belleza…, de su elegancia…, de su porte…!
¡Son las cerranías donde crece el bosque bendito…!
¡Están llenas de vida…, de árboles…, de animales silvestres…!
¡Cuando esto haya desaparecido…, lo habremos hecho todos…!
¡No las quememos mi hermano…!
¡Yo quisiera seguir viendo ese paisaje bonito…!
¡Pienso que todos quisiéramos seguirlo viendo…!

Bernal Mayo, 2016.

Las nubes.

Hoy la cumbre del volcán amaneció nublada…
El viento del Atlántico trajo las nubes…
Éstas subieron hasta las cumbres de la cordillera…
Sopla un viento fuerte y hace un poco de frío…
De pronto el viento se las lleva y todo queda despejado…
Otras veces más bien las trae y no vemos la cima de la montaña…
La vegetación del sitio donde me encuentro es típica del páramo…
Son arbustos leñosos…, de unos dos metros de alto…
Todo está muy verde…, silencioso…, ventoso…
Sólo escucho el rumor del viento en la montaña…
Recuerdo entonces mi infancia…
Cuando deseé tanto visitar estos lugares…
Mi primo Omar me dijo que me llevaría a los volcanes…
Pero nunca cumplió su promesa…
Ahora…, un millón de años después…
He logrado subir hasta la cumbre de la cordillera…
Y he visto como las nubes a veces la cubren…
Y otras veces se las lleva el viento y la despejan…
Sopla un viento fuerte y hace frío…
Son las seis de la mañana en la cima del volcán…

Bernal Mayo, 2016.

El conejo.

¡Mira Felipe…!
¡En el páramo ha saltado un conejo…!
¡Mira Mariana…!
¡Es pequeño y de color café…!
¡Mira Lucía…!
¡Corre veloz como la centella…!
¡Es rápido como el viento de la cordillera…!
¡Estaba comiendo brotes tiernos…!
¡Nosotros lo asustamos…!
¡Ya se habrá alejado mucho de nosotros…!
¡Tal vez ya estará cerca de su madriguera…!
¡Corrió entre los arbustos a gran velocidad…!
¡Temeroso…, asustado…, con miedo…!
¡Pero ya estará lejos…!
¡Ahora estará tranquilo…!
¡Tal vez más tarde salga otra vez a comer…!
¡Nunca le hagan daño…, mis amigos…!

Bumal Mayo, 2016.

Río de volcán.

¡Hace rato que amaneció acá en las cumbres…!
¡Ya son casi las seis de la mañana…!
¡Todo está verde…, seco…, en silencio…!
¡Voy caminando hacia arriba en la montaña…!
¡Quiero llegar a la cima antes de que sea el mediodía…!
¡Pero ahora me encuentro el río de volcán…!
¡Nace allá en lo alto…!
¡Es el hijo del sol y de la luna…, del viento y de la lluvia…!
¡Su agua es clara…, fría…, limpia…, transparente…!
¡Sacia la sed del animal silvestre…, del caminante aventurero…!
¡Calma la sed del árbol centenario…, del arbusto del páramo…!
¡Llena de vida la tierra…, llena de frescor el bosque amigo…!
¡No lo ensucies Felipe…, déjalo correr libre…!
¡Es tu hermano Mariana…, déjalo limpio y fresco…!
¡Es el hijo del sol y de la luna…, Lucía…, cuídalo mucho…!
¡Hace rato que amaneció acá en las cumbres…!
¡Ya son casi las seis de la mañana…!

Bumal Mayo, 2016.

Atardecer en Mal País.

¡Ya casi anochece en Mal País…!
¡Ya el sol anaranjado se escondió al otro lado del mar…!
¡El horizonte aún está de color naranja pálido…!
¡Apenas elevado sobre éste, todo es de color azul celeste…!
¡Sobre mí el cielo está de color violeta oscuro…!
¡Dos filas de buchones vuelan recortados contra el horizonte…!
¡Vuelan rumbo a su dormidero…, algún palo seco sembrado al lado del mar…!
¡Acá donde estoy todo está en silencio…!
¡Sólo se escucha el impresionante tumbo de las olas…!
¡Olas grisáceas que rompen contra las rocas negras del litoral…!
¡Inmensas columnas de espuma blanca se elevan por los aires…!
¡Ahora los pescadores se están haciendo a la mar…!
¡A esta hora salen a trabajar…!
¡Volverán en la madrugada…, con mucho pescado fresco…!
¡Ya casi anochece en Mal País…!
¡Ya el sol anaranjado se escondió al otro lado del mar…!

Bunal Mayo, 2016.

El portón.

¡Ahora recuerdo el portón de entrada…!
¡De entrada a la finca Las Fumarolas…!
¡Ahí fue donde Laura Gianotti vivió su historia de amor…!
¡Era una finca grande…, trescientas cincuenta hectáreas…!
¡Y así de grande fue esa historia de amor…!
¡De pronto, en el silencio de la noche escucho una voz que pregunta…!
¿Qué se hicieron tus besos…, Laura…?
Y una voz de mujer contesta…, -¡están en silencio de la noche…!-
¡En el frío agradable de la noche escucho otra voz que pregunta…!
¿Qué se hicieron tus caricias…, Laura…?
Y la voz de mujer contesta…, -¡están en el rumor del viento…!-
-¡viajan con el viento raudo que sopla por los desfiladeros…!-
¡Me parece que está cayendo escarcha acá en las cumbres…!
¡El frío intenso viene acompañado por la voz que pregunta…!
¿Y Andrea…?
¿qué se hizo tu novio, el muchacho negro llamado Andrea…?
¡Esta vez se da un largo silencio…!
¡Y la voz de mujer contesta…!
¡Él miró una estrella fugaz…, y se fue con ella…!
¡Fue una noche de verano…, en un mes de abril…!
¡Ahora recuerdo el portón de entrada…!
¡De entrada a la finca Las Fumarolas…!

Bunal Mayo, 2016.

El pescador.

¡Son tal vez las cinco de la tarde…!
¡Pronto empezará a ponerse el sol…!
¡La marea está baja…, pronto empezará a crecer…!
¡Las olas revientan con violencia contra el litoral rocoso…!
¡Ahora reina la espuma blanca por todas partes…!
¡Eladio Manuel, mi amigo el indio, está pescando…!
¡Sintió un tirón suave…, luego otro más fuerte…!
¡Con un movimiento rápido de su brazo y de su cuerpo lo ha enganchado…!
¡Se ha enganchado el pescado al anzuelo…!
¡Él corre por las rocas para que no se le vaya…!
¡Es ágil y rápido para su edad…, Eladio Manuel, mi amigo el indio…!
¡Ha logrado sacar un pargo de mancha de unos tres kilos…!
¡Hoy lo cenará frito, con arroz caliente y jugo de limón…!
¡Luego dormirá tranquilo…, con su esposa…, la india Sofía…!
¡Mañana almorzará a las diez y treinta…!
¡Almorzará sopa de cabeza de pescado…, con verduras…!
¡Con un poco de chile picante… y cuadrado hervido…!
¡Luego una limonada sin azúcar…!
¡Y un postre…, un marañón en miel de tapa de dulce…!
¡Eladio Manuel, mi amigo el indio, está pescando…!

Bumal Mayo, 2016.

Puesta de sol.

¡Estoy sentado en la playa solitaria…!
¡Tengo ante mí un espectáculo que me abruma…!
¡Hace unos minutos se ha puesto el sol…!
¡Casi no sopla viento…, todo parece estar inmóvil…!
¡La marea está baja…, pero está empezando a crecer…!
¡Las rocas negras del litoral reciben a las olas del mar…!
¡El tumbo del oleaje lo llena todo…!
¡El agua del mar se ve como plateada…, en contraste con el cielo naranja…!
¡Los pescadores se están haciendo a la mar…!
¡Irán a traer el sustento de sus familias…!
¡Por dicha hay trabajo…, por dicha hay pesca…!
¡Por dicha hay buen tiempo…!
¡En el bote van cuatro hombres…, en su casa quedaron sus mujeres…!
¡Regresarán ya creciendo la madrugada…!
¡Estoy sentado en la playa solitaria…!
¡Ya muy pronto saldrán las estrellas…!

Bumal Mayo, 2016.

El marinero.

¡Nací en Puntarenas…!
¡A mis dos meses de edad nos fuimos a la capital…!
¡Toda la vida viví en San José…!
¡En vacaciones iba a pasear a la casa de mis tías en Puntarenas…!
¡Era una casa grande…, con un gran patio lleno de árboles…!
¡Por las mañanas iba a la playa…, a las diez y media regresaba a la casa…!
¡Me bañaba con agua dulce y luego a almorzar…!
¡Por la tarde me subía a la cumbre del palo de guayaba…!
¡Desde ahí veía el mar…!
¡Miraba cómo los barcos llegaban y se iban…!
¡Siempre sonando un pito muy fuerte…!
¡Portaban banderas de muchos países…!
¡Yo las veía y luego las buscaba en el diccionario…!
¡El diccionario que me había regalado mi papá…!
¡Ahí aprendí que Japón y Corea estaban al otro lado del mar…!
¡Quería irme en uno de esos barcos…!
¡Hasta llegar a esos países misteriosos y lejanos…!
¡Me imaginaba caminando por puertos exóticos…!
¡Oyendo hablar en lenguajes extraños…!
¡Me imaginaba que yo no tenía patria…!
¡Que mi patria era el mar…!
¡Quería ser marinero…!

Bunal Junio, 2016.

La estiba de leña.

¡Recuerdo la estiba de leña…!
¡Estaba colocada detrás de la cocina…!
¡La recogían y cortaban en la finca El Jardín…!
¡La cargaban en una carreta…!
¡Luego la llevaban a la casa de Felicia…!
¡Era la leña para cocinar…!
¡Era sabroso oler el olor del humo de los anafres…!
¡Se mezclaba con el olor delicioso de la comida…!
¡Celeste la picaba en astillas…, que mezclaba con carbón de mangle…!
¡Recuerdo los anafres con brasas rojas brillantes…!
¡Sobre el anafre las ollas y sartenes negros de tanto fuego…!
¡Por el petatillo entraban rayos de sol…!
¡Que se dibujaban muy bien en humo que había en la cocina…!
¡Eran las once de la mañana…!
¡Ahora llega Felicia con su vestido de falda corta…!
¡Se ve muy bonita…, sonriente…, coqueta…!
¡Me mira radiante…, con sus ojos brillantes…!
¡Entonces nos sentamos a almorzar…!
¡Ahora recuerdo…!
¡Así era la estiba de leña…!

Bunal Junio, 2016.

La casa.

¡Desde lejos se ve la finca…!
¡A unos trescientos metros de la calle principal…!
¡Aislada de todo…, y de todos…!
¡Está la casa…!
¡Ahí vive ella sola…, sin parientes…, sin vecinos…!
¡Sola en aquella soledad inmensa…!
¡Ahí las noches son realmente oscuras…!
¡Ahí las noches son realmente silenciosas…!
¡Sólo se escucha el viento que sopla fuerte…!
¡Sólo se escuchan los animales del monte…!
¡De día ella sale a trabajar en la finca…!
¡Con los sabaneros…, que son sus amigos…, su familia…!
¡De noche descansa tranquila…!
¡Sólo la alumbra la luz de las candelas…!
¡Duerme rodeada de los bosques…, de los árboles…!
¡Del silencio…, del viento…, del frío…, del cielo negro…!
¡Afuera de la casa están las nubes…, las guatusas…!
¡Sólo escucha el ladrido de los perros…, y la voz de la lechuza…!
¡Ahí vive sola…, sin parientes…, sin vecinos…!
¡Solitaria…, como las cumbres de la cordillera…!

Bunal Junio, 2016.

El ganado.

¡Estoy acá, cerca de una de las cumbres de la cordillera…!
¡Ya hace rato amaneció…!
¡En la ladera de la montaña pasta el ganado…!
¡Todo está en silencio…!
¡Mezclado con las reses parece estar un venado…!
¡El pasto verde…, el cielo azul…, las nubes blancas…!
¡Parecen ser el fondo de una vista muy linda…!
¡No se escucha nada…, tal vez sólo el rumor del viento…!
¡En lo alto un gavilán busca una presa…!
¡Tal vez un ratón descuidado o un pajarillo distraído…!
¡La cumbre se vuelve y me mira…!
¡Y entonces pregunta…!
-¿Pediste permiso a los dioses para subir a la montaña…?-
¡Su mirada es intensa…, severa…!
Y entonces le contesto, -¡siempre que subo lo hago…!-
¡Qué bueno…, me dice…!
¡Ya hace rato amaneció…!
¡En la ladera de la montaña pasta el ganado…!

Bunal Junio, 2016.

Mar tranquilo.

Hoy amaneció casi sin viento…
Son las seis de la mañana…
El mar está tranquilo…
Casi no hay oleaje…
La arena negra de la playa está fría…
Cerca tenemos la desembocadura del río…
Por ahí debe andar el róbalo de diez kilos…
Es temprano pero el cielo ya está azul celeste…
Lo cubren algunas nubes blancas…
El agua del mar se ve de color verde oscuro…
Al fondo…
Las cerranías del otro lado del golfo…
Ahora voy a ir a desayunar…
Tengo hambre…
Hoy amaneció casi sin viento…
Son las seis de la mañana…
El mar está tranquilo…

Bunal Junio, 2016.

Las flores.

Estamos a mediados de abril…
Es pleno verano…, hace mucho sol…, siento calor…
En la finca El Jardín es casi medio día…
Todos los árboles están en flor…
Frente a la casa crecen muchas plantas con flores…
Felicia y yo estamos en la cocina de la casa…
Conversamos en una meza de madera sin barnizar…
Celeste está cocinando el almuerzo…
Carne de res…, mucha cebolla…, bastante tomate…
Todo cubierto con salsa de tamarindo…
Eso con pan tostado en el anafre…, con un poco de mantequilla…
Ahora todo está rodeado de flores de muchos colores…
Las hay rojas…, anaranjadas…, lila…
Los árboles verdes…, el zacate bastante seco…
Una palmera da algo de sombra…
La casa es grande y espaciosa…
Con un gran corredor…
Pero pese a eso…, aún es caliente…
Me quedo mirando hacia el jardín…
Ahora todo está rodeado de flores de muchos colores…
Tengo hambre…

Bunal Junio, 2016.

La india.

¡Mírala hermano…, es Camila, la india…!
¡Va caminando sobre el agua del río…!
¡Parece saltar de piedra en piedra…, sin resbalar…!
¡Escúchala hermano…, es Camila, la india…!
¡Va cantando una canción…!
¡Una canción a la vida…, a la fe…, a la esperanza…, al amor…!
¡Su voz aguda penetra toda la cuenca del río…!
¡De ese río que es vida…, frescura…, limpieza…!
¡De ese río que baja de la montaña trayendo verdor a la tierra…!
¡Mírale la cara, hermano…, va sonriendo…, está contenta…!
¡Ese río tan bonito es su hermano…!
¡Ambos son hijos del sol y de la luna…!
¡Son hermanos del árbol…, del trueno…, de la centella…!
¡Son hermanos también de la lluvia…, del viento…, de las estrellas…!
La india Camila, mi hermana, es una mujer bonita…
¡Va caminando sobre el agua del río…!
¡Parece saltar de piedra en piedra…, sin resbalar…!
¡Escúchala hermano…, es Camila, la india…!
¡No le ensucies el río…!

Bunal

Junio, 2016.

Hacia el trabajo.

¡Mira hermano…, ahí va el indio Gregorio caminando…!
Sí, es el indio que ha sido mi amigo tantos años…
¡Va hacia la finca del patrón…!
¡Aún le queda media hora de camino…!
¡Ya sus hijos se fueron para la escuela…!
¡Su esposa se fue a trabajar a la casa de la finca de un vecino…!
¡El indio Gregorio trabaja de las seis a las cuatro…!
¡De lunes a sábado…!
¡Invierno y verano…, con lluvia y con sol…!
¡Por dicha hay trabajo…!
¡El patrón es un hombre bueno…!
¡Su familia es como si fuera su familia…!
¡Toda la vida ha trabajado en la finca…!
¡Mira hermano…, ahí va el indio Gregorio caminando…!
¡Por dicha hay trabajo…!

Bunal

Julio, 2016.

El ganado.

Hoy amaneció un día luminoso…
En medio de los potreros sólo se escucha el silencio…
El ganado está pastando tranquilo…
¡Por ahí cerca debe andar el jaguar…!
¡Pero tal vez no…, ya lo hubieran olido…!
Además…, esta mañana no vinieron los terneros…
El toro más fuerte y valiente está tranquilo…
¡No se ha percatado tampoco de mi presencia…!
¡Pero sí…, entre las piedras negras puede estar el jaguar…!
¡Debe estar asechando a su presa…, pero hoy no vinieron los terneros…!
¡Pienso en dirección del viento que sopla hacia los árboles…!
¡Por allá debe estar el jaguar…!
¡El ganado no puede olerlo…, casi ni escucharlo…!
Hoy amaneció un día luminoso…
En medio de los potreros sólo se escucha el silencio…
El ganado está pastando tranquilo…

Julio, 2016.

El pájaro.

¡Son las cinco y treinta de la mañana…!
¡Ya hace rato salió el sol…!
¡Sopla fuerte el viento de la cordillera….!
¡El cielo está azul…, sólo se ven algunas nubes blancas…!
El pájaro está parado en el árbol frente a mí…
¡Míralo mi amigo…, es amarillo con café y con el pico oscuro…!
¡Sus colores se ven intensos bajo el sol de la mañana…!
¡Anoche durmió tranquilo entre las hojas del árbol…, su hermano…!
¡Amaneció con hambre…, está esperando su presa…!
¡Quizás una avispa descuidada…!
¡O alguna abeja que hace miel de flores de potrero…!
¡O una mariposa blanca…!
El viento sopla hacia abajo del volcán…
¡Son las cinco y treinta de la mañana…!
¡El pájaro está parado en el árbol frente a mí…!

Julio, 2016.

La fumarola.

Estoy en las estribaciones de la cordillera…
El volcán inmenso duerme plácidamente…
Sopla un viento fuerte y frío…
He caminado por el bosque amigo desde hace rato…
Entonces escucho el ruido del barro que hierve…
Me llega ya el olor a azufre…
Es el olor de las venas de la madre tierra en el volcán…
Y así llego hasta el borde de la fumarola…
El agua que hierve en medio del vapor azufrado…
El barro que borbotea en la hornilla caliente…
Las hojas de la vegetación cercana coloreadas de blanco…
El vapor caliente da contra mi cara…
El cielo está de color azul intenso…
Brilla el sol amarillo suspendido en el aire…
Hace calor…, sopla un viento fresco…
Así es la fumarola del volcán…
Del volcán que duerme plácidamente…

Julio, 2016.

El sendero.

Hoy es un día que ha amanecido de color azul…
De color azul con una rueda amarilla en lo alto…
La vegetación de páramo de color verde crece brillante…
Hace calor…, sopla poca brisa…, el jaguar descansa…
Hoy es un día que ha amanecido de color azul…
El sendero de color café claro y anaranjado…
Serpentea en el páramo…, caminando en la ladera de la montaña…
Hace rato amaneció…
La montaña se yergue imponente…
Mostrándose imperturbable ante el silencio de la mañana…
El sendero avanza por sus laderas blanquecinas…
Lleva hacia el infinito…, hacia el horizonte…
A mi espalda está la llanura…
La llanura llena de aventuras…, de amores…
Hoy es un día que ha amanecido de color azul…
De color azul con una rueda amarilla en lo alto…
A lo lejos percibo el horizonte…
En una figura difusa que apenas se ve en la distancia…

Julio, 2016.

La gaviota.

Una linda gaviota gris con blanco surca el cielo azul…
Vuela libre por el espacio infinito…
Allá en lo alto luce magnífico el universo inmenso…
Casi no mueve las alas…
Vuela sólo llevada por las leves corrientes de brisa…
No tiene un destino definido…, al menos eso pienso yo…
Su destino, sólo ella lo conoce…
El viento tibio del medio día la lleva lentamente…
La lleva lentamente hacia el horizonte que vemos a lo lejos…
Si yo quisiera hablarle no me escucharía…
No entiende mi lenguaje…
Más tarde tomará sus propias decisiones…
Buscará el amor…, la comida…, la luz del día…
Volará hacia donde la lleve la vida…
Pero ese destino será su decisión…
Una linda gaviota gris con blanco surca el cielo azul…
Vuela libre por el espacio infinito…

Julio, 2016.

Vuela tranquilo.

Serán tal vez las diez de la mañana…
El sol en Caldera brilla en lo alto…
El clima está caliente…, muy caliente…
Por eso a este lugar le llaman Caldera…
El pájaro fragata vuela en lo alto…
Su cuerpo negro se recorta muy bien…
Se recorta muy bien contra el cielo azul…
No mueve sus amplias alas…
Sólo va planeando llevado por la brisa tibia…
¿Estará tal vez descansando…?
¿Buscará comida en la superficie del mar…?
¿Andará tal vez en busca de una pareja…?
Nunca lo sabré…, no podría saberlo…
El pájaro fragata vuela muy alto…
Vuela muy alto en el cielo azul…
Serán tal vez las diez de la mañana…
Vuela tranquilo llevado por la brisa marina…

Julio, 2016.

El jardín.

Las plantas floreadas me recuerdan la finca El Jardín…
Había ido ahí de vacaciones unos tres o cuatro días…
Compartí con Felicia momentos muy lindos que no olvidaré…
La casa grande de madera sin pintar…
El amplio corredor con una banca y muchas matas verdes…
El olor a comida inundaba toda la casa…
La cocina de ventanas abiertas…
Llena de humo de los anafres…
Y al frente el paisaje…, el jardín…
Centenares de árboles…, todos floreados…
Muchas mariposas y abejas volando entre las flores…
El sol intenso de las diez de la mañana…
Las coliblancas cantando paradas en las ramas secas…
Y Felicia vestida con un vestido blanco de flores rojas…
Su pelo recogido en un moño…
El vestido es suelto…, la falda es corta…
Su cara sonriente…, sus labios color anaranjado…
Sus piernas son blancas y bonitas…
Había ido de vacaciones unos tres o cuatro días…
Compartí con ella momentos que nunca olvidaré…

Bernal Julio, 2016.

El toro.

He ido de paseo a Guanacaste…
Subiendo la cordillera encuentro fincas muy lindas…
Todo está lleno de vida…, de aventura…
La cordillera…, la cerranía…, el volcán…
En los potreros abiertos se alimenta el ganado…
Estoy cerca de los novillos que pastan tranquilos…
Pero un toro me mira agresivo…
He violado su territorio…, le disputo el dominio…
Soy un animal extraño a la manada…
Me mira altanero…, desafiante…, retador…
Parece decirme, ¡acércate y te ataco…!
A ratos entiendo su lenguaje, me dice…
¡Aléjate…, vete…, no me agrada tu presencia…!
Los demás animales siguen pastando sin alterarse…
Le dejan la tarea al líder…, él sabrá defenderlos…
Todos están tranquilos…, pero el toro líder no…
La cordillera…, la cerranía…, el volcán…
En los potreros abiertos pasta el ganado…

Bernal Julio, 2016.

La hacienda.

¡Mira la casa amigo…!
¡Está allá al fondo…, entre los potreros…!
¡Sólo puedo ver el techo…, entre los árboles…!
¡Ahí los días son brillantes…, llenos de sol y de aventura…!
¡Ahí las noches son oscuras…, frescas…, silenciosas…!
¡Sólo se enciende un bombillo por las noches…!
¡Ahí vive Doña Adelia…, ahí tiene los canarios…!
¡Para llegar a la casa hay que andar bastante…!
¡Recuerdo aquellas tardes de amor…!
¡Recuerdo su cuerpo perfecto… y su cara bonita…!
¡No había un vecino en un millón de kilómetros…!
¡El espacio infinito era para nosotros dos…!
¡El tiempo que pasaba tan lento era sólo nuestro…!
¡Mira la casa amigo…!
¡Está allá al fondo…, entre los potreros…!
¡Míralas allá…, son dos aves que vuelan muy juntas…!
¡Para ellas el espacio es infinito…!
¡Para ellas el tiempo es eterno…!

Julio, 2016.

El mar.

¡Estamos alto en la cordillera…!
¡Mira hermano…, el mar allá a lo lejos…!
¡Está al otro lado de la llanura…!
¡Ya llegando al horizonte…!
¡Brilla como una superficie de metal plateado…!
¡Así se ve desde acá…, desde lo alto de la cordillera…!
¡Lo veía así desde la casa de Doña Adelia…!
¡Este es un paisaje verde, azul, blanco y plateado…!
¡Así de colores…, como el amor de Doña Adelia…!
¡Ahora recuerdo que desde aquí yo escuchaba las olas del mar…!
¡Al mismo tiempo que veía al gavilán volando en lo alto…!
¡O al venado que venía a comer con el ganado en los potreros…!
¡Ahora recuerdo el canto de los canarios…!
¡Y su revolotear dentro de las jaulas…!
¡Sí, claro…!
¡Y las manos blancas de Doña Adelia…!

Julio, 2016.

Que se atreva el jaguar.

¡Mira los terneros amigo…!
¡Se agruparon en el centro del potrero…!
¡Mira también los toros amigo…!
¡Vinieron a proteger a los terneros…!
¡Ellos perciben el peligro…!
¡Ya lo olfatearon…!
¡Muy cerca de acá anda el jaguar…!
¡Mi hermano el jaguar anda con hambre…!
¡Hoy él quisiera comer carne de ternero…!
Pero no…, ahí están los toros…
Los machos de la manada…
Están listos para enfrentarlo…
Su mirada fija…, su nariz atenta…
Sus cuernos como espadas…
¡Que se atreva el jaguar…!

Julio, 2016.

El potrero.

Hemos andado casi toda la mañana…
Recuerdo bien…, desde las seis…
El sol ya está alto en el cielo…
¿Serán tal vez las diez de la mañana…?
Nos hemos sentado al pie de un madero negro…
Acá comeremos verdaderos manjares…
Pan con queso Bagaces duro y oloroso…
Y una botella de limonada sin azúcar…
Y unos dos piñonates preparados por la tía…
Frente a nosotros está el volcán imponente…
Un penacho de nubes blancas en su cumbre…
Llevadas por el viento del verano…
Parece que estuviera en erupción…
El cielo azul… y una rueda amarilla…
Unas nubes blancas…
El potrero verde…, de pasto corto…
Hemos andado casi toda la mañana…
Recuerdo bien…, desde las seis…
Acá en el potrero me siento contento…
En compañía de mi hermano el volcán…
En el silencio de la llanura ardiente…

Julio, 2016.

La montaña.

¡Óyeme hermano…, estoy al pie de la montaña…!
¡He subido por la ruta larga y difícil…!
¡El camino serpenteaba por las estribaciones…!
¡Por las estribaciones de la cordillera inmensa…!
¡Ahora estoy acá…, con la montaña frente a mí…!
¡Está coronada de nubes…, blancas como las garzas…!
¡En sus laderas pasta el ganado…!
¡Todo está silencioso…, quieto…, sereno…, en paz!
¡Sólo escucho la voz de la montaña…!
¡La voz de la montaña que me saluda…!
¡Me dice…, bienvenido a las alturas…!
Continúa diciendo…, -¡te he visto antes…!-
¡Te vi en la llanura…, joven…, fresco…, fuerte…!
¡Listo para empezar el ascenso hasta acá…!
¡Ahora te veo cansado…, con sed…, hambriento…!
¡Has andado el camino…, has subido mis laderas…!
¡Nunca te rendiste…, aunque casi desfallecieras…!
¡Descansa…, disfruta el paisaje…, respira el aire fresco de las cumbres…!
¡Te he visto antes…!
¡Cuando estabas hincado en la iglesia del pueblo…!
¡Luego sólo escucho el rumor del silencio en la cordillera…!

Bunal Agosto, 2016.

El garrobo.

¡Hemos andado gran parte del camino…!
¡Nos detenemos a descansar un momento…!
¡Nos damos un respiro para continuar…!
¡Mira el garrobo…, llevando sol sobre una piedra…!
¡Está tranquilo…, sabe que no le haremos daño…!
¡Le hemos quitado el bosque donde vive…!
¡Hemos cortado el árbol para quemarlo o para convertirlo en casas…!
¡Así entonces el garrobo se quedará sin hogar…!
¡Luego de un tiempo ya no tendrá dónde ir…!
¡Le pasará lo que ha ocurrido al jaguar…, a la danta…, al venado…!
¿Dónde irá a buscar su hembra…, su comida…, su guarida…?
¡Entonces se acercará a nosotros…, los humanos…!
¡Y un cazador disparará sobre él…!
¡El estampido del rifle resonará como un trueno…!
¡El estruendo lo llenará todo en el bosque amigo…!
¡Y nuestro amigo el garrobo habrá desaparecido para siempre…!
¡Nunca hagas eso Felipe…, nunca hagas eso Mariana…, nunca hagas eso Lucía…!
¡En su lugar…, tomen su guitarra y canten una canción de amor…!
¡Mira el garrobo…, llevando sol sobre una piedra…!
¡Está tranquilo…, sabe que no le haremos daño…!

Bunal Agosto, 2016.

El ave negra.

¡El viento sopla suavemente allá en lo alto de la cordillera…!
¡Es un viento suave que parece bajar del volcán imponente…!
¡En paz con todo vuela el ave negra…!
¿Buscará tal vez comida…?
¿Andará en busca de una hembra bonita a la cual conquistar…?
¿O simplemente se deja llevar por la brisa suave de la montaña…?
¡Llevada por el viento recorrerá grandes distancias…!
¿Encontrará la ruta de regreso a su dormidero…, a su nido…?
¡No puedo saberlo…!
¿Cómo saberlo…?
¡El ave negra sí lo sabe…!
¡Podríamos llevarla al fin del mundo…!
¡Y ella sabrá cómo regresar…!
¡El ave negra llevada por el viento…!
¿Cuáles serán sus referencias…?
¿Las necesita para encontrar el camino de regreso a casa…?
¿Tendrá casa el ave negra…?
¿O en cada bosque…, cada árbol…, cada montaña…, tendrá su casa?
¡El viento sopla suavemente allá en lo alto de la cordillera…!
¡Es un viento suave que parece bajar del volcán imponente…!
¡En paz con todo vuela el ave negra…!

Bumal Agosto, 2016.

Paisaje verde.

¡Mira…, María de la Cruz…!
¡Qué lindo paisaje…!
¡Es de color verde…!
¡Es también azul…, por el color del cielo…!
¡Recortadas contra el azul…, las nubes blancas…!
¡Y hacia el horizonte vemos las fincas verdes…!
¡En esos potreros bulle la vida…!
¡Ese paisaje muestra el escenario de grandes aventuras…!
¡De grandes dramas…!
¡De grandes amores…!
¡Ahí sacan vino de coyol…!
¡Ahí el jaguar caza al ternero…!
¡Todo está verde…!
¡Verde es el color de la vida…!
¡Entre los árboles construyeron la casa…!
¿Cuántas historias podría contar teniéndola por escenario…?
¿Cuántas veces en ella se escucharon mil besos…?
¿mil suspiros…, mil te quiero…?
¡Mira María de la Cruz…!
¡Qué lindo paisaje…!
¡Es de color verde…!

Bumal Agosto, 2016.

Ya amaneció.

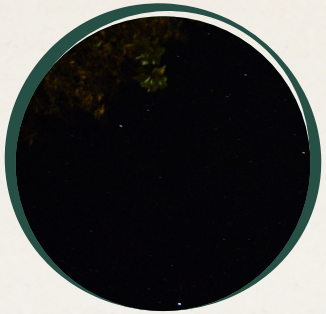
¡Mira María de la Cruz…, ya amaneció…!
¡En Guayabo apenas se ve la claridad del amanecer…!
¡El sol ya casi ha terminado de salir…!
¡Casi no sopla viento…, el volcán está cubierto de nubes blancas…!
¡Siento un poco de frío…, acá en lo alto de la cordillera…!
¡Espera un momento…, me llega el olor del desayuno caliente…!
¡Qué bonito…, qué satisfacción…, la tarea concluida…!
¡Ha sido largo el camino recorrido…!
¡Nosotros escogimos el camino largo y difícil…!
¡Pero ya llegamos…, qué alegría…!
¡Estamos muy arriba…, en las cumbres de la cordillera…!
¡Abajo quedaron las tierras bajas…, la llanura…!
¡Mira María de la Cruz…, ya amaneció…!
¡El sol ya casi ha terminado de salir…!
¡Ya llegamos…, qué alegría…!

Bernal Agosto, 2016.

¡Acorralado!

¡Hemos venido siguiendo el venado desde la poza del río…!
¡De eso hace ya como una hora y media…!
¡Nos ha hecho correr como locos…!
¡Pero ya casi lo tenemos…!
¡Mira Paulino…, mira al venado…!
¡Lo tenemos acorralado…!
¡Ha llegado al extremo de la Roca de Carballo…!
¡No tiene escapatoria…, salvo lanzarse al mar…!
¡Tendría que lanzarse por el acantilado…!
¡Sería una caída de muchos metros…!
¡Para ir a caer entre las rocas al pie del precipicio…!
¡Tírale vos, Paulino…, es un tiro fácil…!
¡El venado está agotado de tanto correr…, está asustado…!
¡No le tiraré Ezequiel…, no debo hacerlo…!
¡Vámonos para el pueblo…, no quiero que lo matemos…!
¡Dejémolo tranquilo Ezequiel…, dejémolo escapar…!
¡Abrámole paso para que pueda correr…!
¡No te entiendo Paulino…, pero te respeto…, ya no quieres cazar más…!
¡Ya no quieres matar más animales…!
¡El cuero de ese venado se vería tan lindo en la sala de la casa…!
¡Vámonos Paulino…, dejémolo escapar…!

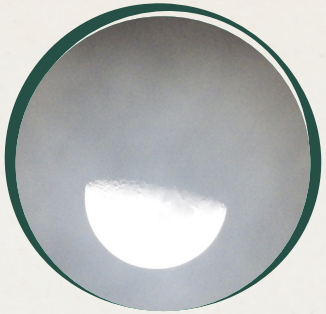
Bernal Agosto, 2016.



Noche fría.

¡Mira hermano…, ha caído la noche…!
Sopla una brisa suave y fría…
El cielo negro está tapizado de estrellas verdes…
Todo está quieto y en calma…
¡Escucha…!
Es el rumor de la música de las galaxias…
Es la montaña que nos habla desde lejos…
Es alguien que canta una canción de amor…
¡Mira…!
Una pareja camina abrazada por la calle oscura…
De pronto se les escucha hablar y reír…
En la casa humilde está encendida una candela…
Pronto van a cenar…
Luego irán a dormir…
Todo está tranquilo y en silencio
¡Mira hermano…, ha caído la noche…!

Bunal Diciembre, 2016.



La luna.

¡Serán apenas las nueve de la noche…!
¡La luna resplandece blanca contra el cielo negro…!
¡Es casi mediados de diciembre…!
¡En unos días será luna llena…!
¡Hemos venido de noche a ver un jaguar…!
¡Estamos a la entrada de nuestro hermano el bosque…!
¡Ya pedimos permiso a los dioses para visitarlo…!
¡Es sagrado…!
¡La luz de la luna lo llena todo de blanco brillante…!
¡Las copas de los árboles se ven plateadas…!
¡El cielo está lleno de estrellas verdes, azules y amarillas…!
¡Sopla poca brisa…!
¡La luz amarillenta de la linterna se mezcla con la luz de la luna…!
¡Y con el color negro de la noche…!
¡Nuestros zapatones de montear hacen ruido al caminar…!
¡El bosque ahora es negro…, negro con plateado y blanco…!
¡En el cielo insondable la luna resplandece inmensa…!
¡Allá, en lo profundo del bosque, nos espera el jaguar…!
¡Es casi mediados de diciembre…!
¡En unos días será luna llena…!
¡Hemos venido de noche a ver un jaguar…!

Bunal Diciembre, 2016.

La candela.

Son las seis de la tarde…
Acaba de anochecer…
El rancho está oscuro…
¡En la mesa está encendida una candela…!
Los indios, Pedro Tencio y su esposa Juana Teresa…
Viven en ese rancho desde hace cien mil años…
Las paredes oscuras reflejan la luz de la candela…
Pedro Tencio está sentado en la mesa…
Juana Teresa ha preparado la cena…
Arroz, frijoles y tortilla, con carne mechada…
Ensalada de repollo con tomate…
Y un fresco de tamarindo sin azúcar…
La luz de la candela ilumina la cena bendita…
Ahora su luz se derrama en los rostros de los indios…
Conversan y ríen…,
En su pobreza y humildad, son muy felices…
Están en armonía entre ellos, con los demás y con la naturaleza…
Se comen aquella comida deliciosa y sagrada…
¡En la mesa está encendida una candela…!

Bunal Diciembre, 2016.

¿Por qué…?

Yo siempre fui libre…
Como el viento…, como las nubes…, como las estrellas…
Mis hermanos siempre fueron el árbol, el trillo y el río…
El bosque fue mi hogar…
En él encontré mi comida…, mi guarida…, mi hembra…
En él viven mis hijos…
¿Por qué lo has talado, destruido y quemado…?
¿Por qué ensuciaste e interrumpiste el río…?
Contéstame hermano…
¿Por qué…?
Ahora debo caminar por calles de asfalto…
Expuesto al peligro…
Ya no encuentro escondites…, casi no tengo guarida…
Ahora soy presa fácil del cazador…
Ya casi nunca encuentro qué comer…
Y si mato un ternero para calmar mi hambre…
¡Me matan a mí…!
¿Por qué…?

Bunal Enero, 2017.

Las nubes.

Hoy la mañana amaneció muy fría…
Hace poco que el día empezó a clarear…
Está lloviznando y sopla una brisa helada…
En la montaña inmensa crece el bosque verde…
Las nubes cubren las cumbres…
El viento silba en el ventisquero…
Corre por los desfiladeros con fuerza y con brío…
Arrastra consigo las nubes blancas…
Que han bajado a cobijar a la montaña amiga…
Los cuatro caminantes han detenido su paso…
Ahora admiran la obra del Gran Maestro…
A Antonieta la ha afectado el frío…, la altura…, la humedad…
Pero ahora ya está bien…
Sus manos están tibias…, sus mejillas rosadas…
Se mira sonriente y animada…
¡Qué dicha…!
En la montaña inmensa crece el bosque verde…
Las nubes cubren las cumbres…

Bernal

Enero, 2017.

El torrente que baja del cielo.

Es 14 de enero…, inicios de año…
Parque Nacional Tapantí Macizo de la Muerte…
Tapantí…, nombre de cacique indígena cabécar…
O tal vez, torrente que baja del cielo…
También en idioma cabécar…
Cae del cielo el agua bendita…
La cascada de plata adorna el bosque verde…
El árbol centenario…, el jilguero cantor…
La danta…, el jaguar…
El cielo está cargado de nubes blancas…
Que han bajado a arropar a la montaña sagrada…
El sendero fangoso es frío y húmedo…
Con fuertes pendientes…, y descensos…
El sendero de los árboles caídos…
En el bosque todo es silencio…
Todo es agua…, todo es frío…, todo es belleza…
Todo es vida…
Tapantí…, nombre de cacique indígena…
O tal vez, torrente que baja del cielo…
Todo es poético…, todo es un poema…
Es una bella mujer que nos mira y nos sonríe…

Bernal

Enero, 2017.

Las cuatro truchas.

Estamos cerca de la cumbre de la montaña…
Frente a nosotros se alza otra que sube hasta el cielo…
En medio de las dos el desfiladero por el que corre el viento…
Al fondo…, allá muy abajo…, discurre el río…
Sus aguas muy frías son de color café oscuro…
Es el efecto de las hojas de los árboles del bosque al descomponerse…
El río baja de la cordillera de Talamanca…
Del Macizo de la Muerte…
En medio del bosque sagrado hay un camino…
Un camino que serpentea entre las montañas…
A su vera está el negocio…, se llama Kirí…
Es el mismo nombre de un río pequeño que pasa por ahí…
Nos hemos detenido a almorzar…
Laura prepara cuatro truchas arcoíris…, en salsa de piña…
Las comeremos con vino blanco…, Chardonnay…
El lugar es bonito y tibio…, la conversación amena…
La trucha en salsa de piña es deliciosa…
El río baja de la cordillera de Talamanca…
Del Macizo de la Muerte…

Bunal Enero, 2017.

El camino.

Mira hermano…
El camino serpentea por el bosque verde…
Es el camino que lleva a la casa del indio cabécar…
Son dos horas de camino…
En el trayecto se oyen los jilgueros…
De pronto te puedes cruzar con una danta…
¡O con un jaguar…!. ¡O con un fuerte aguacero…!
Allá…, muy profundo en el bosque…
Está el rancho del indio…
Ahí vive solo…, con su esposa…, con sus dos hijos…
En su casa hay amor, comida y paz…
Seguimos caminando por el camino serpenteante…
En medio del bosque inmenso…, verde…, húmedo…, silencioso…
¡Escucha hermano…!. ¿Qué es eso que suena…?. ¿Será el jilguero…?
Es Evelio, el médico, que hace música con su flauta dulce…
Es el médico que camina por el bosque curando a la gente…
El doctor brillante y humano…Lleno de amor, comprensión y afecto…
Dice la gente que trata muy bien a los indios de por acá…
Mira hermano…
El camino serpentea por el bosque verde…
Es el camino que lleva a la casa del indio cabécar…

Bunal Enero, 2017.

Las flores silvestres.

Ya serán tal vez las once de la mañana…
Hemos andado el camino en medio del bosque…
Allá abajo…, a cien metros…, discurre el río…
Es el Río Grande de Orosi que baja de la cordillera de Talamanca…
Sus aguas cristalinas y frías fluyen en el fondo del desfiladero…
A la vera del camino hay un árbol…
No sé cómo se llama…, no conozco la especie…
Pero sus flores son rosadas…
Federico el fotógrafo prepara la cámara…
Las flores son realmente bonitas…
Crecen silvestres en el bosque amigo…
Lo llenan todo de belleza…, de frescura…, y de color…
¡Óyeme hermano…! Acá comparto la foto…
Son las flores silvestres…
Que crecen en el bosque que arropa la casa del indio…
Son las mismas que adornan el árbol…
Que crece en el hogar de mi hermano…
El indio cabécar…

Bernal

Enero, 2017.

Cabeza de Vaca.

Estamos en la cumbre de la cordillera…
La cima del Volcán Irazú está a tiro de piedra…
Hemos llegado a Cabeza de Vaca…
El lugar es lindísimo…
Sopla el viento de la mañana…
Hace tanto frío…
Siento la cara y las orejas frías…
Todo está limpio, verde y fresco…
Aquí reina el silencio, la paz, la calma, la quietud…
El paisaje es una mezcla de verde, azul, blanco, brisa y frío…
La voz del volcán se oye en el murmullo del viento…
Cae una silampa que hiela los huesos…
¡Qué bella es Cabeza de Vaca…!
Todo es limpieza, silencio, quietud y frío…
¡Te amo Cabeza de Vaca…!
¡En mucho tiempo no te olvidaré…!
Tu amigo el volcán será tu guardián…
El viento de la cordillera te acariciará la cara…
Y te besará en los labios…
¡Qué bella eres… Cabeza de Vaca…!

Bernal

Marzo, 2017.

Ciudad y nubes.

Ya dieron las siete de la mañana…
Ya hace rato amaneció en lo alto de la cordillera…
El Volcán Irazú imponente nos mira silencioso…
Estamos andando en el paisaje verde…
En medio del viento…, del frío…, de la silampa…, del silencio…
Sólo se oyen, de vez en cuando, las explosiones en el tajo…
Estamos parados sobre el polvo húmedo del sendero amigo…
Allá abajo podemos ver el valle apenas alumbrado por los rayos del sol…
Arriba el cielo es azul…, ya casi celeste…
Moteado con nubes blancas que parecen algodón…
En la parte plana del valle está enclavada nuestra ciudad…
Es un paisaje lindísimo…
Lleno de luz…, de color…, de silencio…, de frío…
En la mañana fresca la ciudad duerme perezosa…
Ya casi despierta, aún no quiere levantarse…
Siento como si estuviera soñando…
Es un lienzo que muestra la obra del maestro…
El Artista Supremo lo pintó mientras dormíamos…
Lo enmarcó con nubes y con las montañas de la cordillera…
No, no estamos soñando…
Lo estamos observando desde un punto alto del sendero…

Bunal Marzo, 2017.

Los caminantes.

Nos acompaña un día recién amanecido…
Son nuestros compañeros de viaje la silampa, el silencio y el frío…
Andamos el sendero empinado…, difícil…
Estamos subiendo la ladera de la montaña…
Desde lo alto el Volcán Irazú nos observa…
No hemos venido a ensuciar ni a hacer daños…
El volcán lo sabe…
Está tranquilo…, solamente nos mira…
Pronto haremos un alto para descansar…
Para recuperar el aliento…
Por el sendero vemos caminar algunas aves…
Son coliblancas y codornices…
Por momentos se oyen los bobos y las pistillas…
Flores bonitas de color azul adornan la vera del sendero…
Los árboles centenarios montan guardia en la montaña…
Los caminantes continúan andando…
Trepando por la pendiente del sendero…
Falta mucho para terminar y llegar al final…
Andamos el sendero empinado…y difícil…
Pero lo lograremos…
Pronto llegaremos a la meta…

Bunal Marzo, 2017.

El arcoíris.

Hace ya de más de dos horas que caminamos…
Ahora vamos bajando por la ladera de la montaña…
Nos hemos detenido para descansar un poco…
Estamos parados a la vera del camino…
A lo lejos podemos mirar el valle inmenso…
Y en él nuestra ciudad…, que ya despertó…
Ante nosotros se dibuja un lindo arcoíris…
Es un dibujo multicolor…
Mira Cabeza de Vaca…
Es un arco de luz hecho para que pases por él…
Como lo haría la mujer bellísima y graciosa que eres tú…
Ya hace rato amaneció…
Tú vives en la montaña fría y ventosa…
Eres el adorno fabuloso que cuelga en la ladera del volcán…
Parece que marcharas hacia abajo…
A pasar por el arcoíris…
Pero perteneces a las alturas…, al frío…, al viento…, a la silampa…
¡Qué lindo el arcoíris…!
Cabeza de Vaca…

Bunal Marzo, 2017.

Paisaje y cruz.

Ya llevamos casi tres horas de caminata…
Hemos andado por la ladera de la montaña…
En las faldas del volcán…
Vamos descendiendo hacia el valle central…
Pero aún hace frío y sopla la brisa fresca…
Entonces nos detenemos para mirar a lo lejos…
Podemos ver el valle, nuestra ciudad y la cruz…
En lo alto está el cielo azul y el sol amarillo…
Cerca de nosotros el paisaje verde y la brisa fría…
A nuestros pies, bajando la ladera…
Está Rancho Redondo…
Y su cruz tan grande…
¡Qué bonito estar aquí…!
¡Todo lleno de naturaleza y de vida…!
¡Ya la caminata está terminando…!
¡Gracias Evelio…, gracias Antonieta…!
¡Nunca olvidaré esta aventura…!
Hemos andado por la ladera…
En las faldas del volcán…
Todo fue belleza…, brisa fresca…, verde…, azul… y frío…
Estando acá recuerdo a mi esposa María de la Cruz…

Bunal Marzo, 2017.

Ciudad al amanecer.

Serán tal vez las siete de la mañana…
Vamos caminando cerca de la cima de la montaña…
Nos detenemos a admirar el paisaje…
A nuestra espalda se levanta el macizo del volcán Irazú…
Frente a nosotros tenemos el valle bendito…
Arriba el cielo azul celeste con sus nubes blancas…
A nuestra derecha un árbol solitario…
Detrás del volcán el sol salió ya hace rato…
Proyecta la sombra sobre el camino que andamos…
Acá cerca todo se ve un poco oscuro…
A lo lejos alumbra la ciudad que ya despertó…
En ella ya empezó el bullicio y la actividad frenética…
Aquí todo está en calma…
Todo es quietud…, silencio…, brisa… y frío…
¡Qué bello es estar acá…!
¡Acá arriba en la cordillera…!
¡De pronto el viento sopla raudo…!
Luego vuelve la calma…
¡Los caminantes siguen su camino…!
¡Acá arriba…, entre las cumbres…!
Allá a lo lejos…, la ciudad que ya despertó…

Bunal Marzo, 2017.

En la cumbre.

Hace como dos horas que caminamos…
Estamos andando el camino en Cabeza de Vaca…
Hemos subido pendientes difíciles…
El viento frío nos mantiene frescos…
Ya hemos llegado a la cumbre…
El caminante ahora avanza tranquilo…
En el silencio de la montaña…
Acompañado por la silampa de la mañana…
Las nubes bajas han cubierto el sol acá en la cumbre…
Nos acompaña el ladrido de algunos perros…
¡Mira Antonieta…!
¡El frío parece congelar mis palabras en el aire…!
¡Escucha Evelio…!
¡El viento nos habla cuando mece las ramas de los árboles…!
¡Es tan bello todo aquí…!
¡Aquí arriba en la cumbre…!
¡En la cumbre misteriosa…!
¡De la cordillera inmensa…!
Ya hemos llegado a la cumbre…
¡Cabeza de Vaca…, te amo…!

Bunal Marzo, 2017.

Las dos vertientes.

Hoy es un día sábado de verano…
Corre el mes de marzo…
En el Valle Central todo es cálido y luminoso…
Acá todo es frío y ventoso…, once grados centígrados…
Estamos en la parte más alta de la cordillera…
En la cumbre del Volcán Barva…
Justo en el punto donde se dividen las dos vertientes…
La del Caribe…, y la del Pacífico…
Mi hijo Evelio pregunta sonriente…
¿De qué lado me paro…?
De pie justo en la línea que las divide…
Está lloviendo y hace mucho frío…
El sendero a ratos está fangoso y muy húmedo…
La pendiente es cansona y empinada…
Pero ya llegamos…
Estamos como a un kilómetro del cráter del volcán…
En la que admiraremos a nuestra amiga…, la Laguna Barva…
Estamos en la parte más alta de la cordillera…
En la cumbre del Volcán Barva…
Justo en el punto donde se dividen las dos vertientes…
¿De qué lado me paro…?

Bunal Marzo, 2017.

La Laguna Barva.

Hemos trepado por la ladera del volcán…
Por la cara de la cordillera que da al Valle Central….
Es la cara que da a la vertiente pacífica…
El sendero ha sido húmedo, empinado y cansón…
Son varios kilómetros de caminar y trepar…
Estamos ahora en lo más alto de la cordillera…
En el cráter del Volcán Barva…
Propiamente en la Laguna Barva…
Mira Antonieta…, mira Evelio…
Llueve y hace mucho frío…
El agua de la laguna estará a once grados…
Quizás menos…
Tiene setenta metros de diámetro… y ocho de profundidad…
El paisaje es bellísimo…
La neblina blanca está congelada acá en las alturas…
El agua de la laguna me parece grisácea…
Antonieta, pese a sus guantes, tendrá las manos frías…
Pero no estamos cansados…, es tan lindo este lugar…
El bosque lluvioso inmenso abraza a la laguna…
En lo alto el cielo plomizo nos observa…
Estamos ahora en lo más alto de la cordillera…

Bunal Marzo, 2017.

El sendero Cacho de Venado.

El bosque lluvioso lo cubre todo…
Para donde miremos está la belleza de la naturaleza…
Árboles centenarios que acarician el cielo plomizo…
Arbustos más pequeños con sus ramas cubiertas de musgo…
De los helechos arborescentes caen gotas de agua cristalina….
Flores de colores variados que brotan entre la hierba…
¿El canto del jilguero…? ¿el pájaro campana…?
A este último no lo conozco…
El sendero es húmedo y a ratos fangoso…
El sonido del viento entre las ramas de los árboles…
La lluvia fría que cae…
Acompañando a la neblina y a las ráfagas de viento…
Caminamos por el sendero Cacho de Venado…
En las laderas del Volcán Barva…
Acá todo es lindo…, verde…, frío…, silencioso…, limpio…
Los caminantes andan por el sendero…
Unos van rápido…, callados…
Otros van lentamente…, conversando…
Los árboles del bosque…, como viejos barbudos…
Nos miran pasar…

Bernal Marzo, 2017.

Iniciando el camino.

Serán acaso las siete y media de la mañana…
Estamos esperando que abran el parque…
El Parque Nacional Braulio Carrillo, Sector Volcán Barva…
La neblina blanca lo cubre todo…
Sopla una brisa que hiela los huesos…
Estamos listos para iniciar el camino…
Un camino de siete o nueve kilómetros…
Hasta llegar a la cumbre de la montaña…
Allá donde todo lo embellece la Laguna Barva…
La laguna de aguas muy frías…
El camino será largo y empinado…
Húmedo y fangoso…
Frío y silencioso…
Bello y emocionante…
Pero andaremos despacio…
A nuestro propio ritmo…
Respirando tranquilos…
Estamos listos para iniciar el camino…
Un camino de siete o nueve kilómetros…
Hasta llegar a la cumbre de la cordillera…

Bernal Marzo, 2017.

En el sendero.

Estamos en medio del bosque verde…
Cae una llovizna que hiela hasta los pensamientos…
Caminamos despacio…, a nuestro propio ritmo…
Todo está húmedo…, acá todo es silampa y belleza…
De las copas de los árboles caen gotas de agua cristalina…
Las ramas de los árboles no permiten ver el cielo…
Pero lo imagino plomizo y nuboso…
Los caminantes ahora son uno con el bosque…
Son uno con la lluvia…, son uno con el frío…
El silencio lo cubre todo…
Sólo se escucha el sonido de nuestros pasos en el sendero…
De vez en cuando escuchamos un jilguero campana…
Un jilguero campana que nos deleita con su canto…
Luego todo es silencio otra vez…
Todo vuelve a ser verde…, vida… y agua…
Se ha transformado el bosque en pura belleza…
En puro silencio…, en puro jaguar…
Arriba en el árbol…
¿Estará parado el quetzal…?

Bernal Marzo, 2017.

Mujer y árbol.

Ya hemos caminado cerca de una hora…
Evelio, nuestro líder, pide un alto en el camino…
Nos detenemos un poco a descansar…
A Antonieta le gusta un árbol a la vera del camino…
Se para junto a él…
Quiere recordarlo por mucho tiempo…
No le ha pedido permiso para arrimarse a su lado…
Simplemente se acerca muy despacio…
El árbol la observa comprensivo…
Entonces, muy serio, la mira y lo permite…
A partir de ese momento mágico…
Hay en el paisaje una figura…
Una figura de mujer y árbol…
Quedan como congelados en esa imagen…
En medio del bosque bendito…
Mujer y árbol…
El cielo los mira desde lo alto…
Y los bendice con gotas de lluvia fría…

Bernal Marzo, 2017.

En el bosque.

La lluvia fría y tupida cae desde hace rato…
Sus gotas, como piezas de cristal transparente…
Se deslizan por el aire llevadas por el viento…
El bosque verde nos acoge y nos arropa…
Los árboles, cubiertos de musgo…
Adornan el paisaje alrededor nuestro…
Las copas de los árboles parecen tocar las nubes blancas…
Siento las manos frías…
De la visera de mi gorra caen gotas de agua…
Por la tela de mi capa ruedan también como diamantes…
Se deslizan suavemente y caen al suelo frío y fangoso…
Se oyen las gotas de agua que caen sobre las hojas…
Casi puedo ver el viento cuando sopla entre los árboles…
Antonieta marcha con paso firme…
Su respiración es acompasada al ritmo de su paso…
Evelio, nuestro líder médico, la observa con atención…
Luego mira hacia adelante tranquilo, pero alerta…
El ruedo de los pantalones se moja con el agua de las plantas…
Vamos avanzando lentamente subiendo la pendiente…
Nuestra meta está en la cima de la cordillera…
Allá muy alto, escondida tras la neblina blanca de la mañana…

Bernal Marzo, 2017.

Bajo un helecho arborescente.

Hace ya un par de horas que caminamos por el bosque…
Mi ropa está húmeda y fría…
Igual están mis manos, mi nariz y mis orejas…
Me he guarecido bajo las hojas de un helecho…
De un helecho arborescente que crece en el bosque amigo…
La lluvia está cayendo imperturbable…, constante…
Cae acompañada por el viento de la montaña…
Escucho el silencio y su rumor…
Que parecen congelarse suspendidos en el aire frío de la mañana…
De pronto se oye el cantar del jilguero campana…
¡Qué belleza estar acá…!
¡En medio de la naturaleza amiga…!
Compartiendo el bosque y sus bellezas…
Con el helecho…, con el silencio…, con el árbol…
Con el jilguero campana…
Me he detenido a contemplarlo todo…
Su belleza majestuosa…
Me he detenido a escucharlo todo…
Su silencio impresionante…
¡Qué belleza estar acá…!
¡Bajo el helecho arborescente…!

Bernal Marzo, 2017.

El jilguero campana.

El bosque bendito…, sagrado…, hoy amaneció soleado…
Los árboles lucen un color verde brillante al moverse con el viento…
A lo lejos, el torrente que cae del cielo es fresco y blanco…
Es el paraíso dichoso en que viven el indio cabécar, su esposa y sus hijos…
Todo es bonito…, limpio…, tranquilo…, imponente…
¡De pronto lo escuchamos escondido entre los árboles…!
¡Es nuestro hermano…, el jilguero campana…!
Cada vez que llena el bosque de música…
Todo es belleza…, todo es poesía…, todo es armonía…
Está escondido entre las ramas del árbol…
Sólo podemos escucharlo…
Escuchar su canto perfecto…, diáfano…, inmejorable…
Son dulces campanas que llenan de música el bosque amigo…
Nosotros, los caminantes, sólo atinamos a disfrutar aquel milagro…
Luego todo queda en silencio…
Sólo se escucha el rumor del universo…
En el cielo azul claro brilla el sol amarillo intenso de la mañana…
Todo es bonito…, limpio…, tranquilo…, imponente…
¡De pronto lo escuchamos escondido entre los árboles…!
¡Es nuestro hermano…, el jilguero campana…!

Bunal Marzo, 2017.

El árbol añoso.

El camino ha sido largo y difícil…
Hemos andado por el sendero empinado…
En medio del bosque todo es hermosura, vida, lluvia y frío…
Nos sentimos bien…, aunque un poco cansados…
Un árbol añoso ha venido a toparnos…
Es nuestro hermano…, es nuestro amigo…
Crece solitario en lo profundo del parque…
La vegetación hace un muro impenetrable que lo esconde y lo cuida…
Es el compañero inseparable de los animales silvestres…
Es el padre de las fuentes de agua limpia y fría…
Da sombra y frescura…, nos brinda tranquilidad y belleza…
Hoy de madrugada por acá pasó la danta…
Ayer por la tarde se posaron en él las aves del bosque…
Al anochecer de hoy pasará el jaguar lindísimo…
Y en este momento pasan a su lado los caminantes buenos…
No hemos venido a hacer daño…
No hemos venido a ensuciar los trillos…
Hemos venido a recibir la comunión de manos de la naturaleza amiga…
Un árbol añoso ha venido a toparnos…
Es nuestro hermano…, es nuestro amigo…
Crece solitario en lo profundo del parque…

Bunal Marzo, 2017.

Los viñedos.

En las laderas de los cerros allá por Grifo Alto…
Están suspendidos los viñedos de don Teófilo…
Parecen pender de los rayos del sol que caen de lo alto…
Acá todo es verde bajo el azul del cielo…
Mientras el sol amarillo lo llena todo de luz y calor…
Las matas ahora están verdes brillantes…
Los ramos llenos de uvas penden de las matas…
Doña Lorena las mira satisfecha e ilusionada…
Por ahora están verdes…, mañana serán color rojo oscuro…
Allá por el mes de julio obtendrán el jugo…
El caldo de la uva para hacer el vino…
Luego de la vendimia todo será alegría y olor a fruta fresca…
En estos días los viñedos están llenos de vida…
Sus hojas brillan bajo el sol con un color verde intenso…
En las laderas de los cerros allá por Grifo Alto…
Están suspendidos los viñedos de don Teófilo…
Con doña Lorena duró veintiocho años para pegarlos…
¡Oye hermano…!
¿Nos tomamos una copa de vino rosado…?

Bernal Abril, 2017.

El guanacaste.

Encaramados en los cerros de color verde claro…
Están los pueblos de la sierra…
De lejos, ya yendo hacia la cerranía…
Los vi sobresalir de entre los árboles…
Se veían bonitos y blancos…
Sus techos grises de zinc metálico…
En una de sus fincas…
La de Don Teófilo y Doña Lorena…
Están plantados los viñedos…
Acompañados de muchas plantas…
Plantas olorosas que sirven para medicina y para cocinar…
Y en medio de todo…, en la ladera de un cerro…
Creció un guanacaste inmenso…
Ahora está muy verde y lleno de orejas…
Sus curiosos frutos…
Guanacaste significa oreja en idioma chorotega…
Es el hogar del tucán, del zanate, de la chocholpía…
De la guaria morada, de la guaria blanca…
Y de la ardilla bonita…
Hoy ha venido a acompañarnos un árbol…
Un inmenso Guanacaste…

Bernal Abril, 2017.

Cerro Grifo Alto y viñedos.

Hemos andado serpenteando por las cerranías…
Venimos desde el Valle Central…
Ahora estamos al oeste…, y al sur…
El viaje ha sido largo…
Hoy hace calor…, el sol es intenso…, todo es brillante…
Hemos arribado a la tierra de los viñedos…
Todo es verde…, todo es bonito…, todo es silencio…
Allá en lo alto miramos el Cerro Grifo Alto…
Y en sus laderas los viñedos benditos…
Don Teófilo…, Doña Lorena…, sembradon el suelo bueno…
Ahora ya tienen los racimos de frutas tiernas…
Pronto las uvas serán moradas…
Como si fueran negras…
Estarán llenas de jugo sagrado…
Y de ahí harán el vino…
Un delicioso vino rosado…
Vemos el punto más alto acá en las cerranías…
Hemos arribado a la tierra de los viñedos…
Todo es verde…, todo es bonito…, todo es silencio…
Allá en lo alto lo miramos…
Cerro Grifo Alto…

Bunal Abril, 2017.

Hombre e inmensidad.

Estoy cerca de la cumbre de un cerro…
Hemos llegado a un punto situado en el medio de la cerranía…
Alrededor mío todo son ondulaciones por las que corre el viento…
Frente a mí observo la naturaleza bellísima…
Cuando miro hacia el frente veo la inmensidad que sobrecoge…
Como pliegues gigantescos, un cerro emerge de las laderas de otro…
El cielo azul…, el bosque verde…, el tucán multicolor…
Allá a lo lejos el mar inmenso…, apenas lo veo desde acá…
El ser humano es diminuto ante tanta grandeza…
Su pequeñez es notable ante esta magnífica vista…
El sol brilla en lo alto…, la brisa sopla entre los árboles…
El viento recorre los cerros…
No me queda más que guardar un respetuoso silencio…
El jaguar debe estar durmiendo…
El venado mordisquea las raíces de un árbol…
La terciopelo hace la digestión de un ratón…
Todo sigue el rumbo natural que las cosas deben seguir…
Cuando miro hacia el frente veo la inmensidad que sobrecoge…
Es el hombre y la inmensidad…
Es el ser humano y la cerranía…

Bunal Abril, 2017.

Palo seco bonito.

En medio de las ondulaciones…
En medio del bosque verde…
En la ladera de un cerro…
He visto un palo seco bonito…
Está frente a mí…
Erguido aún…
Al fondo puedo ver los cerros…
Y en ellos el bosque verde…
Arriba el sol amarillo…
El cielo azul…
Las nubes blancas…
Frente a mí…
El palo seco bonito…
Hace calor…
Evelio dice…
Papá, he visto un tucán…
Pasó volando…
En dirección del palo seco bonito…
Luego vuelve la calma…
Al fondo puedo ver los cerros…

Bumal Abril, 2017.

Mar y río.

Hemos llegado a la cumbre del cerro…
La cerranía corre paralela al mar…
Está cubierta por el bosque inmenso…
Por el bosque verde…
Entre la cerranía y el mar…, allá abajo…, un terreno llano…
Al fondo del cuadro puedo ver el mar azul…
La playa adornada con encaje blanco…
Y el río café serpenteando en la llanura…
Ya muy cerca de su desembocadura en el mar…
Es el hogar del cocodrilo de cinco metros…
Del mero de seiscientos kilos…
De la lapa multicolor…, del tucán amarillo…
El viento sopla subiendo los cerros…
Trae un aroma a sal…, a vida…, a aventura…
Antonieta mira hacia el horizonte infinito…
Está embelesada ante la belleza infinita…
Guarda silencio ante tanta hermosura…
De pronto sonríe…, mirando hacia el mar…
Desde la cumbre del cerro...
Podemos ver un paisaje de mar y río…

Bumal Abril, 2017.

El tucán.

Filas de cerros…, laderas empinadas…, bosques tupidos…
Predominan el color verde de los árboles… y el azul del cielo…
Seguimos el camino hacia Parrita…
Hace rato pasamos Puriscal…
En estos parajes todo es belleza…
Todo es bosque…, todo es paisaje…
Todo es vida…, todo es aventura…
De pronto Evelio exclama…
¡He visto un tucán…!
¡Allá en dirección del árbol inmenso…!
¡Pasó volando rápido…!
¡Se metió entre los árboles del bosque…!
Todos miramos…, nos quedamos callados…
Evelio vio un tucán bellísimo…
¡Dichoso…, pienso…!
Luego seguimos hablando…
¡Tal vez pase otro…!

Bernal

Abril, 2017.

Mujer y playa.

¡Mira…!
¡La mujer disfruta sentada en la playa…!
¡Está mirando las olas del mar…!
Serán tal vez las nueve de la mañana…
Lleva puesto un traje de baño de color azul…
El sol la contempla admirado…
Admirado ante su belleza simple…
Impresionado por su cuerpo perfecto…
Su cuerpo perfecto de color dorado…
¡Ahora ella se levanta y se pone de pie…!
Es muy lindo su cuerpo alto y delgado…
El viento susurra en su oído una canción de amor…
Y ella entonces sonríe…
Con la mirada puesta en las olas del mar…
¡Puedo ver ahora su cara bonita…!
Sus labios pintados de color rojo brillante…
Su pelo casi negro apenas se mueve con el viento…
El sol…, la brisa…, las olas…, el pájaro gaviota…
Han compuesto una música única…
¡Ahora la mujer parece danzar…!
Mueve sus largos brazos al compás del viento que pasa…
Sus manos siguen las olas del mar…
Su cuerpo delgado apenas se mueve…
Llevado por aquella música casi celestial…
Ella baila con los ojos casi cerrados…
¡Mira…!
¡La mujer está danzando en la playa inmensa…!
Su cuerpo perfecto…, su cara bonita…, su silueta delgada…
¡La mujer coqueta…!
¡En la playa inmensa…!
¡Son tal vez las nueve de la mañana…!
¡El sol caliente brilla en lo alto…!

Bernal

Mayo, 2017.

Playa Palo Seco.

Ya está muy entrado el día…
El sol radiante brilla en lo alto desde hace mucho rato…
La brisa tibia sopla a lo largo de la playa…
Las palmas de los cocoteros apenas se mueven…
El agua del mar es de un color verde oscuro…
La espuma blanca parece una corona plateada…
La playa es de color gris brillante…
Ese color gris brillante llega hasta el borde verde…
Hasta el borde verde de la zona boscosa que hay a la orilla…
Al fondo, yendo tierra adentro…
Observo la parte alta de las cerranías…
Y encima de todo…
El cielo azul celeste de la mañana…
Todo está en silencio…
Apenas se escucha algún ruido aislado…
Y al fondo, el rumor de las olas del mar…
El ruido sordo del cambute grande…
El color plateado del pez gallo peleador…
El ruido ronco del pargo roquero de doce kilos…
¡Playa Palo Seco, qué bella eres…!
¡Un día volveré…!

Bunal

Mayo, 2017.

Disfrutemos hermano.

Disfrutemos alegres hermano…
¡Mira qué amanecer más bonito…!
El cielo azul púrpura allá por el este…
Son las cinco…, está amaneciendo en el valle central…
¡Ahora hemos andado el camino… qué alegría estar acá…!
Viendo las cerranías de color café con verde…
Y el bosque tupido lleno de vida…
¡Es una gracia vivir este momento…!
Admirando el mar celeste que se ve a lo lejos…
E imagino la langosta…, el caracol…, el islote…, el buchón…
¡Agradezco, hermano, vivir estos instantes…!
Poder ver los árboles verdes…, el paisaje sobrecogedor…
El pizote y sus crías a la vera del camino…
¡Disfrutemos alegres hermano…!
El aire fresco y limpio de la sierra…
O el sonido parsimonioso del oleaje del mar…
Hoy para cuando oscurezca…, para cuando lleguen a casa…
En la mesa en que coman Juan Tencio y su esposa Josefa…
Tendrán encendida una candela…
Que significa la luz y el calor de la Inteligencia Universal…
¡Disfrutemos hermano…, estar acá es un privilegio…!

Bunal

Mayo, 2017.

Bosque tupido.

Nos hemos detenido a admirar el paisaje…
Frente a nosotros tenemos un cerro…
Un cerro cubierto por un bosque tupido…
Acá el aire es fresco y limpio…
Corre la brisa tibia de la mañana…
En el bosque andará el puma bellísimo…
El venado de cola blanca…
Ahí hará su nido el tucán multicolor…
Andará cazando la terciopelo de metro y medio…
En el bosque todo es vida…
Todo es belleza…
Todo es bendición…
Desde donde estamos se puede ver todo esto…
Es un paisaje que nos llena el alma…
Es la naturaleza amiga…, sagrada…, infalible…
Es la naturaleza de Felipe, de Mariana, de Lucía…
De todos los niños del mundo…
Es el bosque tupido de las cerranías…

Bunal Mayo, 2017.

Bosque verde.

Si acaso serán las ocho y treinta de la mañana…
Ayer llovió todo el día en esta zona junto al mar…
El río corre lentamente llevando mucha agua color café…
La marea amaneció muy alta…
Acá, en el bosque verde, todo es frescura y vida…
Las pavas negras hace rato que despertaron…
La guatuza tímida anda curiosa entre los arbustos…
La pequeña rana de color verde con negro cruza por el sendero húmedo…
El inmenso espavel nos mira pasar…
El surá de cincuenta metros se alza majestuoso hacia lo alto…
De vez en cuando se escuchan las aves…
Haciendo ruidos para alertar a los demás de que han visto unos intrusos…
El árbol de cafecillo…, los arbustos verdes…, los troncos secos…
Los caminantes andamos por el sendero bonito…
Allá, más arriba que la copa de los árboles, vuela el gavilán…
En el río, el lagarto de cinco metros, dormita bajo el sol de la mañana…
Antonieta camina muy seria…, en silencio…, mirando hacia adelante…
Evelio la sigue…, con su sombrero de ala ancha…, muy atento al camino…
Atrás voy yo…, con mi mochila a la espalda…
En ella llevo agua…, suero…, una bebida dulce… y un cacao…
Acá en el bosque reina el silencio…, la belleza es soberana…, todo es paz…

Bunal Mayo, 2017.

Río y bosque.

En lo profundo del bosque discurre el río…
El río bonito de aguas cristalinas…
Su corriente se desliza lentamente…
Hace unas tres horas que amaneció…
Ya vinieron a abrevar los animales silvestres…
El venado lindísimo…, el chancho de monte…
La tímida guatuza…, el tepezcuintle nervioso…
En sus aguas están comiendo los patos silvestres…
Y en sus orillas fangosas andarán el camarón de río…
Y el cangrejo de agua dulce…
Es la naturaleza amiga en todo su esplendor…
Esto, mi hermano, es una obra maestra…
Perfecta…, inmejorable…, imperturbable…
De pronto se escucha el volar de la pava negra…
Evelio mira curioso hacia los árboles verdes…
Levanta su mano derecha y señala al ave magnífica…
Antonieta mira hacia allá…, llena de curiosidad…
El río nos mira al pasar…, tranquilo…, sereno…
Es el hermano del bosque verde…

Bunal Mayo, 2017.

Antonieta y Evelio.

Está terminando el mes de mayo acá en el trópico…
Ha estado lloviendo desde finales de abril…
Todo está húmedo…, verde…, lleno de vida…
Hemos venido de visita al bosque…
Al Parque Nacional Carara…
Junto al Océano Pacífico…, al pie de las cerranías…
Serán tal vez las diez y treinta de la mañana…
Ya hace rato que el sol brilla en lo alto…
Hemos recorrido los senderos del parque…
Dos horas de caminata tranquila…, interesante…, educativa…
Dos horas de actividad física saludable para el cuerpo y para el alma…
En él hay tanto que ver…, tanto que admirar…
Antonieta y Evelio ya completaron el trayecto…
Pero no se les nota fatiga alguna…
Están preparados para dos horas más de camino…
Ahora se sientan en el campamento de los guardabosques…
¡Qué bonito venir a estos lugares…!
¡La naturaleza…, el bosque…, el espavel grandísimo…!
¡Se les nota en la cara que están contentos…!
El sol brilla en lo alto…, la temperatura es alta…, hay mucha humedad…
Antonieta y Evelio…

Bunal Mayo, 2017.

Indio y bosque.

Vamos andando el sendero en medio del bosque…
Parque Nacional Carara…, o río de lagartos en idioma indígena…
El lugar es muy lindo…, lleno de belleza…, pleno de vida…
En medio del bosque percibo una figura humana…
Es un indio que nos mira al pasar…
Ahí está callado…, en su hogar…, ¡en el bosque…!
Nos mira en silencio…, ¡por dicha le pedimos permiso para entrar a su mundo…!
Él nos dijo que sí…, pero debemos respetar la rana…, el río…, el pájaro…
¡Debemos respetar la naturaleza perfecta…!
¡Escucha hermano…!, ¿qué es ese rumor que escuchamos…?
¿Es el viento que corre entre las ramas de los árboles…?
¿Será acaso el lejano ronronear del mar…?
¿Es la música del bosque…, el canto del pájaro…, la canción del indio…?
¡No hermano…!, ¡es todo eso junto…!, ¡es el cantar de la alegría…!
¡Es el indio que susurra para su esposa una canción de amor…!
¡Suena fuerte en el bosque la voz del poeta…!
¡El poeta que le canta al mundo poemas de amor…!
El indio nos mira…, se despide con una señal de su mano…
Y en completo silencio se sumerge en el bosque…
Su hogar…, su mundo…, su casa bendita…
¡Escucha hermano…!, ¿qué es ese rumor que escuchamos…?

Bernal

Mayo, 2017.

Sendero y sol.

A las ocho de la mañana hace rato que salió el sol…
Por el sendero aún discurre una pequeña cantidad de agua…
Es agua que proviene del potrero…, llovió de madrugada…
Es el Parque Nacional Volcán Irazú Sector Prusia…
Hoy no hace tanto frío…, es veranillo de San Juan…
La calzada está mojada…, la superficie húmeda brilla bajo el sol…
Vamos caminando cuesta arriba…
De pronto vemos cómo columnas de vapor brotan del sendero…
Se está evaporando el agua que llovió de madrugada…
Son una…, dos…, tres…
Columnas de vapor muy blanco…
Se elevan del suelo y se integran al aire frío de la mañana…
Luego desaparecen silenciosamente…
Evelio y Antonieta las miran pensativos…
¡Qué bonito estar aquí…!
¡Qué momento sobrecogedor…!
¡Qué maravilla es la naturaleza…!
Se está evaporando el agua que llovió de madrugada…
Son una…, dos…, tres…
Columnas de vapor muy blanco…
Se elevan del suelo y se integran al aire frío de la mañana…

Bernal

Junio, 2017.

El roble y el volcán.

¡Hoy no hace tanto frío…!
¡Claro…, ya son poco más de las ocho de la mañana…!
Parque Nacional Volcán Irazú Sector Prusia…
Acá todo es belleza…, verde…, agua…, aire limpio y frío…
¡Escucha hermano…, cómo cantan los pajarillos en el bosque…!
Seguimos caminando…
Nos acompaña ahora el canto del jilguero campana…
Ahora nos detenemos un momento…
Vamos caminando cuesta arriba…
En medio de la calzada crece un roble gigantesco…
¡Tendrá cien…, doscientos…, trescientos años…!
Es el amigo del volcán…
Es el hermano de las aves que lo pueblan…
Es el compañero del animal silvestre…
Del animal silvestre que pasó por acá esta madrugada…
El roble gigantesco…
¡Acompaña al caminante en su ascenso hacia la cima…!
Poco más arriba está el volcán silencioso…, imperturbable…
Guardamos silencio…, por consideración…, por respeto…, por admiración…
Ahí están los dos…
¡El roble y el volcán…!

Bunal Junio, 2017.

El hongo rojo.

Venimos caminando por el sendero bendito…
Todo a nuestro rededor es verde…, frío…, humedad…
¡Por dicha no está lloviendo…!
¡Se escucha el canto de los pajarillos…!
El sendero ahora es un tanto plano…
Entonces descansamos un poco…
La caminata ha sido en ascenso…
¡Y Evelio es el primero en verlo…!
¡Al pie del tronco de un árbol grande crece un hongo rojo…!
Creció en la tierra negra del bosque sagrado…
Su color lo adorna todo…
El resto de la vegetación lo mira con respeto…
Así es todo en la naturaleza…
Orden…, limpieza…, belleza…, respeto…
Entonces nosotros también lo miramos con respeto…
¡Al pie del tronco de un árbol grande crece un hongo rojo…!
Creció en la tierra negra del bosque sagrado…
Su color lo adorna todo…
¡Qué bonito el hongo rojo…!

Bunal Junio, 2017.

El bosque verde.

Parque Nacional Volcán Irazú Sector Prusia…
Andamos ahora el Sendero Micaela…
Bajando de lo alto hacia el cedro…
Hacia el cedro que se alza en el centro de la calzada…
Aunque venimos bajando a veces hay subidas…
Veo a Antonieta andando con determinación…
Mira fijamente hacia el frente…, se notan sus piernas fuertes…
Camina muy seria…, se observa entera…, contenta…, llena de vida…
Atrás viene Evelio…
Todo lo observa…, todo lo analiza…, para tomar decisiones…
Acá al lado del volcán el bosque es verde…
De vez en cuando…, entre las copas de los árboles…
Podemos ver el cielo azul… y la rueda amarilla del sol…
Es veinticinco de junio…
Hace apenas unos días pasó el solsticio de verano…
El bosque verde nos acoge…, nos rodea…, nos acepta…
Aunque los pajarillos con su canto dicen que somos intrusos en su mundo…
Ahora todo está en silencio…, un silencio absoluto…
Es silencio…, frío…, belleza… y bosque verde…
Es un momento apenas apropiado para rezar…
Para rezar una oración…

Bernal

Junio, 2017.

La oropéndola.

¡Mira hermano…, cómo vuela la oropéndola…!
Es un pájaro grande…
De cola amarilla…, y cuerpo color café…
Se ve muy bien…
Recortado contra el cielo azul…
Ya es media mañana…
Diría incluso que ya hace un poco de calor…
Estamos en las estribaciones de la cordillera…
¡De la inmensa Cordillera de Talamanca…!
Atrás han quedado Cartago, Orosi y Paraíso…
Hemos dejado el Valle de Orosi…
Salimos del mismo por el ventisquero que da a la cordillera…
En lo alto del árbol podemos ver el nido…
El nido colgante de la espléndida oropéndola…
Desde ahí los polluelos podrán ver el bosque inmenso…
El río que discurre impetuoso por el fondo del cañón…
Podrán escuchar el silencio impresionante…
Y ver el bosque verde lleno de vida y de color…
Para luego volar libres por la inmensidad del cielo…
¡Mira hermano cómo vuela la oropéndola…!

Bernal

Julio, 2017.

Goffredo Pantalone.

Llegó a Costa Rica hará unos veinticinco años…
Lo trajo a acá el destino…
O quizás el viento del norte…
Es probable que en el camino lo hayan guiado las estrellas…
Atrás dejó el poder y las riquezas infinitas…
Del Imperio Romano…
Se alejó de su Italia y de su gente…
De Justino y de Lucía…
De su hermano…, de sus primos y de sus amigos…
Se trajo con él el arte y su historia…
Toda la pintura, la escultura y la poesía del renacimiento…
Y el recuerdo grato de Luna…, su hija…
Hoy lo vi caminando…, despacio y en silencio…
Andaba los senderos del bosque en las estribaciones de la cordillera…
De la bellísima Cordillera de Talamanca…
Escuchaba atento el canto del jilguero campana…
Ahora es el hermano del bosque verde…
Es el amigo de la danta, del armadillo y del jaguar…
Es el compañero de la oropéndola y del río de aguas frías…
Ahora es el hijo de la alta cordillera y del viento de las alturas…
¡Vino de Italia hará unos veinticinco años…!
Goffredo Pantalone…

Julio, 2017.

Hoy llovió de madrugada.

Serán entonces las ocho y media de la mañana…
El Sendero La Oropéndola está en silencio…
Ahora sólo se escucha el canto de los pájaros…
Detrás de los árboles… el ruido del río…
Y el bosque verde…, en donde abunda el agua…
El sendero está húmedo…, hoy llovió fuerte de madrugada…
De vez en cuando aún caen grandes goterones de las ramas de los árboles…
Caen sobre el suelo arenoso y rápidamente son absorbidos…
Otras gotas aún penden temblorosas de las puntas de las hojas…
Parecen vibrar unos segundos… y luego caen silenciosamente…
Hoy no hace frío por acá…, eso es raro…
Pero todo es agua…, silencio…, belleza… tranquilidad… y vida…
El agua bendita cayó en abundancia sobre el bosque sagrado…
Ahora el río corre caudaloso…
En su diálogo eterno con el bosque…
Goffredo Pantalone ahora forma parte del bosque inmenso…
Que lo acepta y lo arropa…
Que lo respeta y lo arrulla…
De pronto en el silencio se escucha el canto maravilloso…
El canto maravilloso del jilguero campana…
Luego todo es silencio otra vez…
Hoy llovió fuerte de madrugada…

Julio, 2017.

La voz del indio.

Hemos andado el camino… entrando por el desfiladero…
Por el desfiladero que lleva a la cordillera…
A la inmensa Cordillera de Talamanca…
Estamos en el hogar del río caudaloso…
Del jaguar hambriento que busca su comida…
De la danta que enseña a su cría a buscar su alimento…
De la oropéndola y del jilguero…
Del bosque bellísimo… lleno de agua y de vida…
El caminante escucha atento…, mira entre las ramas de los árboles…
Tal vez quiere ver el jilguero…, o quiere encontrar la mirada del universo…
A mí me parece percibir en el silencio la voz del indio…
Del indio cabécar que le canta una canción de amor a su amada…
Que mantiene un diálogo entretenido con los árboles y con el río…
Que saluda quizás al gavilán que vuela en lo alto…
Que comparte con el silencio su alegría de vivir…
Que espera a su hermana la lluvia…, a su hermano el viento del norte…
Sus pensamientos están flotando en el aire limpio…
En el aire limpio de las estribaciones de la cordillera…
Sus palabras lo pueblan todo…, hacia arriba…, hacia las cumbres…
Pienso que el caminante escucha atento la voz del indio cabécar…
Que en medio del silencio canta una canción de amor…

Bernal

Julio, 2017.

La gota y el río.

La Cordillera de Talamanca…
El Río Grande de Orosi…
Las estribaciones del macizo…
El río que corre caudaloso, imperturbable y libre…
Allá en la cumbre cayó una gota de lluvia…
Cristalina…, limpia…, fría…, transparente…
Se formó en una nube blanca…, como algodón…
Se condensó el vapor en la fría madrugada…
Cayó en la ladera de la montaña inmensa…
La absorbió el suelo arenoso del páramo en lo alto…
Y quedó retenida entre las piedras y la tierra…
Entre las raíces…, entre las lombrices…, entre los insectos…
Fluyó y fluyó bajo la tierra bendita…
Y formó el río caudaloso que baja de las cumbres…
Que discurre en el fondo del desfiladero…
Que visto desde el borde del acantilado parece una tira de tela blanca…
Es el hogar del machín y del cangrejo…
Es la patria de la nutria tan bonita…
Es la casa del martín pescador…
Lo formó la gota de lluvia que cayó de madrugada…
Cristalina…, limpia…, fría…, transparente…
Corre río…, corre…, libre…, imperturbable…

Bernal

Julio, 2017.

Paisaje desértico.

Es casi medio día al pie de la cordillera…
Es la Cordillera Volcánica de Guanacaste…
Y al pie de ella…, la pampa infinita…
La tierra blanca…, pequeñas macollas de zacate…
Piedras negras que sobresalen de la tierra blanca…
Arbustos de metro y medio…, otros ya están secos…
La pampa se extiende hasta el horizonte…
El suelo es caliente…, muy caliente…, de él brota el vaho…
El vaho que sale del suelo hirviente y sube hasta el cielo…
Todo está caliente…, el sol brilla en lo alto…
Sus rayos caen verticales sobre mi cabeza…
La temperatura me enrojece el rostro…
Ningún animal desafía este clima…
Sólo he visto garrobos…
Garrobos que se asolean a medio día…
¡Ahora veo un gavilán…!
Vuela alto en el aire caliente del mediodía…
Buscará tal vez algún ratón…, o alguna tórtola…
Acá crecen pocas matas…, el suelo parece estéril…
El suelo es caliente…, muy caliente…, de él brota el vaho…
El vaho que sube hasta el cielo infinito…

Bunal Agosto, 2017.

Desierto y cañón.

Hemos dejado Liberia hoy temprano…
Serían tal vez las siete de la mañana…
Ahora estamos al pie de la cordillera…
Allá a lo lejos…, levantando la vista…, puedo ver el volcán…
Para allá vamos…, hoy temprano…
Vamos subiendo por el camino blanco…
Hace poco pasamos El Gallo…
Ahora el camino avanza cansado a la par del cañón…
Es un cañón que ha cavado el río desde hará mucho en la historia…
Esta tierra blanca tendrá cinco mil millones años…
Quizás un poco más…, quizás un poco menos…
El pueblo de El Gallo se asoma temeroso al cañón…
Un cañón muy hondo…, de grandes barrancos…
Al fondo se ve el río blanco…, como hilo de plata…
Por acá andará mi hermano el coyote…
Habrá tal vez pasado mi amigo el venado…
O estará durmiendo la linda cascabel…
Los arbustos leñosos adornan casi todo de verde…
El resto es zacate…, el resto son piedras…
El resto es tierra blanca…, arenosa y caliente…
¡Ahí está el cañón…, con su río al fondo…!

Bunal Agosto, 2017.

Desierto y palo seco.

Acá el suelo es blanco y arenoso…
Son pocas las plantas que crecen en esta tierra…
Pero el paisaje está lleno de vida…
Esta zona es el hogar del puma…
Del gavilán…, del venado veloz…, de la lechuza…
Y de la atractiva serpiente cascabel…
Acá viven los rayos de sol…
La temperatura ardiente…
Las ráfagas de aire caliente…
Las nubes blancas que adornan el cielo azul…
El río plateado…, la piedra negra…
No hay tanta agua…, la poca que hay se filtra rápido…
Y se va corriendo por el río con rumbo al mar…
Por ese río que corre al fondo del cañón…
Ese río que es hermano del El Gallo…
El palo seco cumplió su ciclo…
Adornó el paisaje…, fue el hogar de muchas aves…
Ahí tal vez anidó el gavilán…
Ahora…, ya seco…, adorna todavía el desierto…
¡Oye palo seco…, no te rindas…, sigue dándonos tu belleza…!
¡Oye desierto…, eres una sola cosa con el paisaje ardiente…!

Bunal Agosto, 2017.

Los tres volcanes.

Al frente nuestro está el desierto amigo…
Su tierra blanca…, su sol inclemente…, su calor ardiente…
Más allá está el cañón…, y al otro lado El Gallo…
Luego las estribaciones…
Y allá a lo lejos…, la cordillera imponente…
¡Ahora los veo…, son tres volcanes…!
¡El Rincón de la Vieja…, El Cacao y El Cañas Dulces!
Por hoy…, uno activo… y los otros dos dormidos…
Los puedo ver a lo lejos…, bellísimos…, imperturbables…
Se recortan claramente contra el cielo azul…
Y guardan silencio…, quizás ya nos vieron…
Evelio los mira muy callado…, tal vez por respeto…
Tal vez porque su capacidad de asombro ya fue superada…
Es el aventurero…, es el caminante…, es el amigo de la montaña…
Anonadado ante tanta belleza…
Ante la salvaje belleza de la naturaleza amiga…
Ahora estamos en la cumbre de una colina blanca…
Evelio los mira muy callado…, tal vez por respeto…
Tal vez porque su capacidad de asombro ya fue superada…
Es el aventurero…, es el caminante…, es el amigo de la montaña…
Allá a lo lejos se levantan los tres volcanes…

Bunal Agosto, 2017.

Tierra ardiente.

¡Mira hermano…, está hirviendo la tierra…!
¡Mira el vapor que se eleva del suelo rojizo…!
Alrededor de esta parte todo es verde…, amarillento…
Todo está lleno de seres vivos…
De seres vivos que crecen en medio del vapor y del ácido…
Justo al lado de la tierra ardiente…
En el silencio de la montaña se escucha el hervor de la tierra…
De vez en cuando se da la emanación de un penacho blanco…
Todo huele a volcán…, todo huele a vapor…
Todo está caliente…, el lodo hierve en el reservorio…
Acá al pie del volcán todo es un paraíso de tierra ardiente…
En medio de la paila crecen líquenes verdes…
Aprendieron a vivir en las altas temperaturas…
Se acostumbraron al ambiente ácido sulfuroso…
Estamos acá…, hace un rato que llegamos…
A tres horas caminando…, de aquí…, está el cráter…
El cráter inmenso del volcán silencioso…
Y a miles de millones de años atrás…
Está el origen de todo este mundo de belleza sin par…
Este es un paraíso de tierra ardiente…

Bunal Agosto, 2017.

Suelo blanco.

En las estribaciones del volcán hace calor…
Casi no sopla brisa…, todo es quietud y silencio…
El aire parece hecho de cristal transparente…, diáfano…, caliente…
La temperatura es muy alta…, apenas si se oyen los insectos…
Las macollas de zacate están verdes…
arbustos leñosos languidecen bajo el sol del mediodía…
Acá cerca un garrobo dormita perezoso…
Estamos en un punto elevado…, desde acá vemos la pampa…
Y allá a lo lejos podemos ver la cerranía…
Entre la cerranía y nosotros…, el espacio infinito…
Para donde quiera que mire veo el suelo blanco…
El suelo blanco con manchones verdes…
Todo calcinado por el sol radiante…
Veo la llanura verde…
Si quitara la vegetación la vería blanca…
Blanca como es el color del suelo en esta tierra bendita…
Casi no sopla brisa…, todo es quietud y silencio…
Es la naturaleza amiga…
De pronto escucho la voz del indio curubando…
-¿A qué has venido hermano…, qué buscas…?-
-¡He venido a visitar tu hogar… y ya encontré lo que buscaba!-

Bunal Agosto, 2017.

El indio curubando.

Hace un rato pasamos El Gallo…, tal vez quince minutos…
A nuestra derecha está el gran cañón…
El camino es blanco y caliente…, trepando la cordillera…
Nos hemos detenido un rato…, a descansar…
Frente a nosotros se abre el paisaje infinito…
Todo está quieto…, reina un gran silencio…
No sopla casi brisa…, el sol cae sobre nuestras cabezas…
¡De pronto lo escucho…, es el indio curubando…!
Oigo con atención su voz un tanto apagada que dice…
-¡Este es mi hogar hermano…, bienvenido…!-
-¡Estás pisando tierra sagrada…, como es toda la creación…!-
-¡Por eso pedí permiso a la naturaleza para entrar…!-
-¡Pedí permiso al volcán…, al venado…, al garrobo…, al arbusto…!-
-¡Te lo agradezco…, estás invitado a mi mesa a almorzar…!
-¡Hoy te ofrecemos el suelo blanco… y la belleza de la montaña…!-
-¡Te ofrecemos también la huella del jaguar…, la voz del gavilán…
La belleza del bosque… y un vaso de chicha…!
Entonces miro a mi hijo Evelio…él también escuchó al indio curubando…
Me sonríe contento… y dice…
-¡Me siento parte del bosque…, de la montaña…, del Río Colorado…!-
Entonces escucho de nuevo la voz del indio…
-¡Adelante amigos…!-

Bunal

Agosto, 2017.

El bote.

Frente a mí está el mar inmenso…
Verdoso cerca de la playa…, celeste a lo lejos en el horizonte…
Hay oleaje en la barra…
Donde se encuentran el mar con el estero…
Y allá a lo lejos…, a mi derecha…
Hacia el lado de la isla Cedros…, al fondo del golfo…
La desembocadura del Río Tempisque…
Un bote pasa frente a mí…
Navega trabajosamente…
Imponiéndose apenas a la corriente…
No sé de dónde viene…, no sé hacia dónde irá…
Va guiado por un único marinero…
Es un bote del golfo…, para pescar corvina…
Tal vez algún pargo rojo de dos kilos…
Penosamente se desplaza bajo el sol del mediodía…
Es de color blanco con bordes celestes…
Y todo hace juego con la espuma blanca de su estela en el mar…
Si fuera pintor haría un cuadro…
Y pintaría un bote blanco con bordes celestes…
Que va navegando en el mar verdoso del mediodía…
Sería un bote del golfo…, para pescar corvina…

Bunal

Agosto, 2017.

El golfo.

Ya está muy entrada la mañana…
Yo diría que incluso está muy cerca el medio día…
El sol luce radiante con su color amarillo en el cielo azul…
Casi no sopla brisa…, hace calor…
El mar está en calma…, acá todo es tranquilidad…
Es quietud…, es silencio…, es serenidad…
Las islas majestuosas descansan bajo el sol del mediodía…
Están como flotando en el mar celeste verdoso…
Tendidas panza abajo en el silencio de la mañana…
Asoleándose en el medio del golfo amigo…
El cielo está color azul brillante…
Sólo adornado con algunas nubes blancas…
Una pareja de buchones pasa volando…
Vuelan lentamente…, silenciosamente…, majestuosamente…
¿De dónde vienen…? y ¿hacia dónde irán…?
Allá a lo lejos…, detrás de las islas del golfo…
Puedo ver las cerranías de la península…
Al otro lado del mar…
El golfo bendito es el hogar de la corvina…
Es donde viven la tintorera y el tiburón…
Es la patria del pájaro fragata… y de la gaviota gris…
Es el golfo…

Bunal

Agosto, 2017.

Los barcos.

He venido a visitar a mis tías en Puntarenas…
Son mis vacaciones de la escuela…
Hoy amaneció soleado y luminoso…
Estoy subido en el palo de guayaba…
En el palo de guayaba que hay en el patio de la casa…
Desde acá puedo ver los barcos…
Los cargueros anclados en bahía…
Esperando que llegue la hora de carga o descarga…
O de las dos cosas…
Se ven inmóviles a lo lejos…, allá en el horizonte…
Son grises o negros con blanco y con rojo…
Y sus colores contrastan con el color celeste verdoso del mar…
Parecen lagartos echados sobre el agua…
Durmiendo indolentes bajo los rayos del sol…
Pronto partirán… ¿adónde irán…? ¿de dónde vinieron…?
Yo quisiera irme en uno de ellos a recorrer el mundo…
Tal vez Japón…, o los Estados Unidos…, o tal vez a la China…
Desde acá puedo verlos…, silenciosos…, inmóviles…
Dentro de ellos estarán los marineros…, hablando en lenguajes extraños…
Trabajando con pantalón corto…, guantes… y un casco amarillo…
Desde acá puedo ver los barcos…
Los cargueros anclados en bahía…

Bunal

Agosto, 2017.

Amanecer junto al mar.

Transcurre el mes de enero…
Serán tal vez las cinco y media de la mañana…
La arena de la playa está fría…
Mis pies apenas la marcan…, es oscura… y un poco húmeda…
El mar está sereno…, casi no hay oleaje…
El agua se ve de color grisáceo con un poco de tono verde oscuro…
Pero, ¡mira hermano…! el cielo está ya de color azul…
Las nubes blancas lo adornan allá en lo alto…
Todo está iluminado por el amanecer marino acá en la costa bendita…
Al otro lado del golfo se ven las cerranías de la península…
Las cerranías que limitan el horizonte allá a lo lejos…
Una mujer camina por la playa fresca…
Su cuerpo perfecto es una escultura de bronce…
El color dorado de su piel brilla bajo el sol que hace nacer al día…
Sus piernas, largas y delgadas, se mueven al compás de la música…
Al compás de la música de las estrellas que hace poco se apagaron…
Sus brazos van dibujando figuras fantásticas en la arena fría…
De su cabeza parten haces rutilantes hacia el infinito…
Sus cabellos son hilos de luz que se mueven en el aire frío del amanecer…
¡Ahora su mirada ilumina el paisaje con un color azul metálico…!
El mar está sereno…, casi no hay oleaje…
La mujer se vuelve y me mira… ¡me mira me sonríe…!.

Bernal

Agosto, 2017.

Camino blanco.

Ahora son como las cuatro de la tarde…
Estamos en el mes de setiembre…, en pleno invierno…
Es raro…, pero hoy no ha llovido…
Estamos en el valle central…, rodeados de cerros y volcanes…
Por alguna razón vienen a mi recuerdo los volcanes de Guanacaste…
Recuerdo las veces que he subido hasta las cumbres de la cordillera…
Vienen a mi memoria los paisajes desérticos…, sin agua…, sin frescor…
Y entonces veo con claridad el camino blanco…
Y a mi hijo Evelio…, el viajero…, el aventurero…, el montañista…
Ese camino blanco sube desde El Gallo hasta cerca del volcán…
Es un pasaje largo…, deslumbrante…, caluroso…
Bonito para andarlo…, lindo para recordarlo…
Por él pasan los indios curubandos…
Rumbo a la cima de la cordillera…, con su botella de fresco…
Y su sabroso almuerzo…, arroz…, frijoles…, una pieza de pollo… y tortilla…
La ruta serpentea por la ladera de la montaña…
Siempre hacia arriba…, hacia la cima…, hacia las cumbres…
Camino blanco…, estás en mis recuerdos…, en mis poemas…
Espero volver un día…, y recorrerte como un indio curubando…
Para andarte…, con una botella de fresco…
Hacia arriba…, hacia las cumbres…, hacia las estrellas…
Ad astra…

Bernal

Setiembre, 2017.

La pareja.

¡Mira Evelio…, la pareja de indios recorre el camino…!
Son el indio Macario y su esposa Mercedes…
Son indios curubandos…, de acá…, de las faldas del volcán…
Caminan bajo el sol brillante de la mañana…
Él va hacia su trabajo en una finca…
Ella va para el suyo…, en la casa del hacendado…
Aún no tienen hijos…, viven en la propiedad de Edgardo…
Ya llevan una hora de camino…, hablan en voz muy baja…
No escucho el diálogo…, pero van sonrientes…
Aún son muy jóvenes…, él tiene veintiuno…, ella dieciocho…
De vez en cuando se dan la mano…
Acá donde estamos termina el camino blanco…
Empieza aquí otro de lastre…
Deben caminar media hora más…
Macario lleva su almuerzo…, se lo preparó Mercedes…
Ella comerá en la casa de la patrona…
El viento fresco sopla suavemente…, baja de las alturas…
Veo la luz del sol de la mañana…, que todo lo alumbra…
¡Mira Evelio…, allá va la pareja…!
Caminan, casi en silencio…, por el camino blanco…
El suave viento de las cumbres los refresca…
La luz del universo les ilumina la ruta…

Bunal

Setiembre, 2017.

Los animales del bosque.

Hemos andado quizá durante una hora…
Estamos en medio del bosque verde…
Allá a lo lejos se escucha el rumor del silencio…
Del silencio de las cumbres de la cordillera…
Nos hemos detenido a admirar la belleza de la naturaleza…
El verde intenso…, el árbol centenario…, el pájaro bobo…
Entonces…, de pronto…, lo escucho…
Es el puma que camina sigiloso entre las matas…
Busca tal vez una codorniz…, o trata de encontrar una guatuza…
Anda con hambre…, en dos días no ha comido nada…
Allá a lo lejos…, al otro lado del cañón…
Camina el tepezcuintle…, nos mira atento…, alerta…, nervioso…
¡Claro…! por acá anda el jaguar bellísimo…, imponente…, elegante…
Arriba…, en el cielo…, vuela planeando el gavilán…
Desde allá busca tal vez un ratón o un pajarillo descuidado…
También oigo el río Colorado…, en sus riberas un venado toma agua…
Levanta desconfiado la cabeza…, lo puede estar velando el puma…
Luego todo queda en silencio nuevamente…
Sólo se escucha el rumor del silencio…
Desde las alturas nos miran las cumbres frías de la cordillera…
¡Qué bello es estar aquí…!

Bunal

Setiembre, 2017.

Madrugada y jilguero.

Es agosto de 1955…, tengo cinco años…, son pasaditas las cinco de la mañana…
En mi casa de Monterrey hace mucho frío…, ahora todos duermen…
Mi pijama de manta…, de fría que está…, parece estar mojada…
El piso de mosaico está helado como el hielo…
En estos días Doña Emilia vino a nuestra casa con quince jaulas grandes…
En cada una de ellas tiene un pájaro lindísimo…
Hoy me levanté para verlos…, aunque todavía está muy oscuro…
Salí muy callado del cuarto en que duermo…, casi de puntillas…
En la oscuridad de la madrugada crucé el comedor y la sala…
Llegué entonces al cuarto donde duerme ella…
Contra la pared están recostadas las jaulas…
Me quedo agachado, atento…, en la puerta del cuarto…
¡De pronto lo escucho…, sorpresa…, es un sonido de campanas…!
Toda la casa se llena de su música…
Es el trino de la ocarina del indio cabécar…, es el canto del bosque verde…
Es el canto del jilguero… ¡del jilguero campana…!
¡Es un canto bellísimo que resuena en el silencio y el frío de la madrugada…!
Me impresiona tanto que, pasados los años, no lo he olvidado…
¡Hoy, caminando con Goffredo en el bosque, lo he escuchado de nuevo…!
Ha venido a mi mente la madrugada aquella…
Aquella madrugada en que se llenó de música mi casa bendita…
¡La madrugada aquella del canto del jilguero campana…!

Bernal

Setiembre, 2017.

Está lloviendo.

Es setiembre de un año muy lluvioso…
Estoy sentado al frente de los árboles que crecen frente a mi casa…
Las dos puertas que dan al balcón están abiertas…
Miro así los grandes eucaliptos que alguien sembró ahí hace años…
Mi cuarto está oscuro y frío…
Afuera llueve muy fuerte…
Sólo se escucha el ruido del aguacero…
Las ramas de los árboles se mueven mecidas por el viento…
Serán tal vez las cuatro o las cuatro y media…
Una cortina de gotas de lluvia me ocultan las montañas…
Allá a lo lejos deberían estar el Monte de la Cruz y Pico Blanco…
Pero sólo veo llover…
Ahora lo hace torrencialmente…, hace frío…
El ruido de las gotas en el techo es ensordecedor…
Cuando el viento sopla hacia dentro de nuestro cuarto…
Miles de gotas muy pequeñas salpican al pie de la puerta…
Ahora estoy solo…, mirando llover…, escuchando la lluvia…
Todo está un poco oscuro…, tengo frías las manos y los pies…
De pronto todo se ilumina de celeste y amarillo…
Una centella azulada pasa volando frente al balcón de la casa…
Y entonces escucho el estruendo del rayo…
Afuera sigue lloviendo…, hace frío…

Bernal

Setiembre, 2017.

Llueve en el valle.

El Valle Central está cubierto por una sábana de lluvia…
Son más o menos las tres de la tarde…
Desde hace hora y media está lloviendo…
La cortina de lluvia la forman grandes goterones que golpean el techo…
La plaza que hay frente a nuestra casa está anegada…
Tiene un charco grande en su mero centro…
Aparte del ruido ensordecedor del aguacero…, no se oye nada más…
De las ramas de los árboles caen al suelo grandes gotas de agua…
La gata color blanco con negro duerme hecha un ovillo en un sillón de la sala…
La casa está oscura…, fría…, silenciosa…
Sólo se escucha el ruido de las gotas y el discurrir del agua…
Entonces me levanto y enciendo las luces…
La luz amarillenta lo llena todo de claridad y de calor…
Luego me sirvo un café caliente…, humeante…, oloroso…
Y me vuelvo a sentar a ver el aguacero…
Me gusta estar aquí…, viendo llover…, en este ambiente frío…, oscuro…
Observando el trepidar de las hojas de los árboles en el viento…
No puedo ver las montañas que rodean el valle…
Pero ahí están…, tras el manto de lluvia…, ese manto blanco que lo cubre todo…
Llueve en el valle…
¡Qué bonito estar acá en este momento…, de una tarde lluviosa…!

Bunal

Octubre, 2017.

Montañas azules.

Ha empezado el mes de octubre…
Mes lluvioso por excelencia…, agua y más agua…
Sin embargo hoy amaneció un día seco…
Incluso, hermano…, hasta ha salido el sol…
Desde el balcón de nuestra habitación en la casa…
Se ven al sur las montañas azules…
El Monte de la Cruz y Pico Blanco…, al otro lado del valle…
El cielo está parcialmente cubierto de nubes blancas…
Que parecen motas de algodón en verano…
Llevadas por la suave brisa de la mañana…
Detrás de las montañas azules está el mar…, a lo lejos…
Hoy no ha venido el pájaro carpintero…
A cantar a los árboles que crecen frente a nuestra casa…
Pero sí hay güices y yigüirros… y palomas coliblancas…
Las montañas azules me miran desde el sur…
Noto su mirada pensativa…, como que quieren decirme algo…
Pero no…, guardan silencio…, imperturbables…
Yo también siento esa calma…, esa paz…, ese color azul…
Me miran desde el sur…, yo también las miro…, su belleza…
Sí hermano…, las montañas azules me miran desde el sur…
Hoy no está lloviendo…

Bunal

Octubre, 2017.

La coliblanca.

Son las once de la mañana…, acabo de regresar de la playa…
Ando de paseo en la casa de mis tías en Puntarenas…
Aunque es temprano ya hace mucho calor…
Me encuentro sentado en la mesa de la cocina de la casa…
Viendo a mi tía Haydee mientras cocina…, conversando con ella muchos temas…
Por ese entonces tengo doce años…
Y vivo en San José…, en el barrio San Cayetano…
Estoy en primer año del Liceo de Costa Rica…
Desde donde estoy sentado…, en la mesa de la cocina de la casa…
Puedo ver el patio grande lleno de árboles…
De mango, de naranja agria, de guayaba, de guanábana, de mirto…
De pronto empieza a cantar…, es la paloma coliblanca…
Está parada en una rama de un árbol de mango…
Uh…, uh…, uh…, uh…, canta la paloma…
Debe ser un macho buscando una hembra para aparearse…
Puede ser…, pues ya estamos en febrero…
O puede ser una hembra buscando briznas para hacer el nido…
Puede ser…, tal vez no sea febrero…, tal vez ya sea finales de abril…
El sol está brillante en el cielo…, hace mucho calor…
Todo está en silencio…, sólo se escucha el canto de la paloma…
Huele a sabrosa comida caliente…
Tía Haydee ya casi terminó de hacer el almuerzo…

Bernal

Octubre, 2017.

Marea baja.

Me levanté temprano…, con hambre…, contento…
Me fui a la cocina de la casa…, ahí está cocinando Tía Haydee…
Los tres anafres están encendidos…, se ven las brasas anaranjadas y rojas…
Huele a humo de leña, a mañana fresca y a comida caliente…
-¡Bernal, vaya a bañarse…!-, me dice…
Luego desayuno de prisa…, voy para la playa…
Ya terminé el sexto grado en la escuela…
Me toca ahora entrar al Liceo de Costa Rica…
Estoy de vacaciones en Puntarenas…, en la casa de las tías…
Ahora voy caminando por la playa inmensa…
Dos grandes barcos están atracados en el muelle…
El viento agita en sus popas…, una bandera de Japón…, otra de Panamá…
La playa está ancha, silenciosa y caliente…, la marea está baja…
En el golfo los pesqueros tienen la proa mirando hacia las islas Los Negritos…
Ya empezó a crecer…, está subiendo la marea…
Huele a mar…, a pescado…, a agua salada…, a puerto…
Un tronco grande flota como un lagarto en el agua verdosa…
Puedo ver como la corriente lo arrastra en dirección a la isla de San Lucas…
Dos buchones pasan volando muy bajo…, casi rozando el agua del mar…
A lo lejos puedo ver las islas verdes…, flotando en el mar azul…
Casi no sopla viento…, la marea está baja…

Bernal

Octubre, 2017.

Las islas del golfo.

Ha avanzado la mañana…, serán ya las diez…
El agua del mar está serena…, parece un espejo…
Ya hace calor…, el sol está alto en el cielo azul…
Miro hacia el horizonte…, ahí están las islas del golfo…
A ratos parecen inmóviles…, quietas en el mar grisáceo…
Por momentos parece que se las está llevando la corriente…
Da la impresión de que derivan hacia el sur…
¿Se las estará llevando la corriente de la marea bajante…?
¿O las estará arrastrando el viento de la mañana…?
¡No…! ahora me parece que están inmóviles…
Quietas…, descansando…, flotando en las aguas tranquilas del golfo…
Frente a mí está San Lucas…, a la derecha están Venado, Caballo…, Cedros…
Hacia la izquierda está Guayabo…, más allá están Los Negritos…
Un ferry blanco pasa lentamente…, hasta ser un puntito en el horizonte…
Navega entre las islas…, va para Paquera…
Lo acompañan el viento y las gaviotas grises con blanco…
Entonces las islas me miran silenciosas… Y dicen, -ven a vivir en el mar…-
-No puedo contesto…, mis amores están allá en la cordillera…-
-En el valle verde y luminoso…, allá entre las montañas…-
-Puedes venirte cuando quieras…-, contestan las islas del golfo…
¡Me miran de nuevo y me sonríen…!

Bernal

Octubre, 2017.

Hombre leyendo.

Tengo cinco años de edad…
Ya sé leer…, mi padre Paulino y mi hermano Evelio me enseñaron…
Estoy sentado en la sala de la casa…
Frente a mí hay un hombre leyendo…
Tendrá unos cincuenta años…
Tiene el pelo canoso…, ondulado…, bien peinado…
Porta unos anteojos grandes…, de aro de carey…, tiene la pierna cruzada…
Está leyendo poemas de Charles Baudelaire…
Viene entonces a mi mente el recuerdo de Edgar Allan Poe…
A mi edad ya los he leído a los dos…
Está ahí sentado…, es mi padre Paulino…
No aparta la mirada del libro…, está muy serio…, callado…
Siempre lo recuerdo sentado en la sala…
Leyendo sus libros…
A veces me sienta en su regazo… y me pone a leer en voz alta…
Casi en todas las ocasiones le leo poemas…
De Neruda…, de Miguel Hernández…, de Darío…, de Machado…
Ahí está sentado…, el hombre leyendo…, muy concentrado…
Un día escribiré poemas…, pienso…, pero no como los de Baudelaire…
De pronto me mira…, me sonríe…, se levanta y me acaricia la cabeza…
Siempre lo recuerdo sentado en la sala…, leyendo sus libros…

Bernal

Noviembre, 2017.

Los libros.

En la sala de la casa está la biblioteca de mi papá…
Es muy ancha…, casi de pared a pared…
Ahí está mi tesoro…, son los libros que él nos ha comprado…
Junto con el patio de mi casa…, este es mi lugar preferido de la casa…
Recuerdo cuando mis hermanos Luis Paulino y Evelio se iban para la escuela…
Yo me quedaba en la casa con mi mamá, con Rosita y con Sergio…
Deseaba tanto ir a clases que mi mamá me compró un bulto en el mercado…
Y un cuaderno…, y un lápiz…, y un libro de cuentos…
Luego mi papá y mi hermano Evelio me enseñaron a leer…
Yo tenía cinco años de edad…
Al año siguiente…, cuando entré a la escuela…, ya leía muy bien…
En esos libros viajé por el mundo…
Aprendí de historia…, de ciencias…, de arte…
Leí novelas…, cuentos…, poemas…
Ya en tercer grado de la escuela mi afición eran las matemáticas…
Qué bonita esa época…, los libros que nos compraba mi papá…
Un día escribiré libros…, pensé por entonces…
Escribiré libros de cuentos… y de poemas…
Hoy recuerdo la biblioteca de mi papá…
Allá en Monterrey…, era entonces un niño…
Que anhelaba aprender a leer y a escribir…

Bernal

Noviembre, 2017.

En el escritorio.

Estamos en el mes de noviembre…
Serán quizás las cuatro de la tarde…
Es tarde de domingo…, todo está en silencio…
Estoy sentado en mi escritorio…
En un lugar de la casa al que yo llamo la oficina…
Recuerdo entonces mi infancia…, mi adolescencia…
Vienen a mi mente figuras de mi padre…
Siempre leyendo un libro…, escribiendo con su plumilla…
Escribiendo con su plumilla en tinta azul…
Ahora soy yo el que escribo…, escribo poemas y cuentos…
La luz de la lámpara verde ilumina mi escritorio azul…
De madera de pino…, con su silla de respaldar rojo…
Entonces sobre el papel quedan mis ideas…
Lo que siento…, lo que pienso…, lo que recuerdo…
Son muchas las cosas que he vivido en mi vida…
De todas tengo gratos recuerdos…
Hasta de las más terribles… y dolorosas…
Ahora estoy sentado acá en la oficina…
La casa está en silencio…, afuera hace sol…
Estoy sentado en mi escritorio…
En un lugar de la casa al que yo llamo la oficina…

Bernal

Noviembre, 2017.

Tarde fría.

Se ha iniciado el mes de enero…
Hoy amaneció el cielo plomizo…, sopla el viento…
La mañana es oscura, ventosa y fría…
He salido a caminar por la ciudad solitaria…
La brisa de la mañana corre por las calles silenciosas…
Siento el frío en las manos…, en la cara…, en las piernas…
Los árboles del parque se mecen al compás de las ráfagas de viento…
Las palomas coliblancas están paradas en las ramas secas…
Hoy no están cantando…, están recogidas…, quietas…
Tal vez sea por el frío…, tal vez sea por el viento…
Tal vez sea por las dos cosas…
En este momento, cuando escribo, es quizás un poco más de media tarde…
Todo está en silencio…, afuera oigo correr el viento…
Vi pasar a mi amigo Álvaro…, andaba de prisa…, bien abrigado…
Mis manos están frías…, mis pies también…
Es una tarde silenciosa y oscura…
El cielo ha estado plomizo todo el día…
Serán, quién sabe…, las cuatro de la tarde…
Un perro ladra a lo lejos…, seguro tendrá frío…
El ruido de los coches apenas se escucha en medio del silencio…
Ya pronto serán las cinco…
Luego caerá la tarde…, esta silenciosa tarde fría…

Bernal Enero, 2018.

El patio.

Hoy es cinco de enero…
Día plomizo…, ventoso…, frío…
No hace sol…, está nublado…, no se ven las montañas…
Cae una silampita fría…, necia…, majadera…
Pero el patio de mi casa se ve iluminado…
¡Cosa rara en un día como hoy…!
Hay macetas con plantas que lo adornan…
Entre ellas dos tabacones grandes…
Muy verdes…, muy frescos…, lo llenan todo de vida…
Hay otras plantas bonitas…
Como pluma de indio…, albahaca…, tomillo…, romero…, menta…, yerba buena…
La luz entra por el techo cubierto de láminas transparentes…
En este patio todo está limpio…, diáfano…, húmedo…
El ambiente es claro…, transparente…, cristalino…
Casi no se oye ruido…, todo es silencio… y la silampita…
Apenas se oyen los ruidos de la casa…
Ya nuestros hijos se fueron…, alzaron el vuelo…, sanos…, libres…
Un gato blanco con negro duerme acurrucado en un sillón…
Sabe que acá nadie le hará daño…
Es bonito estar aquí…, en mi casa…
Con mi esposa…, con mis sueños… y con mis recuerdos…

Bernal Enero, 2018.

Tarde amarilla.

Han pasado varios días en que ha hecho mucho frío…
El ambiente ha estado gris…, el cielo plomizo…, sin sol…
Ha estado cayendo, de vez en cuando, una silampa que moja…
Pero esta tarde parece estar un poco más caliente…
Estoy sentado en el negocio…, viendo de dentro hacia afuera…
Por la puerta grande puedo ver una porción de un arcoíris…
De un arcoíris multicolor que llena todo de belleza y de vida…
Y, aunque parezca raro en estos días…, parece brillar el sol…
Es un sol débil…, que no calienta…, que sale por ratos…
Pero su luz es muy bonita…, brillante…, de color amarillo…
Las paredes de las casas…, al otro lado de la calle…
Parecen ahora reflejar la luz amarilla del sol de la tarde…
Ahora todo es luminoso…, resplandeciente…, dorado…, cálido…
Pero sigue soplando la brisa fría…, típica de tardes como esta…
De principio de año…, del mes de enero…
María de la Cruz, mi esposa, disfruta de esta vivencia sentada a mi lado…
Me siento muy bien en esta circunstancia…
Es un momento mágico…, lindísimo…, tranquilo…
Todo amarillo…, cálido…, bonito…, poético…
Esta tarde es amarilla…
Tersa…, radiante…, reluciente…

Bernal

Enero, 2018.

Viento del norte.

Estamos empezando el año…, es enero…
Ahora serán las cinco y media de la mañana…
Todavía está muy oscuro…, es aún casi de noche…
Una garúa fría y persistente está cayendo desde hace rato…
Está haciendo mucho frío…, frío de madrugada…
El viento sopla raudo entre las ramas de los árboles que hay frente a la casa…
Es un viento poderoso y desafiante…, fuerte…, recio…
Sopla desde el norte del valle…
Pasa por los desfiladeros que hay entre las montañas…
Silva por los ventisqueros…
Fluye por encima de las cimas de la cordillera…
Arrastra con él algunas nubes grandes que están empezando a blanquear…
Y hasta parecen de color plateado con la luz del sol del amanecer…
Luego desciende velozmente desde las cumbres hasta el valle aún dormido…
Ahora el cielo está de color morado con azul oscuro…
Pasado un rato ahora es rosado con amarillo y blanco…
Algunos rayos se asoman por encima del Volcán Irazú…
Frente a ellos la montaña se ve de color negro oscuro…
El viento del norte sigue soplando…
Raudo…, veloz…, imponente…, poderoso…
En el valle dormido…, estamos empezando un nuevo día…

Bernal

Enero, 2018.

Mujer y paisaje.

La casa está situada en la ladera de la montaña verde…
Tiene un corredor grande que da hacia el oeste…
Hacia el horizonte infinito que se dibuja en la lejanía…
Hoy ha hecho mucho sol…, serán tal vez las tres de la tarde…
Los rayos luminosos dan a la espalda de la casa…
Pasan sobre ésta y se pierden en el infinito…, en el horizonte lejano…
La mujer está sentada en el corredor en esta tarde calurosa…
Parece muy tranquila…, con la mirada puesta en el paisaje bonito…
Bajando de la montaña…, la ladera llega a la llanura ardiente…
Todo poblado de árboles verdes y de pequeñas casas de techo gris…
Son los mismos árboles en los que he visto juguetear las lapas y los tucanes…
Y las casas son las mismas donde las personas viven historias de amor…
Es un suave declive que se acaba allá abajo…
Llegando ya al plano por donde discurre el río…
El río serpenteante de aguas café y grandes cocodrilos…
Se ven desde aquí caminos rojizos que bajan de la montaña…
Y allá a lo lejos…, muy lejos…, se ve el mar de color celeste…
Ese mar que a veces desde aquí se ve como un espejo que refleja la luz del sol…
Y aún más lejos…, detrás del mar…, la línea perfecta del horizonte infinito…
Ahora no hay nubes…, todo el cielo está azul…, azul transparente…
Azul por donde quiera que mirara la mujer sentada en el corredor de la casa…
Está sentada ahí…, tranquila…, mirando el paisaje lleno de luces y colores…

Bunal

Enero, 2018.

Campesino y camino.

Lleva una hora caminando…, ya va llegando a la casa…
Trae un saco con arroz, frijoles, maíz, queso duro y dos tapas de dulce…
Es la comida de la semana…, para su esposa…, y para sus tres hijos…
El camino blanquecino y polvoriento…, caliente como una plancha…
El sol radiante en el cielo azul…, sus rayos caen como cobre derretido…
Pero ya va llegando a su casa…
Donde lo espera su familia sagrada…, su esposa…, sus hijos…
Ahora serán tal vez las doce del día…, hace calor…, mucho calor…
Desde que salió del pueblo el saco pesaba bastante…
Pero conforme avanzaba…, pesaba cada vez más…
Pero ahora su casa está cerca…, su hogar…
Les lleva a sus hijos también una cajeta de leche…
La compró en el pueblo…
Para comerla como postre después de almorzar…
Van a comer arroz con frijoles…, tortilla palmeada…, un pedazo de queso…
Y dos huevos fritos…, cada uno…, de las gallinas de la casa…
Luego la cajeta…, y una limonada hecha con agua fresca del pozo…
Luego irán a dormir la siesta…, hoy es un día sábado…, del mes de enero…
Ya va llegando a su casa…
Ahí lo esperan su esposa y sus hijos…
Su familia sagrada…

Bunal

Enero, 2018.

Pico Blanco.

El valle bonito donde vivo está bordeado por montañas…
Por el norte…, la cordillera inmensa…
Por el sur…, una alta sierra que de lejos se ve púrpura… y azul…
Por el este…, el macizo del Volcán Irazú…, inmenso…, sobrecogedor…
Por el oeste el valle desemboca en las estribaciones de la cordillera…
Que de puro bajar van a dar al mar azul y a las playas de arenas grisáceas…
En la parte sur…, ahí para donde sopla el viento de la tarde…
Se levanta imponente el macizo del Pico Blanco…, alto…, esbelto…, rocoso…
En su cima aterida sopla el viento que viene del norte…
Ese viento fuerte y frío que invade el cuerpo hasta los huesos…
Desde hace millones de años…, es el centinela…
Es el vigía silencioso que cuida del valle y de sus bellezas…
Vigía imperturbable…, imponente…, majestuoso…, impávido…
Es el compañero inseparable de las madrugadas…, oscuras, ventosas y frías…
Es el testigo mudo de los amaneceres púrpura de esta tierra bendita…
Es el amigo fiel de la luz del mediodía…, de la lluvia de la tarde…
También de los atardeceres rojos en días de verano…
Y de las noches mágicas, veraniegas…, cuando el valle descansa…
Descansa y dormita bajo el cielo negro lleno de estrellas verdes…
Miro por la ventana de mi cuarto…, hace rato que amaneció…
Y veo…, en lontananza…, el majestuoso e impasible macizo del Pico Blanco…

Bunal

XXEneroXX2018.

Mis estudios.

Son las seis de la mañana…, inicios del mes de marzo…
Se trata de una mañana fresca…, ya desayuné…, estoy muy emocionado…
Voy para la escuela con mi mamá…, me lleva de la mano calle abajo…
Escuela Dante Alighieri…, Escuela Claudio González Rucavado…
Mi enseñanza primaria…, una ventana inmensa hacia el conocimiento…
Entonces puedo leer libros y escribir cuentos y poemas…
Ahora voy con mi hermano Evelio…, voy hacia el colegio…
Mi querido Liceo de Costa Rica…, antesala de la universidad…
Por esa época me aficiono por la física…, por las matemáticas…
¡Qué experiencia tan importante para mí…!
Cinco años de mi vida…, en sus aulas…, con mis compañeros de clase…
Ahora sopla el viento frío de noviembre…
Camino por las calles de la Universidad de Costa Rica…
Me llevan a conocer el edificio de Estudios Generales…
La Escuela de Física y Matemáticas… La Escuela de Ingeniería Eléctrica…
Ahora me estoy graduando…, acá están mi papá y mi mamá…
Ella está llorando…, están orgullosos…, felices…
Me llamaron del escenario…, me dan el título…, me siento muy bien…
Recuerdo a mis maestras…, mis profesores…, mis compañeros…
Ahora es enero…, están conmigo todos mis recuerdos…
Marcaron mi vida…, para siempre…

Bunal

EneroXX2018XX

Guitarrista y mujer.

¡El hombre está alelado por la belleza de la mujer…!
Ella está sentada en el corredor admirando el paisaje…, él sólo la mira…
Hace el sol de verano del mes de enero…, se siente el calor…
La casa está situada en las faldas de la cordillera…, todo está lleno de luz…
¡El hombre no sabe qué decirle a la bella doncella…!
Pero tiene su guitarra…, su amiga y consejera…, su amante fiel…
Tiene en su boca una cachimba apagada…
Y en sus manos la guitarra del juglar…
En el silencio de la sierra se escucha ahora el canto de la guitarra…
El hombre se encorva un poco mientras rasca las cuerdas…
Inclina la cabeza sobre aquella guitarra mágica…
Todo se puebla de notas…, de música…, de belleza…, de amor…
Los acordes se esparcen por el espacio infinito…
Se van flotando en el aire…, llevadas por el viento de la tarde…
Hacia lo alto de las montañas…, hacia el cielo inmenso…
Hacia el horizonte infinito allá en la lejanía…
El hombre toca la guitarra con energía, carácter, fuerza y pasión…
Su cuerpo se mueve al compás de la música…
La mujer lo mira sonriente…, contenta…, admirada…, satisfecha…
El guitarrista ahora mira hacia dentro de sí mismo…
Está tocando música de su alma para la mujer bellísima…
Ella sonríe… y lo mira complacida…

Bernal

Enero, 2018.

La escultura.

Serán tal vez las nueve de la noche…, hay una gran quietud en el ambiente…
A lo lejos se escuchan los perros ladrando…, ayer fue luna llena…
Hemos empezado el mes de febrero…, la noche es oscura…
Por la celosía de la ventana entra el viento frío…
En el escritorio donde escribo tenemos la escultura…
Es una obra del escultor Domingo Ramos…
Todo está en silencio…, se escuchan ruidos a lo lejos…
El valle está dormido…, el cerro Pico Blanco lo vigila desde el sur…
En las faldas de la cerranía brillan algunas luces…
Son casas en que ahora duerme la gente de mi tierra…
La escultura…, un hombre y una mujer…, unidos por su origen…
Proyectados juntos a la inmensidad del universo amigo…
Esa obra de arte parece mirarme…, percibo que me dice tantas cosas…
En el silencio de esta noche escucho su voz serena que me habla acá a mi lado…
Su figura grácil de granito negro resalta entre las flores…
La piedra inerte que cobra vida en las manos del artista…
Es el hombre…, es la mujer…, es el orden universal…, es la vida…
Es un canto que resuena en esta noche negra hasta el infinito…
Es la naturaleza infalible y su ilimitable sabiduría…
Es la belleza…, es la poesía…, es la perfección…, es la música del universo…
Es un canto al amor…, es un canto a la vida…

Bernal

Febrero, 2018.

El Gato Richards.

Corría el año 1960…, en San Cayetano…, yo estaba en cuarto grado…
A la par de mi casa…, el Parque de Beisbol Antonio Escarré…
Yo estudiaba en la Escuela Claudio González Rucavado…
A la par de la escuela…, el aserradero que llamábamos Las Tucas…
Al lado de éste…, un gran potrero…, con espacios pelados…
Por el barrio deambulaba un hombre de raza negra…, de Limón…
Él tenía problemas…, de alcohol…, probablemente de drogas…
Vivía en la calle…, en casas abandonadas…, dormía sobre cartones…
Nunca supe qué comía…, o dónde comía…
Pero era un hombre bueno…, yo tenía diez años…, nos hicimos amigos…
Se llama o se llamaba El Gato Richards…
En el potrero del aserradero me enseñó a jugar beisbol…
Cómo colocarme…, no perder de vista la bola…, cómo mover mis pies…
Mi cuerpo inclinado hacia adelante…, mis manos siempre delante de mi cuerpo…
Equilibrio…, balance…, velocidad…, armonía entre cuerpo y mente…
Me convertí en uno de los mejores jardineros de mi época…
Excelente robador de bases…, y también excelente estudiante…
Debuté en primera división a los diecisiete años…,
me llamaron a la selección nacional mayor ese mismo año…
El Gato Richards y yo fuimos amigos cuando yo era un niño…
Ahora no sé qué fue de él…, quisiera saludarlo…
Ofrecerle un apretón de manos… y darle las gracias…

Bernal

Febrero, 2018.

La atrapada.

Ahora tengo quince años…, es 1965…, día sábado…
Parque de Beisbol Antonio Escarré…, serán tal vez las dos de la tarde…
Hoy es un partido crucial…, determinante…, categórico…
Jugamos contra nuestro acérrimo rival…, ellos estaban invictos…
El prestigio está en juego…, el orgullo…, la victoria…
Por nuestro equipo está lanzando Candé Murillo…, soy jardinero central…
Vamos ganando tres a dos…, última entrada…, en la gradería todo es silencio…
Esta jugada lo decide todo…, la victoria…, la derrota…
Cuando yo era un niño, El Gato Richards siempre me dijo…
-¡Bernal, de alguna manera usted sabe adivinar hacia dónde va a ir el batazo…!-
El muchacho contrario batea una línea de fuego…
Es una bola entre dos…, tendida…, va describiendo una curva hacia afuera…
Yo salí tras la bola con el lanzamiento… ¡adiviné hacia dónde iba el batazo…!
El Gato Richards también siempre me decía…
-¡Bernal, usted es un niño muy ágil…, ninguno corre más rápido que usted…!-
Corrí tras la bola…, veloz como el viento…, raudo como la centella…
La bola blanca brillaba al sol de la tarde…, me deslumbraba…
Pero no le quité nunca la vista…, y grité…-¡mía…!-
Estiré el brazo izquierdo y sentí cuando la bola cayó en mi guante…
¡La había atrapado…! ¡Ahora recuerdo todo el estadio aplaudiendo…!
Entonces sentí una gran felicidad… y un gran orgullo…
Tomé la bola en mi mano derecha… y la levanté hacia lo alto…

Bernal

Febrero, 2018.

La práctica.

En el potrero pelado del aserradero sopla mucho viento…
Arrastra nubes de polvo bajo el sol de la tarde…
Ahora yo tengo diez años…, estoy en cuarto grado…
Frente a mí…, con las manos en las rodillas…, con su gorra roja…
Está mi maestro…, El Gato Richards…, y me dice…
-¡Si quiere mantenerse bien balanceado, debe armonizar primero su cuerpo con su mente…!-
-¡Allá va la bola…, no le quite la vista…, mueva bien los pies…, cójala…!-
-¡Bien Bernal…, excelente atrapada…¡-
-¡A ver…, lógrelo otra vez…! ¡Hasta que lo haga con elegancia y naturalidad…!-
-¡Si la bola va por su derecha…, salga con la pierna izquierda…!-
-¡Si va por el lado izquierdo…, hágalo con la pierna derecha…!-
-¡Mantenga siempre la atención…, la concentración… y la velocidad…!-
-¡Allá va la bola…, cójala Bernal…, bien…, excelente…!-
-¡Vamos a hacerlo otra vez…!-
Así pasamos una hora…, no estoy cansado…
Mi gorra está llena de polvo…, mis zapatos también…
El Gato Richards me da la mano…, me felicita…
-¡Usted va a llegar a ser un gran jugador…!-, me asegura…
-¡Es todo por hoy…!-, me dice riendo contento…
Entonces yo me voy para la casa…
Ahora estoy sentado en la pulpería de mi mamá…

Bernal

Febrero, 2018.

Robando segunda.

Parque de Beisbol Antonio Escarré…, es de noche…, día jueves…
Tengo ahora diecisiete años…, juego en primera división…
Es una noche fría de octubre…, hoy no ha llovido…, el terreno está seco…
Por el equipo contrario está lanzando Mateo Solano…
Soy primer bate…, abrí la entrada con sencillo al jardín central…
Estoy corriendo en primera…, miro a mi entrenador…, me da la seña de robo…
-¡Bernal, observe cuidadosamente el primer movimiento del lanzador…!-
-¡Inicie la carrera…, con la pierna izquierda…, salga con un salto…, como lo haría un guepardo que va tras su presa…!-
Así me aconsejaba El Gato Richards cuando yo era un niño…
Allá en el potrero pelado del aserradero…, en San Cayetano…
Observo a Mateo Solano…, giro un tanto mi pie izquierdo…, estoy listo…
Percibo el primer movimiento de Mateo…, me impulso…, salto…
Inicio la carrera…, soy muy rápido…, oigo cuando el receptor recibe la bola…
Ahora me desconecto del mundo…, para mí no hay público…, ni luces…, ni gritos…, ni nada…
Me concentro totalmente en mi carrera…, recuerdo a mi maestro…, al Gato Richards…
¡Hay una armonía perfecta entre mi cuerpo, mi vista…, y mi mente…!
Me deslizo en segunda con toda mi fuerza…, y luego llega la bola…
¡Lo logré…, superé al lanzador y al receptor contrarios…!
El público aplaude…, algunos están de pie…, siento una gran emoción…
¡Me robé la segunda…! ¡No me pudieron sacar…! ¡Soy el más veloz…!

Bernal

Febrero, 2018.

Quebrada bonita.

Día de principios de marzo…, en pleno verano…
Parque Nacional Carara…, acá cerca está el mar…
Aún más cerca…, fluye el río Grande de Tárcoles…
Aguas de color café…, grandes lagartos tendidos al sol…
Carara…, en lengua indígena significa río de lagartos…
Estoy en el bosque…, se escucha la algarabía de las lapas rojas…
Están jugueteando en la parte alta de los grandes árboles…
Hemos caminado desde hace rato…, no siento calor…
Ahora llegamos a la Quebrada Bonita…
Tiene poca agua…, hace días que no llueve por acá…
Tampoco ha llovido en las cerranías vecinas…
Pero todo está verde…, bastante seco…, pero verde…
Dos guatusas buscan comida entre los arbustos del bosque…
Una linda culebra come pájaros avanza a un lado del sendero…
Es de color gris claro…, blancuzca…, larga…, peligrosa…
Nos mira asustada…, y desaparece entre la maleza…
El agua de la Quebrada Bonita discurre mansamente…
Hoy no están los patos que la adornan…
Los árboles agradecidos la cobijan con su sombra…
Miro hacia arriba…, sólo veo la copa de los árboles…
El espavel…, el surá…, lianas que bajan hasta el suelo…
¡Qué lindo el bosque y la Quebrada Bonita…!

Bernal

Marzo, 2018.

Stephen Hawking.

Miércoles 14 de marzo, 2018…
Stephen Hawking ha muerto…
Una gran pérdida para la humanidad…
Ahora él estará vagando entre las estrellas que tanto amó…
Ha partido el hombre…, el genio…, el físico…, el matemático…
El astrofísico…, el físico teórico…, el ciudadano universal…
Hombre valiente…, resistente…, perseverante…, luchador…
Persona admirable…, trabajador incansable…
Voluntad inquebrantable…, tenacidad a toda prueba…
Vida dedicada a la ciencia…, a la investigación…
Tratando de entender el universo…
Su origen…, su evolución…, su forma…., su destino final…
Cosmología…, su pasión…, una de sus áreas de estudio preferidas…
El gran hombre ha muerto…
Nos queda su herencia…, su legado…, su recuerdo…, sus escritos…
Un ejemplo para todos los niños y ciudadanos del mundo…
Debemos seguir sus pasos…
Por el bien de toda la humanidad…
Solicito un nutrido y prolongado aplauso para él…
Stephen Hawking…, descanse en paz…
¡Ad astra…!

Bernal

Marzo, 2018.

El sol de la mañana.

Cuando salí al corredor de la casa eran las cinco de la mañana…
Todo aún estaba oscuro, silencioso, quieto y frío…
Una media hora después empezó a salir el sol…
La luz emergió de la parte de atrás del volcán…
Primero el cielo se puso de color morado…, luego azul oscuro…
El macizo del volcán se veía negro…, misterioso…, impasible…
Reinaba un silencio total allá en la cordillera…, no soplaba el viento…
Con los primeros rayos del sol vinieron los movimientos de las aves…
Revoloteaban nerviosas en las ramas de los árboles…
Acababan de despertar a un nuevo día…
Un rato después todo era movimiento, algarabía y ruido…
El cielo ahora era de un color azul claro…, con lindas nubes blancas…
Nubes que, arrastradas por el viento, tomaban formas caprichosas…
Pasaban sobre el macizo y se nos venían encima…
Las laderas se veían verdes…, llenas de vida…
Posiblemente el venado saldría ya al bosque a comer cogollos tiernos…
Y el jaguar cazador ya iría a dormir a su madriguera….
Ahora son las seis de la mañana…
La luz brilla en lo alto…, encima del macizo del volcán…
Ya terminó de salir el sol…, su brillo lo invade todo…
El lindo sol de la mañana…

Bunal

Abril, 2018.

El triple.

Por aquellos días tenía trece años de edad…
Parque de Beisbol Antonio Escarré…, sábado por la tarde…
Jugaba en la liga infantil…, el estadio está casi lleno…
Hoy estamos jugando un juego de campeonato nacional…
Por el equipo contrario está lanzando Banano…, tira durísimo…
El partido está empezando…, es la primera entrada…
Y yo soy el primer bate de mi equipo…, somos visitantes…
Miro a mi entrenador…, me da la seña de bateo libre…
Eso me alegra…, hoy jugaremos agresivos…
Si el primer lanzamiento de Banano es bueno…, trataré de chocársela…
Sí…, es una bola rápida a la esquina de afuera…, abajo…
He iniciado el proceso de bateo…, meto un poco el pie izquierdo…
Le tiro con fuerza y rapidez a la bola…, y la choco bien…
Sale una línea candente sobre el hombre de primera…
La trayectoria de la bola va describiendo una curva hacia afuera…
Pica como a un metro dentro del terreno bueno en el jardín derecho…
Yo ya voy corriendo a toda velocidad…, paso por primera…
Debo tener cuidado de no resbalarme…, voy corriendo muy rápido…
Antes de llegar a segunda miro a mi guía de tercera…
Me da la seña de que siga…, voy corriendo como una centella…
¡Cuidado se resbala al doblar por la base…, me decía El Gato Richards…!
¡Concéntrese, conserve siempre la armonía de su mente, su vista y su cuerpo…!
Al ir llegando a tercera me dan la seña de deslizarme hacia afuera…
Debo coger la almohadilla con mi mano izquierda…
¡Quieto…!, grita el árbitro, vestido de negro, con los dos brazos abiertos…
¡Lo logré…, es un triple…, y abriendo el juego…!
Todo el público aplaude…, Banano me mira molesto…

Bunal

Mayo, 2018.

Llegó el invierno.

Hoy amaneció con mucho sol y bastante luz…
La mañana ha sido brillante y calurosa…
La atmósfera es transparente y tibia…, casi no sopla viento…
Las montañas que rodean el valle desde acá se ven azules…
Pasa el tiempo…, sin darme cuenta ha llegado el medio día…
Ahora el sol está en el centro del cielo…
Hace mucho calor…, la gente camina con ritmo cansado…
Todos andan buscando su almuerzo…, tienen hambre…
De pronto son ya las dos de la tarde…
Está tronando…, el sol ha sido cubierto por las nubes…
Culebras luminosas de fuego anteceden el trueno ensordecedor…
Algunas son azules…, otras celestes…, otras de un color verdoso…
Miro hacia el norte del valle…, hacia las Tres Marías…
Entonces veo serpientes de fuego que saltan de nube a nube…
De improviso empieza a llover…
La gente corre a guarecerse…, dentro de las casas…, bajo los aleros…
Casi todos olvidaron su paraguas…, es el primer aguacero del año…
Está cayendo el agua como en el diluvio…, con intensa rayería…
De un momento a otro se va la luz eléctrica…
Afuera sigue lloviendo…, el ruido de los goterones es fuerte en el techo…
La rayería no cesa…, los truenos son ensordecedores…
Primeros días de mayo…, ha llegado el invierno…

Bunal Mayo, 2018.

Truenos lejanos.

Ha dado inicio el mes de mayo…, hoy es diez…
Toda la mañana de hoy fue calurosa…, soleada…, brillante…
Eso presagiaba una tarde de aguaceros fuertes…
Más o menos a las dos de la tarde se fue el sol…
Sus rayos fueron bloqueados por densas nubes grises…
Ahora estoy sentado acá…, mirando hacia la cordillera…
Allá a lo lejos están Las Tres Marías…, eso es al norte del valle…
Es una tarde silenciosa…, tranquila…, casi no sopla viento…
De pronto vi un relámpago que iluminó el cielo grisáceo…
Luego…, por unos instantes…, todo quedó en silencio…
Entonces escuché el trueno lejano…
Me quedé observando…, en medio de la calma del momento…
Repentinamente…, otro relámpago iluminó el cielo de la tarde…
Allá…, hacia el norte…, en dirección de la cordillera…
Pude ver la descarga atmosférica…, una serpiente de fuego en el cielo…
Y luego escuché el trueno allá a lo lejos…
Como un carruaje de ruedas de hierro que avanza entre las piedras…
Después todo quedó en calma…, en silencio…, estático…
Pasó el tiempo…, algo así como una hora…, quizás menos…
Esta tarde linda he escuchado muchos truenos a lo lejos…
Me siento bien aquí…, sentado…, conversando…
Al lado de mi esposa…

Bunal Mayo, 2018.

La oscurana.

Está terminando el mes de mayo…
Durante toda la mañana de hoy hizo mucho calor…
Eso presagiaba fuertes lluvias para horas de la tarde…
Como a las dos…, o a las dos y media…, se empezó a ver la oscurana…
Hacia el este del valle…
Así quedó oculta la cordillera…, por las nubes negras…
-¡Venite para adentro muchacho…, que ahí viene la oscurana…!-
¡Me decía mi abuela cuando yo era un niño…!
Luego el retumbar de los truenos…
Luminosos relámpagos azules, celestes y verdes…, bajan desde las nubes…
Hacia el sur del valle se ve la cerranía…
En ella sobresale claramente el inmenso Pico Blanco…
El ruido de los truenos estremece toda la ciudad…
Ahora empiezan a caer en el techo grandes goterones…
Primero uno que otro…, luego un poco más seguidos…
Pasados unos minutos llueve en forma torrencial…
Las cortinas de lluvia ocultan las casas, las calles y la ciudad…
Está oscuro…, de vez en cuando todo se ilumina con la luz de los relámpagos…
Luego se escucha el estruendo de la lluvia y del trueno impresionante…
Sigue lloviendo…, cae la lluvia fuerte y constante…, pertinaz…
Es la lluvia del trópico…, es la lluvia de mi tierra…
La que mantiene verde la jungla…, y caudaloso el río inmenso…

Bunal Mayo, 2018.

Corriendo en el potrero.

Ahora tengo seis años de edad…
Estoy en primer grado de la escuela…
De la Escuela Dante Alighieri… en Monterrey…, allá en Lourdes…
En la tarde de hoy no ha llovido…, son las dos…
Vamos para el potrero de los novillos…, a practicar carreras…
Mi hermano Evelio…, que está en cuarto grado…
Quiere verme correr…, dice él que yo corro rapidísimo…
A mí me gustan las carreras…, soy muy veloz…, nadie me gana…
Antes de salir de la casa estábamos hablando con mi mamá…
A ella también le gusta como corro yo…
Dice que mis piernas son fuertes como las de una fiera…
Piensa que debo comer mucho…, arroz y frijoles…, ensalada…, huevo y carne…
Leche caliente con avena…, astillas de canela…, y tajadas de banano…
Debo dormir bien…, acostarme temprano…, levantarme a las cinco y media…
Llegamos al potrero…, el zacate no está muy alto…, hoy no hay ganado…
Empiezo a correr…, primero despacio…, luego un poco más rápido…
Pasados unos diez minutos…, corro como la gacela…, como un venado…
El viento roza mi cara…, me infla la camisa…, mis pies parecen flotar en el aire…
Tengo miedo que se me enreden las piernas…
¡Pero no…, mi carrera es perfecta…, soy un corredor natural…!
¡Veloz como el viento…, rápido como la centella…, qué lindo es correr…!

Bunal Junio, 2018.

El Volcán Arenal.

Son más o menos las doce y treinta del día…
Parque Nacional Volcán Arenal…
Estamos en una especie de mirador al pie del macizo…
Nuestro hermano el volcán luce imponente…
Tiene la cima cubierta de nubes blancas…
Casi no sopla viento…
La cordillera luce orgullosa uno de sus hijos…
Imponente…, silencioso…, magnífico…, majestuoso…
El temible volcán de forma cónica…
Que emerge del llano verde casi de improviso…
De formidable poder cuando se enfurece…
De sorprendente belleza si lo miro desde lejos…
Y vistosamente amenazante mirándolo de cerca…
Ahora está dormido…, sereno…, imperturbable…, tranquilo…
El Lago Arenal lo mira desde lejos…
Con respeto lo saluda…, y admirando su porte, le canta una canción…
Allá en su cumbre probablemente sopla el viento…
El viento frío de la cordillera mágica…
Que veloz pasa llevándose con él las lindas nubes blancas…
Evelio y yo guardamos respetuoso silencio…
Estamos ante el majestuoso Volcán Arenal…

Bernal Junio, 2018.

La Laguna de Cote.

Hoy estamos acá…, hemos vuelto a este sitio tan querido…
Tan recordado…, tan lleno de emociones ya pasadas…
Por aquellos días mis hijos eran niños…
Uno de ellos era ya adolescente…
Recorrimos el lago en bote…, bordeando sus orillas llenas de juncos…
Acá pescaron lindos guapotes fabulosos…
Nadaron en las frías aguas de este lago inolvidable…
Comieron emparedados servidos por la bellísima María de la Cruz…
Ella…, su madre…, nos acompañaba siempre a donde quiera que fuéramos…
Estuvimos acá tan felices…, disfrutamos la vida intensamente…
En este sitio entramos en comunión con la cordillera inmensa…
En medio del silencio y de la belleza nos encontramos a nosotros mismos…
Alegres…, contentos…, muy conformes…, agradecidos con Dios…
Hoy estamos acá…, Evelio y yo…, faltan Roberto y Alejandro…
Falta la lindísima María de la Cruz…
Hoy no vinieron…, pero están acá con nosotros…, riendo y gozando…
Hoy miro la Laguna de Cote desde lo alto…
Desde acá la vista es formidable…, bellísima…, impresionante…
Allá…, no muy lejos estará el Volcán Arenal…
Montando guardia…
Sirviendo de vigía…
Cuidando con esmero el llano verde desde la alta cordillera…

Bernal Junio, 2018.

Las coladas de lava.

Parque Nacional Volcán Arenal…
Estamos en el sendero Las Coladas de Lava…
Me acompaña mi hijo Evelio…
Frente a nosotros tenemos a nuestro hermano el volcán…
Un poco a nuestra derecha podemos ver el Lago Arenal…
Muy cerca uno del otro…, en medio de la cordillera mágica…
El lago parece un gran cocodrilo plateado…
Que descansa indolente tirado de panza entre las montañas…
El volcán es el vigilante atento…, el guardián de estas comarcas…
Hemos caminado largo rato hasta llegar a este punto…
Las coladas de lava…
De ahí el nombre del sendero…
-Hace unos veinte años esto era sólo un mar de rocas…-
-Un río de lava pastosa que brotó casi líquida del volcán…-
-Y que se detuvo aquí…, al pie del macizo…-
-Ahí se enfrió poco a poco…, se fue solidificando…-
-Hoy es este mar de rocas grises…, cubiertas de arbustos…-
¡Eso me dice Evelio…, el explorador…, el aventurero…, el baquiano…!
Acá el silencio es sobrecogedor…, impresionante…, ensordecedor…
Frente a nosotros el coloso…, la belleza cautivadora de la naturaleza amiga…
A nuestra derecha el lago inmenso…, el agua bendita que humedece mi tierra…
Encima de nuestras cabezas el cielo azul y el brillante sol amarillo del medio día…

Bernal Junio, 2018.

Volcán, lago y cordillera.

Acá, en lo alto de la cordillera, hoy casi no sopla viento…
Brilla el sol muy alto en el cielo transparente e infinito…
Estamos en la base del Volcán Arenal…
A nuestra diestra podemos ver el lago homónimo…
Ya cerca del final del sendero Las Coladas de Lava…
Hemos venido andando el sendero gris…
Bajo el sol del mediodía…, entre el zumbido de los avispones…
Bordeados de arbustos y árboles de color verde intenso…
La cima del volcán está coronada de nubes que brillan muy blancas bajo el sol…
Sus laderas son grises…, negras…, blancuzcas…, humeantes…
Acá…, a sus pies…, todo está ya cubierto de arbustos exuberantes…
A lo lejos…, pero no tanto…, brilla plateada la superficie del lago inmenso…
Y más atrás aún…, la Llanura de San Carlos…
Desde allá…, desde la llanura verde…, se debe de ver la cordillera azulada…
Que se levanta imponente…, enorme…, magnífica…, formidable…
Su majestuosa figura se recorta nítida contra el cielo de estos mágicos parajes…
Y aquí estamos nosotros…, mi hijo Evelio… y yo…
Como puntos infinitesimales en la inmensidad de esta comarca…
Viviendo y disfrutando este paisaje emocionante y sobrecogedor…
Volcán…, lago… y cordillera…
Juntos frente a nuestros ojos…, belleza para donde quiera que miremos…
Y más allá…, el resto del universo perfecto…, infinito… e insondable…

Bernal Junio, 2018.

Jaguar y guarida.

Hace mucho rato que amaneció…
Estamos en las estribaciones del Volcán Arenal…
Hemos andado largo rato por los senderos de la cordillera…
Muy cerca…, justo a nuestra derecha…, está el lago homónimo…
El ambiente es muy húmedo…
El suelo está saturado de agua y de sol…
Y entonces crece muchísimo la vegetación…
Acá todo es verde…, abundan los arbustos leñosos…
Y en medio de esta vegetación exuberante…
Está la guarida del jaguar…, escondida entre las rocas volcánicas…
Hoy temprano…, antes del amanecer…, cazó una guatusa…
¡Por dicha…! ¡Pues tenía tanta hambre…!
Luego de comérsela…, con el estómago lleno…
Se vino a dormir…, en su guarida tibia invisible entre las rocas…
Ahora el sol está alto en el cielo…
Hace mucho calor…, casi no sopla la brisa…
Nuestro hermano el jaguar está durmiendo…
En el silencio de este bosque húmedo y cálido…
Lo está cuidando su amigo…, el volcán inmenso…
¡Haz silencio hermano…!
¡Es medio día…, hace calor…!
El hermano jaguar está durmiendo…

Bunal Junio, 2018.

El volcán dormido.

Desde acá lo estamos mirando de lejos…
Su figura elegante se ve en lontananza…, escondida entre los árboles…
Es un cono casi perfecto…, un triángulo color café…
Coronado por un penacho de humo de color muy blanco…
Que parece alargarse llevado por el viento de la tarde…
Es el volcán Arenal…, en esta tarde…, acá arriba en la parte alta de la cordillera…
Hace cincuenta años…, su cúspide estalló con gran estruendo…
Por sus laderas se deslizaron ardientes flujos de lodo hirviente…
Cayeron rodando las piedras…, humeantes…, incandescentes…
De noche brillaba como un faro de luz rojiza…
Que alumbraba amenazante toda la comarca…
Estaba enfurecido…, sus retumbos se escuchaban desde lejos…
Las erupciones eran incesantes…, impresionantes…, intensas…, letales…
Casi toda la gente huyó…, otros…, no lo lograron…
Hoy el coloso está dormido…, duerme tranquilo…, sosegado…
Hace muchos años la gente volvió a sus vecindarios…
Hoy todo es actividad…, trabajo…, optimismo…, alegría…
Todos laboran contentos…, esforzados..., dedicados…
Muchos no vivieron el enojo del coloso…
Su furia descomunal…, enorme…, extraordinaria…
Han pasado unos cincuenta años…
Hoy día el volcán está dormido…

Bunal Junio, 2018.

A los cordones de mis zapatos.

Noche del mes de octubre…, en 1966…, tengo dieciséis años…
Estoy en quinto año en el Liceo de Costa Rica…
Parque de Beisbol Antonio Escarré…, hoy estamos jueves…, noche de partido…
Es uno de mis primeros juegos en primera división…
El estadio está lleno…, es un enfrentamiento decisivo…, debemos ganar…
Es la novena entrada…, vamos ganando dos a una…, está bateando Sony Kelly…
Ellos tienen hombres en segunda y tercera…
Hay dos hombres fuera…, estoy jugando en el jardín central…
Observo con atención la señal de nuestro receptor…
Esto para adivinar hacia dónde saldrá el batazo…
Él marca abajo…, en el centro del plato…, bola rápida…
Me pongo en máxima alerta…, el batazo puede salir hacia mí…
Estoy sobre la punta de mis pies…, inclinado hacia adelante…
Efectivamente…, el bateador choca la bola…, es una línea fortísima…
Es una pelota directa a los cordones de mis zapatos…
La bola muy blanca viene cambiando de tonalidad conforme avanza…
Yo sé que soy muy veloz…, puedo llegarle antes de que pique…
Me desplazo a la velocidad del rayo…, hacia adelante…, no debo caerme…
La pelota no debe picar delante de mí…, debo atraparla antes de que lo haga…
Ya casi la tengo…, estiro mi brazo izquierdo… ¡la bola cae en mi guante…!
¡La atrapé…! ¡Qué felicidad…! ¡Me queda doliendo la mano…!
El público aplaude…, todos están de pie… ¡ganamos el juego…!

Bernal Julio, 2018.

El agua sagrada.

Acá donde estamos es ya alto en la cordillera…
A lo lejos vemos la lindísima Laguna de Cote…
A nuestra derecha el Volcán Arenal…, y a su lado el Cerro Chato…
Probablemente en estos días acá han estado cayendo aguaceros torrenciales…
Llovió tal vez en toda la sierra por estos lados…
Los ríos corren bulliciosos…, llenos de vida…, plenos de agua…
Agua bendita…, agua limpia…, agua que trae la vida…
En el bosque…, la Bécquer de tres metros…
El chancho de monte…, el jaguar bellísimo…, el tímido venado…
Todos están contentos…, está cayendo agua bendita del cielo…
Y el agua es vida…, es verdor…, es salud…, es belleza…, es abundancia…
En la Laguna de Cote está alegre el guapote de tres kilos…
La tortuga lagarto busca su comida en sus riberas…
Y desde lo alto el gavilán…, buscando una presa para comer…
Está lloviendo mucho…, todo es verde…, se siente el entusiasmo…
El agua sagrada…, es de todos…, es para todos…
Es riqueza…, es belleza…
La Laguna de Cote rebosa de vida…, de comida…, de atractivo…
Está lloviendo…, llueve a cántaros…, la cordillera está alegre…
En unos meses esta agua llegará hasta la llanura sedienta…
En el verano seco…, caliente… e inclemente…
El agua sagrada…, es de todos…, es para todos…

Bernal Julio, 2018.

El sabalete.

Son tal vez las cinco de la tarde…, día viernes…
Estamos en el pontón…, frente a la Toma de Aguas Arenal…
La gente se está preparando…, hoy por la noche habrá inmersión…
Los buzos van a inspeccionar las parrillas de la toma…, llueve intensamente…
En este momento están haciendo todos los preparativos…
Trajes…, equipos…, guantes…, mecates…, lámparas…
Otros alistan la cámara hiperbárica…
Temprano dejaron en el agua una cuerda de pescar con carnada…
Por si pegaran un buen guapote de cuatro kilos…
Ahora son las siete…, de pronto todos corren…, se ha pegado un pescado…
Ednider está sacando la cuerda del agua…, lo jala con cuidado…, y lo saca…
Es un sabalete de unos cuarenta centímetros…, unos tres kilos…
Algunos dicen que no es un buen pescado para comer…
No sé quién se lo va a llevar para la casa…
Como tiene muchas espinas…, creo que con él harán una buena sopa…
Imagino una cena suculenta…, vigorizante y deliciosa…
Sopa de sabalete…, con verduras…, yuca… zanahoria… y papas…
Muy caliente…, con plátano hervido… y un poco de chile picante…
Con unas cuantas gotas de jugo de limón…
Para terminar…, como postre…, una buena agua dulce negra bien caliente…
A media noche…, cuando haya terminado la inspección de las parrillas…
Alguien llegará a su casa a comerse esa sopa deliciosa y nutritiva…

Julio, 2018.

La campiña.

Hemos subido muy alto en la cordillera…
Alcanzamos la cumbre del Volcán Turrialba…
El día de hoy el coloso estaba dormido…
Allá arriba todo es niebla…, todo es frío…, todo es viento…
Ahí la montaña es verde…, es blanca…, es café…, es gris…
Cae una silampa fina y fría…, en el silencio de las cumbres…
Ahora vamos bajando…, estamos en las estribaciones del volcán…
Nos detenemos un rato…, no muy largo para no enfriarnos…
Es por ahí del medio día…, el cielo está azul…
Sopla un viento congelante que baja de las alturas…
El aire es diáfano…, transparente…, limpio…
Se ve tan perfecto como un diamante…
Allá a lo lejos…, al pie del coloso…, la campiña verde…
Llena de colinas…, cañones…, bosques…, potreros…, sembradíos…
Y en medio de la campiña…, el pueblo bonito…, pequeño…, acogedor…
Es Turrialba…, al pie del volcán homónimo…
Alguien lo colocó ahí…, en medio de este paisaje impresionante…
Es un lugar de trabajo…, de esfuerzo…, de lucha…, de alegría…
El pueblito está como mirando hacia las alturas…
Al pie del volcán…, está el pueblo bueno…
El volcán…, el pueblo…, la campiña…, el viento frío…, la silampa…
¡Son hermanos…!

Julio, 2018.

Noche en San Antonio.

Es el mes de marzo…, hace mucho calor…, estamos en pleno verano…
En esta época…, en nuestro país…, no llueve…
Día sábado…, ahora son más de las nueve de la noche…
Desde las seis de la mañana estamos trabajando…
Hoy nos dieron la unidad cuatro…
Debemos aplicar labores de mantenimiento programado…
A esta hora…, por dicha ya casi terminamos…
Saúl y los operadores están coordinando el arranque…
Debemos estar en línea a las diez de la noche…
Gerardo, Antonio y yo estamos haciendo una revisión final…
Todo está en orden…, estamos listos…
Antonio nos mira y con los dedos de la mano nos indica ¡perfecto…!
Sólo se escucha el ruido de las unidades de vapor…
Y el de la unidad tres que está en línea…
Juan da la señal de arranque…, la turbina empieza a rodar…
Pasan cuatro minutos y resto…, estamos a velocidad nominal…
Casi diez toneladas…, girando a cinco mil cien revoluciones por minuto…
La temperatura en el escape es muy alta…
Ahora el operador sincroniza la máquina… ¡estamos en línea…!
Vamos para carga base… y diecinueve megavatios… ¡excelente…!
Ahora nos vamos para la casa…, ya son las diez de la noche…
En nuestra casa nos espera una comida caliente…, estamos contentos…

Bunal Julio, 2018.

El bosque nuboso.

Ya casi termina el mes de julio…, estos son los últimos días…
Hemos entrado a las estribaciones de la cordillera bendita…
A ambos lados del camino se ven formaciones montañosas…
De las alturas baja el Río Grande de Orosi…
Desciende también el Río Kirí…
Sus aguas son sagradas…, cristalinas…, limpias… y frías…
Frente a nosotros…, al otro lado del cañón del río…
Se levantan impresionantes las estribaciones del macizo…
Hoy están cubiertas de nubes que parecen algodón de azúcar…
Sus laderas están cubiertas de árboles…
Y a su vez envueltas en nubes blancas y espesas…
Es el bosque nuboso que crece alto ya en la cordillera…
Por ahí andarán la danta…, el jaguar… y la nutria…
En sus árboles enormes colgará el nido de la oropéndola…
El bosque está en silencio…, está muy húmedo…, está tupido…
El aire acá es limpio…, transparente…, diáfano…, frío…
Está lloviendo…, está cayendo una silampa pesada y congelante…
Las montañas se ven de color verde oscuro…, cubiertas de nubes…
Cubiertas de árboles…
Acá todo es belleza…, quietud…, brisa… y cielo…
Todo es naturaleza…
Todo es agua limpia…, todo es verde…, todo es bosque…

Bunal Julio, 2018.

El silencio del indio.

Iniciamos el viaje de madrugada…, hemos ya andado un buen rato…
Ahora estamos al borde del valle…, dando hacia el oeste…
Serán tal vez las seis de la mañana…
Estamos detenidos en una especie de mirador…
En un sitio apenas colgado en la ladera de la serranía…
A nuestros pies se ven las ondulaciones de color verde claro…
Éstas van a morir justo donde empieza la llanura…
Y allá a lo lejos…, donde termina la llanura…, se ve el mar…
Todo está en silencio…, sopla una brisa fresca que baja de los macizos…
A lo lejos…, allá muy lejos…, se ve una choza en donde brilla una luz…
Pienso en el indio…, en su esposa…, en sus hijos…
Pienso también en su bosque…, su montaña…, su hogar…, su trabajo…
En esta mañana clara ellos están empezando el día…
Estarán contentos…, los imagino charlando…, riendo…, bromeando…
De pronto en la sierra se escucha algo así como un murmullo lejano…
Es el sonido del silencio del indio de mi tierra…
Lo escucho atentamente…, es como un lamento…, es como una canción…
Sube por la ladera de la sierra…, se percibe como un rumor en la distancia…
Es muy parecido a la música de las estrellas…, de las galaxias…, del universo…
La voz silenciosa del indio lo puebla todo…
Se escucha claramente la cadencia de su silencio…
Es el silencio sagrado del universo infinito…

Bernal

Julio, 2018.

El poema de amor.

Me miras preocupada…, y entonces me preguntas…
¿Qué se nos hizo aquel poema de amor…?
El que me escribiste aquel mediodía en el bosquecillo…
-Sí…, lo recuerdo muy bien…-, te digo…
Sus palabras quedaron para siempre en mis manos…
En mis ojos…, en mi pecho…, en mi corazón…
En mi respirar ansioso…, en mis labios…
Ese mediodía quedaron dispersas en el bosquecillo…
Se quedaron flotando sobre la hierba que nos sirvió de lecho…
Y entre las matas de frambuesa que nos sirvieron de escondite…
Subieron hacia el infinito por los dorados rayos del sol…
Otras se fueron con la brisa de esos momentos mágicos…
Ahora forman parte de nuestra historia de amor…
Ahí está el poema…, nuestro poema de amor…
Ahí estará por siempre…, más allá incluso de nuestra muerte…
Ahora me miras sonriente…, y entonces me preguntas…
¿Me enseñarías tus manos…, tus labios…, tu pecho…, tu cuerpo…?
Los que me diste aquel mediodía en el bosquecillo…
-Sí claro…-, te contesto…
-Siempre han sido tuyos…-, te digo…
-Son una sola cosa…, junto con nuestro poema de amor…-
Entonces te acercas…, me sonríes…, y me abrazas…

Bernal

Agosto, 2018.

Río Parrita.

Hoy nos dirigimos hacia Parrita…, desde San José pasando por Acosta…
Hace ya bastante rato venimos bajando del valle entre los cerros…
Desde lo alto de la cordillera…, hasta la llanura del Pacífico…
Nos hemos detenido para admirar el paisaje…
Desde acá en lo alto podemos ver la llanura costera…
Y allá al fondo…, en el horizonte…, el mar celeste…
En este momento son como las once de la mañana…
Hace calor…, el sol brilla con su color amarillo…, allá en lo alto…
La llanura costera aparece partida a la mitad por el río inmenso…
Es el Río Parrita…, creo que allá en lo alto…, la gente le llama Río Pirrís…
No estoy seguro de esto…, pero creo que es así…
Es un río caudaloso, impresionante y poderoso…
Sus abundantes aguas de invierno…, son de color café…
Corren despacio y en silencio rumbo al mar…
Son el hogar del machín…, de la nutria…, del pato aguja…
El cauce es muy ancho…, parece poco profundo…
Pedregoso…, bordeado de vegetación muy verde…
En épocas de creciente debe ser temible…, amenazador…, rugiente…
Pero hoy ha bajado de la montaña silencioso, tranquilo y sereno…
Llenándolo todo de vida, frescor y belleza…
Es el Río Parrita adornando la llanura infinita…

Bernal

Setiembre, 2018.

Desayunando en la casa.

Mira Evelio… ¡qué bonitos se ven los cerros a lo lejos…!
Acá en donde estamos deben ser las estribaciones…
Las estribaciones de lo que llaman la Fila de Bustamante…
Poco a poco vamos descendiendo del valle fresco a la costa cálida…
Mira Evelio… ¡qué bonita se ve, allá a lo lejos, la casa del indio Egidio…!
¡Mírala allá…, colocada entre los cerros verdes…!
Ahora están desayunando…, Egidio…, su esposa… y sus dos hijos…
Tienen una candela encendida en el centro de la mesa…
Están comiendo huevos fritos con cebolla, tomate, pan y queso…
Todo con una gran jarra de agua dulce negra…
Conversan… y ríen…, después callan un rato…
Luego siguen conversando…
Son las cinco de la mañana…
Egidio trabaja, ahí cerca, en la finca de un ganadero…
Su esposa lo hace por las mañanas en la casa de otro vecino…
Los hijos están en la escuela…, ya saben leer y escribir…
¡Ahora se come, cada uno, un banano maduro…!
Ya han terminado de desayunar…
Los alumbró con cariño la luz de la candela que está sobre la mesa…
Está amaneciendo…, pronto saldrá el sol…
Está empezando el día…
Mira Evelio… ¡qué paisaje verde más bonito…!

Bernal

Setiembre, 2018.

La tinaja.

Casi de frente a nosotros se levanta una fila de cerros…
Eso es mirando hacia la izquierda…, a la derecha son puros potreros…
Estamos en Guaitil…, junto a la plaza…, hemos venido de paseo…
A comprar una tinaja…, de color blanco…, rojo… y negro…
El pueblo está en silencio…, es muy limpio…, se respira quietud…
Hay un indio trabajando…, lo acompaña su esposa…
Él está pintando una tinaja…, ella lo mira…, algo le dice…
Ellos mismos la hicieron en el horno de la casa…
El material lo trajeron de una finca…
Situada a tres cerros de distancia del pueblo…
Desde allá vinieron con tres sacos de barro…
Se van de madrugada…, regresan por la tarde…, larga caminata…
¡Esos sacos pesan… mi hermano…, sí que pesan…!
De pronto en el silencio del pueblo se escucha algo extraño…
Es el ruido ensordecedor del silencio de un indio que llora…
Se escucha luego un rumor entre los cerros…
Es el caminar silencioso del indio que anda…
Ahora trabaja en silencio…, su esposa lo mira…, algo le dice…
Una hermosa tinaja…, una obra de arte…, lindísima…
El indio me mira…, su esposa sonriente me la señala ya terminada…
Es una vasija de barro…, de lindos colores blancos…, rojos… y negros…
La veo recién pintada…, la admiro…, la dejamos secar y la compro…

Bunal

Setiembre, 2018.

Pronto amanecerá.

Me despierto en la oscuridad…, es de madrugada…
Son las cuatro y treinta de la mañana…
Mi casa está en silencio…, todo es de color negro…, hace frío…
Oigo caer una suave silampa…
Una leve brisa mueve las ramas de los árboles que hay frente a la casa…
Disfruto entonces el silencio de la madrugada…
Los ruidos de la ciudad empiezan a escucharse poco a poco…
Pasan los minutos…, habrán pasado unos veinte…
Ahora ya van a ser las cinco…
Allá…, al este del valle…, en las alturas de la cordillera…
Tal vez se empieza a ver la luz violeta del sol…
Estará apenas saliendo sobre el macizo del Irazú…
Mi país está despertando a un nuevo día…
En las alturas cae una garúa muy suave y muy fría…
En el valle ya empieza a clarear…, si acaso se ve el contorno de las casas…
En las llanuras costeras, habrá bullicio…, los pájaros empiezan a despertar…
Pasan los minutos…, deben haber pasado ya bastantes…
Ahora probablemente sean las cinco y treinta…
Estamos casi a mediados de setiembre…
Hoy amanecerá un poco más tarde…
Los ruidos de la ciudad empiezan a escucharse poco a poco…
Pronto todo será luz…, brillo…, actividad…, bullicio… y movimiento…

Bunal

Setiembre, 2018.

¿Quién…?

El sendero ha estado empinado…
La caminata ha sido dura y difícil…
Hoy ha hecho mucho frío…, especialmente poco después del amanecer…
Pero este lugar es lindísimo, impresionante y silencioso…
Extasiado por tanta belleza…, en esta mañana fría…, me pregunto…
¿Quién te hizo tan bella Cabeza de Vaca…?
¿Quién pintó tus paisajes tan lindos y verdes…?
¿Quién dibujó en el cielo el sol amarillo que ahora lo adorna…?
¿Quién diseñó la montaña y los potreros que luces a diario…?
¿Quién nos trajo acá en esta mañana mágica…?
Entonces…, en el mutismo y el frío de estas inmensidades…
Escucho tus respuestas en el murmullo del silencio…
Continúo caminando…, y sin decir una palabra…, rezo una oración…
Acá en la cordillera…, acá en las cumbres frías…
Muy cerca de nosotros…, vive imperturbable e imponente…,
nuestro hermano…, el Volcán Irazú…
Miro a lo lejos…, hacia el valle bellísimo…
Allá veo la ciudad…, que apenas estará despertando…
Ahí dormirán tranquilos Felipe, Mariana y Lucía…
Y entonces, conociendo ya la respuesta, pregunto…
¿Quién te hizo tan bella Cabeza de Vaca…?

Bunal

Setiembre, 2018.

La bailarina de tangos.

Ahora estoy en una noche de setiembre…
Voy caminando por las calles de mi ciudad…
Hace poco dejó de llover…, todo está oscuro…, hace frío…
Hoy se presenta un grupo argentino de variedades…
Entro al teatro…, la sala está llena…, pronto empezará la función…
Ahora llegó el momento en que se presentará un número de baile de tango…
La luz mortecina del salón hace resaltar el escenario intensamente iluminado…
Hay dos músicos sentados…, uno con una guitarra…, otro con un bandoneón…
Son hombres viejos…, vestidos de negro…, lucen elegantes sombreros blancos…
Entonces aparece una pareja de bailarines…, un hombre y una mujer…
Él va vestido de negro…, ella es delgada y bonita…, muy blanca…
De unos veinticinco años de edad…, está muy seria…, muy concentrada…
Va vestida de blusa de color fucsia…, enagua blanca…, medias moradas…
Luce unos zapatos negros de tacón mediano…
Es bellísima…, esbelta…, sensual… y muy atractiva…
Ahora empieza la música…, se llena todo el salón de arte y belleza…
La pareja baila con intensidad…, con pasión…, con energía…
La bailarina llena mis ojos completamente…
Es tan linda…, es tan grácil…, es tan bella…
Fueron unos cuatro minutos de magia…, color…, danza… y folclor…
En este momento voy saliendo del teatro…, reina un gran silencio…
Me voy a mi casa…
En esta noche…, acá donde escribo…, no sé por qué…
En el silencio escucho la música suave de un bandoneón…

Bunal

Setiembre, 2018.

El vigía.

Corre el mes de setiembre…, son tal vez las diez de la mañana…
En un par de días será el equinoccio de otoño acá en el norte…
Hoy el día amaneció luminoso…, es temprano y ya hace calor…
Evelio y Diego van caminando por las rocas…
Por las rocas negras que adornan la orilla del mar…
El mar que se ve de color verde…, sereno…, tranquilo…
Sus aguas limpias…, frescas…, llenas de vida…
La brisa suave…, cálida…, transparente…, diáfana…
El tiburón hambriento…, el pargo rojo…, la langosta de largas antenas…
La morena furiosa…, espera que pase un camarón para cazarlo y comerlo…
El ruido de las olas…, rompiendo contra el litoral rocoso…
Y allá al fondo…, imponente…, silencioso…, atento…
Se yergue El Vigía…, esa linda roca que embellece este paisaje marino…
Y ahí van caminando Evelio y Diego…
El Vigía los observa…, los mira disimuladamente…, sin interrumpirlos…
Él quiere que el mar…, el cielo… y el hombre vivan en paz…
Que el tiburón hambriento…, la gaviota…, Evelio y Diego…
Compartan en armonía el universo sagrado…
Que la ola inmensa…, el rayo de sol… y el pez volador…
Vivan tranquilos en el mar infinito…
Evelio y Diego no se han percatado…, aún…, El Vigía los observa…
Y ellos son uno solo con el silencio…, el sol…, la brisa… y el mar…

Bernal

Setiembre, 2018.

Carmen Justina.

La india Carmen Justina viene caminando por las rocas…
Esas rocas que han estado ahí desde hace centenares de millones de años…
Hoy es un día domingo…, el sol de color dorado brilla arriba en el cielo…
Las rocas negras ya están muy calientes…
Ahora la marea está baja…, ya casi todas están al descubierto…
Por ahí van caminando Evelio y Diego…, van para Playa Panamá…
Y ahí se la encuentran…, la topan de frente…, bajo el sol radiante…
Son ahora como las nueve y media de esta mañana marina…
Carmen Justina viene hoy de la playa arenosa…
Estuvo un buen rato cogiendo almejas…, para el almuerzo…
Ayer temprano pescó un pargo rojo en las rocas cerca de la boca del río…
Un lindo pescado de tres kilos…, de pura carne blanca…
Va a preparar un arroz muy suelto…, mezclado con almejas hervidas…
Con un poco de picante… y jugo de limón…
Va a freír dos chuletas de pargo rojo en aceite muy caliente…
Con tomate en trozos…, y rebanadas de cebolla…
Eso bañado en abundante salsa de tamarindo…
Al final un buen vaso de agua de pipa…
En la mesa pondrán una linda candela encendida…
Este será el almuerzo de hoy…, lo comerán juntos…
Ella y el indio José Abdulio…, su esposo de toda la vida…
Por ahí van caminando Evelio y Diego…, van para Playa Panamá…

Bernal

Setiembre, 2018.

Las rocas del litoral.

Las olas vienen del horizonte a estrellarse contra las rocas…
Esas rocas negras…, impresionantes…, lindísimas…
Se formaron hace muchos centenares de millones de años…
Cuando se originó el Sistema Planetario Solar…
En una gran nube de gas y de polvo cósmico…
Ahí se formó nuestro sol junto con otras estrellas…
En algún lugar de nuestra Vía Láctea…
La Vía Láctea que vive en el Grupo Local…
Éste se mueve cerca del cluster de galaxias llamado Virgo…
Y más allá de éste existen otros clusters…
Unos más grandes…, otros más pequeños…
Ese es nuestro universo conocido…
El universo completo está compuesto de materia brillante…
Nubes de gas…, nubes de polvo cósmico…, materia oscura…
Todo lleno de radiación…, desde ondas de radio…, hasta rayos gama…
Y gobernándolo todo…, la inteligencia universal…
Con su física…, su química…, su termodinámica…, su matemática…
Con todas sus leyes naturales…, algunas de las cuales nosotros ya entendemos…
De ahí salieron las rocas del litoral…
De ahí salimos…, tú…, yo…, todos nosotros…
Todas estas cosas…, y todas las demás…, constituyen nuestro universo…
Contenido…, digamos por ejemplo…, en una esfera gigantesca o algo así…
Que vista por un observador situado muy lejos de la misma…, sería…, digamos…
Una concentración de masa inmensa…
Una concentración de energía portentosa…
Y entonces sería el tiempo infinito…, el espacio infinito…
Nosotros somos parte de ese universo que maravilla…
Que nos asombra…
Estaremos en él para siempre…
En un universo que no tuvo principio…, que no tendrá final…
Que no tiene forma…, que no tiene tamaño…
Eterno…, magnífico…, inmutable…, infalible…, perfecto…, en armonía…
Y entonces…, ante esa verdad…, acá en mi casa…,
en la noche…, en el silencio…
Al lado de mi esposa…, rezo una oración…

Bernal

Setiembre, 2018.

¡Qué fortuna…!

¡Qué fortuna…, Evelio y Diego…, qué fortuna…!
Caminar sobre estas rocas…, viendo el mar…, oyendo el rumor de las olas…
¡Qué privilegio…, Evelio y Diego…, qué privilegio…!
Compartir este momento…, bajo el sol de setiembre en este lugar bendito…
¡Mira Evelio…! ¡Mira Diego…!
Miren cómo luce el mar verdoso…, bajo el cielo azul…
¡Escuchen amigos…! ¡Escuchen la voz del universo…!
En la voz del ronquido del mero de doscientos kilos…
En el crujir de las rocas del litoral…
¿Saben ustedes dónde están parados…?
Estas rocas se originaron cuando la tierra era aún una bola pastosa…
De un color café oscuro…, con diversas tonalidades de rojo…
¡Evelio y Diego…, observen con atención…!
Las rocas negras…, el mar azul…, la bahía bellísima…
Allá al fondo lo que queda de las serranías cuando llegan al litoral…
Acá viven el pez gallo de cincuenta kilos…, la gaviota gris…
El cambute de caracol multicolor…, la aguamala… y el pargo roquero…
¡Ustedes están de visita en un museo natural…!
¡Este museo tiene obras de miles de millones de años de antigüedad…!
¡Qué maravilla…, qué impresionante…, qué belleza…!
¡Es la naturaleza…, es nuestro planeta…, es nuestra casa…!
¡Es nuestro hogar sagrado…!

Bernal

Octubre, 2018.

Terminó el temporal.

Ya hoy es catorce de octubre…
Hace unos días terminó el temporal…
A partir de ahora predominarán las lluvias normales de la época…
Fueron tres o cuatro días de aguaceros…
Si no eran aguaceros, la que caía era la garúa fría…
Y por las mañanas…, la silampa silenciosa…
Probablemente ha llovido en todo el valle…
Ahora…, que ya el temporal pasó…
Todo está verde y húmedo…
El bosque bendito muestra su vitalidad y belleza…
El valle huele a limpio y a vida…
El río sagrado baja caudaloso de la alta cordillera…
La nutria juguetona estará comiendo machines y cangrejos…
El tolomuco solitario estará buscando y cazando pajarillos…
Con cuidado de que no lo vaya a atrapar a él…
alguna boa bécquer de cuatro metros…
El temporal trajo mucha lluvia…, mucha agua…
Que da vida al valle…, a la cordillera…, al bosque y al río…
Por eso ahora bullen la vida y la abundancia…
¡Anda hermano…, sube la montaña…, respira hondo el aire limpio y fresco…!
¡El sendero del bosque está húmedo y frío…!
¡Ya pasó el temporal…!

Bunal Octubre, 2018.

Llueve en la ciudad.

Estamos a mediados de octubre…
De un típico mes de octubre…, oscuro…, frío…, lluvioso…
Es un día bonito…, por la tarde…, está lloviendo un poco fuerte…
Serán tal vez las tres…, o un poco antes…
Estoy sentado en la soda con mi esposa…
En una de las mesas desde donde puedo mirar la acera y la calle…
Estoy tomando un café con leche…, caliente…, sin azúcar…
Con un bollo de pan…, y un trozo de queso Turrialba…
Ahora…, la lluvia ha amainado un poco…
Algunas personas pasan caminando de prisa…
Con un gran paraguas…, de esos que utilizamos en el trópico…
En el trópico de los aguaceros torrenciales…
Esas personas…, no sé para dónde irán…
O de dónde vienen…
Para donde quiera que vayan…, llegarán mojados…, tiritando…
Yo estoy tibio…, tranquilo…, conversando…
Tomando mi rico café caliente sin azúcar…
Ahora…, ya casi ha escampado…, sólo cae una garúa fría…
La gente sigue pasando por el frente de la soda…
La acera está cubierta con agua de lluvia…, van con los zapatos mojados…
Estamos a mediados de octubre…
De un típico mes de octubre…, oscuro…, frío…, lluvioso…

Bunal Octubre, 2018.

Esperando para cenar.

Hoy es domingo por la tarde…
Está terminando el mes de octubre…, frío… y oscuro…
Serán tal vez las cuatro y treinta…
La ciudad está silenciosa…, reina una gran quietud…
Dentro de una hora todo estará ya oscuro…
En la casa está ya puesta la mesa…
Vamos a cenar todos juntos…
Mi esposa…, mis hijos… y yo…
En el centro de la mesa está encendida la candela…
Con su luz nos va a iluminar…, y nos dará también calor…
Siempre nos ha iluminado…
Siempre hemos sentido su calidez…
Siempre nos ha guiado su luz…
Es bonita esta tarde fresca…
Hace frío…, pero no está lloviendo…
Le ayudo a mi esposa a prepararlo todo…
Ella me mira…, me toma la mano… y sonríe…
Hoy es domingo por la tarde…
De un típico mes de octubre…, ahora cae una llovizna suave…
Serán tal vez ya casi las cinco…
La ciudad está silenciosa…, reina una gran quietud…
Pronto vamos a cenar…

Bunal

Octubre, 2018.

Ya termina el invierno.

Hoy es domingo…, estamos iniciando el mes de noviembre…
Domingo cuatro…, para ser exactos…
Está terminando el invierno…, acá en el trópico…
Salimos a las cinco de la mañana…
Vamos hacia el Humo…
Allá en las vecindades del parque…
Del Parque Nacional Tapantí, Macizo de la Muerte…
De camino nos acompaña un amanecer muy lindo…
El cielo…, al este…, pintado de azul oscuro… y de anaranjado intenso…
Hace frío…, estamos pasando por Coronado…
¡Oye hermano, ahora hemos llegado al Humo…!
Estamos en el borde de un valle pequeño…, muy bonito…
Anoche estuvo lloviendo por acá…, todo está mojado…, húmedo…
El río Grande de Orosi baja de las alturas de la cordillera…
Caudaloso…, cristalino…, bullicioso…, lindísimo…
El bosque está verde…, rebosante de vida…, pletórico de cosas buenas…
Veo el río allá a lo lejos…, corriendo en medio de las montañas…
El cielo está muy azul…, celeste…, radiante…, brillante…
Pienso que tal vez ya se está yendo el invierno…
Pero el bosque bendito y el río sagrado le quedan agradecidos…
¡Ahora vamos caminando por el sendero pedregoso…!
Hoy es domingo…, estamos iniciando el mes de noviembre…

Bunal

Noviembre, 2018.

Tarde fría.

Un poco pasada la mitad del mes de noviembre…
Y aún llueve un poco por las tardes…
Hoy es tarde de domingo…
Ahora ya son más de las cuatro…
Es una tarde luminosa…, llena de sol…
Acabo de caminar por el centro de San José…
La ciudad estaba llena de gente que va y que viene…
Soplaba una brisa suave…, silenciosa…, fría…
De vez en cuando…, una silampa muy leve…
Las personas andan abrigadas…, parece que tienen prisa…
Casi no hablan…, es un mundo silencioso…
Cada quien en lo suyo…
Algunos irán para sus casas…
Otros andarán haciendo mandados…
Yo ando haciendo ejercicio…, cuando paso por el Barrio Chino…
Un hombre chino, en mal español, me llama… ¡me dice un nombre oriental…!
Lo miro y no le contesto…
-¿Cómo se llama usted…?-, me pregunta…
-¡Bernal Delgado!-, le digo…, y entonces me mira apenado…
-¡Lo he confundido con un paisano…!-, me dice…
-¡No se preocupe…!-, le digo…, sonrío y sigo caminando…
Hoy es tarde de domingo en mi ciudad silenciosa…, hace frío…

Bernal Noviembre, 2018.

La Garita.

Si mal no recuerdo fue un día de setiembre de 1982…
Como a las cuatro de la mañana se desliza un cerro sobre el cauce del río…
Tal vez unos dos o tres kilómetros aguas arriba de Planta La Garita…
Se hace una gran presa de tierra, palos, piedras y troncos…
Se forma una gran poza aguas arriba de la casa de máquinas…
Al ser las cinco la presa no soporta y se revienta…
Una gigantesca avalancha arremete contra la casa de máquinas…
Todo queda inundado hasta el nivel de los generadores…
La casa de máquinas está llena de agua lodosa, tierra, palos, piedras, hojas…
Todos llegamos al sitio…, nos dan seis meses para recuperar la planta…
Ese mismo día empezamos a trabajar…
La recuperamos en diecisiete días…
Trabajando de las seis de la mañana a las once de la noche…
Feriados…, sábados…, domingos…, sin descanso…
En casa de máquinas todo olía a barro…, sudor…, esfuerzo…, sacrificio…
Se dormía en el campamento…, pocas horas cada noche…
Después de diecisiete días…, la planta quedó de nuevo en línea…
¡Honor a los valientes…! ¡Un aplauso a esos héroes…!
En esos días…, en Cebadilla…, mi amigo Elías conoció a su novia…
ella luego se convirtió en su esposa…
Se fueron a vivir a Tilarán…, hoy él ya no nos acompaña…
Ya partió…, un hombre valiente se nos adelantó…, a él dedico este poema…

Bernal Noviembre, 2018.

San Juan de Mata.

Es quizás algo más de media noche…
De una noche negra…, silenciosa…, un poco fría…
Estamos acampando al pie del Cerro Turrubares…
Apenas se oyen los ladridos de los perros a lo lejos…
Le ladrarán quizás al puma…, o al coyote…
Que probablemente buscan una gallina…, o una cabra…, o algún cerdo…
Los lugareños no los quieren…, hacen muchos daños…
Pero son los animales del bosque… y tienen que comer…
El bosque…, el puma… y el coyote… son sagrados…
Estamos acostados desde hace algunas horas…
La tienda de campaña estaba caliente…, ahora está más fresca…
Evelio duerme tranquilo…, Miguel monta guardia nocturna…
Los sonidos de la noche se pierden en el cielo negro…
Hacia el infinito…, hacia la bóveda celeste…, hacia las estrellas…
Que nos miran desde lo alto…, silenciosas…, verdosas…, impasibles…
Por acá cerca andará la terciopelo de metro y medio…
Buscando alguna presa para comer…
Hay que tenerle mucho cuidado…, es muy bella e inteligente…, pero es letal…
La noche lo cubre todo…, ahora el bosque es negro…, negro como el hollín…
Todo está tan oscuro que no puedo ver mis manos…
Es la noche tranquila…, silenciosa…, fresca…
Es una noche de aventura en San Juan de Mata…, en Turrubares…

Bunal

Diciembre, 2018.

El Cerro Turrubares.

Ahí está…, silencioso…, en medio de la serranía…
Majestuoso…, imperturbable…, impresionante…, callado y serio…
El enigmático…, el emblemático…, Cerro Turrubares…
Con sus laderas cubiertas por el bosque verde…
Su figura se recorta…, nítida…, contra el intenso azul del cielo…
Una que otra nube lo adorna con su color blanco brillante…
Hay una entrada, entre otras, por el poblado de Lagunas…
Por ahí nos vamos…, subimos un trecho…, camino difícil…, peligroso…
Llegamos hasta más o menos la mitad de la altura del cerro…
No subimos más…, por precaución…, por prudencia…
Pronto…, un día de estos…, Evelio y Miguel asaltarán la cumbre…
Luego… ¡claro…! de pedirle permiso a la madre naturaleza…
¡Como siempre lo hacemos…!
El cerro se yergue…, orgulloso…, en la serranía inmensa…
Es el guardián del bosque…, y de las comarcas vecinas…
Monta vigilia eterna…, con su mirada respetuosa y atenta…
Desde su cumbre…, probablemente…, miraremos el mar celeste…
Y allá arriba…, sintiendo la brisa tibia en nuestro rostro…
Lo observaremos todo…, como el gavilán…, cuando anda de cacería…
Y entonces seremos uno con el cerro amigo…
Cerro Turrubares…, mientras exista el planeta Tierra…
Estarás ahí por siempre…

Bunal

Diciembre, 2018.

El Peñón de Bajamar.

Hemos llegado hasta el borde del acantilado…
Éste tendrá unos quince metros de altura…
Las olas incesantes…, el viento marino… y el efecto de las mareas…
Han esculpido la roca desde tiempos inmemoriales…
El color verde del mar…, el color blanco de la espuma…
El color café blancuzco de las rocas…
Al fondo…, la tonalidad verde brillante de la vegetación costera…
Los rayos amarillos del sol radiante…
Que caen del cielo azul…, como chorros de oro fundido…
Acá donde estamos…, admirando extasiados este paisaje lindísimo…
Sólo se escucha el romper de las olas contra las rocas…
Y el ruido del viento que fluye incesante del océano hacia la costa…
Y un poco mar adentro…, frente al acantilado…
Los farallones negros…
Contra ellos se estrellan con furia las olas verdosas…
Que revientan en una lluvia de pequeñas gotas de agua como perlas…
Por ahí andará el pez gallo de veinte kilos…
Y el poderoso pargo roquero de color rojizo…
Frente a nosotros…, allá muy lejos…, en la distancia…
Al otro lado de este inmenso mar azul…
Podemos ver el horizonte infinito…
Hoy estamos acá…, en mi patria bendita…, en el Peñón de Bajamar…

Bunal

Diciembre, 2018.

El centro de San José.

Son las ocho de la mañana…, un viernes de diciembre…
Estoy esperando a Evelio que anda haciendo un mandado…
Estoy parado acá…, en el centro de San José…
Frente al Mercado de Artesanías…
Pienso en Roberto…, esta es la ciudad que él recorre a diario…
A la hora de almuerzo…, cuando sale de la oficina a medio día…
Sale a comer algo…, y anda acá…, en el centro de la ciudad…
De arriba abajo…, de este a oeste…, a diario…, de lunes a viernes…
Visitando los restaurantes donde almuerza…
Hoy…, en este viernes de diciembre…, mucha gente va y viene…
Irán tal vez hacia sus trabajos…, caminan rápido…, van de prisa…
Es el centro de San José…, una ciudad activa…, pujante…
En este momento todo es actividad…, bullicio…, movimiento…
Huele a mujeres recién perfumadas…
Huele también a ropa limpia…, aún bien planchada…
A gente recién salida del baño matutino…
Todos caminan serios…, viendo hacia el frente…
Concentrados en su camino…
Pensando en su trabajo…, en sus deberes…, en sus tareas…
Ya pronto llegarán…, a iniciar un día normal de trabajo…
Pienso en Roberto…, esta es la ciudad que él recorre a diario…
A la hora de almuerzo…, cuando sale de la oficina a medio día…

Bunal

Diciembre, 2018.

Cerro en lontananza.

Allá está…, en lontananza…, el Cerro Turrubares…
Allá…, a lo lejos…, escondido entre unas nubes blancas…
Como el puma cuando asecha al tepezcuintle…
Disimulado entre los arbustos…, invisible para su presa…
Agazapado entre las hierbas altas del claro en el bosque…
Allá está…, oculto en la distancia…
El cerro mágico… y misterioso…
Que sigilosamente… y en secreto…
Calladamente nos mira desde la sierra…
Nosotros vamos andando el camino difícil…
Caminamos lentamente…, a un ritmo cansino…
En el sendero polvoriento y fatigoso…
Hace calor…, mucho calor…
El sol radiante brilla en lo alto…
Amarillo como la luz de la candela…
Pronto llegaremos a San Francisco…
Un pequeño pueblo enclavado en medio de la sierra…
Casi al pie del cerro…
Pocas casas…, una plaza…, una iglesia…, una escuela…
San Francisco duerme tranquilo…, al pie de su vigilante y protector…
Allá está…, oculto en la distancia…
Nuestro amigo…, nuestro hermano…, el Cerro Turrubares…

Bunal

Diciembre, 2018.

Noche de navidad.

Hoy es veinticuatro de diciembre…
Serán tal vez las cuatro y treinta de la tarde…
Hoy será la noche de navidad…
Ahí está Marenco…, el indio…, sentado esperando fuera de su casa…
A las seis y treinta llegarán sus hijos…, con sus nietos…
Van a cenar todos juntos…
En la mesa ya está encendida una candela…
Candela cuya luz lo alumbra todo…
Van a cenar arroz con cerdo…, y frijoles molidos…
Con ensalada de tomate picado con cebolla…
Y jugo de limón ácido…
Esto con papas fritas…, especiales…
Al final de la cena…, de postre…
Un fresco de carambola endulzado con miel de abeja…
Y un trozo de queque…, también especial…
¡Escucha hermano…, oigo un sonido suave en la quietud de la tarde…!
¡Ahora lo noto…, el rumor viene de allá…, de las colinas azules…!
¡Es la voz de un indio que canta una canción de amor…!
¡Para su esposa…, para sus hijos…, para sus nietos…!
¡Acompañado por su vieja guitarra…!
En la mesa está encendida una candela…
Que lo ilumina todo…, en esta noche de navidad…

Bunal

Diciembre, 2018.

Madrugada azul.

No sé qué hora será…, debe ser ya la madrugada…
Ahora la tienda de campaña está fresca…
Algo me despertó…, tal vez el bullicio de una pareja de lapas…
O los pasos de Miguel caminando fuera de la tienda…
Estoy casi seguro de que ya está amaneciendo…
San Juan de Mata…, en Turrubares…, está despertando…
Imagino afuera la madrugada fría…
Ya los pájaros estarán empezando a revolotear…
En las ramas de los árboles…
Inquietos y nerviosos…, atentos y hambrientos…
El cielo negro se habrá ya tornado en azul oscuro…
Y la silueta del cerro se empezará a recortar contra el horizonte…
Todo está quieto…, en silencio…, me parece que el aire es de color azul…
Abro los ojos…, una luz tornasol con púrpura lo alumbra todo…
En la tenue luz del amanecer puedo ver el techo de la tienda…
Ya los perros no ladran…, reina un silencio casi absoluto…
¡Uh…, uh…, uh…! una pareja de pájaros bobo ha despertado…
Ahora todo es azul…, azul oscuro…, azul profundo…
Imagino afuera la madrugada fría…
Fría…, casi negra…, azulada…, y silenciosa…
Todo está inmóvil…, no sopla brisa…, todo es quietud…
Está amaneciendo acá…, al pie del Cerro Turrubares…

Bunal

Diciembre, 2018.

Primeros días del año.

Está empezando el año…, estos son los primeros días…
El centro de la ciudad no está tan concurrido…
Estoy en el boulevard de la avenida central…
Ya está bastante entrada la mañana…
Aunque hace un sol fuerte…, aún siento frío…
Especialmente cuando sopla la brisa…
En este sitio de la ciudad…
Lugar ventoso…, sopla un chiflón fuerte y fresco…
¡Mira amigo…, ahí está la vaca pintada…!
¡Viene caminando desde la calle nueve…!
¡Ahora estamos en una esquina de la calle cero…!
¡Un escultor la produjo con esmero y cuidado…!
¡Un pintor la dotó de múltiples colores…!
¡Alguien la trajo a adornar el boulevard…!
¡Escucha amigo…, una canción bonita…!
¡Algún poeta la habrá escrito acá, en nuestro país…!
¡Ahora la canta Marito Mortadela…!
¡Con su vieja guitarra muy bien afinada…!
¡Sí…, acá están juntos….!
¡La vaca pintada y Marito Mortadela…!
Estamos acá…, en el centro de la ciudad…
Iniciando el año…

Bunal

Enero, 2019.

El farallón.

¡Mira Felipe…, ahí está el farallón…!
¡Mira Mariana…, la roca se alza imponente allá en el horizonte…!
¡Mira Lucía…, allá está el picacho…, a la entrada de la bahía…!
¡Sólo le falta un faro en su parte más alta…!
¡Hace muchos años…, los nativos hacían fuego ahí…!
¡Luego del atardecer…, al inicio de la negra noche…!
¡Para guiar a los navegantes que volvían de un día de pesca…!
Y ahí está todavía…, y ahí estará por siempre…
Enhiesto…, erguido…, apuntando al cielo…
Como guardián eterno de la bella bahía…
Perpetuamente enamorado de una princesa india sonriente y bonita…
Siempre ha sido…, ahora lo es…, y siempre será…
El amante inmortal de la linda estrella de mar…
El novio afectuoso de la brisa suave que acaricia su rostro…
El amigo fiel de las estrellas verdes en la noche inmensa…
Sí hermano…, en él dormirán y harán sus nidos las aves marinas…
Lo arrullará el ronco rumor del mar eternamente…
Acá…, desde la playa rocosa…
Ante esta soledad imponente…, en este silencio que sobrecoge…
Bajo la inmensidad del cielo…
Lo admiramos…, alelados por su belleza salvaje…
Hoy estamos aquí…, callados…, mirando el farallón desde la orilla del mar…

Bunal

Enero, 2019.

Niño y mar.

Inicios de enero en Puntarenas…, allá por 1960…
Son como las tres de la tarde…, hace mucho sol…
La marea está bajando…
Un niño de diez años…, moreno y delgado…, va caminando por la playa…
Cerca de la espuma de las olas…
Con cuidado de que no se le mojen los zapatos…
Lleva en la mano un palo largo que recogió en la arena seca…
Está jugando con los cangrejos color verde oscuro…
Que quedan en la arena cada vez que la ola que vino se retira…
Es un niño parte blanco…, parte indio…, parte chino…
Inteligente y vivaz…, siempre atento…, siempre curioso…
Vino de vacaciones a Puntarenas…, a la casa de sus tías…
Mañana debe regresar a San José…
El niño va llorando…, es el final de esas lindas vacaciones…
Tomará el tren a las seis de la mañana…
De vez en cuando se seca las lágrimas…
¡Es tan lindo venir a Puntarenas…!
¡Son tan lindos el mar…, las islas del golfo…, la playa arenosa…!
¡El patio de la casa de las tías…, grande…, lleno de árboles…, de tórtolas…!
¡Allá en San José están su madre, su padre, sus hermanos…, sus amigos…!
¡Pero a él le gusta mucho venir de vacaciones a su lindo Puntarenas…!
Un niño…, moreno y delgado…, va caminando por la playa…

Bunal

Enero, 2019.

Mi ciudad.

Es de mañana…, estoy caminando por el centro de mi ciudad…
Se trata de un día normal del mes de enero…
En el cielo brilla un radiante sol de color amarillo…
Por las calles sopla un chiflón fuerte y frío…
¡Por dicha ando bien abrigado…!
Serán tal vez las ocho de esta mañana bonita…
¡Esta es mi ciudad…!
En ella he vivido casi toda mi vida…
¡Y me gusta…!
Tiene una gran actividad…, mucho movimiento…
La gente se ve contenta y animada…
Aunque aún es temprano en la mañana…
Ya se escucha el bullicio…, el ruido…
Ya la barrieron…, se nota limpia y ordenada…
Una linda fuente en la esquina…
Las palomas se bañan en medio del frío…
Los vendedores de tiliches ya están instalados…
Esperando los primeros clientes del día…
La Plaza de la Cultura aún está solitaria y tranquila…
Un pordiosero pide limosna…, para ir a tomarse un café caliente…
Por allá viene una mujer apurada…, muy bien vestida…
¡Esta es mi ciudad…, y me gusta…!

Bunal

Enero, 2019.

El espíritu de mi ciudad.

Hoy tenemos una mañana luminosa…, brillante…
Todo está lleno de luz…, de claridad…, de sol…
Todo está limpio…, ordenado…, recién barrido…
Hace mucho frío…, está soplando el viento del norte…
¡Hoy me lo he encontrado…!
¡En el centro…, en el boulevard…!
¡Es el espíritu de mi ciudad…!
Urbe pujante…, entusiasta…, optimista…
Está llena de vida…, llena de esfuerzo…, llena de lucha…
Viene caminando desde allá por el Hospital San Juan de Dios…
Ahora está acá…, frente al Banco Central…
Por la calle primera…
Entonces escucho el ronco sonido de las campanas…
Es la Catedral Metropolitana llamando a misa…
La gente camina…, tiritando de frío…
El sol brillante en lo alto…, el boulevard lleno de vida…
Mi ciudad es como una mujer…, bonita y coqueta…
Que camina muy seria…, con la mirada al frente…
Muy segura de sí…, confiada y afable…
Es el espíritu de mi ciudad…
Urbe pujante…, entusiasta…, optimista…
Viene caminando desde allá por el Hospital San Juan de Dios…

Bunal

Enero, 2019.

El pelotazo.

Hoy es domingo…, son las ocho de la mañana…
Corre el año 1962…, estoy en sexto grado…
Por estos días estoy jugando beisbol en la liga infantil…
Por el equipo contrario está lanzando Mito Ujueta…
Es un buen lanzador…, tira durísimo…, pero un poco descontrolado…
Yo soy el primer bate de mi equipo…
El juego está por empezar…, estamos calentando…
Cosa extraña…, al tirar…, Mito no está mirando el guante del receptor…
Lanza como mirando hacia el público que está en la gradería…
¡No está bien concentrado…!
¡El árbitro canta el inicio del partido…!
Yo estoy en la caja de bateo…, viene el primer lanzamiento del juego…
La bola blanca viene hacia mí…, al cuerpo…, en dirección a mis hombros…
Muy rápido me tiro hacia atrás…, para evitar el pelotazo…
Lo hago velozmente…, pero no puedo evitarla…
El golpe lo recibo en el codo de mi brazo derecho…
Caigo al suelo…, me duele muchísimo…, no puedo mover el brazo…
Veo a mi entrenador correr hacia mí…, todos están asustados…
El dolor es tan intenso que lo veo todo de color verde…
Estoy en el suelo…, luego me pongo de pie…, estoy mareado…
Revisan mi codo golpeado…
Me dicen que no estoy fracturado…, me voy hacia la primera base…
Juego todo el partido…, mi codo está muy inflamado…
Ya en mi casa…, mi papá y mi mamá me ponen bolsas de hielo…
Unos tres días después…, me he recuperado…, ya estoy bien…
Por estos días estoy jugando beisbol en la liga infantil…

Bumal Enero, 2019.

El estero de Bajamar.

Ya se acerca el mediodía…, hace calor…
Acá en Bajamar hace un sol radiante…
Hace un rato la marea alta alcanzó su máximo de hoy…
El estero parece un espejo…
Bordeado de verde vegetación…
¡Allá está la garza…, mírala Roberto…!
Alto en el cielo pasan dos lapas multicolores…
El pargo blanco ha entrado al estero a comer camarones…
Se escucha a lo lejos…, el rugido del mar al estrellarse contra el acantilado…
El tupido manglar…, luce tan verde…, tan brillante…,
Acá donde estamos no sopla la brisa…, todo está calmo…, hay mucho silencio…
Un hombre viejo…, costeño…, moreno…, flaco…, barbudo…
Se acerca a la ribera del estero…, ha venido a pescar…
En un pedazo de madera trae arrollada una larga cuerda…
En un tarro de lata…, trae bastantes caracoles de pata…, para carnada…
¡Su esperanza es pescar un pargo blanco de unos tres kilos…!
Se lo comería frito en su casa con su esposa del alma…
Con la cabeza del pez haría una sopa con verduras…
Eso lo comerían con arroz muy caliente…
¡Míralo Alejandro…, el hombre viejo ya se sentó a la sombra del manglar…!
¡Ojalá lo acompañe la suerte…, y logre pescar el pargo blanco…!
Gracias Evelio…, por el paseo…, este lugar tan lindo es el estero de Bajamar…

Bumal Enero, 2019.

Mujer y mar.

He llegado hasta cerca del borde del acantilado…
Ya hace bastante rato que amaneció…, el sol está alto en el cielo azul…
Frente a mí se extiende…, infinito…, el mar inmenso…
Las olas verduscas vienen a estrellarse contra las rocas…
Y entonces todo se llena de estruendo…, de espuma…, de mar…
¡Ahora la veo…, es una mujer sentada que mira hacia el horizonte…!
¡Su piel tan blanca contrasta muy bien con el gris oscuro de las rocas…!
¡Lleva los ojos pintados de verde…, con escarcha plateada…!
¡Y sus labios coloreados de anaranjado claro…!
¡Su pelo es corto…, rizado…, bonito…!
¡Su cuerpo perfecto…, cubierto apenas por un vestido amarillo con verde…!
El mar la mira embelesado…, ella sonríe… y sigue mirando hacia el horizonte…
Yo la admiro desde lejos…, es realmente muy bella… ¡y me gusta tanto…!
De pronto se pone de pie…, y extiende los brazos hacia los lados…
Parece que flotara en el aire caliente que sopla acá en la costa ardiente…
¡Me mira sonriente…, hay un brillo especial en su mirada…!
Ahora camina graciosa…, luciendo orgullosa su figura perfecta…
¡Me mira de nuevo…, me sonríe…, y me llama…!
Se desplaza entonces…, lentamente…, hacia el cielo azul…
¡No se ha ido…, sólo veo un rayo de luz que me espera…!
¡No puedo quedarme acá…, quiero tomar su mano…, quiero irme con ella…!
¡Entonces en el cielo…, dos rayos de luz…, se fueron hacia el infinito…!

Bunal

Enero, 2019.

Bajo el cielo negro.

He puesto una estera de palma sobre la arena tibia…
Aunque ya es un poco tarde…
Aún está lejana la medianoche…
Alguien puso un lienzo de terciopelo negro…
En la mitad superior de la esfera que nos cubre…
De norte a sur…, de este a oeste…, colgado del cénit…
De alguna manera pequeñas luces multicolores…
Quedaron tachonando aquel lienzo infinito…
El espectáculo es muy lindo…, es el universo que podemos ver…
Insondable…, infinito…, oscuro…, profundo…
Me he acostado en la estera…, a mirar las estrellas…
Que titilan arriba en el cielo negro…
Pegadas con tachuelas al extenso lienzo de terciopelo…
Ahí está la esfera celeste…
Conteniendo todo el universo en que vivimos…
Bajo este cielo estrellado ahora hace un poco de frío…
Estará ya cercana la media noche…
Entonces recuerdo tu cara bonita…
Tu sonrisa alegre…, tu gran inteligencia…, y tu mirada cálida…
Estoy acá en la playa…, a media noche…
Acostado tranquilo sobre la arena tibia…
Mirando las estrellas…, bajo el cielo negro…

Bunal

Febrero, 2019.

El venado en la calle.

Estamos en Naranjo…, en la Calle Guarumal…
Lindo lugar…, rodeado de potreros…, adornado con cafetales…
Acá todo es belleza…, silencio…, color verde…, naturaleza…
Hoy hace calor…, hay un sol radiante…, estamos a mediados de febrero…
Súbitamente…, nos damos cuenta que está cayendo la tarde…
Son las cinco y media…, ya el tiempo está refrescando…
Evelio y Mariana han salido de la casa…
A caminar…
Iban por la calle asfaltada…, ahora están en la parte empedrada…
A un lado de la calle está el potrero seco…
Al otro lado un cafetal lindísimo…
Encima de ellos…, el cielo azul…
¡De pronto…, un venado salta del potrero a la calle…!
¡Se para en mitad de la calzada…!
¡Los mira sorprendido…, no está asustado…!
¡Sabe que ellos no le harán daño…!
¡Clava en los caminantes su mirada buena…, mueve la oreja derecha…!
¡Es un venado grande…, de unos doscientos kilos…!
¡Es un animal sano…, un ejemplar joven…!
¡De pronto salta…, pasa por encima de la cerca…!
¡Y desaparece en el cafetal…, sólo se oye su ruido al correr…!
¡Qué alegría…, un venado silvestre…, en su hábitat natural…!

Bumal

Febrero, 2019.

Germinación.

Ahí está la india Josefa…, tranquila…, conforme…, contenta…
Sentada al frente del rancho en que vive con él…
Es la esposa del indio Marenco…
El hombre real…, que un día se casó con ella…
Vivieron felices en su mundo…, su casa…, su bosque…, su río…
De ellos nació la vida…, como germinan los tallos al empezar el invierno…
Los cuidaron con esmero…, con cariño…, con mucho amor…
Ya sus hijos se hicieron grandes…, ya se fueron…
En la casa hay menos ruido…, menos actividad…, ya no hay algarabía…
Ahora están ellos dos solos…, unidos como siempre…, juntos y sonrientes…
Se pasan las horas tomados de la mano…, conversando…
Ella es la dueña del mundo…, del mundo de Marenco…
Hizo germinar en ese universo la vida…, los hijos…, la dicha…
El mundo es de ella…, un mundo sagrado…, que lo incluye todo…
Ese mundo que es su propio mundo…, donde viven juntos…
Tomados de la mano…, conversando…
Ahora lo abarcan todo…, el universo entero…
Ahora todo es luz…, brisa fresca…, aire transparente…
Ahí está la india Josefa…, tranquila…, conforme…, contenta…
Sentada al frente del rancho en que vive con él…
Es la esposa del indio Marenco…
El hombre real…, que un día se casó con ella…

Bumal

Marzo, 2019.

Encuentro.

Acá…, en las cumbres de la cordillera…
Están la niebla blanca… y el viento frío…
Aquí…, en las alturas…, donde viven los volcanes…
Están el macizo silencioso… y la brisa congelante…
Al pie de la montaña…, ya casi en el valle verde…
Están el río caudaloso… y la lluvia vivificante…
El cerro imponente… y la llanura infinita…
Y allá a lo lejos…, donde termina la serranía…
Están la llanura inmensa…, y el mar celeste claro…
Ahora miro hacia mar adentro… ¡y me sorprendo…!
Allá muy lejos…, en la línea del horizonte…
Están el plano de la tierra… y el cielo azul…
Hasta llegar a tocar la esfera celeste…
Y más lejos aún…, mirando hacia arriba o hacia abajo…
Hacia el este o hacia el oeste…, al norte… o al sur…
Podemos ver dos pares de cosas que se encuentran… y que van juntas…
La inteligencia universal… y el tiempo…, la materia… y el espacio…
Y en esto está contenido todo… ¡es el universo infinito…!
Y el amor es eso…, es el encuentro de dos que se anhelan… y se aguardan…
De ellos surge la pareja…, con sus cosas lindas… y sus vivencias duras…
Y en ese universo sin límites…, se encontraron… ¡por fortuna…!
La india Josefa… y el indio Marenco… ¡y de ellos germinó la vida…!

Bernal

Marzo, 2019.

Centinela.

Hemos viajado desde hace tres o cuatro horas…
Estamos acá…, en el calor de la llanura infinita…
El camino es estrecho y polvoriento…
A veces rojizo…, a ratos blanquecino…
El clima está muy caliente…, está cerca el medio día…
Aquí…, en la serranía…, hay un bosque bonito…
Cerca andarán el venado…, el jaguar…, el puma…
Estarán a la sombra…, evitando el sol intenso…
Casi no se escuchan ruidos…, sólo el viento en los árboles…
Frente a nosotros están los cerros resecos…
Y allá…, al otro lado…, el mar azul celeste…
Hasta el litoral llega el bosque verde…
Ahí se topa con la playa blanca…
La belleza de estos parajes no tiene parangón…
En este lugar se percibe la mirada de la india Josefa…
Está vigilando su casa…, su hogar…, su tierra…, su mundo…
No dice una palabra…, solamente nos mira…
Su mirada es tranquila…, serena…, indulgente…, piadosa…
Es la centinela… que nos observa…
Es la inteligencia universal…
Que todo nos lo dice con su mirada buena…
Entonces nosotros guardamos respetuoso silencio…

Bernal

Marzo, 2019.

Caricia.

En las laderas de la serranía está sentada la india Josefa…
Está mirando el paisaje…
Su mirada buena se pasea por esas cosas…
Que hoy la rodean por todas partes…
Al posarse sobre ellas…, despacio y en silencio…
Se siente como si…, con su mirada…, las acariciara…
Una a una…, parsimoniosamente…, con mucho cariño…
A sus espaldas se levantan las montañas de la cordillera…
A un lado…, se levanta impresionante el cerro más alto…
A sus pies está la llanura verde…, brillante…, calurosa…
Que va a descansar a lo lejos…, al borde del mar…
Y desde acá los mira…, a lo lejos…, en lontananza…
Los acantilados…, los islotes… y los farallones…
Y más allá de ellos…
La línea del horizonte…
Donde se juntan… el mar celeste… con el cielo azul…
Está sentada…, con sus brazos morenos abraza su cuerpo de bronce…
Con su mirada valiente acaricia todo el paisaje…
La posa en su casa…, en la mesa sagrada…, en su cama bendita…
En el indio Marenco…, su esposo…, que está labrando el terreno…
En las laderas de la serranía está sentada la india Josefa…
Está mirando el paisaje…

Bernal

Marzo, 2019.

Arrullo.

Algún ruido me ha despertado…
Son las cuatro y treinta de la mañana…
Hace frío…, la habitación está muy oscura…
Reina un silencio casi absoluto…
Es una madrugada negra…, negra y fresca…
Me quedo quieto escuchando ese silencio…
Ese silencio que abarcará todo el valle…
Y que baja de la cordillera y de las serranías…
Entonces lo escucho…
Es un yigüirro que está cantando…
Estará parado en uno de los árboles que hay frente a mi casa…
¡Su canto fue lo que me despertó…!
Estamos en la tercera semana de marzo…
Y ya están empezando a cantar pidiendo la lluvia…
Es un canto muy lindo…,
que resuena fuerte en la quietud de la madrugada…
Cierro los ojos…, quiero escuchar su música…
El yigüirro como que lo sabe…
Y sigue cantando…
¡Qué bonito momento…!
Me vuelvo a quedar dormido…,
arrullado por ese canto en la madrugada fría…

Bernal

Marzo, 2019.

Canto a la vida 2.

En el espacio negro y frío…, cerca del cero absoluto…
En una gigantesca nube de gas y de polvo…, en nuestra galaxia…
Hace muchos años nació una estrella…, a la que nosotros llamamos sol…
Y en torno a ella…, en el gas y el polvo restantes…
Se formaron los planetas…, de roca…, de gas…
Y allá muy lejos del sol…, algunos muy pequeños…, cubiertos de hielo…
Y en torno al sol…, en los restos de la nube gigantesca…
A partir de moléculas orgánicas…
Se hizo la vida…
Que al día de hoy sólo la conocemos en nuestro planeta…
Y entonces se hicieron los mares…, y en ellos los peces…
Nacieron también los cangrejos…, las almejas…, y los caracoles…
En tierra firme se formaron los bosques…
Y en ellos el elefante…, el venado…, el jaguar… y el león…
Crecieron millones de árboles…
Y en ellos vivieron las aves…, el yigüirro…, el gavilán…, y el tucán…
Y aparecimos también nosotros los seres humanos…
Con nuestras virtudes…, y con nuestros defectos…
Así…, hermano…, hace muchos años…, se hizo la vida…
Y un artista…, muy inteligente y muy hábil…, maravillado por el milagro…
Hizo una escultura…, muy blanca… y muy linda…
Y la llamó Canto a la Vida…

Bernal

Marzo, 2019.

Refugio.

Desde acá puede ver la entrada de la bahía…
Allá…, a lo lejos…, se ve la línea del horizonte…
Por ahí ve partir…, temprano por las mañanas…
A su esposo…, el indio Marenco…
Que sale de pesca a traer la comida de la casa…
Por ahí lo ve llegar…, al caer de la tarde…
Casi siempre viene con la comida…, lo acompaña la suerte…
Ella se pasa el día trabajando…, en la casa de unos vecinos…
A eso de las cuatro…, se viene a acostar en la banca del corredor…
A esperar…, viendo hacia la entrada de la bahía…
A ella…, la india Josefa…, le gusta este lugar…
Es su universo…, es su mundo…, es su casa…, es su hogar…
Todo esto lo tiene en sus manos…, morenas…, cobrizas…
Acá pasa las horas tranquila…, apacible…, conforme…
En este mundo está alejada de todo…
Donde ella decide qué pensar…, qué decir…, qué hacer…
Aquí se siente parte de un universo propio…
Lo hizo tomada de la mano del indio Marenco…
Ellos están juntos desde el principio de los tiempos…
Desde antes de que existiera la bahía…, el bosque…, el cocotero…
Es un refugio…, su refugio bendito…
A ella…, la india Josefa..., le gusta este lugar…

Bernal

Marzo, 2019.

Energía atávica.

La india Josefa va caminando por el camino polvoriento…
Son las seis de la mañana…
Ya desayunó con su esposo…, el indio Marenco…
Ahora va para su trabajo…, en la casa de unos vecinos…
Estará ahí hasta las cuatro de la tarde…
Hace media hora que el indio Marenco salió de pesca…
A traer la comida de la casa…
Saldrá del mar más o menos a las cinco de la tarde…
Cuando la marea empiece al crecer…
Ellos son felices acá…, en el silencio…, en la tranquilidad…
Hoy cenarán contentos…, y quedarán satisfechos…
Con lo que tienen…, con la comida…, con ellos mismos…
Después de la cena se sentarán en el corredor de la casa…
A conversar…, tomados de la mano…
En el silencio de la noche santa…
Bajo la luz de las estrellas…
Luego irán a dormir…
Ellos son felices acá…, en el silencio…, en la tranquilidad…
Oyendo a lo lejos el tumbo de las olas…
Y…, cerca de la casa…
Los ruidos de los animales silvestres…
Que andan por ahí…, sin temor…, buscando qué comer…

Bunal

Marzo, 2019.

Fin de la semana santa.

Hoy es domingo de resurrección…
Desde la mañana…, el día ha sido brillante…, soleado…, caluroso…
Está terminando la semana santa…
Todo está tranquilo…, sereno…, silencioso…, quieto…
Casi no sopla brisa…, las ramas de los árboles están inmóviles…
Está cayendo la tarde…, serán tal vez las cinco y media…
Temprano hizo mucho calor…, pero ya está más fresco…
Miro hacia el oeste…, hacia el horizonte…, hacia el infinito…
¡Qué lindo paisaje…!
Allá a lo lejos el cielo está lleno de luz…
Las nubes blancas…, rosadas…, amarillas…, multicolores…
Y entre ellas…, porciones de cielo azul…
Y detrás de ellas…, a lo lejos…, brilla el sol inmenso…
Radiante…, resplandeciente…, proyecta su luz desde allá muy lejos…
Desde más allá del final del universo…
Esa luz…, que alumbra y llena todo…
Bajo ese resplandor…, vemos las cosas…, muy claras…, muy simples…
Es la inteligencia universal en todo su esplendor…
Quietud completa…, nada turba el silencio de la tarde que cae…
Es el atardecer de hoy domingo de resurrección…
Serán tal vez las cinco y treinta…
Miro hacia el infinito… ¡qué lindo paisaje…!

Bunal

Abril, 2019.

Se está iniciando el invierno.

Hace pocos días empezó el mes de mayo…
Hoy es viernes diez…, ha pasado poco más de una semana…
La tarde está oscura…, está cayendo una garúa que moja bastante…
En la quietud de la tarde suenan las campanas de una iglesia…
Estoy escribiendo en mi casa…, la luz de la habitación está encendida…
La plazoleta redonda que hay al frente está mojada…
El silencio de la tarde se vino a descansar entre los árboles…
Entre los árboles de la plazoleta…
De pronto…, el silencio es roto por el canto de los yigüirros…
Que piden el agua…, el agua bendita del invierno tropical…
Luego todo queda en silencio otra vez…
Tap…, tap…, tap… una gota sigue cayendo del techo a la acera…
Ahora sólo eso se escucha…
Pasan los minutos…, sólo el ruido de los carros se percibe en el silencio…
Ha dejado de llover…
Se presenta de nuevo el canto de los yigüirros…
Miro por la ventana…, no se ven las montañas de la cordillera…
El cielo y todo lo demás se ha vestido de un color plomizo…
De ese color plomizo que presagia la lluvia de la tarde…
Hace pocos días empezó el mes de mayo…
Hoy es viernes diez…, serán tal vez las cinco de la tarde…
Ya pronto va a atardecer…, está cayendo una garúa rala y suave…

Bunal Mayo, 2019.

Madrugada oscura y fría.

Ahora tengo cinco años de edad…, aún no voy a la escuela…
Vivo con mi familia en Monterrey…
Es de madrugada…, no sé qué hora es…, quizás las cuatro y treinta…
Estoy despierto…, todo está muy oscuro…, hace mucho frío…
Doña Emilia vende pájaros en el mercado central…
Vino a vivir por poco tiempo a mi casa…
No pudo pagar el cuarto donde vivía…
Le pidieron que desocupara…
En estos momentos ocupa uno de los cuartos de mi casa…
Vino hace unos días…, con todas sus jaulas…
Me levanto de la cama…, descalzo…, quiero ver los pájaros de Doña Emilia…
El mosaico está frío…, mi pijama es de tela de manta de saco de azúcar…
Todos en la casa están durmiendo…, reina un gran silencio…
Llego a la puerta del cuarto de Doña Emilia…
Hay muchas jaulas…, cubiertas con cuadros de tela vieja…
Todo está tan oscuro…, casi no puedo ver nada…, el piso está muy frío…
Estoy en cuclillas en la puerta del cuarto…, espero un rato…, mirando…
¡De pronto lo escucho…, está cantando el jilguero campana…!
¡Toda la casa se llena de música…, sus trinos lo llenan todo…!
Es un canto muy lindo…, lo recordaré por siempre…
¡Luego canta tres o cuatro veces más…, lindísimo…!
Todos en la casa están durmiendo…, reina un gran silencio…

Bunal Mayo, 2019.

Madrugada lluviosa.

Serán tal vez las cuatro y media de la mañana…
Me parece que está cayendo una lluvia intensa…
Me despertó el ruido de las gotas en el techo de mi casa…
Está lloviendo…, está lloviendo fuerte…
Todo está muy oscuro y hace frío…
Ahora estoy despierto…, está fresca mi habitación…
Pienso entonces en tantas cosas…
En la madrugada misteriosa…
En el valle donde vivo…
En la cordillera imponente…
En la figura silenciosa de nuestro vigía…, al sur del valle…
Nuestro hermano el Pico Blanco…
Me quedo pensando y escuchando la lluvia que cae…
Ahora estoy tranquilo… hay mucho silencio…
En mi cama me vuelvo hacia otro lado…
Y entonces me quedo dormido…
-¡Estará lloviendo en todo el valle…!-, pienso…
Es bonito así…, oir llover en la fresca madrugada…
Ahora serán ya casi las cinco de la mañana…
Mi casa está oscura…, sólo se escucha la suave lluvia que cae…
Reina el silencio y hace frío…
Afuera sigue lloviendo…, todo está muy oscuro…

Bernal Mayo, 2019.

Mis maestras.

Escuela Dante Alighieri…, en Monterrey…
Escuela Claudio González Rucavado…, en San Cayetano…
Templos del saber…, cunas del conocimiento…
Fueron el inicio de una de las más grandes aventuras de mi vida…
En ellas aprendí a leer…, a escribir…, a sumar…, a restar…
Aprendí también de la división…, de la multiplicación…
Nunca olvidaré las lecciones que recibía…
Mis maestras…, mis compañeros…, mi pupitre…
Aquellas maestras marcaron mi vida…
Sin ellas…, otra hubiera sido mi historia…
Mi circunstancia…, en gran medida…
Quedó definida en sus aulas…
Fueron años mágicos…, llenos de estudio…, de esfuerzo…
Me estaban preparando para ir por la vida…
Estaba aprendiendo a resolver problemas…
Los problemas propios de mi existencia…
Ellas definieron mi futuro…
He sido quien soy…, gracias a ese aprendizaje…
Pido un aplauso…, con entusiasmo…, todos de pie…
Para mis maestras…, para esas personas que me enseñaron tantas cosas…
Hoy…, a mi edad…, ya hice la tarea que me encomendaron…
Creo haberme sacado…, como mínimo…, un noventa…

Bernal Junio, 2019.

Tarde encapotada.

Hoy ha sido un día sin sol…, día jueves…
Día jueves de mediados de año…
Desde temprano ha prevalecido un resplandor transparente…
Por la mañana…, desde las nueve…, estuvo caluroso…, bochornoso…
A medio día creí que empezaría a llover…
Esperaba un aguacero típico del mes de junio…
Pero no…, no llovió del todo…
Siguió prevaleciendo el resplandor transparente...
Y así ha pasado la tarde…
Ahora serán las cuatro…, el cielo está encapotado…
Desde mi ventana se ven las montañas del sur del valle…
Las del norte están cubiertas por las nubes…
No puedo ver Las Tres Marías…, y su volcán Barba…
En cambio hacia el oeste se nota el cielo despejado…
Una claridad resplandeciente lo ilumina todo…
Saliendo del valle…, bajando de la cordillera…, hasta llegar al mar…
Es extraño…, día jueves…, mes de junio…, cuatro de la tarde…
Y todo está en silencio…, sólo se oyen los perros ladrar…
Y una bandada de pericos que pasa haciendo mucha bulla…
A lo lejos se escuchan carros que andan de arriba abajo…
En un par de horas habrá atardecido…
Se respira una gran quietud…, la tarde está encapotada…

Bunal Junio, 2019.

Último día de junio.

Hoy es domingo treinta…, último día de junio…
Hace rato estoy sentado en mi habitación de la casa…
Serán acaso las tres de la tarde…
Gruesos nubarrones negros se ven allá…, en lontananza…
El gran silencio de esta tarde de domingo…
Se ve turbado por el retumbo de truenos lejanos…
Entonces los cuento…, uno…, dos…, tres…, cuatro…
Cada vez suenan más cerca de donde estoy…
Ahora han pasado unos quince minutos…
Lo que eran truenos lejanos…
Ahora son rayos luminosos que caen muy cerca de acá…
Lo iluminan todo…, los truenos resuenan con amenazante violencia…
Entonces se va la luz…, mi habitación queda oscura por algunos minutos…
Grandes goterones de lluvia empiezan a caer…
Es un aguacero intenso…, de esos que caen en el trópico nuestro…
Un rayo rasga la atmósfera…, todo se ilumina de azul…, celeste…, amarillo…
Con inusitado estrépito se desencadena un trueno inmenso…
El aguacero torrencial sigue cayendo…
Pasan los minutos…, ahora la rayería parece estar cesando…
Hoy es domingo treinta…, último día de junio…
Hace rato estoy sentado en la habitación de mi casa…
En la cual acostumbro escribir mis cuentos y poemas…

Bunal Junio, 2019.

Las Tres Marías.

Hoy es martes…, estoy sentado en la soda…
En este día no ha llovido…, sólo ha caído una garúa muy suave…
Serán si acaso las cuatro de una tarde luminosa…
Estoy mirando hacia afuera…, viendo pasar personas y carros…
El cielo está despejado…, todo se nota transparente y diáfano…
A través de la puerta del negocio veo la cordillera…
Esa cordillera inmensa que define el valle por el norte…
Sigo mirando hacia afuera…
Hacia el horizonte en esta tarde llena de resplandor…
Allá están Las Tres Marías…
Cubiertas de vegetación…, aunque desde aquí las veo azules…
Son tres montañas…, que se alzan enhiestas allá en la lejanía…
Imponentes…, impresionantes…, majestuosas…
Debe tratarse de tres volcanes…, ahora inactivos…
De hecho una de ellas es el Volcán Barba…
Allá en las cumbres tendremos quizás unos diez o doce grados…
Entre los árboles pasará silbando el viento a esta hora de la tarde…
Debe de estar haciendo mucho frío…
Probablemente caerán chubascos intermitentes…
La laguna del Volcán Barba tal vez se verá de un color grisáceo…
Lejos…, a mucha distancia de acá…, puedo ver Las Tres Marías…
Son tres montañas…, que se alzan enhiestas allá en la lejanía…

Bunal

Julio, 2019.

Tierra de cerros y volcanes.

Vivo acá…, en el cordón de fuego…
En una franja donde el magma parece estar muy cerca…
Es una zona llena de ondulaciones…, prominencias… y protuberancias…
Mi país tiene en el centro tres grandes cordilleras…
Cordilleras inmensas…, altísimas…, impresionantes…
Entre ellas están los valles…, verdes…, luminosos…
Tenemos también lindas serranías…, en las estribaciones…, hasta llegar al mar…
Andando por las calles de los pueblos que hay en esos valles…
O al pie de las montañas azuladas…
Se ven los volcanes inquietantes…, peligrosos…, ceñudos…
También se pueden apreciar los altos cerros…
Puntiagudos…, silenciosos…, aparentemente inofensivos…
¡Como el Cerro Turrubares…!
Tal vez algunos de ellos sean volcanes…
Ahora dormitando…, tranquilos…, silenciosos…
Quizás un día despertarán con gran estrépito…
Y la gente correrá a buscar refugio…, tanto más lejos…, mejor…
Pero mi tierra es así…, verde…, bellísima…, y salvaje…
Llena de peligros…, llena de aventuras…, llena de vicisitudes…
De cordilleras de fuego…, de belleza…, de peligros…
Esta es mi tierra…, tierra de cerros…, valles…, ríos…, y volcanes…
Acá vive una gente buena…, que a pesar de los obstáculos y escollos…, es feliz…

Bunal

Julio, 2019.

Somos un milagro.

Un hombre… y una mujer…
Un espermatozoide… y un óvulo…
Ambos son paquetes de información…
Millones de líneas de código…
Escritas en un lenguaje misterioso que aún no conocemos…
Millones de posiciones que definen millones de datos…
Que establecen la herencia…, las referencias…, las características…
Las características físicas…, lo fundamental de la parte sicológica…
Todo a nivel atómico…, pura electrónica…, el mundo de las partículas…
Se encontraron…, el espermatozoide…, fecundó al óvulo…
En ese instante… ¡ya es un ser humano…!
Ahora ya se ha formado una persona…, completa…, un individuo…
Con la información y datos contenidos en el espermatozoide…, y en el óvulo…
Se ha creado un programa…, ejecutable durante la vida del nuevo ser humano…
Se ejecutará sin pausa…, de manera perfecta…, infalible…
Es un programa único…, e irrepetible…
La inteligencia universal aplicará todas sus leyes naturales…
Para que ese programa maravilloso se ejecute…
Desde el momento de la fecundación…, hasta el último día…
Eso somos…, hermano…, tú y yo…
Todos nosotros… ¡somos un milagro…!
¡Es un gran privilegio haber nacido…!

Bunal Agosto, 2019.

Madrugadas lluviosas.

Estamos en pleno mes de agosto…
Casi todos estos días ha amanecido lloviendo…
Empieza a caer la lluvia como a las cuatro de la mañana…
Han sido madrugadas oscuras…, lluviosas…, frías…
Llueve unas dos horas…, no muy fuerte…, pero tupido…
En el silencio inmenso que precede al amanecer…
Sólo se escucha el rumor de las gotas que caen en el techo…
Afuera todo está húmedo…
La acera, la plaza y el jardín estarán mojados…
La tierra debe estar empapada y saturada…
Reina un silencio casi absoluto…
Hay una gran quietud…, no sopla el viento…
Incluso dentro de mi casa hace frío…
El aire en mi habitación parece hecho de cristal transparente…
Llueve un rato más…, algo así como una hora…, o quizás hora y media…
Ahora ya son como las cinco y pico…
Entonces empiezo a ver el resplandor de la aurora…
Ya ha dejado de llover…, cae sólo una especie de pelo de gato…
Me siento bien…, aunque sigue haciendo un frío intenso…
Ya pronto debo levantarme…
Hay una gran quietud…, no sopla el viento…
Entra la tenue luz del amanecer por la ventana de mi habitación…

Bunal Agosto, 2019.

Dong…, dong…, dong…

Hoy es un lunes típico del mes de agosto…
Ayer domingo…, a las ocho de la mañana…, salí a caminar…
Debo hacerlo tres días por semana…, una hora cada día…
Los otros tres días…, debo hacer ejercicios con pesas…
Eso me han recomendado mis médicos…, desde hace muchos años…
Voy de camino…, paso por Plaza Víquez…
Personas buenas les dan de desayunar a los indigentes…
Gallo pinto…, huevo picado…, pan con mantequilla… y café caliente…
Son muchos…, unos treinta o cuarenta…, comen con buen apetito…
Sigo andando…, paso por una zona de bares…
Hombres y mujeres…, ahí…, conversando…, riendo…
Amanecieron en la calle…, todavía están tomando…
Otros bailan dentro de los salones oscuros y ruidosos…
Acá todo huele a alcohol…, a cigarrillo…, a drogas…, a sexo…
Paso ahora por el barrio chino…, antiguo Paseo de los Estudiantes…
Casi no hay gente en el boulevard…
Las personas que topo…, tienen cara de trasnochadas…
Ahora llego al otro boulevard…, el de la antigua avenida central…
Empleados municipales lo están barriendo…
Hay mucha basura…, los indigentes duermen en el suelo…
De pronto…, suenan muy fuerte las campanas de la Catedral Metropolitana…
Dong…, dong…, dong…, dong…, llaman a misa de nueve…
A esta hora casi todos los negocios están cerrados…
Hace buen sol…, ya se siente un poco de calor…
Sigo andando…, me devolveré del Banco Central…

Bunal

Agosto, 2019.

Se fueron las esculturas.

Primeros días de setiembre…, estamos en la primera semana del mes…
Hoy es un día miércoles…, amaneció soleado y brillante…
Temprano salí a caminar…, siguiendo mi ruta habitual…
De camino pasé por el boulevard…, el de la antigua avenida central…
En ese momento serían tal vez las ocho de la mañana…
La gente iba y venía como siempre…
Todos recién bañados…, mujeres olorosas a perfume…
De prisa…, caminando rápido hacia sus trabajos…
La rutina de cada mañana…, la costumbre de todos los días…
Pero algo faltaba…, aquel espacio parecía vacío…
Había un volumen libre…, inmenso…, abandonado…
Que nada lo podría llenar…
¡Noté que se habían ido las esculturas…!
Se las llevó el tiempo…, las arrastró el viento del invierno…
Estuvieron ahí hasta el catorce de julio…
Ahora ya no están…, se llevaron con ellas su belleza… y su armonía…
¿Dónde estarán ahora…?
¿Volveré a verlas algún día…?
¿Quién escuchará ahora su mensaje de paz y serenidad…?
¿Estarán tal vez entre las nubes blancas…?
¿Andarán por allá…, por el frío de la alta cordillera…?
¡No lo sé…!
Sólo sé que quedaron en mi mente…, en mis recuerdos…
Adornaron mi ciudad tantos días…
Ahora están acá…, a mi lado…, en estas líneas que hoy escribo…

Bunal

Setiembre, 2019.

La voz de las esculturas.

He escuchado un murmullo lejano…
Viene desde lejos…, aunque lo siento muy cerca…
Lo percibo tan cerca…, que me parece que brota de mi mente…
Es la voz inconfundible de las esculturas que se fueron…
Y que yo no sabía dónde estaban…, o hacia dónde habían ido…
Lo oigo cuando pienso en las serranías…
En el bosque verde que crece allá…, en la ladera de los volcanes…
En el rancho donde viven los indios… Carmen Justina y su esposo José Abdulio…
El murmullo es fuerte a la hora de la cena…, por la tarde…
Cuando en el centro de la mesa alumbra una candela bendita…
Cuando el silencio es total en la fría madrugada…
O cuando apenas alumbra la aurora al amanecer…
El murmullo lejano se vuelve una voz que me habla con claridad…
Se transforma en conceptos que me llevan a entender mi origen…
Es entonces la guía que me lleva a los sitios en donde soy feliz…
Al bosque verde…, a la playa rocosa…, a la cordillera infinita…
A mi hogar tan querido…, a mis libros de astrofísica…, a la cama donde duermo…
Y trae a mis pensamientos mis hermanos del alma…
El puma lindísimo…, el cocodrilo de cuatro metros…
La lapa multicolor…, el gavilán solitario…
El pájaro fragata…, el buchón grisáceo…, el pato aguja…
He escuchado un murmullo lejano…
Viene desde lejos…, aunque lo siento muy cerca…
Lo percibo tan cerca…, que me parece que brota de mi mente…
Es la voz de las esculturas…, que en este momento me dictan un poema…

Bernal Setiembre, 2019.

Equinoccio de otoño.

Vivo en Costa Rica…, diez grados de latitud…
Hemisferio norte…
Tenemos sólo dos estaciones…
La estación lluviosa…, y la estación seca…
Pero…, aunque en forma apenas perceptible…
Si uno se fija con cuidado…, se notan las cuatro estaciones…
Las cuatro estaciones que disfrutan los que viven más al norte…
Hoy es domingo…, veintidós de setiembre…, ayer fue sábado veintiuno…
Terminó ya el verano…, se inicia el otoño…
Es la fecha del equinoccio…, del equinoccio de otoño…
A partir de hoy…, cada día que pase amanecerá un poco más tarde…
Cada día que pase atardecerá un poco más temprano…
Cada día tendrá un poco menos de horas de luz del sol…
Será un tanto más fresco…
Y cuando llegue el final del año…, cuando vengan noviembre y diciembre…
Soplarán los vientos de navidad…, fuertes y fríos…
Aún acá en mi país…, algunos árboles botarán sus hojas…
Y el suelo se llenará… en ciertos lugares…
De hojas secas de color café amarillento…
Hoy es domingo…, veintidós de setiembre…, ayer fue sábado veintiuno…
Ya pasó el verano…, bienvenido el otoño…
Si todo va bien, en un par de meses, estaremos en tiempos de navidad…
De aquí a allá…, viviremos un otoño apenas notable…, pero muy bonito…
Vivo en Costa Rica…, diez grados de latitud…
Hemisferio norte…

Bernal Setiembre, 2019.

El volcán Irazú.

Estoy sentado en una de las mesas de la soda…
Son algo así como las tres y treinta de la tarde…
Tarde soleada, brillante y despejada…
Algo raro estando en esta última semana de setiembre…
Desde acá puedo ver bien la cordillera…
Mirando hacia el noreste…, o casi hacia el este…
Entonces lo veo allá a lo lejos…
Con su cumbre llena de antenas y torres…
Ahí…, en lo alto de la cordillera…, en las alturas…
Debe de estar haciendo mucho frío…
Tal vez doce…, tal vez trece…, tal vez catorce grados…
Soplará ese viento que hiela los huesos…
Ese viento que pone la nariz y las orejas frías…
Ahora veo las montañas de color azul…
Casi no hay nubes…, sólo algunas…, muy blancas…
Contrastan muy bien con el celeste del cielo…
Entonces se las empieza a llevar el viento de la tarde…
Que sopla del este hacia el oeste…
De pronto el volcán se aclara aún más…
Súbitamente lo veo nítido…, completo…, perfecto…
Está dormido…, duerme tranquilo…, plácido…
Hace cincuenta o sesenta años estaba activo…
Violento…, intimidante…, amenazador…
Estoy sentado en una de las mesas de la soda…
Desde acá veo el volcán Irazú…, majestuoso…, lindísimo…

Bunal

Setiembre, 2019.

Noche lluviosa y fría.

Esa noche fue una noche típica de octubre…
Era uno de estos primeros días del mes…
Llovió toda la tarde…, desde temprano…
Como a las cinco y media ya estaba oscuro…
Oscuro y frío…
Ya a las seis había caído la noche…
Y continuaba cayendo una garúa fina…
La ciudad estaba silenciosa…, todo era humedad…
Casi no soplaba brisa…, todo estaba en silencio…
Sólo se oía el ruido que hacía la lluvia al caer sobre los techos…
El alumbrado público se reflejaba en la calle empapada…
Por ahí de las siete…, ya no había gente en la calle…
Todos se habían ido para sus casas…
Incluso había pocos carros en circulación…
Sentía hambre…, por dicha ya pronto cenaríamos…
Como a las ocho pasadas llegamos a la casa…
Todo estaba iluminado por la luz de los bombillos…
Porque antes de salir dejamos las luces encendidas…
En la mesa ya estaban colocados los platos…, y en el centro una candela…
Sólo teníamos que encenderla y calentar la comida…
Todo estaba muy bonito y tranquilo…
Nuestro hogar es tibio y acogedor…
Esa noche fue una noche típica de octubre…
Era uno de estos primeros días del mes…
Llovió toda la tarde…, desde temprano…

Bunal

Octubre, 2019.

Viendo llover.

Ahora recuerdo…, ese día era antier…, el jueves diez de octubre…
Había llovido desde antes del mediodía…
Llovió toda la tarde…
A veces dejaba de llover…, para luego de un rato volver a empezar…
La gente tenía que estar cerrando y abriendo los paraguas y las sombrillas…
Al ser las siete de la noche…
Más o menos…
Estaba lloviendo fuerte…, había mucha agua en la calle…
Los carros pasaban y la levantaban…, salpicaba hasta la acera…
Del cielo llovían miles de gotas de agua que brillaban como diamantes…
Al pegar contra el suelo, se deshacían en muchas gotas diminutas…
Que eran iluminadas por las luces de los carros…
Parecía una lluvia de estrellas…, amarillas…, rojas…, y rosadas…
Las personas pasaban caminando de prisa…
Probablemente habían salido de sus trabajos ya tarde…
Irían quizás para sus casas…, a cenar…, y a descansar…
Los estarían esperando sus familias…
Para compartir y conversar un rato…, para ir después a dormir…
Un manto negro…, y húmedo…, cubría la ciudad…
El alumbrado público luchaba por mantenerlo todo iluminado…
Pero predominaban la oscuridad…, y la lluvia…
La noche había caído ya hacía mucho rato…
Todos estábamos cansados y con frío…
Era ya hora de irnos para la casa…
Del cielo llovían miles de gotas de agua que brillaban como diamantes…

Bernal Octubre, 2019.

El violinista.

Serán las ocho y treinta de la mañana…
Voy caminando por el boulevard de la antigua avenida central…
Al llegar a la esquina del Banco Central…, lo veo…
Es el violinista que toca acá…, para el disfrute de los transeúntes…
A veces toca de pie…, otras veces sentado…
La gente pasa a su lado…, algunos le dan una moneda…
Él sigue tocando…, ejecutando sus partituras…, deleitando al público…
Las notas brotan del violín y se propagan por el boulevard…
Lo llenan todo…, todo es armonía…, todo es belleza…
Suben entonces al cielo…, se dispersan entre los planetas…
Saturan con su ingenuidad el espacio negro y frío…
Ahora vagan allá…, entre las estrellas…
Se propagan entonces por entre las galaxias inmensas…
Hasta llegar a un lugar lejano…, al infinito…
Y luego van más allá…, más allá del infinito…
Donde no existen ni el tiempo…, ni el espacio…
A ese lugar donde todo es silencio…, eternidad…, y luz…
A esa sustancia invisible que lo envuelve todo…
Que lo contiene todo…
Se escucha de pronto…, en el boulevard…, una ovación inmensa…
Todos de pie…, sombrero en mano…, el violinista lo agradece…
Serán las ocho y treinta de la mañana…
Voy caminando por el boulevard de la antigua avenida central…
Al llegar a la esquina del Banco Central…, lo veo…
Es el violinista que toca acá…, para el disfrute de los transeúntes…

Bernal Octubre, 2019.

El violinista reposando.

Voy caminando…, hoy domingo es un día soleado…, estoy en el boulevard…
En el boulevard de la antigua avenida central…
Casi al llegar a la calle dos lo encuentro…, está sentado…
El violinista está dormitando…, tranquilo…, conforme…, en su silla blanca…
¡Mira…, hermano…, es el artista reposando…!
¡Recién acaba de terminar de ejecutar una partitura…!
La partitura de una composición de uno de los grandes maestros…
En el lugar aún flotan en el aire las notas de esa música maravillosa…
Todo está lleno de música…, de la música del violinista…
Ahora la melodía lo abarca todo en la ciudad…
Y mucho más lejos…
Llenan los pasos que hay allá arriba…, entre los volcanes…, en la alta cordillera…
Allá en el bosque…, en Tapantí…, la danta y su cría…
Detienen su andar para disfrutar de esa música que lo colma todo…
El valle entero…, pleno de notas musicales…
El Pico Blanco…, en la distancia…, se complace al escucharlas…
El rumor del río de aguas frías que baja de las montañas…
El murmullo de la cascada blanca que cae desde lo alto…
El ruido del viento que sopla entre las copas de los árboles…
Se mezclan con el concierto del violinista…
Para hacer la música del universo…
Esa música prodigiosa del universo amigo…
Casi al llegar a la calle dos lo encuentro…, está sentado…
El violinista está dormitando…, tranquilo…, conforme…, en su silla blanca…
¡Mira…, hermano…, es el artista reposando…!

Bernal

Octubre, 2019.

Justiniano Orozco.

Justiniano Orozco…, el violinista del boulevard…
Ahí está…, sentado en la antigua avenida central…
A unos veinte metros de la calle dos…
Está ejecutando una de sus obras preferidas…
Es muy linda su música…, es pura belleza…
Desde el cielo…, nuestra hermana…
Sor Juanita Borbón Salas…
Le sonríe…, contenta…, y lo aplaude con entusiasmo…
Él toca su violín…
Eso lo llena…, lo satisface…, lo distrae…, lo entretiene…
Llena…, con sus melodías…, nuestra ciudad…
Algunos caminantes…, al pasar por ahí…
Ponen en el estuche negro del violín…
Que está abierto y puesto sobre los adoquines del boulevard…
Una moneda…
Una mujer bonita…, delgada y grácil…
Se acerca y le da en sus manos un billete de mil colones…
Él besa el billete…, se incorpora…, y se lo echa a la bolsa del pantalón…
Entonces se sienta…, y sigue tocando el violín…
Está concentrado en lo suyo…
En su música del alma…
Para sus hermanos que pasan por ahí…
Justiniano Orozco…, el violinista del boulevard…
Ahí está…, sentado en la antigua avenida central…
A unos veinte metros de la calle dos…

Bernal

Noviembre, 2019.

Los cazadores.

Míralos hermano…, van caminando por los potreros…
Son Paulino…, el Macho Marimba…, y el Negro Violeta…
Han sido amigos…, y cazadores…, desde que eran niños…
Van a ir a tirar un venado al otro lado del cerro…
Allá…, por donde pasa el río…
Adonde llegará el animal en busca de sombra y de agua…
Entonces va hablando el Macho Marimba…
Anoche nos dijo usted…, Paulino…, sentados junto al mar…
Que ya no cazará más…, que ya no disparará a ningún animal…
Irá con nosotros…, pero sólo a disfrutar del bosque…
Y a admirar al venado…, al jaguar…, a la pava…
Estuvimos hablando, -dijo el Negro Violeta…-
El Macho Marimba y yo seguiremos cazando…
Porque nacimos cazadores…
Pero lo respetamos…
Usted es libre para pensar…, para analizar…, para decidir…
Nosotros no estamos facultados para juzgar si eso está bien o está mal…
Es su decisión…, y la respetamos…
Muchas gracias, -contestó Paulino…-
En lo sucesivo sólo quiero andar por el bosque…
Cruzar los potreros…, caminar junto al río…, bañarme en la poza…
Pero no puedo hacer daño al animal…, a mi hermano…, a mi amigo…
Entonces se dieron la mano los tres compañeros…, los tres cazadores…
Míralos hermano…, van caminando por los potreros…
Son Paulino…, el Macho Marimba…, y el Negro Violeta…

Bumal Noviembre, 2019.

Paulino no disparó.

Estaban escondidos en la ribera del río…, junto a la poza…
Junto a la poza de aguas verdes…, por eso la llamaban La Lora…
Eran Paulino…, y el Macho Marimba…, los amigos cazadores…
Estaban velando al venado…, que pronto llegaría a beber agua fresca…
Desde hacía varios meses Paulino quería dejar de cazar…
Eso lo sabían sus amigos…, el Macho Marimba y el Negro Violeta…
Lo había notado también el Indio Gregorio que vivía por ahí…
Esa mañana de abril…, sucedió algo indescriptible…, corría el año 1930…
Estaban en total silencio…, de frente a la poza…
La brisa tempranera les daba en la cara…, así no los olería el venado…
De pronto escucharon un ruido muy leve…, apenas audible…
Y entonces lo vieron…, no era el venado esperado…, era un jaguar enorme…
Un animal joven…, lindísimo…, de piel impecable…
Se quedó en el playón…, levantó la cabeza…, con la nariz hacia arriba…
Olfateando por si percibía algún olor que significara una amenaza…
Luego…, muy despacio…, se dirigió al agua de la poza…
Y sorbió un poco de aquella agua fresca y limpia…
Paulino tomó el rifle…, con movimientos muy lentos y suaves…
Sintió el frío de la culata en la mejilla derecha…, y apuntó con cuidado…
El animal se volvió…, y entonces ocurrió algo inesperado…
Las miradas del jaguar y de Paulino se cruzaron en un momento mágico…
La mirada del animal no era de miedo…, ni de hambre…, era una mirada inocente…
Él le apuntó a su presa para ponerle la bala entre los dos ojos…
Pasaron los segundos…, pero no le disparó…, bajó el rifle lentamente…
El animal caminó hacia el bosque y desapareció bajo los árboles…

Bumal Noviembre, 2019.

El llanto del planeta.

Voy andando…, aquí arriba…, por las cumbres de la cordillera…
El viento corre entre las montañas…
Acá todo es silencio…, frío…, y silampa…
Entonces escucho un murmullo…, algo así como un lamento…
Escucho con cuidado…, es el llanto de la serranía…
Alguien vino y ensució el aire…, el viento…, la atmósfera…
Y en ellos morirán todos los seres vivos…
Voy caminando…, en la ladera de la montaña…
En la ribera del río…
Acá todo es frescura…, agua cristalina…, y nutrias que juguetean…
Entonces escucho un murmullo…, algo así como un lamento…
Escucho con cuidado…, es el llanto del río…
Alguien vino y ensució sus aguas…, sus pozas…, su cuenca…
Y en él morirán todos los seres vivos…
Ahora voy navegando…, en un bote de madera…, por el mar inmenso…
El pez volador se desplaza a un metro de altura…, sobre el agua…
Acá todo es verde esmeralda…, tiburón feroz…, y plancton verdoso…
Entonces escucho un murmullo…, algo así como un lamento…
Escucho con cuidado…, es el llanto del mar…
Alguien vino y lo ensució todo…, mató al tiburón feroz… y contaminó el plancton…
Y con ellos morirán todos los seres vivos…
¡También moriremos tú y yo…, hermano…!
Y quedará un planeta moribundo…, agonizante…, con estertores de muerte…
Le habrán extraído todos sus recursos…, toda su riqueza…, todas sus entrañas…
Entonces quedará un desierto…, inhabitable…, inhóspito…, sin vida…

Bernal

Noviembre, 2019.

Los inocentes muertos.

Corre el mes de noviembre…, estamos en sus últimos días…
Es de noche…, tal vez las diez…, estoy en las faldas del cerro Pico Blanco…
Al sur oeste del valle central…
Hace mucho frío…, corre una brisa fresca que hiela hasta los huesos…
Ha llegado acompañada de una llovizna fina y suave…
Aquí donde estoy es bastante alto…
La cima del pico debe estar a tiro de piedra…
Y frente a mí…, en el plano del valle…
Una muchedumbre de seres humanos…, cada uno con una antorcha en la mano…
Han venido marchando…, hasta cubrirlo todo…
Visten con amplias ropas oscuras…, y zapatones de montear…
Cubren sus cabezas con sombreros de paja…
Le pregunto a la montaña…, me dice que son los inocentes que han muerto…
Unos murieron en la guerra…, otros en el narcotráfico…, en la carretera…
Muchos respiraron el aire envenado…, o bebieron el agua mala…
Otros ni siquiera habían nacido cuando alguien los asesinó…
Un día nos hicimos insensibles a la muerte…, y al sufrimiento de los demás…
Ahora matamos…, sólo porque sí…, porque lo consideramos correcto…
En este momento las almas de los inocentes muertos…
Pueblan el valle…, cada uno porta una fuente de luz…, los miro desde lejos…
Han pasado las horas…, acá estoy todavía…, pronto amanecerá…
La luz púrpura del sol apenas despunta allá por el volcán Irazú…
Las almas de los inocentes muertos marchan hacia esa luz bendita…
Hacia la luz eterna…, del universo infinito…
Miro hacia allá…, me siento tranquilo…, en paz…, y entonces rezo el rosario…

Bernal

Noviembre, 2019.

En el jardín derecho.

Corre el año 1967…, llovió toda la tarde…, pero ahora no llueve…
Se trata de un juego nocturno…, estamos en la sexta entrada…
Yo estoy jugando en el jardín derecho…
Es uno de mis primeros juegos en primera división…
Tengo dieciséis años de edad…, me siento nervioso…
El receptor de nuestro equipo es Jorge Villaseñor…
Está pidiendo una curva baja…, a la esquina de afuera…
Si el bateador derecho la choca…, saldrá hacia mí una línea dura y rápida…
Y en efecto…, así fue…
El batazo se va abriendo hacia fuera del terreno bueno…
Va describiendo una curva muy pronunciada…
Antes de que saliera el batazo yo ya había adivinado la trayectoria de la bola…
Por eso le partí antes y me gané unos tres o cuatro pasos…
Sé que puedo atraparla antes de que pique…
Corro muy rápido…, con perfecta sincronía de brazos y piernas…
Está ya muy cerca el límite que marca la malla ciclón…
Esa cerca que separa a los aficionados del terreno de juego…
Hago un último esfuerzo…, estiro mi brazo izquierdo…, y atrapo la bola…
Pero la inercia me lleva a chocar contra la malla ciclón…
Primero pega mi hombro…, luego mi cabeza…, y mi cara…
Pierdo la bola…, estoy en el suelo…, no siento ningún dolor…
Los árbitros…, mis compañeros…, y los asistentes están preocupados…
Me hacen preguntas…, les digo que todo está bien…
Sigo jugando…, el juego se reanuda…, perdí la bola…, ¡lástima…, ya la tenía…!
Vamos ganando por una carrera…

Bunal

Diciembre, 2019.

Escuchando música.

Domingo ocho de diciembre…, tarde fresca de ambiente navideño…
Estoy llegando a la casa de mi amigo Álvaro Vargas Barrantes…
Me ha invitado a escuchar música de la edad media y del renacimiento…
Entro a su casa…, son las dos y cuarto de la tarde…
En la sala reina la frescura…, la calma…, y el silencio…
Unos cuadros, que muestran bailarinas de ballet, adornan las paredes…
En un florero están puestas unas flores de color blanco…, gris… y plateado…
Una perra blanca está jugueteando bajo el marco de la puerta…
Álvaro se levanta y pone un disco en el equipo de sonido…
El silencio da paso a la música lindísima…
Las notas lo pueblan todo…, lo llenan todo…, lo abarcan todo…
Príncipes y princesas de las cortes europeas se pasean por la sala…
Mujeres bellísimas bailan en ese salón inmenso…
Su belleza lo puebla todo…, lo llena todo…, lo abarca todo…
Elegantes caballeros se pasean con garbo por la sala llena de música…
Los músicos tocan sus instrumentos con pasión, maestría y esmero…
Miro a Álvaro…, está concentrado escuchando la música…
De pronto se presenta un cuadro de la naturaleza viva…
Entonces aparece el bosque…, los árboles…, el viento…, los animales…
Se escucha el rumor del agua del arroyo caudaloso…
El agua que discurre entre las rocas negras…
Esa agua fría y transparente lo llena todo de alegría, de salud y de vida…
De lejos nos miran las montañas donde reinan el frío y la brisa helada…
La música cesa…, ha pasado el tiempo muy rápido…, ahora estamos conversando…
Me despido de Álvaro…, salgo de la casa…, me esperan las calles de mi ciudad…

Bunal

Diciembre, 2019.

Se acerca la navidad.

Jueves dieciocho de diciembre…, se acerca la navidad…
Son como las nueve y media…
Aunque no hace mucho frío…, es una noche fresca…
Estoy caminando por el boulevard de la antigua avenida central…
Está lleno de luz…, todo está iluminado con luces de colores…
Los postes del alumbrado público adornados con bombillas…
Con bombillas rojas…, verdes…, azules…, blancas…, amarillas…
Las ventanas del comercio…, llenas de luz…, ofrecen sus productos…
Las paredes del teatro nacional están iluminadas de abajo hacia arriba…
Así…, el edificio me parece muy bonito…, lleno de color…
Bastante gente camina por la vía adoquinada…
Los negocios están abiertos…, frente a ellos pasa la gente…
Unos regresan rápido de sus trabajos a sus casas…
Otros simplemente, tomados de la mano…, andan de paseo…
Tal vez ya comieron algo sabroso en algún restaurante del boulevard…
Ahora caminan despacio…, descansando…, mirando…
No parecen andar comprando nada…
Simplemente caminan conversando…, viviendo el momento…
De vez en cuando ríen…, y se abrazan…, parecen ser felices…
Al final del boulevard cruzan hacia la izquierda…
Hacia la Iglesia de la Merced…
Bellísima…, toda alumbrada con luces de colores…
De abajo hacia arriba…, acá el bullicio de la gente lo llena todo…
Tengo frío…, es tarde…, entonces tomo un taxi…, me voy para mi casa…
Está llegando la navidad…

Bernal

Diciembre, 2019.

En la noche de navidad.

La casa del indio Marenco y de su esposa Juana Teresa…
Está allá…, en medio del bosque…
Hoy es la nochebuena…, todo está oscuro… y en silencio…
Ya sus hijos crecieron y se fueron…, hoy vinieron a cenar todos juntos…
Es una noche fresca…, la casa huele a comida… y a queque recién horneado…
También huele a rompope… y a agua dulce…, hechos en el hogar…
Aunque todo está oscuro en la casa…
Se ve llena de luz…
Es un resplandor que irradia de dentro hacia los alrededores…
Está llena de calor…
Es un calor que se comunica del hogar al ambiente circundante…
Está llena de vida…
De una vida que lo puebla todo…
En ella rebosa el afecto…
El afecto que lo ilumina todo…
Entonces en la noche se escucha un beso…, un beso de amor…
Y un resplandor casi mágico brota de la casa…
Se proyecta hacia el universo entero…, hacia el infinito…
Todo el bosque se ilumina…, y se llena de un mágico resplandor…
Luego reina el silencio nuevamente…, un silencio casi absoluto…
Aunque todo está oscuro…
La casa se ve llena de luz…
Es nochebuena…, es noche de amor…
El indio Marenco y su esposa Juana Teresa…
Viven felices…, conformes…, satisfechos…, y en paz…

Bernal

Diciembre, 2019.

Primero de enero, por la noche.

Hace poco cerramos el negocio…, ya eran las ocho de la noche…
De ahí nos fuimos a la casa a dejar las cosas…
Y luego para las fiestas de Zapote…
Era la noche del miércoles primero de enero…
Había mucha gente…, muchas parejas…, muchas familias…
Todos caminando entre los chinamos…
Otros paseantes mirando los juegos mecánicos…
Todo estaba lleno de música…, de luz…, la gente parecía alegre…
De vez en cuando el ruido del público en la plaza de toros…
Posiblemente el animal le dio un levantín a uno de los toreros improvisados…
Vamos pasando en medio de los chinamos donde venden comidas…
Buñuelos apetitosos…, redondos…, como bolas de tenis…
Amarillos…, cubiertos de dulce de leche…
¡Deliciosos…!
Por allá venden churros rellenos…, cubiertos de azúcar…
¡Son un verdadero manjar…!
Ahora veo cómo ofrecen pinchos de carne…
Con pedazos de cebolla…
Salen a la venta…, bien cocinados…, de un color café dorado…
¡Como para darse un festín…!
Todo huele bien y se ve sabroso…, caliente…, de buen sabor…
Despacio…, saboreándolos…, me como dos buñuelos…, y un churro relleno…
Luego un pincho de carne de cerdo…, quedo satisfecho… y contento…
Entonces nos vamos a coger el bus…, pronto pasa uno que va para el centro…
Nos subimos…, nos vamos a casa…, es una noche linda y fría…

Bernal

Enero, 2020.

Tiempo de vals.

Voy caminando por la avenida segunda…, en el centro de la ciudad…
No sé…, pero serán quizás las ocho de la noche…
Hace mucho frío…, sopla una brisa de esas típicas de estos días de enero…
Camino del este hacia el oeste…
Entonces llego al Teatro Nacional…, frente al Ministerio de Hacienda…
Cruzo hacia la derecha…, unos veinte metros…
Ahora estoy parado frente a la entrada principal del Teatro…
Sin darme cuenta…, como soñando…, estoy de pie frente al escenario…
No hay nadie más…, todas las butacas están vacías…, reina un gran silencio…
Pero todo está preparado…, va a empezar la función…
Las luces están encendidas…, todo es luminoso…, brillante…
En el centro del escenario está una bailarina…, blanca…, delgada…, bellísima…
Viste completamente de rojo…, de un color rojo…, casi anaranjado…
Como la flor del árbol de llama del bosque…
Su cara blanca…, los párpados pintados de azul celeste…, sus labios muy rojos…
Su pelo ordenado en forma de una delicada cola de caballo…
Y entonces empieza la canción…, se llama Tiempo de Vals…
La bailarina empieza a bailar…, con su cara muy seria…
Los zapatos de balletista parecen flotar sobre las tablas brillantes…
Todo se llena de música…, de belleza…, de luz…, de danza… y de color…
La figura esbelta y delgada de la bailarina parece llenar todo el escenario…
Se desplaza como suspendida en el aire…, llevada por la música de la canción…
Así pasan unos cuatro minutos…, el espectáculo está llegando a su final…
Y entonces la canción termina…, todos aplauden en el teatro vacío…
Ahora estoy afuera otra vez…, me voy caminando por las calles vacías y frías…

Bernal

Enero, 2020.

El zapatero Fung Sing.

No sé por qué…, tal vez por ser enero…, pero lo estoy recordando ahora…
Corre el año mil novecientos cincuenta y cinco…
Yo por ese entonces tenía cinco años de edad…
Estamos en el mes de enero…, inicios de año…
Son como las cinco de la tarde…
Salgo de mi casa en Monterrey…, bien abrigado…
Me voy a conversar con mi amigo Fung Sing…, el viejo zapatero…
Tiene el local a unos cincuenta metros de mi casa…
Cuando llego está sentado en su pequeño taburete…, con su gorra de beisbolista…
Frente a un cajón de madera…, macizo…, y fuerte…
Más o menos sobre su cabeza…, hay un bombillo incandescente…
Su luz alumbra todo el local…, de paredes de madera sin pintar…
Me saluda con un movimiento de su mano izquierda…
Con un gesto sonriente de su cara llena de arrugas…
Y con su mirada buena…, me invita a sentarme…
En otro taburete que hay frente a él…
No puede hablar bien porque entre los labios tiene unas cuatro tachuelas…
En su mano derecha un martillo pequeño…, de hierro…, de color negro…
Y sobre sus muslos un grueso tablón de madera…, y sobre éste…, un zapato viejo…
Lo está reparando…
Él siempre me cuenta historias fabulosas…, de su vida en la China…
Son viajes por mar…, él era marinero…, en barcos mercantes…, un aventurero…
Yo siempre me voy a mi casa a ver los puertos en los mapas que me regala mi papá…
Ahí paso largos ratos…, viajando con Fung Sing por el mar del sur de la China…
Luego regreso a mi casa…, a cenar…, ya está oscuro…, papá y mamá me esperan…

Bumal Enero, 2020.

La sopa de Fung Sing.

Mis hermanos mayores ya habían terminado de hacer la tarea…
Como a las cuatro y media de la tarde me fui al local de Fung Sing…
Él era el zapatero del barrio…, y además…, era mi amigo…
Era un anciano…, un anciano chino…, yo un niño de cinco años de edad…
Al poco rato de estar yo ahí…, y para mi sorpresa…, llegó también mi papá…
Llegó con un gran pedazo de pescado salado…, y una bolsa con verduras…
De la bolsa de verduras…, sobresalía un gran bollo de pan blanco…
Prensada entre su brazo y su cuerpo…, llevaba una lata de leche en polvo…
Fung Sing se levantó de su taburete…, y con cara alegre se puso a trabajar…
En una plantilla eléctrica puso a hervir un poco de agua…
Mientras hablaba…, lo preparó todo…, siempre contento…, y lo dejó hervir…
El local olía a pescado salado…, a verduras frescas…, y a leche en polvo…
Al cabo de una hora estaba lista la sopa de pescado…
Alistó tres platos…, enlozados…, de color blanco con azul y con flores de colores…
Y tres grandes pedazos de pan blanco…
Y ahí…, en aquel pequeño local…, empezó el banquete…
La comida era deliciosa…, se trataba de verdaderos manjares…, exquisitos…
Comimos bastante…, hablábamos poco…, ya estaba cayendo la noche…
Sólo sonaba el ruido de las cucharas de aluminio contra los platos enlozados…
Sin apenas darme cuenta…, ya había oscurecido…
Mi papá y Fung Sing se quedaron hablando un rato…
Estábamos muy llenos…
Un rato después nos despedimos…, la velada había terminado…
Mi papá me tomó de la mano…
Y nos fuimos para la casa…

Bumal Enero, 2020.

Allá por 1917.

Allá por 1917…, en Miramar de Puntarenas…
Hace poco más de cien años…, mi papá Paulino tenía doce años de edad…
Había ya terminado el cuarto grado, máximo nivel en la escuela por ahí en esos años…
Entonces mi abuelo Zacarías…, que se ganaba la vida como minero…
Quería llevarlo a trabajar con él en la mina La Unión…
Mi abuela Agustina…, quería que mi papá fuera un hombre de letras…
¡Quería que fuera un hombre letrado…!
Había una clara diferencia entre las ideas de los dos…
Eso causó serios problemas a la relación de mis abuelos…
Después de unas semanas…, finalmente ganó la idea de mi abuela…
Y un maestro pensionado…, que por ese entonces vivía en Miramar…,
Le daría clases a mi papá…, como si continuara en la escuela…
¡Hasta donde alcanzara el escaso dinero del que disponían mis abuelos…!
Esa decisión marcó el destino de mi familia hasta nuestros días…
Hoy…, poco más de cien años después de la toma de esa decisión…
Esa manera de pensar de mi abuela sigue definiendo nuestro destino…
Con aquel maestro pensionado…, mi papá alcanzó un nivel educativo muy bueno…
Pienso que equivalente al de un universitario de la actualidad…
Él podía mantener una conversación compleja con cualquier persona…
Sin que se notara que él sólo tenía cuarto grado de escuela…
Luego se hizo contabilista…, graduado…, y titulado…
Recuerdo su biblioteca…, casi de pared a pared…
Su figura era la de un hombre sentado en su sillón de mimbre…, leyendo un libro…
Hoy…, en el año 2020…, poco más de cien años después…
Esa manera de pensar de mi abuela sigue definiendo el destino de mi familia…

Bunal

Enero, 2020.

Hombre leyendo.

Voy llegando a mi casa…, vengo de la escuela…
Serán tal vez las cuatro y treinta de la tarde…
Estamos en abril…, está empezando el año…
Mi mamá está sentada en el corredor…
Conversando con unas vecinas…
Entro…, cruzo el jardín…, las saludo…, y llego a la sala…
Ahí está mi papá…, sentado en su sillón de mimbre…
Está leyendo un libro…, entonces lo saludo…
A sus pies está echado Bimbo…
Un perro color café que es la mascota de la casa…
Me quedo mirando a mi padre…
Es un hombre de pelo cano…
Se ve muy serio con sus anteojos con aro de carey…
Mis hermanos mayores, Luis Paulino y Evelio…
no han venido del colegio…, y de la escuela…
Oigo la bulla que hacen mi hermano menor Sergio…
Y la menor de todos…, mi hermana Rosita…
Están jugando en el corredor…
Entonces me voy a la biblioteca de papá…
Hay muchos libros…, la biblioteca es grande…
Ahora estoy leyendo un libro de Julio Verne…
La Isla Misteriosa…
Estoy sentado en un sillón que recibe la luz de la ventana…
Pronto serán las cinco y media…, y nos servirán de comer…
Todo está en silencio…, sólo se escucha la conversación de mamá y sus amigas…

Bunal

Febrero, 2020.

Mujer y ciudad.

Es un día de verano…, a inicios del mes de marzo…
El día está soleado y caluroso…
Yo voy andando por el centro de la ciudad…
Hoy es domingo…, un domingo brillante…, hace calor…
No hay nadie más en la calle…
Delante mío va caminando una persona…
Es una mujer delgada…, elegante y fresca…
La mujer va caminando a paso rápido…
No sé para dónde irá…, o de dónde viene…
Su figura grácil se desplaza como flotando sobre la acera…
La ciudad está en silencio…
Es pleno verano acá en el trópico…
La veo alejarse y perderse en la distancia…
Poco a poco…, paso a paso…, lentamente…
Se va haciendo más pequeña en lontananza…
Ahora está muy lejos…
Ya casi no puedo verla…
Al fin desaparece en la lejanía…
Se la llevó el tiempo…, se la llevó la distancia…
No hay nadie más en la calle…
La mujer va caminando a paso rápido…
No sé para dónde irá…, o de dónde viene…
Se la llevó el tiempo…, se la llevó la distancia…
Yo sigo andando por la calle solitaria y silenciosa…
Hoy es domingo…, hace calor…, el sol de marzo brilla en lo alto…

Bunal

Febrero, 2020.

Anoche soñé.

Noche de marzo…, noche de verano…
En este momento serán tal vez las ocho de la noche…
Vengo caminando del Parque Nacional hacia el oeste…
Por la avenida de las damas…
Todavía bordeada de árboles…, creo que de esa especie…
Llego al Templo de la Música…, elegante, esbelto e imponente…
Y poco después cruzo hacia la izquierda…
Camino una cuadra hasta llegar a la antigua Biblioteca Nacional…
La noche es oscura…, ya está un poco fresco…, sopla una suave brisa…
Muchos rótulos multicolores iluminan la calle…
La biblioteca ya no está…, ahora hay ahí un estacionamiento…
Entonces…, siempre caminando…, empiezo a soñar despierto…
Ahora estoy soñando que han reconstruido nuestra biblioteca…
Para eso trabajaron, sin cobrar salario, muchos ingenieros y arquitectos…
Los operarios la hicieron realidad…, surgió como emergiendo del pasado…
Exactamente igual a como era antes…
De madera y concreto…, de tres pisos…, con grandes ventanales…
Con estantes de madera en donde guardaban sus tesoros…, los libros…
Con sus escaleras…, sus salones de lectura…, su patio interno…
Y sus grandes mesas para los lectores…
Soñé que ahora era una biblioteca y un museo…
Para uso del público deseoso de leer un libro…, o de recordar…
¡Cómo no…, si ahí pasaron muchas horas ilustres costarricenses…!
Entonces continúo caminando…, y sigo soñando despierto…
Eso fue la noche de ayer…

Bunal

Marzo, 2020.

Noche y luna.

Hoy la ciudad amaneció brillante y soleada…
Pero fresca y silenciosa…
Temprano todo era quietud y tranquilidad…
Anoche fue una noche de luna casi llena…
Aunque ya estaba menguando un poco…
Esta fue la noche siguiente a la de luna llena…
La luz plateada entraba a mi casa por las ventanas que dan al este…
Todo se veía muy bonito…
La luz de la luna…, y el negro profundo de la noche fría…
Casi no podían verse las estrellas…
De lo brillante que estaba la luna…
Entonces pensé en tu cara…, tan blanca…
Pensé también en tus labios…, tan rojos…
Entonces los imaginé iluminados…, tu cara y tus labios…
Por la luz plateada de la luna inmensa…
Me quedé mirándote…, en esa noche mágica…
Y pude ver tu sonrisa fácil…, y tu mirada buena…
Vino así la paz a mi mente…
Y en esa noche de luna…
Plácidamente…, me quedé dormido…
Dormí tranquilo la noche entera…, pensando en tu sonrisa…
Hoy la ciudad amaneció brillante y soleada…
Pero fresca y silenciosa…
Temprano todo era quietud y tranquilidad…
Sí…, anoche fue una noche de luna casi llena…

Bunal Marzo, 2020.

Serenata matutina.

Hoy…, día sábado de marzo…, en pleno verano…
Hace un poco de frío…, todavía hace un ratito era de madrugada…
Pero ya hace un rato amaneció…
El cielo se puso primero de color púrpura…, luego azul oscuro…
Y ahora es azul celeste…, todo está quieto…, si acaso sopla una brisa suave…
El pájaro carpintero canta en el árbol de la plaza…
Su canción resuena en el silencio del amanecer…
Le brinda una serenata matutina…
A una mujer que en este momento va pasando…
Va bien abrigada…, caminando rápido…, alegre…, con la mirada al frente…
Irá tal vez a comprar el pan para el desayuno…
Ella camina sonriente y contenta…
Halagada al saber que le dan esta serenata magnífica…
El día acaba de nacer…
Hasta hace poco empezó a clarear…
Los árboles de la plaza amanecen a su día…
El pájaro carpintero acaba de despertar…
Recién salió de su escondite…, ahora agita sus alas un poco…
Canta y llena de vida el ambiente mañanero…
La mujer sigue caminando tranquila y contenta…
Tal vez va a comprar el pan para el desayuno…
El pájaro carpintero le canta una alegre serenata…
Una linda serenata a la mujer que en este momento va pasando…
Ella lo escucha halagada…
¡Súbitamente se gira para mirarlo…, lo mira y le sonríe…!

Bunal Marzo, 2020.

Las campanas.

Hoy es domingo…, un lindo domingo de marzo…
Es de mañana…, de una mañana soleada y brillante…
He salido a caminar por la ciudad…, a recorrer sus calles durante una hora…
Salí de mi casa como a las ocho y quince…
Ahora son cerca de las nueve…
Voy pasando frente a la Parroquia de Nuestra Señora de la Soledad…
Estoy parado en la explanada que hay justo al frente del templo…
Me he detenido a rezar una oración…
Al pie de la imagen de Nuestra Señora de los Cielos…
Estoy acá cuando empiezan a tañer las campanas…
Su lindo tañido lo llena todo…, lo abarca todo…
Imagino que estarán llamando a la misa de nueve…
¡Pero la iglesia está cerrada…!
Estoy confundido…
Las campanas siguen tañendo…
Su voz ronca lo abarca todo en la explanada…
¿Será que nos están llamando a misa…?
¿Será que tañen por alguna otra razón…?
¡No lo sé…!
Sigo rezando…, termino mi oración…, y continúo mi caminata…
Unos segundos después las campanas terminan de tañer…
Sigo andando por el antiguo Paseo de los Estudiantes…
Todo está solitario y silencioso…, casi no hay gente en la calle…
El sol está brillando en lo alto…, me siento muy bien…
El ronco tañido de las campanas queda reverberando por todo el Paseo…

Bunal

Marzo, 2020.

De madrugada.

Me despertó el frío…, todo está muy oscuro…
Reina un gran silencio…, sólo se escucha una suave brisa…
Esa suave brisa que agita apenas las ramas de los árboles…
Faltará poco para las cinco de la mañana…
Un yigüirro canta llamando el agua del invierno…
Hoy es el primer día del mes de abril…
Dentro de un mes probablemente va a estar lloviendo…
Me quedo quieto pensando en eso…
De pronto suena un ruido en el techo de la casa…
Debe ser algún gato que andará por ahí…
Después de haber estado activo toda la noche…
Luego de tanta vida hoy pasará durmiendo todo el día…
Transcurren los minutos…, imagino que pronto tendremos la luz del alba…
Pero no…, sigue estando muy oscuro…
No es el momento todavía…, aún reinan el silencio y el frío…
Entonces…, por las cortinas de las ventanas se filtra un rayo de luz…
Es la luz del amanecer…
Ahora la alborada llega sigilosamente…
Me levanto y miro por la ventana que da hacia el este…
El cielo púrpura lo cubre todo…
Luego es azul oscuro…
El yigüirro mañanero sigue cantando…
Pasan los minutos…, ya está más claro…,
Un tímido resplandor entra por la ventana…
Ahora ya amaneció…

Bunal

Abril, 2020.

El pájaro fragata y la bandada.

Temprano salimos de pesca…, era todavía de madrugada…
Salimos de la bahía en el bote de madera…
Todavía estaba oscuro… y soplaba poca brisa…
El mar estaba calmo…, tranquilo…, como un espejo…
Pequeñas olas blancas venían a descansar a la playa de arena negra…
Ahora es casi medio día…, el sol brilla radiante en lo alto…
Venimos entrando a la bahía…, estábamos mar afuera…
El agua del mar está de color verde claro…
No sopla viento…, los rayos del sol caen fuertes desde arriba…
Brilla en lo alto…, dorado…, radiante…, cegador…
El cielo inmenso es de un color azul muy claro…
Y en él se desplaza…, lentamente…, imponente…
Un magnífico pájaro fragata…, de un gris casi negro y el pecho rojo…
Vuela en suave movimiento…, llevado por el viento del mediodía…
Imperturbable…, majestuoso…, adornando el cielo azul…
Allá a lo lejos…, como viniendo del horizonte…
Vuela una bandada de aves marinas…
Van del mar abierto hacia tierra adentro…
El pájaro fragata las ve pasar…, a lo lejos…
Pero no las sigue…
Sigue volando…, solitario…, llevado por la suave brisa marinera…
Casi no mueve sus alas…, deriva lentamente en el aire caliente que lo lleva…
Allá a lo lejos se ve el paisaje tierra adentro…
De un color verde brillante…
El cielo inmenso es de un color azul muy claro…

Bernal

Abril, 2020.

Ciudad amarilla.

Ya pronto caerá la tarde…, serán tal vez las cuatro y media…
Se trata de una calurosa tarde de abril…
En pleno verano acá en el trópico…
Mi caminata de esta tarde ha estado muy entretenida…
Aunque no se ve gente por las calles…
El sol va declinando por el oeste…
Yo estoy en el boulevard de la avenida central…
A unos cincuenta metros de donde quedaba Chelles…
Voy caminando hacia el oeste…
Allá a lo lejos…, al final de boulevard…
Está mi hermano el sol…, su luz amarilla lo ilumina todo…
Las fachadas de los edificios están llenas de luz…
Incluso los adoquines de la calle se ven de un color claro…
De un color grisáceo…, amarillento…
Ahora voy llegando a la Plaza de la Cultura…
Un espléndido roble sabana…, está florido de color rosado…
El Teatro Nacional luce en todo su esplendor…
Los rayos de sol le dan de frente…, no tanto al costado…
Pero aun así se mira muy bonito…
De un color café claro…, casi amarillo oscuro…
La luz ilumina toda la plaza…, hay muchas palomas de Castilla…
Hoy todo está muy bonito en mi ciudad amarilla…
Nuestro Creador ha jugado con la luz del sol…
Para pintar un paisaje lindísimo…
Lleno de colores…, y de luz…

Bernal

Abril, 2020.

Mujer y luna llena.

Martes siete de abril…, noche de luna llena…
Serían tal vez las nueve…, cuando la vi…
Su luz plateada entraba a raudales a la casa…
A través de las ventanas…, de cortinas transparentes…
En estas noches no hay carros circulando por las calles…
Entonces hay menos luz y menos ruido…
Todo está calmo y en silencio…
Ahora estoy acá parado…, mirando hacia el este…
La blanca luna inmensa…, brilla en el cielo iluminado de azul…
La bella mujer está de pie…, con su largo vestido color rosado…
Me parece que no va caminando…
Simplemente está ahí…, de pie…, observando la luna llena…
Igual que yo…
De pronto me mira…, y me sonríe…
-¡Me gustan las noches frescas…!-, me dice…
Y sigue sonriendo…, mirando aquella luna mágica…
-¡Usted es muy bella…!-, le digo…
Me mira de nuevo…, y me sonríe…
-¡Me gusta oírla hablar…, me gusta su sonrisa…!-, le digo…
La mujer no me contesta…, sólo me mira y sonríe…
De pronto empieza a difuminarse en el aire frío de la noche negra…
En el silencio se van difuminando los contornos de su figura grácil…
Hasta que desaparece del todo…
Desde lejos…, desde allá…, entre las estrellas verdes…
Me mira de nuevo…, y me sonríe…

Bernal

Abril, 2020.

El puma de Heredia.

Estamos a mediados del mes de abril…
Los días son calurosos…, y las noches frescas…
Hoy es una noche bonita…, oscura…, muy negra…
Por las cosas que están pasando…, casi no hay gente en las calles…
Tampoco hay vehículos…
Todo está tranquilo…, reina un gran silencio…
El país está refugiado en sí mismo…
Las ciudades están quietas…, en calma…, adormecidas…
Allá por las tierras altas de Heredia…
En una de esas calles solitarias y frías…
Va caminando un puma…
Es un ejemplar magnífico…
Un animal fuerte…, bien alimentado…, y sano…
Su mirada inteligente es la de un espécimen tranquilo y sereno…
Es un felino bellísimo…, lleno de vida…
Camina lentamente por la calle desierta…
No se trata de un lugar apartado…, lejano…
Es un sitio normal…, en las afueras de la ciudad…
Pero hoy…, esta noche…, acá…, él es el rey…
Sigilosamente avanza por la calzada…
¡No tiene miedo…!
¡No hay seres humanos acá cerca…!
¡No existe la amenaza…!
Se desvía hacia un lado…, y silenciosamente…, se interna en el bosque…
Todo vuelve a quedar inmóvil…, el puma se ha ido…

Bernal

Abril, 2020.

Nubarrones.

Hoy es veintiuno de abril…, ya se está yendo el verano…
En estos días han caído los primeros aguaceros…
A esta hora serán tal vez las tres de la tarde…
Ahora se ven los nubarrones al norte del valle…, o al noreste…
No sé si irá a llover…
Pero la tarde fresca indica que probablemente así será…
En la distancia se escuchan unos truenos lejanos…
De pronto empiezan a caer en el techo de la casa grandes goterones de agua…
Primero caen unos pocos…, luego caen más seguidos…
En cuestión de minutos está cayendo un aguacero torrencial…
Produce un ruido casi atronador en el techo de la casa…
¡Por suerte no estoy conversando con nadie…!
Las personas corren presurosas por las aceras…
¡Nadie trajo paraguas…!
¡No imaginaron que hoy llovería…!
Llueve intensamente unos diez minutos…
Y después el aguacero torrencial cesa por completo…
Pero aún los grandes nubarrones están ahí…
Ahora están justamente sobre el centro de la ciudad…
Se quedan inmóviles por unos minutos…
Pero luego parecen ir derivando hacia el oeste del valle…
Llevados por el viento fresco de la tarde…
Hoy es veintiuno de abril…, ya se está yendo el verano…
En estos días han caído los primeros aguaceros…
En un par de semanas se habrá establecido el invierno…

Bunal

Abril, 2020.

Y entonces me dijo…

Caminando…, cansado…, por la llanura inmensa…
Nos topamos después de mucho andar…
En un recodo del camino…, recostado en un palo de tamarindo…
Yo también me acerqué al árbol en busca de sombra…
¿Desde dónde vienes amigo…?, le digo…
Vengo de allá…, de las alturas…, he bajado la ladera de la montaña…, me dice…
¿Andas solo…?, le pregunto…
No…, me dice…, ando con mis hermanos…
El cielo…, el bosque…, la montaña…, el puma… y el venado…
Yo doy vida…, yo doy frescor…, yo doy comida y abrigo…, yo doy salud…
Las aves son mis amigas…, el viento es también mi hermano…
Se quedó en silencio…
Me miró…, y desvió su mirada hacia los árboles del bosque…
Yo respeté su silencio…
Así llegué a entender…, él era la fuente de la vida…
Su agua bendita lo baña todo a su paso…
Y la tierra es fértil…, y llegan las cosechas…, y sacia del mundo la sed…
Nace allá…, en lo alto de las montañas…, donde sus aguas son frías…
Baja por la ladera…, hasta llegar a la cálida llanura…
Y más allá de ahí…, llega al mar infinito…
Luego le digo…
Te he conocido desde siempre…, pero no sé tu nombre…
Y entonces me dijo…
¡Yo soy el río…!
¡Tu hermano…, tu amigo…!

Bunal

Abril, 2020.

Las nubes.

Está terminando el mes de abril…
Ya hoy es uno de sus últimos días…
Estoy acá…, de pie…, mirando hacia la cordillera…
Hacia la cordillera inmensa que se levanta al norte del valle…
Y entonces las veo…
Allá…, por encima de las cumbres…
Se asoman las formaciones nubosas que traen el agua al valle…
En las alturas…, en el reino del quetzal…, del viento… y del frío…
Flotan las nubes blancas y grises…, cargadas de agua y de vida…
Probablemente en algunas horas acá estará lloviendo…
Y se empaparán las tierras resecas y sedientas…
Se renovará la vida…
Se refrescarán las plantas…, se alegrarán los árboles…
Ya los terrenos están preparados en espera de la siembra…
Ésta a su vez espera la llegada de las primeras lluvias…
Y caerán las semillas en el surco hendido en el suelo bendito…
De ahí brotarán y crecerán las plantas…, luego florecerán…
Y dentro de algunos meses vendrán las cosechas…
Y con ellas vendrán los alimentos sagrados…
Que serán distribuidos entre muchas bocas hambrientas…
Estoy acá…, de pie…, mirando las montañas…, y entonces las veo…
Allá…, por encima de las cumbres…
Se asoman las nubes grises y blancas…, que traen la humedad al valle…
Y el agua bendita caerá del cielo…
Pronto servirán en las mesas…, el pan sagrado que nos da la tierra…

Bunal

Abril, 2020.

Esperanza.

Estamos empezando el mes de mayo…
Por todo lo que está pasando en el mundo…
Nuestro país está retraído…, asustado…, escondido…
Fin de semana…, hay poca gente en las calles…, los negocios están cerrados…
Los parques están clausurados…, las playas también…
La gente debe quedarse guardada en sus casas…
En las montañas…, en los bosques…, en los valles…, en el mar…
Los animales están tranquilos…, con menos miedo…
Los seres humanos…, tan peligrosos…, están recluidos en sus casas…
El lindo venado no espera que alguien le vaya a disparar…
Ni que en la noche negra…, lo busque el haz de luz de una siniestra linterna…
El jaguar perfecto…, no espera que alguien salga a cazarlo…
Ni que en lo profundo del bosque verde…
Suene el horroroso estampido de la letal carabina…
La lapa multicolor quisiera que ningún intruso…
Llegue a su árbol a saquear su nido…, para robarse sus pichones…
El tiburón de diseño perfecto…, siempre feroz…, siempre hambriento…
No espera que lleguen a capturarlo…
Para cortar sus aletas…, y venderlas acá y en otras tierras…
La langosta lindísima…, allá en el arrecife coralino…
Espera que no lleguen a pescarla para vender su deliciosa carne…
Con esta situación…, con esta cuarentena…, con esta encerrona…
Para nuestra suerte…
Tenemos la esperanza de que terminemos ganando todos…
Tomados de la mano de la madre naturaleza…

Bunal

Mayo, 2020.

En la iglesia.

Estoy acá…, de pie…, frente a la iglesia…
La Parroquia de Nuestra Señora de Luján…
Son como las diez de la mañana…
Es un día caluroso y brillante…, hace mucho sol…
Nuestra estrella luce luminosa…, arriba…, en el cielo…
Ahora me encuentro parado dentro de la iglesia…
Todo está en silencio…, apenas como para descansar tranquilo…
Entonces me siento en una de las bancas de la parte de adelante de la iglesia…
Todo se ve claro…, transparente…, y diáfano…
El ambiente es silencioso…, fresco…, muy agradable…
La luz del sol entra a raudales por los ventanales…
Los vitrales lucen muy bonitos cuando les da la luz…
De pronto me percato…, el padre está oficiando misa…
Es el Padre Marcial Bonilla Morales…
No hay monaguillos…, él está solo…
Lo está haciendo todo sin ayuda…
No hay nadie en la iglesia…, todo es quietud y paz…
Las candelas están encendidas…
Y el alumbrado de la nave principal lo ilumina todo…
Decido quedarme a escuchar la ceremonia de la misa…
Pasan los minutos…, ya la celebración ha terminado…
Me pongo de pie…, y me retiro en silencio…
Me siento bien…, contento…, alegre…, tranquilo…
Estoy acá…, de pie…, frente a la iglesia…
La Parroquia de Nuestra Señora de Luján…

Bernal

Mayo, 2020.

Todo está tranquilo.

Todo está tranquilo…, ¡qué maravilla…!
La gente camina parsimoniosamente…
No hay tanta prisa…, tanta carrera…, tanto ir y venir…
Todos andan despreocupados…, hay menos compromisos…
Se hacen menos compras…
Cada quien está en lo suyo…, haciendo sus quehaceres…
Sin meterse con los demás…, sin opinar de todo…
Hay menos agitación…, más silencio…
Las personas hablamos sin hacer tanta alharaca…
Todos estamos más tranquilos…, ¡qué maravilla…!
Casi no se nota el ajetreo de la gran ciudad…
Todo se percibe más fresco…, más agradable…, más silencioso…
Las cosas están más ordenadas…
Siento…, incluso…, que respiro más tranquilo…
Los pensamientos vienen a mi mente despacio…
No acuden todos en tropel…
Sí…, mi hermano…, veo las cosas mejor…, con lentitud…
Con parsimonia…, sin tanta celeridad…
Sin tanto movimiento…, sin tanta urgencia…
Cada quien está en lo suyo…, haciendo sus quehaceres…
Las personas no se notan enojadas…, o alteradas…
Hasta las montañas que rodean el valle se ven más azules…
Y en el bosque…, hasta los animales tendrán menos miedo…
Los seres humanos estamos temerosos…, ensimismados…, pensativos…
Todo está tranquilo…, ¡qué maravilla…!

Bernal

Mayo, 2020.

Agustina.

Estoy en Miramar de Puntarenas…, es por allá de 1917…
En el centro del pueblo…, en una casa esquinera…
Vive mi abuela Agustina…, con su esposo…, mi abuelo Zacarías…
Tienen un único hijo…, mi padre…, Paulino Delgado Diez Dobles…
Hasta donde yo recuerdo…, de las cosas que hablaba mi papá…
Agustina y Zacarías se conocieron en Esparza…, o en San Mateo…
Allá por finales del siglo diecinueve…
Agustina era una mujer instruida…
Zacarías era un minero…
Entonces se casaron y se fueron a vivir a Miramar de Puntarenas…
Ahí era donde…, por esos años de auge…, habían minas de oro…
Zacarías trabajó en la mina La Unión…, en Miramar…
También lo hizo en las minas de Abangares…
Pero a Agustina le gustaban las letras…
Y quería que su hijo…, Paulino…, fuera un hombre letrado…
Terminó el cuarto grado de la escuela…, en Miramar…
En su casa no había dinero para mandarlo a estudiar a Puntarenas…
Menos aún…, enviarlo a San José…
Pero en Miramar vivía un viejo maestro pensionado…
Agustina lo contrató…, sería el maestro de su hijo…
Él fue su profesor…, su consejero…, su tutor… y su guía…
Esto en el campo académico…
Pero…, sin quererlo…, le marcó su vida en el ámbito personal…
Agustina…, como debía ser…, enrumbó a su hijo para que pasara la vida…
Lo hizo desarrollarse en las letras…, y así…, marcó a nuestra familia para siempre…

Bernal

Mayo, 2020.

El jilguero campana.

El bosque bendito…, sagrado…, hoy amaneció soleado…

Los árboles lucen un color verde brillante al moverse con el viento…

A lo lejos, el torrente que cae del cielo es fresco y blanco…

Es el paraíso dichoso en que viven el indio cabécar, su esposa y sus hijos…

Todo es bonito…, limpio…, tranquilo…, imponente…

¡De pronto lo escuchamos escondido entre los árboles…!

¡Es nuestro hermano…, el jilguero campana…!

Cada vez que llena el bosque de música…

Todo es belleza…, todo es poesía…, todo es armonía…

Está escondido entre las ramas del árbol…

Sólo podemos escucharlo…

Escuchar su canto perfecto…, diáfano…, inmejorable…

Son dulces campanas que llenan de música el bosque amigo…

Nosotros, los caminantes, sólo atinamos a disfrutar aquel milagro…

Luego todo queda en silencio…

Sólo se escucha el rumor del universo…

En el cielo azul claro brilla el sol amarillo intenso de la mañana…

Todo es bonito…, limpio…, tranquilo…, imponente…

¡De pronto lo escuchamos escondido entre los árboles…!

¡Es nuestro hermano…, el jilguero campana…!

Bernal

Marzo, 2017.